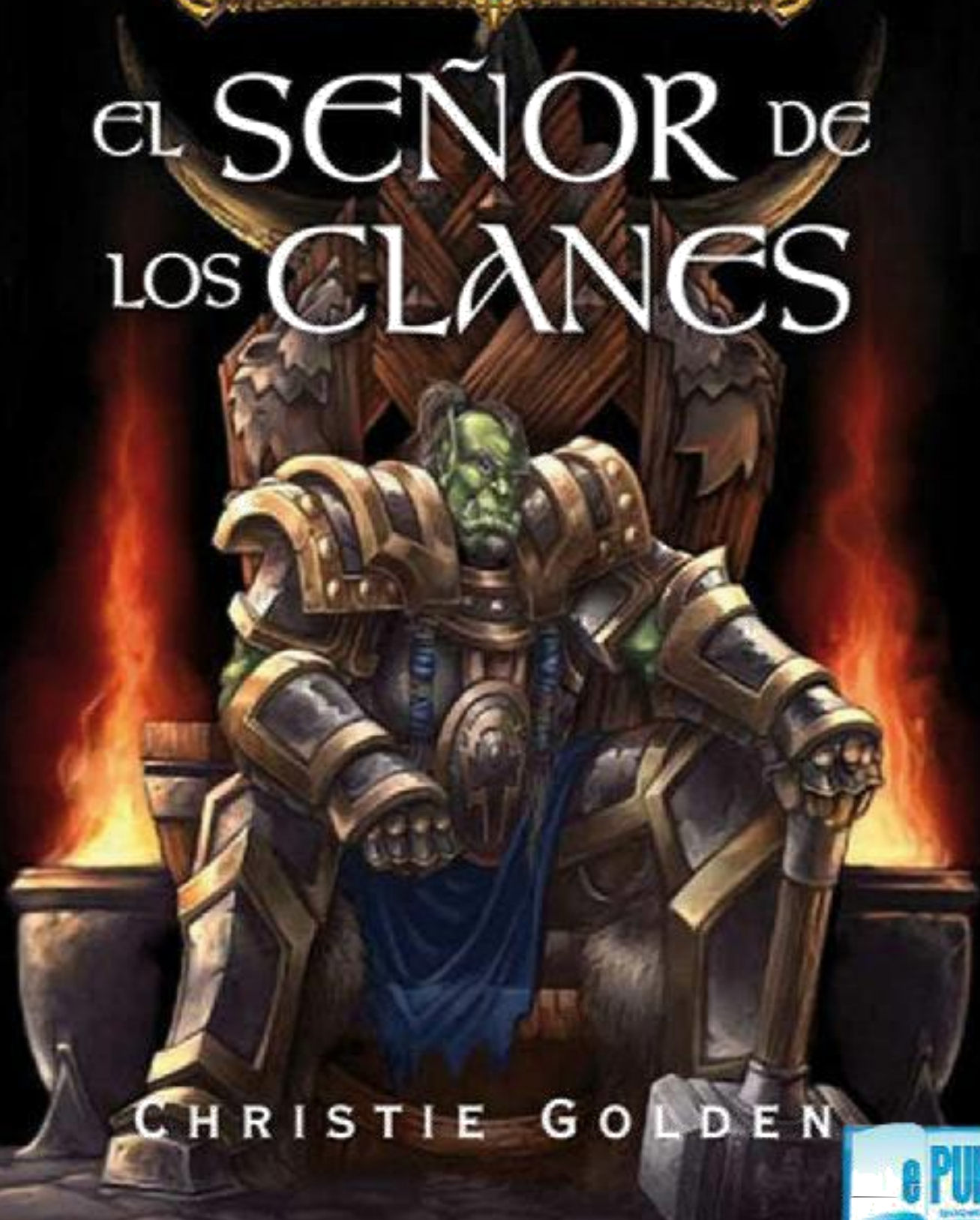


WORLD OF WARCRAFT

el SEÑOR DE LOS CLANES



CHRISTIE GOLDEN



El mundo de Azeroth, envuelto en la brumosa mortaja del pasado, estaba poblado de fabulosas criaturas de todo tipo. Elfos misteriosos y fornidos enanos caminaban entre las tribus del hombre en relativa paz y armonía... hasta que la llegada del demoníaco ejército conocido como la Legión Ardiente destruyó para siempre la tranquilidad del mundo. Ahora, orcos, dragones, goblins y trolls pugnan por el control de los dispersos reinos en guerra; su lucha forma parte de un ambicioso y malévolos plan que determinará el destino del mundo de Warcraft.

Esclavo, gladiador, chamán, señor de la guerra, todo esto ha sido el enigmático orco llamado Thrall, criado desde su infancia por crueles amos humanos que pretendían convertirlo en su perfecto peón. El salvajismo de su corazón y la astucia adquirida durante su aprendizaje impulsaron a Thrall a perseguir un destino que aún no alcanzaba a comprender; a renunciar a sus ataduras para volver a descubrir las antiguas tradiciones de su pueblo. Ahora, por fin puede narrarse el tumultuoso relato del viaje de su vida: una saga de honor, odio y esperanza.

Búscanos como Traduciendo a Blizzard en Facebook o Google para descargar más novelas y comics relacionados al universo de Blizzard

Christie Golden

El señor de los clanes

Prólogo

Acudieron cuando los llamó Gul'dan, aquéllos que habían consentido (no, insistido) en vender sus almas a las tinieblas. En su día, al igual que Gul'dan, habían sido entes de profunda espiritualidad. En su día, habían estudiado el mundo natural y el lugar que ocupaban los orcos en él; habían aprendido de las bestias del bosque y de los campos, de las aves del cielo, de los peces de los ríos y los océanos. Y habían formado parte de ese ciclo, ni más, ni menos.

Ya no.

Antes fueron chamanes, ahora eran brujos, habían catado apenas el poder, como una minúscula gota de miel en la lengua, y les había sabido muy dulce. Así pues, su ansia se había visto recompensada con más poder, y más aún. El propio Gul'dan había estudiado bajo la tutela de su señor Ner'zhul, hasta que el alumno hubo superado al maestro. Aun cuando hubiera sido gracias a Ner'zhul que la Horda se había convertido en la abrumadora e imparable oleada de destrucción que era en la actualidad, Ner'zhul no había tenido el coraje de continuar. Sentía debilidad por la nobleza inherente de su pueblo. Gul'dan carecía de tales remilgos.

La Horda había exterminado todo lo que se podía exterminar en este mundo. Estaban perdidos sin una vía de escape por la que descargar su sed de sangre, y comenzaban a volverse unos contra otros, clan contra clan en un desesperado intento por aplacar los brutales anhelos que ardían en sus corazones. Era Gul'dan el que había encontrado un nuevo objetivo sobre el que concentrar la candente necesidad de muerte de la Horda. No tardarían en aventurarse en un nuevo mundo, lleno de presas frescas, fáciles y ajenas a la amenaza. La sed de sangre se tornaría febril, y la Horda salvaje necesitaba un consejo que la guiara. Gul'dan iba a liderar ese consejo.

Asintió a modo de saludo cuando entraron; sus ojos, pequeños y encendidos, no perdían detalle. Llegaron de uno en uno, acudían igual que bestias a la llamada de su amo. A él.

Se sentaron a la mesa, los más temibles, los más respetados y odiados de todos los clanes orcos. Algunos eran horrendos, puesto que habían pagado el precio de sus conocimientos arcanos con algo más que sus almas. Otros permanecían impolutos, dotados de cuerpos fuertes y compactos de tersa piel verde ceñida sobre músculos torneados. Así lo habían solicitado al firmar el pacto tenebroso. Todos eran sanguinarios, sagaces, y no se detendrían ante nada con tal de amasar más poder.

Pero ninguno era tan sanguinario como Gul'dan.

—Los pocos aquí reunidos —comenzó Gul'dan, con su voz ronca— somos los más poderosos de nuestros clanes. Sabemos lo que es el poder. Sabemos cómo obtenerlo, cómo emplearlo y cómo conseguir más. Hay quienes comienzan a hablar contra alguno que otro de los nuestros. Ese clan desea regresar a sus raíces; aquél está cansado de asesinar a infantes indefensos. —Sus carnosos labios verdes se curvaron en un rictus de desdén—. Esto es lo que ocurre cuando los orcos se ablandan.

—Pero, gran señor —dijo uno de los brujos—, hemos acabado con todos los draenei. ¿Qué nos queda por matar en este planeta?

Gul'dan sonrió, tensando sus gruesos labios sobre los enormes y afilados dientes.

—Nada. Pero nos aguardan otros mundos.

Les contó el plan, solazándose en la chispa de codicia que prendió en los ojos de los congregados. Sí, saldría bien. Ésa sería la organización de orcos más poderosa de todo los tiempos, y a la cabeza de dicha organización no habría nadie más que Gul'dan.

—Nosotros constituiremos el consejo que dicte el son al que haya de bailar la Horda —concluyó—. Cada uno de vosotros es un poderoso portavoz. Sin embargo, el orgullo orco es tal que no deben saber quién es el verdadero señor aquí. Que crean que blande su hacha de batalla porque así lo desea, y no porque se lo ordenamos nosotros. Seremos un secreto. Seremos los que caminan en la sombra, el poder que crece cuanto mayor sea su invisibilidad. Seremos el Consejo de las Sombras, y no habrá nadie que conozca nuestra fuerza.

Empero, algún día, y no muy lejano, habría alguien que la conocería.



CAPÍTULO UNO

Incluso las bestias tenían frío esa noche, pensó Durotan. Con gesto ausente, estiró el brazo hacia el lobo que era su compañero y rascó a Diente Afilado entre las orejas. El animal gruñó, agradecido, y se acurrucó junto a él. Lobo y caudillo orco observaron cómo caía la silenciosa nieve, enmarcada por la moldura ovalada que constituía la entrada de la cueva de Durotan.

Antaño, Durotan, caudillo del clan del Frostwolf, había conocido el beso de climas más apacibles. Había blandido su hacha a la luz del sol, con los ojos entornados para protegerlos del resplandor sobre el metal y de las salpicaduras de sangre humana. Antaño, había sentido afinidad por todo su pueblo, no sólo por los miembros de su clan. Se habían erguido hombro con hombro, como una oleada verde de muerte que se vertía por las laderas de las colinas para tragarse a los humanos. Se habían saciado juntos ante las hogueras, habían atronado con sus risotadas, habían narrado relatos de sangre y conquistas mientras sus hijos dormitaban cerca de las brasas moribundas, con las cabecitas llenas de escenas de carnicería.

Mas ahora, los pocos orcos que constituían el clan del Frostwolf tiritaban aislados en su exilio en las gélidas montañas de Alterac de aquel mundo alienígena. Sus únicos amigos eran los enormes lobos blancos. Eran muy diferentes de los gigantescos lobos negros sobre los que habían cabalgado los congéneres de Durotan, pero un lobo seguía siendo un lobo, daba igual el color de su pelaje; la paciencia y la determinación, sumadas a los poderes de Drek'Thar, les habían ganado el afecto de las bestias. Ahora, orco y lobo cazaban juntos y se proporcionaban calor el uno al otro durante las interminables noches nevadas.

Un ruido apagado proveniente del corazón de la cueva consiguió que Durotan se diera la vuelta. Su semblante severo, compuesto en un perpetuo rictus de tirantez por culpa de los años de cólera y preocupación, se suavizó al escuchar aquel sonido. Su hijo pequeño, aún sin nombre a la espera de que llegara el Día de la Onomástica correspondiente a ese ciclo, había gritado mientras se alimentaba.

Durotan dejó que Diente Afilado siguiera observando cómo caía la nieve, se levantó y fue hacia la cámara interior de la cueva. Draka había desnudado un seno para dar de mamar al niño. Acababa de retirarle el sustento al bebé, ése era el motivo por el que éste había gimoteado. En presencia de Durotan, Draka extendió un índice. Con una uña negra afilada como una navaja, se pinchó el pezón con fuerza antes de volver a acercar la cabecita del bebé

a su pecho. Ni una sombra de dolor se reflejó en su hermoso rostro de poderoso mentón. Ahora, cuando el niño lactara, no sólo bebería la nutritiva leche materna, sino también su sangre. Tal era el alimento apropiado para un joven guerrero en ciernes, el hijo de Durotan, el futuro caudillo de los Frostwolf.

El corazón de Durotan rebotaba de amor por su compañera, una guerrera que igualaba su coraje y su astucia, y por el hijo que habían engendrado, adorable y perfecto.

Fue en ese momento cuando se le vino encima la certeza de lo que tenía que hacer, igual que un manto que le cubriera los hombros. Se sentó y exhaló un hondo suspiro.

Draka levantó la mirada hacia él, entornando sus ojos castaños. Lo conocía demasiado bien. Durotan no quería comunicarle cuál había sido su súbita decisión, aunque en el fondo de su corazón sabía que era lo correcto. Pero debía hacerlo.

—Ahora tenemos un hijo —dijo Durotan, cuya voz profunda resonaba en su amplio torso.

—Sí —contestó Draka, con orgullo en la voz—. Un hijo sano y fuerte que liderará al clan de los Frostwolf cuando su padre encuentre una muerte noble en la batalla. Dentro de muchos años —añadió.

—Soy responsable de su futuro.

Draka volcaba en él toda su atención. En ese momento, a Durotan le pareció de una hermosura exquisita, e intentó grabar a fuego aquella imagen en su mente. La luz de la hoguera se reflejaba en su piel verde, otorgándole un marcado relieve a sus poderosos músculos y confiriéndole brillo a sus colmillos. Draka no le interrumpió, se limitó a esperar a que continuara.

—Si no hubiese alzado la voz contra Gul'dan, nuestro hijo tendría más compañeros de juegos con los que crecer —continuó Durotan—. Si no hubiese alzado la voz contra Gul'dan, habríamos conservado nuestra posición de prestigio dentro de la Horda.

Draka siseó, abrió sus enormes fauces y enseñó los dientes, criticando a su compañero.

—No habrías sido la pareja a la que me hubiese unido —bramó. El bebé, sobresaltado, apartó la cabeza del rico seno para mirar el rostro de su madre. Gotas blancas de leche y rojas de sangre salpicaban su barbilla, ya protuberante—. Durotan del clan de los Frostwolf no podía quedarse sentado y permitir que nuestro pueblo fuese conducido a la muerte igual que las ovejas de las que cuidan los humanos. Con lo que habías descubierto, tenías que alzar la voz, compañero. No podrías haber hecho menos y seguir siendo el jefe que estás hecho.

Durotan asintió con la cabeza ante la verdad que entrañaban esas palabras.

—Y pensar que Gul'dan no sentía ningún aprecio por nuestro pueblo, que no era más que otra manera de aumentar su poder...

Guardó silencio, al recordar la estupefacción y el horror (y la rabia) que se habían apoderado de él cuando supo que se había constituido el Consejo de las Sombras, cuando descubrió la duplicidad de Gul'dan. Había intentado convencer a los demás del peligro al que se enfrentaban. Los habían utilizado como a meros peones para destruir a los draenei, una

raza que Durotan comenzaba a pensar que, después de todo, no necesitaba ser exterminada. Y de nuevo, transportados a través del Portal Oscuro hacia un mundo desprevenido... no por decisión de los orcos, no, sino porque así lo había querido el Consejo de las Sombras. Todo por Gul'dan, todo por el poder personal de Gul'dan. ¿Cuántos orcos habían caído, peleando por esa insignificancia?

Buscó las palabras con las que expresar su decisión a su compañera.

—Hablé, y nos exiliaron. A todos los que me siguieron aquí. Es un deshonor inmenso.

—El deshonor es de Gul'dan —rebatió Draka, con ferocidad. El bebé se había sobrepuesto al susto y volvía a amamantarse—. Tu gente está viva, es libre, Durotan. Es un lugar inhóspito, pero hemos encontrado a los lobos de las heladas para que nos hagan compañía. Tenemos carne fresca en abundancia, incluso en pleno invierno. Hemos conservado las costumbres, en la medida de lo posible, y las historias que se cuentan alrededor del fuego forman parte de la herencia de nuestros hijos.

—Se merecen más. —Durotan apuntó a su hijo con una uña rematada en punta—. Él se merece más. Nuestros hermanos, los que continúan engañados, se merecen más, Y yo voy a dárselo.

Se incorporó y se irguió cuan alto era. Su enorme sombra se proyectó sobre su esposa y su hijo. La expresión de abatimiento de Draka le dijo que ella sabía lo que iba a decir aun antes de que abriera la boca, pero tenía que pronunciar las palabras. Eso era lo que las hacía sólidas, reales... las convertía en un juramento que no se podría romper.

—Hubo algunos que me prestaron atención, aunque todavía dudaban. Pienso regresar y encontrar a esos escasos caudillos. Los convenceré de que mi historia encierra la verdad, y ellos reunirán a sus pueblos. No seguiremos siendo esclavos de Gul'dan, prescindibles y olvidados cuando morimos en batallas que sólo le convienen a él. ¡Lo juro, como que me llamo Durotan, jefe del clan del Frostwolf!

Impulsó la cabeza hacia atrás, abrió la boca llena de colmillos de una manera que parecía imposible, puso los ojos en blanco y profirió un ensordecedor y ronco alarido de furia. El bebé comenzó a revolverse e incluso Draka se encogió. Era el grito de guerra; Durotan sabía que, pese a la espesa capa de nieve que a menudo atenuaba los sonidos, todos los miembros de su clan lo oírían esa noche. En cuestión de momentos se arracimarían alrededor de su cueva, deseosos de conocer el contenido del grito de guerra para sumar sus propios gritos al de él.

—No irás solo, compañero —dijo Draka; su voz apacible contrastó en gran medida con el ensordecedor grito de guerra de Durotan—. Te acompañaremos.

—Te lo prohíbo.

Con una brusquedad que sobresaltó incluso a Durotan, que ya debería conocerla, Draka se puso en pie de un salto. El bebé lloroso se cayó de su regazo cuando apretó los puños y los alzó, estremeciéndolos con violencia. Un latido más tarde, Durotan parpadeó cuando sintió

un agujonazo de dolor y la sangre manó de su rostro. Draka había cubierto la distancia que los separaba y le había abierto la mejilla con las uñas.

—Soy Draka, hija de Kelkar, hijo de Rhakish. ¡Nadie me prohíbe que siga a mi compañero, ni siquiera el mismísimo Durotan! He venido contigo, estoy a tu lado, moriré si es necesario. ¡Pagh! — Le escupió.

Mientras se enjugaba la mezcla de sangre y saliva de la cara, el corazón de Durotan se hinchó de orgullo por aquella hembra. Había acertado al elegirla como compañera para que fuera la madre de sus hijos. ¿Habría un macho más afortunado en toda la historia de los orcos? Lo dudaba.

A pesar del hecho de que, si Gul'dan llegaba a enterarse, Orgrim Doomhammer y su clan serían exiliados, el respetado señor de la guerra dio la bienvenida a su campamento a Durotan y a su familia. El lobo, no obstante, le inspiraba recelo. El animal le devolvió la misma mirada. La tosca tienda que servía de refugio a Doomhammer fue evacuada por los orcos de menor rango para alojar a Durotan, a Draka y a su hijo aún sin bautizar.

La noche era demasiado fría para Doomhammer, que observó con una mezcla de asombro e ironía cómo sus huéspedes de honor se despojaban de casi toda la ropa y rezongaban a propósito del calor. Los Frostwolf, supuso, no debían de estar acostumbrados a aquel «clima tan cálido».

Su guardia personal vigilaba en el exterior. Con la lona que hacía las veces de puerta aún abierta, Doomhammer observó cómo se arrebujaban alrededor del fuego y cómo extendían sus enormes manos verdes hacia las llamas. La noche era muy oscura, iluminada tan sólo por algunas estrellas. Durotan había elegido una buena noche para su visita clandestina. No era probable que aquella pequeña partida formada por un macho, una hembra y un chiquillo hubiese sido divisada ni identificada por quiénes en realidad eran.

—Lamento ponerlos en peligro a tu clan y a ti —fueron las primeras palabras de Durotan. Doomhammer desechó el comentario con un ademán.

—Si la muerte ha de venir a por nosotros, que nos encuentre comportándonos con honor.—Les invitó a sentarse y, con sus propias manos le entregó a su viejo amigo la pata goteante de una presa reciente. Todavía estaba caliente. Durotan la aceptó con un cabeceo, mordió la carne jugosa y arrancó un enorme bocado. Draka hizo lo propio, para luego ofrecerle al bebé sus dedos ensangrentados. El niño chupó con fruición el dulce líquido.

—Es un chiquillo fuerte y sano —dijo Doomhammer. Durotan asintió.

—Será un digno líder para mi clan. Pero no hemos venido hasta aquí para que alabes a mi hijo.

—Hace muchos años, hablaste con palabras veladas.

—Deseaba proteger a mi clan, y no estuve seguro de que mis sospechas estuvieran fundadas hasta que Gul'dan impuso el exilio. Su rápido castigo puso de manifiesto que lo que yo sabía era cierto. Escucha, viejo amigo, y juzga por ti mismo.

En voz baja, de modo que los guardias sentados alrededor de la fogata a algunos pasos de distancia no pudiera oírlos, Durotan comenzó a hablar. Le contó a Doomhammer todo lo que sabía: el pacto con el señor de los demonios, la obscena naturaleza del poder de Gul'dan, la traición que suponía el Consejo de las Sombras para los clanes, el inevitable y deshonroso final de los orcos, que serían utilizados como carnada para las fuerzas demoníacas. Doomhammer escuchó, obligándose a mantener impassible su amplio rostro pero, en el interior de su pecho, su corazón martilleaba igual que su infame arma sobre la carne humana.

¿Sería verdad todo aquello? Parecía el delirio de un idiota, atontado por las batallas. Demonios, pactos oscuros... y aun así, era Durotan el que estaba hablando. Durotan, que era uno de los jefes más sabios, feroces y nobles. En boca de cualquier otro, aquellas palabras habrían sido tildadas de mentiras o disparates. Pero Durotan había sido exiliado por sus palabras, lo que les confería credibilidad, y Doomhammer había confiado su vida al otro caudillo en numerosas ocasiones.

Sólo cabía extraer una conclusión. Lo que le estaba contando Durotan era cierto. Cuando su viejo amigo hubo terminado de hablar, Doomhammer agarró la carne y pegó otro bocado. Masticó despacio mientras su mente intentaba encontrarle algún sentido a lo que allí se había dicho. Al cabo, tragó y habló.

—Te creó, viejo amigo. Permite que te asegure que no pienso respaldar los planes que Gul'dan reserva para nuestro pueblo. Nos enfrentaremos a la oscuridad, a tu lado.

Durotan, sin poder ocultar la emoción, extendió la mano. Doomhammer la asió con fuerza.

—No puedes quedarte mucho tiempo en este campamento, aunque sería un honor tenerte como invitado —dijo Martillo Maldito, al tiempo que se incorporaba—. Uno de mis guardias personales os escoltará a lugar seguro. Hay un riachuelo cerca y mucha caza en los bosques en esta época del año, por lo que no pasaréis hambre. Haré lo que me sea posible en tu nombre y, cuando llegue el momento, tú y yo lucharemos hombro con hombro hasta aniquilar juntos al gran traidor Gul'dan.

El guardia no dijo nada mientras los conducía lejos del campamento, hasta el bosque que se alzaba a varios kilómetros de distancia. Como cabía esperar, el claro al que los llevó estaba aislado y era muy verde. Durotan podía oír el rumor del agua. Se volvió hacia Draka.

—Sabía que podía confiar en mi viejo amigo. No pasará mucho tiempo antes de...

En ese momento, Durotan se quedó helado. Había escuchado otro sonido sobrepuesto al chapoteo del arroyo cercano. Una rama se había partido bajo la planta de un pesado pie...

Lanzó su grito de guerra y alargó el brazo hacia su hacha. Antes de que hubiera podido asir la empuñadura, los asesinos se le echaron encima. Durotan oyó el atenuado chillido de rabia de Draka, pero no podía perder ni un instante para socorrerla. Por el rabllo del ojo, vio que Diente Afilado se abalanzaba sobre uno de los intrusos y lo derribaba.

Habían aparecido en silencio, sin mostrar trazas del orgullo de la caza que formaba parte integral del honor orco. Eran asesinos a sueldo, lo más mezquino, el gusano que se arrastraba

bajo los pies. Mas esos gusanos abundaban por doquier y, si bien mantenían las bocas cerradas de modo tan antinatural, sus armas hablaban una lengua inequívoca.

Un hacha se hincó en el muslo izquierdo de Durotan, que se desplomó. La sangre borbotó cálida en la herida cuando se dio la vuelta y estiró ambos brazos, en un intento desesperado por estrangular a su posible asesino. Vio un semblante aterrador, en tanto que desprovisto de la sana y honesta rabia orca; desprovisto de cualquier emoción, a la verdad. Su adversario volvió a levantar el hacha. Con cada onza de fuerza que le quedaba, las manos de Durotan se cerraron en torno al gáznate del orco. Ahora sí que mostró emoción el gusano, que soltó el hacha e intentó apartar los gruesos y poderosos dedos de Durotan de su cuello.

Un breve y penetrante aullido, seguido del silencio. Diente Afilado había caído. A Durotan no le hacía falta mirar para saberlo. Oía cómo su compañera gruñía una sarta de obscenidades al orco que, lo sabía, iba a acabar con ella. En ese momento, un sonido que le produjo escalofríos hendió el aire: el grito de terror de su bebé.

¡No permitiré que maten a mi hijo! Aquella resolución le confirió energías renovadas y, con un rugido, pese a la sangre que brotaba de la arteria cercenada de su pierna, se propulsó para conseguir que su enemigo se desplomara bajo su inmenso corpachón. Ahora era el asesino el que se revolvía, presa del genuino terror. Durotan apretó con fuerza con ambas manos y sintió el satisfactorio chasquido del cuello entre sus palmas.

—¡No! —La voz pertenecía al guardia desleal, al orco que los había traicionado. El miedo le confería un dejo estridente, casi humano—. No, soy uno de los vuestros, ellos son el objetivo...

Durotan alzó la vista a tiempo de ver cómo un enorme asesino trazaba un arco preciso con una hoja casi tan grande como él. El guardia personal de Doomhammer no tuvo ninguna oportunidad. La espada cercenó limpiamente el cuello del traidor y, al tiempo que la ensangrentada cabeza amputada pasaba volando junto a él, Durotan aún pudo ver el asombro y la sorpresa que se reflejaban en el semblante del guardia ejecutado.

Se dio la vuelta para asistir a su compañera, mas ya era demasiado tarde. Durotan profirió un atronador grito de furia y dolor cuando vio el cuerpo inerte de Draka, cortado en pedazos, tendido en medio del sotobosque, sobre un charco de sangre que no dejaba de extender sus orillas. Su asesino se cernía sobre ella, y ya fijaba su atención en Durotan.

En justa lid, Durotan habría podido rivalizar con cualquiera de los tres. Herido de gravedad como estaba, sin más armas que sus manos desnudas, sabía que se enfrentaba a su muerte. No hizo ademán de defenderse, sino que, por puro instinto, tendió los brazos hacia el pequeño hatillo que era su hijo.

Y se quedó mirando con expresión ausente cómo nacía un manantial de sangre en su hombro. La falta de sangre ralentizaba sus reflejos y, antes de que pudiera reaccionar, su brazo izquierdo fue a reunirse con el derecho en el suelo, entre espasmos. Los gusanos no estaban dispuestos a permitirle ni siquiera que sostuviera a su hijo una última vez.

La pierna herida ya no era capaz de sostenerlo por más tiempo. Durotan trastabilló y se cayó de bruces. Su rostro quedó a meros centímetros del de su hijo. Su poderoso corazón de guerrero se partió al ver la expresión del bebé, cuyo rostro era el reflejo de la confusión y el terror.

—Coged... al niño —boqueó, asombrado ante el hecho de que aún pudiera hablar.

El asesino se agachó, de modo que Durotan pudiera verlo. Escupió sobre el ojo del orco moribundo. Por un momento, Durotan se temió que fuese a empalar al bebé ante los mismísimos ojos de su padre.

—El niño se quedará a merced de las criaturas del bosque —roncó el asesino—. A lo mejor eres testigo de cómo lo devoran.

Dicho lo cual, se alejaron, con el mismo sigilo con el que habían llegado. Durotan bizqueó con fuerza, sintiéndose confuso y desorientado mientras la sangre abandonaba su cuerpo en oleadas. Intentó moverse de nuevo y no le fue posible. Sólo podía observar la estampa de su hijo, cada vez con menos nitidez; el pequeño torso que resollaba al ritmo de sus chillidos, los diminutos puños apretados, porfiando con el aire.

Draka... mi amada... mi hijito... cuánto lo siento. Os he condenado...

Su visión periférica comenzó a atenuarse. La imagen de su hijo empezó a diluirse. El único consuelo que le quedaba a Durotan, jefe del clan del Frostwolf, conforme le abandonaba la vida era el saber que moriría antes de tener que asistir al horrible espectáculo de su hijo siendo devorado vivo por las ensañadas bestias del bosque.

—¡Por la Luz, menudo escándalo! —Tammis Foxton, de veintidós años de edad, arrugó la nariz ante el ruido que estaba despertando ecos por todo el bosque—. Será mejor que nos demos la vuelta, teniente. Sea lo que sea lo que tenga esos pulmones, sin duda habrá espantado a todo lo que mereciera ser cazado.

El teniente Aedelas Blackmoore regaló a su ayudante personal una sonrisa lánguida.

—¿Es que no has aprendido nada de lo que he intentado enseñarte, Tammis?—amonestó, con voz afectada—. No se trata tanto de conseguir algo para la cena como de alejarse de esa condenada fortaleza. Que chille cuanto quiera, sea lo que sea. —Metió la mano en la alforja que pendía a su espalda. La botella era suave y fría al tacto.

—¿Copa de caza, señor? —Tammis, pese a los comentarios de Blackmoore, había sido bien aleccionado. Tendió una pequeña copa en forma de cabeza de dragón que había guardado en su alforja. Las copas de caza estaban diseñadas a propósito para tal fin, y carecían de base sobre las que apoyarse. Blackmoore vaciló, antes de rechazar la oferta con un ademán.

—Sobran los formalismos. —Quitó el corcho con los dientes, sostuvo la botella con una mano y se llevó el gollete a los labios.

Ah, qué dulce que era aquello. Un reguero de fuego se extendió por su garganta hasta alcanzar el estómago. Tras limpiarse la boca con la mano, Blackmoore volvió a tapar la botella y la guardó de nuevo en la alforja. Ignoró a propósito el gesto de preocupación de Tammis que, a su vez, se apresuró a enmendarlo. ¿Qué le importaba a un siervo lo que bebiera su señor?

Aedelas Blackmoore había ascendido deprisa gracias a su increíble habilidad para abrirse camino con la espada entre los ejércitos orcos en el campo de batalla. Sus superiores atribuían sus logros a la pericia y al coraje. Blackmoore podría haberles contado que su coraje se vendía embotellado, pero no lo había juzgado necesario.

Su reputación no le perjudicaba a la hora de merecerse las atenciones de las doncellas, como tampoco lo hacía su deslumbrante atractivo. Alto y apuesto, con el pelo negro largo hasta los hombros, de ojos azules como el acero y con una pequeña perilla elegantemente recortada, era la viva imagen del heroico soldado. El que alguna que otra mujer saliera de su lecho tan afligida como escarmentada y, no en raras ocasiones, con alguna que otra magulladura, era algo que le traía sin cuidado. Había muchas más de donde habían salido las anteriores.

El ensordecedor estruendo comenzaba a irritarle.

—No se aleja —rezongó Blackmoore.

—Quizá se trate de un animal herido, señor, incapaz de moverse —apuntó Tammis.

—En tal caso, busquémoslo y pongamos fin a su sufrimiento. —Hincó los talones en Canción de Noche, un esbelto bruto castrado, tan negro como indicaba su nombre, con más fuerza de la necesaria y salió al galope en dirección a aquel ruido infernal.

Canción de Noche se detuvo de forma tan abrupta que Blackmoore, experto jinete por lo general, a punto estuvo de volar por encima de la cabeza del caballo. Profirió una maldición y descargó un puñetazo contra el cuello del animal, antes de enmudecer al reparar en lo que había causado que Canción de Noche frenara en seco.

—Luz bendita —dijo Tammis, que cabalgaba junto a él a lomos de su poni gris—. Menudo estropicio.

Tres orcos y un enorme lobo blanco yacían despatarrados sobre el lecho del bosque. Blackmoore supuso que habían muerto hacía poco. Aún no se apreciaba el hedor de la descomposición, aunque la sangre ya se había coagulado. Dos machos, una hembra. Daba igual el sexo del lobo. Malditos orcos. Los humanos como él se ahorrarían un montón de problemas si esas bestias se atacaran entre sí más a menudo.

Algo se movió, y Blackmoore vio qué era lo que había estado chillando con tanta violencia. Era la cosa más fea que había visto en su vida... un bebé orco, envuelto en lo que sin duda debía de ser un pañal para aquellas criaturas. Sin apartar la vista de él, desmontó y se dispuso a acercarse.

—¡Cuidado, señor! —exclamó Tammis—. ¡Podría morder!

—Es la primera vez que veo un cachorro —dijo Blackmoore. Lo tocó con la punta de la bota. Rodó hasta escaparse de su pañal azul y blanco, torció aún más el gesto de su carita verde y continuó lamentándose.

A despecho de haber dado ya cuenta del contenido de una botella de aguamiel y de haber mermado en buena parte el de la segunda, la mente de Blackmoore seguía despierta. Comenzó a germinar una idea en su cabeza. Sin hacer caso de las desdichadas súplicas de Tammis, Blackmoore se agachó y levantó al pequeño monstruo, colocando en su sitio el paño blanco y azul. Casi de inmediato, cesó el llanto. Unos ojos grises azulados sostuvieron la mirada de los suyos.

—Interesante. Sus bebés tienen los ojos azules cuando son pequeños, igual que los humanos. — Esos ojos no tardarían en tornarse porcinos y negros, o rojos, y mirarían a los humanos cargados de odio asesino.

A menos...

Durante años, Blackmoore había trabajado el doble para obtener la mitad de reconocimiento que otros hombres de igual alcurnia y categoría. Había porfiado por desembarazarse del estigma de la deslealtad de su padre, y había hecho todo lo posible en aras de conseguir poder y prestigio. Eran muchos los que aún le miraban con escepticismo; «sangre de traidor», solían murmurar a sus espaldas cuando creían que no los oía. Pero ahora, tal vez llegara el día en que no tuviera que soportar por más tiempo esos comentarios hirientes.

—Tammis —dijo, pensativo, con la mirada clavada en el incongruente azul pálido de los ojos del bebé orco—, ¿sabías que tienes el honor de servir a un hombre brillante?

—Desde luego que sí, señor —respondió Tammis, como era de esperar—. ¿Os importa que inquiera por qué eso resulta particularmente cierto en este momento?

Blackmoore miró de soslayo a su sirviente, que aún permanecía montado, y esbozó una sonrisa.

—Porque el teniente Aedelas Blackmoore sostiene en sus manos algo que va a hacer de él un hombre famoso, rico y, lo mejor de todo, poderoso.



CAPÍTULO DOS

Tammis Foxtton se mostraba muy agitado, debido directa e inevitablemente al hecho de que su señor estaba terriblemente disgustado. Cuando había llevado al cachorro de orco a casa, Blackmoore se había comportado igual que en el campo de batalla: alerta, interesado, concentrado.

Los orcos cada vez constituían un reto menor, y los hombres acostumbrados a la emoción de las batallas casi diarias comenzaban a aburrirse. Los combates planeados adquirían cada vez más popularidad, puesto que proporcionaban una válvula de escape para las energías almacenadas, además que ofrecer la oportunidad de que cambiaran de manos algunas monedas.

Ese orco iba a criarse bajo estricto control humano. Con la velocidad y el poder de los orcos, pero con los conocimientos que le impartiría Blackmoore, sería invencible en los torneos organizados que comenzaban a proliferar.

El problema estribaba en que el feo pequeñajo se negaba a comer, y había palidecido y enmudecido durante el transcurso de los últimos días. Nadie decía nada, pero todo el mundo lo sabía. La bestia se moría.

Eso enfurecía a Blackmoore. En cierta ocasión, incluso había llegado a agarrar al pequeño monstruo y había intentado meterle a la fuerza por la garganta carne troceada. Lo único que había conseguido era que el orco, al que había bautizado como «Thrall», estuviera a punto de asfixiarse; cuando Thrall hubo escupido la carne, había tirado al orco sin miramientos sobre el heno y se había alejado a largas zancadas, entre blasfemias, del establo que constituía el hogar temporal de la criatura.

Tammis se conducía con la mayor discreción en presencia de su señor, y elegía sus palabras con más cuidado del habitual. Empero, en más de una ocasión había terminado su encuentro con el teniente Blackmoore con una botella (a veces vacía, a veces no) volando detrás de él.

Su esposa Clannia, una mujer de cabello pajizo y orondos carrillos que servía en las cocinas, puso ante él un plato de comida fría en la mesa de madera y se acarició el terso cuello mientras él se sentaba para comer. Comparado con Blackmoore, el vociferante y rollizo cocinero que regentaba las cocinas era un verdadero paladín.

—¿Alguna noticia? —preguntó Clannia, esperanzada. Se sentó torpemente a su lado, frente a la mesa de madera sin pulir. Hacía algunas semanas que había dado a luz y sus

movimientos seguían siendo algo vacilantes. Su hija mayor Taretha y ella habían comido hacía ya horas. Sin ser vista por sus progenitores, la muchacha, que dormía con su hermanito en una pequeña cama al lado del hogar, se había despertado al sentir la presencia de su padre. Se había sentado, con los rizos rubios cubiertos por el gorro de noche, observaba a los adultos y escuchaba su conversación.

—En efecto, y todas malas —respondió Tammis, abatido, mientras se acercaba a la boca una cucharada de sopa de patata fría. Masticó, tragó, y continuó—: El orco se está muriendo. Se niega a comer todo lo que le ofrece Blackmoore.

Clannia exhaló un suspiro y reanudó sus zurcidos. La aguja centellaba arriba y abajo, hilando un vestido nuevo para Taretha.

—No es de extrañar —dijo la mujer, en voz baja—. Blackmoore no tenía derecho a traer algo así a Durnholde. Como si no tuviésemos bastante con soportar los gritos de los adultos durante todo el día. No veo la hora de que terminen de construir los campos de internamiento y dejen de ser problema de Durnholde. —Se estremeció.

Taretha observaba en silencio. Tenía los ojos muy abiertos. Había oído vagos rumores acerca de un bebé orco, pero era la primera vez que tenía ocasión de escuchar a sus padres hablando de él. Su joven mente estaba desbocada. Los orcos eran tan grandes y eran tan amedrentadores, con esos colmillos, la piel verde y sus voces atronadoras... Sólo los había visto de refilón, pero había oído todas las historias. Un bebé no podía ser grande ni dar tanto miedo. Miró de soslayo la pequeña figura de su hermano. Ante sus ojos, Faralyn se agitó, abrió su boquita de piñón y, con un grito ensordecedor, anunció que tenía hambre.

Clannia se aprestó a levantarse, soltó la tela, cogió a su hijo, desnudó un pecho y se dispuso a amamantar al bebé.

—¡Taretha! —amonestó—. Deberías estar dormida.

—Lo estaba —repuso Taretha, al tiempo que se levantaba y corría hacia su padre—. Me ha despertado papá.

Tammis esbozó una sonrisa cansada y permitió que su hija se aupara hasta su regazo.

—No volverá a dormirse hasta que Faralyn haya terminado —le dijo a Clannia—. Deja que la sostenga un momento. La veo tan poco, y crece igual que la mala hierba. —Propinó un cariñoso pellizco en la mejilla a su hija, que soltó una risita—. Si el orco se muere, repercutirá en perjuicio de todos nosotros.

Taretha frunció el ceño. La respuesta era obvia.

—Papá, si es un bebé, ¿por qué intentáis que coma carne?

Ambos adultos la miraron, atónitos.

—¿Qué quieres decir, pequeña? —preguntó Tammis, con un hilo de voz.

Taretha señaló a su hermano lactante.

—Los bebés beben leche, igual que Faralyn. Si la madre de este orco está muerta, ya no puede beber su leche.

Tammis continuó mirándola, hasta que una sonrisa comenzó a extenderse despacio sobre su rostro agotado.

—Qué cosas tienen estos crios —susurró, antes de abrazar a su hija con tanta fuerza que la muchacha comenzó a revolverse a modo de protesta.

—Tammis... —La voz de Clannia era tirante.

—Querida. —Sostuvo a Taretha con un brazo y extendió el otro por encima de la mesa, hacia su esposa—. Tari tiene razón. Por bárbaras que sean sus costumbres, también los orcos amamantan a sus bebés, igual que nosotros. Suponemos que la cría de orco no debe de contar más que con unos pocos meses de edad. No es de extrañar que no pueda comer carne todavía. Ni siquiera tiene dientes. —Vaciló, pero Clannia palideció, como si supiera qué iba a decir a continuación.

—No querrás que... no me irás a pedir que...

—¡Piensa en lo que significaría para nuestra familia! —exclamó Tammis—. Hace diez años que sirvo a Blackmoore. Es la primera vez que algo suscita su interés de este modo. ¡Si ese orco sobrevive gracias a nosotros, no nos faltará de nada!

—No... no puedo —tartamudeó Clannia.

—¿No puede qué? —quiso saber Taretha, pero ambos la ignoraron.

—Por favor —rogó Tammis—. Si sólo será durante una temporada.

—¡Son monstruos, Tam! —gritó Clannia—. Monstruos, y tú... tú quieres que yo... —Se cubrió el rostro con una mano y comenzó a sollozar. El bebé siguió lactando, imperturbable.

—Papá, ¿por qué llora mamá? —preguntó Taretha, ansiosa.

—Pero si no lloro —repuso Clannia, con voz pastosa. Se enjugó el rostro mojado y se obligó a sonreír—. ¿Ves, cariño? No pasa nada. —Miró a Tammis, y tragó saliva con dificultad—. Es sólo que tu papá necesita que yo haga una cosa, eso es todo.

Cuando Blackmoore supo que la esposa de su ayudante personal había accedido a amamantar al bebé orco moribundo, la familia Foxton recibió muchos regalos. Ricas telas, las frutas más frescas y las carnes más selectas, las mejores velas de cera de abeja... todo esto y más comenzó a aparecer con regularidad ante la puerta de la pequeña estancia que constituía el hogar de la familia. Esa habitación no tardó en ser sustituida por otra, y aun por aposentos más espaciosos. Tammis Foxton recibió su propio caballo, una yegua baya encantadora a la que llamó Doncella de Fuego. Clannia, a la que ya se referían como a la señora Foxton, dejó de servir en la cocina, pero dedicaba todo su tiempo a sus hijos y a atender a las necesidades de lo que Blackmoore llamaba su «proyecto especial». Taretha se cubría con bonitos vestidos e incluso disponía de un tutor, un hombre tan quisquilloso como amable que respondía al nombre de Jaramin Skisson, que había recibido el encargo de enseñarle a leer y a escribir, como a una dama.

Pero no le estaba permitido hablar de la pequeña criatura que vivió con ellos durante todo un año y que, cuando Faralyn murió por culpa de las fiebres, se había convertido en el único bebé de la familia Foxton. Cuando Thrall hubo aprendido a beber una repugnante combinación de sangre, leche de vaca y papilla con sus propias manos, tres guardias armados vinieron y se lo quitaron a Taretha de los brazos. La muchacha lloró y protestó, y recibió una severa azotaina por sus lamentos.

Su padre la abrazó y la apaciguó, mientras besaba la pálida mejilla, allí donde resultaba visible la impronta roja de unos dedos. La joven se tranquilizó, al cabo; como la niña obediente que quería parecer, accedió a no volver a mencionar a Thrall, salvo en los términos más indiferentes.

Pero se juró que jamás olvidaría a aquella extraña criatura que había sido casi como un hermano pequeño para ella.

Nunca.

—No, no. Así. —Jaramin Skisson se colocó junto a su pupilo—. Sosténlo así, con los dedos aquí... y aquí. Ah, eso está mejor. Ahora haz este movimiento... como una serpiente.

—¿Qué es una serpiente? —preguntó Thrall. Sólo contaba seis años de edad, pero ya era casi tan grande como su tutor. Sus torpes manazas no conseguían asir el delicado y fino estilo con propiedad, y la tablilla de arcilla se le escurría sin cesar. Pero era tozudo, y estaba decidido a dominar esa letra que Jaramin llamaba «ese».

Jaramin parpadeó tras sus enormes lentes.

—Ah, claro —dijo, más para sí que para Thrall—. Una serpiente es un reptil sin patas. Se parece a esta letra.

Thrall se entusiasmó al caer en la cuenta.

—Como un gusano. —A menudo tomaba como pisco-labis a esas pequeñas golosinas que se abrían paso hasta su celda.

—Sí, se parece a un gusano. Inténtalo de nuevo, esta vez tú solo.

Thrall sacó la lengua y compuso un gesto de concentración. Una forma trémula apareció sobre la arcilla, y supo que en ella se podía reconocer una «ese». Orgulloso de sí mismo, se la mostró a Jaramin.

—¡Muy bien, Thrall! Creo que ya va siendo hora de que empiece a enseñarte los números.

—Pero antes, es hora de aprender a pelear, ¿eh, Thrall?

Thrall levantó la cabeza para ver la esbelta figura de su señor, el teniente Blackmoore, de pie en el vano de la puerta. Entró. Thrall oyó cómo se cerraba el cerrojo al otro lado de la puerta. Nunca había intentado huir, pero parecía que los guardias esperaban que lo hiciera en cualquier momento.

De inmediato, Thrall se postró como le había enseñado Blackmoore. Una cariñosa palmadita en la cabeza le indicó que tenía permiso para levantarse. Se incorporó con dificultad, sintiéndose de repente más grande y torpe que de costumbre. Mantuvo la mirada fija en las botas de Blackmoore, a la espera de lo que fuese que le tuviera reservado su señor.

—¿Qué tal va con las clases? —le preguntó Blackmoore a Jaramin, como si Thrall no estuviera delante.

—Muy bien. No sabía que los orcos pudieran ser tan inteligentes, pero...

—No es inteligente porque sea un orco —interrumpió Blackmoore, con un tono de voz tan agudo que Thrall se encogió—. Es inteligente porque los humanos le hemos enseñado a serlo. Que no se te olvide, Jaramin. —Las botas se giraron en dirección a Thrall—. Y a ti, que tampoco se te olvide.

Thrall meneó la cabeza, con violencia.

—Mírame, Thrall.

Thrall vaciló, antes de elevar su mirada azul. Los ojos de Blackmoore se clavaron en los del orco.

—¿Sabes lo que significa tu nombre?

—No, señor. —Su voz resonó tosca y profunda, incluso a sus propios oídos, comparada con la armonía musical de las voces humanas.

—Significa «esclavo». Significa que me perteneces. —Blackmoore avanzó un paso y clavó un índice tieso en el torso del orco—. Significa que soy tu propietario. ¿Lo entiendes?

Por un momento, Thrall se quedó tan perplejo que no atinó a responder. ¿Su nombre significaba esclavo? Sonaba tan agradable cuando lo pronunciaban los humanos que había pensado que debía de ser un buen nombre, un nombre digno.

La mano enguantada de Blackmoore saltó para abofetear a Thrall. Aunque el teniente había impulsado el brazo con vigor, la piel de Thrall era tan gruesa y tan dura que el orco apenas sintió el golpe. A pesar de todo, se sintió dolido. ¡Su señor le había pegado! Con una manaza se acarició la mejilla; las negras uñas estaban recortadas.

—Responde cuando te hablen —espetó Blackmoore—. ¿Entiendes lo que acabo de decir?

—Sí, maese Blackmoore —repuso Thrall; su profundo vozarrón era apenas un susurro.

—Excelente. —El rostro furibundo de Blackmoore se relajó hasta ofrecer una sonrisa de aprobación. Sus dientes resaltaban blancos contra el marco negro de su perilla. Así de repente, todo volvía a estar en orden. Thrall se sintió inundado de alivio. Sus labios se curvaron para aproximarse todo lo que les era posible a la sonrisa de Blackmoore—. No hagas eso, Thrall. Pareces más feo de lo que ya eres.

De golpe y porrazo, la sonrisa del orco se desvaneció.

—Teniente —intervino Jaramin, en voz baja—, tan sólo intenta imitar vuestra sonrisa, eso es todo.

—Bueno, pues no debería. Los humanos sonríen. Los orcos, no. Has dicho que iba bien con las lecciones, ¿verdad? Así pues, ¿ya sabe leer y escribir?

—Lee a un nivel bastante avanzado. En lo que se refiere a escribir, sí que sabe, pero esos dedos tan gruesos se las ven y se las desean con algunos caracteres.

—Excelente —repitió Blackmoore—. En tal caso, ya no necesitamos más tus servicios.

Thrall inspiró una rápida bocanada y miró a Jaramin. El anciano parecía tan sorprendido como él por aquella declaración.

—Todavía desconoce muchas cosas, señor —balbució Jaramin—. Sabe muy poco acerca de los números, de la historia, del arte...

—No hace falta que sea un historiador, y yo mismo sabré ocuparme de que aprenda lo que necesite sobre los números. ¿Para qué necesita saber nada de arte un esclavo, eh? Supongo que a ti eso te parecerá una pérdida de tiempo, ¿eh, Thrall?

Thrall pensó por un instante en aquella vez que Jaramin había traído consigo una pequeña estatua y le había explicado cómo estaba tallada; recordó la conversación que habían tenido acerca del tejido de sus pañales, de brillantes colores azules y blancos. Jaramin había dicho que aquello era «arte», y Thrall se había mostrado entusiasmado por aprender más acerca de la confección de cosas tan hermosas.

—Los deseos de mi señor son órdenes para Thrall —respondió, obediente, ocultando los sentimientos de su corazón.

—Exacto. No te hace falta saber nada de eso, Thrall. Lo que tienes que hacer es aprender a pelear. —Con un afecto inusitado, Blackmoore extendió el brazo y apoyó una mano sobre el enorme hombro de Thrall. El orco se encogió y miró a su señor—. Quería que aprendieras a leer y a escribir porque tal vez algún día te confiera ventaja sobre tu oponente. Yo me ocuparé de que domines todas las armas que conozco. Voy a enseñarte lo que es la estrategia, Thrall, y la picardía. Serás famoso en la arena de los gladiadores. Miles de voces corearán tu nombre cuando aparezca. ¿Qué tal suena eso, eh?

Thrall vio cómo Jaramin se daba la vuelta y comenzaba a recoger sus bártulos. Sintió un dolor extraño al ver cómo desaparecían el estilo y la tablilla de arcilla dentro de la bolsa de Jaramin, por última vez. Con un rápido vistazo por encima del hombro, Jaramin llegó hasta la puerta y llamó con los nudillos. Le abrieron. Salió, y la puerta volvió a quedar cerrada y trancada.

Blackmoore aguardaba la respuesta de Thrall. El orco aprendía deprisa, y no quería que volvieran a golpearlo por no contestar a tiempo. Tras obligarse a infundir a sus palabras una certeza que no sentía, le dijo a su señor:

—Suena emocionante. Me alegro de que mi señor desee que siga ese camino.

Por primera vez desde que tenía uso de razón, Thrall el orco salió de su celda. Observaba maravillado mientras recorría varios y sinuosos pasillos de piedra, precedido de dos guardias, con otros dos a su espalda, y con Blackmoore caminando a la par de él. Ascendieron unas

escaleras, cruzaron un pasadizo y bajaron por una escalera de caracol, tan estrecha que parecía que se cerniera sobre Thrall.

Al frente se apreciaba una claridad que le hizo entornar los ojos. Se acercaban a la luz, y el temor a lo desconocido comenzó a hacer mella en él. Cuando los guardias que tenía delante traspusieron la luz para adentrarse en la misma, Thrall se quedó de piedra. El suelo que tenía delante era amarillo y marrón, no de piedra gris, que era a lo que estaba acostumbrado. Unas cosas negras que se parecían a los guardias yacían en el suelo y seguían todos sus movimientos.

—¿Qué haces? —espetó Blackmoore—. Sal. Cualquiera otro prisionero daría el brazo derecho por poder ver la luz del sol.

Thrall sabía lo que era eso. «La luz del sol» era lo que entraba en su celda a través de pequeñas rendijas. ¡Pero había tanta luz del sol ahí fuera! Y, ¿qué había de esas cosas negras? ¿Qué eran?

Thrall señaló a las figuras negras con forma de hombre que había en el suelo. Para su vergüenza, todos los guardias empezaron a reírse. A uno de ellos incluso le corrían lágrimas por el rostro. Blackmoore enrojeció.

—Idiota, eso no es más que... Por la Luz, ¿me habré hecho de un orco que tiene miedo de su propia sombra? —A un gesto suyo, uno de los guardias clavó la punta de su lanza en la espalda de Thrall. Aunque su piel, gruesa de por sí, lo protegía, el empujón azuzó a Thrall a seguir adelante.

Le escocían los ojos, y alzó las manos para tapárselos. Aun así, el calor de la... luz del sol... sobre su cabeza y su espalda era agradable. Poco a poco, bajó las manos y parpadeó, permitiendo que sus ojos se acostumbraran a la luz.

Algo verde y enorme se cernió ante él.

Por instinto, se irguió cuan alto era y profirió un rugido. Los guardias volvieron a soltar la risa pero, en esta ocasión, Blackmoore asintió complacido por la reacción de Thrall.

—Eso es un luchador de mentirijillas. Está fabricado con arpillera, relleno y pintura, Thrall. Es un troll.

Thrall volvió a sentirse abochornado. Ahora que lo veía más de cerca, se daba cuenta de que aquello no era un ser vivo. El pelele tenía paja en vez de pelo, y las puntadas que lo mantenían unido resultaban visibles.

—¿Los trolls se parecen a eso?

Blackmoore sofocó una risita.

—Un poco. Lo que prima no es el realismo, sino el entrenamiento. Observa.

Extendió un brazo y uno de los guardias depositó algo en su guante.

—Esto es una espada de madera —explicó Blackmoore—. Una espada es un arma, y las de madera se emplean en los ejercicios. Cuando hayas practicado lo suficiente, pasaremos a las de verdad.

Blackmoore sostuvo la espada con ambas manos. Se afianzó en el suelo y corrió hacia el troll de entrenamiento. Consiguió golpearlo tres veces; una en la cabeza, otra en el tronco y otra en el brazo que sostenía un arma de trapo, sin detenerse. Con la respiración apenas entrecortada, se dio la vuelta y regresó al trote.

—Ahora, inténtalo tú.

Thrall tendió la mano hacia el arma. Sus gruesos dedos se cerraron en torno a la empuñadura. Encajaba en su palma mucho mejor que el estilo. También se sentía más a gusto con ella, como si le resultara familiar. Afianzó su presa e intentó repetir lo que había visto que hacía Blackmoore.

—Muy bien —dijo Blackmoore. Dirigiéndose a uno de los guardias, añadió—: Fíjate, ¿has visto eso? Lo lleva en la sangre. Ya lo sabía yo. Ahora, Thrall... ¡ataca!

Thrall giró en redondo. Por primera vez en su vida, su cuerpo parecía ansioso por hacer lo que le pedían. Levantó la espada y, para su sorpresa, un rugido brotó de su garganta. Sus piernas comenzaron a impulsarlo casi como si estuvieran dotadas de vida propia, conduciéndolo hacia el troll a gran velocidad. Alzó la espada (ah, qué fácil era), y la bajó trazando un veloz arco en dirección al tronco del pelele.

Se escuchó un tremendo estrépito y el troll salió volando por los aires. Temiendo que hubiese cometido alguna equivocación, la gracia de Thrall se tornó de nuevo torpeza y se le enredaron los pies. Se cayó de bruces y sintió que la espada de madera se partía bajo su cuerpo.

Se puso de pie con esfuerzo y se postró, seguro de que iba a recibir un terrible castigo. Había roto el troll de mentira y había destruido la espada de prácticas. ¡Era tan grande, tan torpe...!

El aire se llenó de sonoros vítores. Aparte de Jaramin, los silenciosos guardias y las ocasionales visitas de Blackmoore, Thrall no se había relacionado mucho con los humanos. Nadie le había enseñado a discernir los matices de sus onomatopeyas, pero tenía la extraña sospecha de que aquel sonido no indicaba ira. Con cautela, levantó la vista.

Blackmoore ostentaba una enorme sonrisa, al igual que los guardias. Uno de ellos batía las palmas para crear estruendosos chasquidos. Cuando reparó en Thrall, la sonrisa de Blackmoore se ensanchó aún más.

—¿No os había dicho que superaría todas las expectativas? ¡Bien hecho, Thrall! ¡Bien hecho!

Thrall parpadeó, inseguro.

—¿No he... no lo he hecho mal? El troll y la espada... se han roto.

—¡Y tanto que se han roto! ¡La primera vez que empuñas una espada y el troll sale volando por el patio! —La exaltación de Blackmoore se fue apaciguando; rodeó al joven orco con el brazo, en ademán de compañerismo. Thrall se tensó al principio, luego se relajó—. Imagínate que estuvieras en la arena de los gladiadores. Imagínate que ese troll fuera real,

que tu espada fuese auténtica. Y supón que la primera vez que cargases, lo golpearas con tanta fuerza que lo enviaras igual de lejos. ¿No te das cuenta de que eso es bueno, Thrall?

El orco supuso que debía de serlo. Sus enormes labios querían tensarse sobre sus dientes para sonreír, pero contuvo el impulso. Blackmoore nunca se había mostrado tan satisfecho con él, tan amable, y no quería hacer nada que empañara ese momento.

Blackmoore le propinó un apretón en el hombro, antes de volverse hacia sus hombres.

—¡Tú! —le gritó a un guardia—. Vuelve a clavar el troll en la estaca, y asegúrate de afianzarlo de modo que resista las poderosas estocadas de mi Thrall. Tú, consígueme otra espada de madera. Demonios, trae cinco. ¡Seguro que las rompe todas!

Por el rabillo del ojo, Thrall notó movimiento. Se giró y vio a un hombre alto y cimbreño de pelo rizado, vestido de rojo oscuro, negro y oro, lo que lo señalaba como uno de los sirvientes de Blackmoore. Junto a él había un pequeño ser humano de brillante pelo amarillo. No se parecían en absoluto a los guardias que conocía. Se preguntó si eso sería un niño humano. Parecía más blando, y sus ropas no eran los pantalones y las túnicas con las que se cubrían los demás, sino un traje largo y vaporoso que acariciaba el polvo del suelo. Así pues, ¿sería una cría hembra?

Sus ojos se encontraron con los azules de la niña. Ésta no parecía asustada en absoluto por su fea apariencia. Al contrario, le sostuvo la mirada y, ante sus ojos, le dedicó una radiante sonrisa y le saludó con la mano, como si se alegrara de verlo.

¿Cómo podía ser eso? Mientras Thrall se quedaba parado, intentando encontrar la respuesta adecuada, el macho que la acompañaba cogió a la hembra por el hombro y se la llevó de allí.

Thrall, preguntándose aún qué acababa de ocurrir, se volvió hacia los hombres que seguían vitoreando y cerró su mano, verde y enorme, en torno a otra espada de madera.



CAPÍTULO TRES

No tardó en establecerse una rutina; una rutina que Thrall seguiría durante varios años. Comía al amanecer, le colocaban unos grilletes en torno a las muñecas y los tobillos, salía al patio de Durnholde y se entrenaba. Al principio, era Blackmoore en persona el encargado de supervisar los ejercicios, enseñándole los movimientos básicos y ensalzándolo con efusividad. En ocasiones, no obstante, el humor de Blackmoore se agriaba y Thrall no conseguía hacer nada para agraderle. En esas ocasiones, la lengua del noble parecía algo lenta, sus movimientos torpes, y despotricaba contra el orco sin razón aparente. Thrall llegó a aceptar el hecho de que no era digno. Si Blackmoore le amonestaba, sería porque se lo merecía; cualquier halago se debía tan sólo a la magnanimidad de su señor.

Transcurridos algunos meses, hizo su aparición otro hombre y Thrall dejó de ver a Blackmoore con regularidad. Este hombre, al que Thrall sólo conocía por el sobrenombre de sargento, era enorme para los estándares humanos. Sobrepasaba el metro ochenta de altura, y su poderoso torso estaba cubierto de rizos rojos. El pelo de su cabeza también era anaranjado, y su enmarañadas greñas encontraban su igual en la larga barba. Llevaba una bufanda negra anudada alrededor del cuello, y en una oreja exhibía un gran aro. La primera vez que había acudido para dirigirse a Thrall y a los demás luchadores que se entrenaban junto a él, les había dedicado a todos una penetrante mirada y había propuesto su reto a voces.

—¿Veis esto? —Señaló con un dedo achatado el reluciente aro de su oreja—. No me lo he quitado en trece años. He entrenado a miles de reclutas como vosotros, cachorros, y a todos los grupos les he dicho lo mismo: quitadme este pendiente de la oreja y dejaré que me apaleéis a placer. —Sonrió, mostrando varios huecos en su dentadura—. A lo mejor ahora no os lo parece, pero para cuando haya terminado con vosotros, venderíais a vuestra propia madre con tal de tener una ocasión de ponerme la mano encima. Si alguna vez fuese tan lento que no consiguiera zafarme del ataque de cualquiera de vosotros, damiselas, merecería que me arrancaran la oreja de cuajo y que me obligaran a tragarme los dientes que me quedan.

Había estado paseándose despacio ante la hilera de hombres, y se detuvo de pronto enfrente de Thrall.

—Aplicáte el cuento, duende superdesarrollado —rugió el sargento.

Thrall agachó la cabeza, confuso. Le habían enseñado que nunca, nunca, debía levantar la mano contra los humanos. Aun así, parecía que iba a tener que luchar con ellos. Ni se le ocurriría intentar quitar el pendiente del lóbulo del sargento.

Una mano enorme agarró la barbilla de Thrall y le levantó la cabeza de golpe.

—Mírame cuando te hable, ¿entendido?

Thrall asintió, patidifuso. Blackmoore nunca quería que lo mirara a los ojos. Ese hombre acababa de ordenarle que sí lo hiciera. ¿A quién se suponía que debía obedecer?

El sargento los dividió en parejas. Su número era impar, y Thrall terminó por quedarse solo. El sargento se plantó ante él y le lanzó una espada de madera. Por instinto, Thrall la cogió. El sargento soltó un gruñido de aprobación.

—Buena coordinación de movimientos. —Al igual que los demás hombres, portaba un escudo y se cubría con una pesada armadura almohadillada que le protegía la cabeza y el cuerpo. Thrall no llevaba ninguna. Su piel era tan resistente que apenas sentía los golpes, y crecía tan deprisa que cualquier atuendo o armadura que confeccionaran a su medida se quedaba pequeño enseguida—. ¡A ver cómo te defiendes! —Sin más aviso, el sargento cargó contra Thrall.

Por una fracción de segundo, Thrall se encogió ante el ataque. Luego, algo en su interior pareció encajar en su sitio. Dejó de moverse con miedo y confusión, y ganó una posición de confianza. Se enderezó, cuan alto era, y se dio cuenta de que crecía tan deprisa que era más alto incluso que su oponente. Levantó el brazo izquierdo, que sabía que algún día sostendría un escudo más pesado que un humano, para protegerse de la espada de madera, y descargó su propia arma en un veloz arco. Si el sargento no hubiera reaccionado a una velocidad sorprendente, la espada de Thrall se habría incrustado en su yelmo. Incluso con esa protección, Thrall sabía que el poder que impulsaba su estocada probablemente habría matado al sargento.

Pero el sargento era ágil, y su escudo detuvo el mortífero ataque de Thrall. El orco gruñó, sorprendido, cuando el sargento logró atizarle el abdomen desnudo. Se tambaleó, perdido el equilibrio.

El sargento aprovechó la abertura y presionó, descargando tres rápidos golpes que habrían terminado con la vida de cualquier hombre sin armadura. Thrall recuperó el equilibrio y sintió que se apoderaba de él un impulso ferviente y desconocido. Toda su frustración y su indefensión se desvanecieron, suplantadas por un objetivo letal: Matar al sargento.

Profirió un grito sobrecogedor, el poder de su voz lo sobresaltó incluso a él, y arremetió. Levantó el arma y golpeó, la levantó y golpeó, descargando una lluvia de golpes sobre el hombretón. El sargento intentó retirarse y su bota patinó sobre una piedra. Se cayó de espaldas. Thrall volvió a soltar un alarido, conforme el deseo de reducir a pulpa la cabeza del sargento lo empapaba igual que una ola de fuego. El sargento consiguió colocar la espada ante él y desvió la mayoría de los golpes, pero Thrall ya lo había inmovilizado entre sus poderosas piernas. Tiró la espada a un lado y extendió las enormes manos. Si pudiera rodear con ellas el cuello de Blackmoore...

Aturdido por la imagen que se había formado en su mente, Thrall se quedó helado, con los dedos a escasos centímetros de la garganta del sargento. Se protegía con un collar, sí, pero los dedos de Thrall eran poderosos. Si hubiera conseguido cerrar su presa...

En ese momento, se le echaron encima varios hombres a la vez, imprecándole y apartándolo de la figura rendida del instructor marcial. Ahora era Thrall el que se encontraba tendido de espaldas, con los poderosos brazos levantados para zafarse de los golpes de varias espadas. Oyó un extraño sonido, un tañido, y vio algo metálico que atrapaba la brillante luz del sol.

—¡Basta! —gritó el sargento. Su voz seguía siendo tan sobrecogedora e imperiosa como si no se hubiera encontrado a escasos centímetros de la muerte—. ¡Maldita sea, detente o te corto ese condenado brazo! ¡Guarda la espada enseguida, Maridan!

Thrall oyó un siseo. Un par de fuertes brazos lo asieron y lo levantaron. Miró al sargento.

Para su sorpresa, el sargento soltó una sonora risotada y dio una palmada en el hombro del orco.

—Buen trabajo, gañán. Es lo más cerca que ha estado nadie de quitarme el pendiente... y en el primer combate, además. Eres un guerrero nato, pero se te olvidó cuál era el objetivo, ¿no es así? — Señaló el aro de oro—. Éste era el objetivo, no exprimirme como a una naranja.

Thrall pugnó por hablar.

—Lo siento, sargento. No sé lo que ha ocurrido. Usted me atacó, y entonces... —A punto estuvo de mencionar la breve imagen de Blackmoore. Por si no fuera poco que hubiese perdido la cabeza.

—A algunos enemigos querrás someterlos a lo que acabas de hacer —dijo el sargento, sorprendiéndole—. Buena táctica. Pero a algunos oponentes, como a todos los humanos con los que te vas a enfrentar, querrás derribarlos y nada más. Ahí se acaba. La sed de sangre tal vez te salve la vida en una batalla real pero, para los combates de gladiadores, te hará falta tener más de aquí —se tocó la sien con un dedo—, que de aquí —se palmeó el estómago—. Quiero que leas algunos libros sobre estrategia. Sabes leer, ¿no?

—Un poco —consiguió articular Thrall.

—Tienes que aprender la historia de las campañas bélicas. Todos estos cachorros la conocen — indicó a los demás soldados con un gesto—. Durante una temporada, ésa será su ventaja. —Se giró para fulminarlos con la mirada—. Pero sólo durante una temporada, gañanes. Éste tiene fuerza y coraje, y todavía es un bebé.

Los hombres miraron a Thrall con hostilidad. El orco sintió una súbita calidez, una dicha desconocida hasta ese momento. Había estado a punto de matar a ese hombre, pero no se había merecido una reprimenda por ello. En vez de eso, le habían dicho que tenía que aprender, que mejorar, para saber cuándo podía ir a matar y cuándo podía mostrar... ¿qué? ¿Cómo se llamaba cuando uno le perdonaba la vida a un oponente?

—Sargento —comenzó, preguntándose si sería castigado por formular esa pregunta—, a veces... usted ha dicho que a veces no se debe matar. ¿Por qué no?

El sargento lo miró, imperturbable.

—Se llama clemencia, Thrall. También aprenderás lo que significa eso.

Clemencia. Para sus adentros, Thrall envolvió la palabra con su lengua. Era una palabra dulce.

—¿Permitió que le hiciera eso? —Aunque se suponía que Tammis no debería atender a esa conversación personal entre su señor y el hombre que había contratado para entrenar a Thrall, la estridente voz de Blackmoore atravesaba las paredes. Tammis dejó de limpiar el barro de las botas de Blackmoore y aguzó el oído. Para él, eso no era espiar. Lo consideraba un método fundamental para proteger el bienestar de su familia.

—Fue un buen movimiento marcial —replicó el sargento, sin que pareciera que estuviese a la defensiva—. Lo he tratado del mismo modo que habría hecho con cualquier otro hombre.

—¿Pero es que Thrall no es un hombre, es un orco! ¿O no se ha dado usted cuenta?

—Sí, desde luego —repuso el sargento. Tammis se colocó de manera que pudiera atisbar por la rendija de la puerta entreabierta. El sargento parecía fuera de lugar en el lujoso recibidor de Blackmoore—. Y no me corresponde a mí preguntarle por qué quiere que reciba una formación tan concienzuda.

—En eso tiene razón.

—Pero quiere que reciba una formación concienzuda, y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—¿Dejando que casi lo mate?

—¿Alabando un buen movimiento, y enseñándole cuándo emplear la sed de sangre y cuándo conservar la cabeza fría! —gruñó el sargento. Tammis contuvo una sonrisa. Resultaba evidente que al sargento le costaba lo suyo mantener su cabeza fría—. Pero ése no es el motivo de mi visita. Tengo entendido que usted le enseñó a leer. Quiero que eche un vistazo a algunos libros.

Tammis contuvo el aliento.

—¿Cómo? —exclamó Blackmoore.

Tammis se había olvidado por completo de su faena. Espiaba por la rendija de la puerta, con el cepillo en una mano y una bota cubierta de barro en la otra, escuchando con atención. Cuando sintió el roce en el hombro, a punto estuvo de caerse del susto.

Con el corazón desbocado, se volvió para ver a Taretha. La muchacha le dedicó una sonrisa traviesa; sus ojos azules fueron de su padre a la puerta. Saltaba a la vista que sabía lo que estaba haciendo.

Tammis se sintió abochornado, pero esa emoción sucumbió arrollada por el apasionado deseo de saber qué iba a ocurrir. Se llevó un dedo a los labios y Taretha asintió, cómplice.

—A ver, ¿por qué le enseñó al orco a leer si no quería que lo hiciera?

Blackmoore balbució alguna incoherencia.

—Tiene cabeza, por mucho que usted piense lo contrario, y si quiere que aprenda tal y como me pidió, tendrá que permitir que aprenda tácticas de batalla, mapas, estrategias, técnicas de sitio...

El sargento se servía de los dedos para enumerar los objetivos, con indolencia.

—¡Está bien! —explotó Blackmoore—. Aunque supongo que viviré para arrepentirme de esto... —Se encaminó a la pared cubierta de libros y seleccionó unos cuantos—. ¡Taretha! —aulló.

Los dos sirvientes Foxton, padre e hija, dieron un respingo. Taretha se apresuró a plisarse el cabello, adoptó una expresión complaciente y entró en la estancia.

Hizo una reverencia.

—¿Sí, señor?

—Toma. —Blackmoore le alcanzó los libros. Eran grandes y aparatosos, y le ocuparon los brazos. La muchacha lo miró por encima del último, sobre el que sólo asomaban sus ojos—. Quiero que se los lleves al guardia de Thrall para que se los dé al orco.

—Sí, señor —respondió Taretha, como si eso fuera algo que le pidieran todos los días, y no una de las órdenes más sorprendentes que Tammis recordara haber oído de labios de su señor—. Pesan un poco, señor... ¿le importa que vaya a mi cuarto y coja una bolsa? Así será más fácil transportarlos.

Ofrecía el aspecto de la criada perfecta. Sólo Tammis y Clannia conocían la mente y la lengua tan agudas que se ocultaba tras aquel engañoso semblante de dulzura. Blackmoore se apaciguó un tanto y le dio unas palmaditas en su rubia cabeza.

—Claro que no, niña. Pero no te entretengas, ¿entendido?

—Desde luego, señor. Gracias, señor. —Pareció que pensara en realizar otra reverencia, se lo pensó mejor, y se marchó.

Tammis cerró la puerta tras ella. Taretha se volvió hacia él, resplandecientes sus grandes ojos.

—¡Ay, papá! —exhaló, en voz baja para que nadie más la oyera—. ¡Por fin voy a conseguir verlo!

A Tammis se le encogió el corazón. Había rezado para que a su hija se le hubiera pasado ese perturbador interés por el bienestar del orco.

—No, Taretha. Vas a darle los libros a los guardias, eso es todo.

El rostro de la muchacha evidenció su tristeza, antes de girarse.

—Es que... desde que murió Faralyn... es el único hermano que me queda.

—No es tu hermano, sino un orco. Un animal, carne de campamento o de gladiador. Que no se te olvide. —Tammis aborrecía desilusionar a su hija, pero lo hacía por su propio bien.

Nadie debía reparar en el interés que mostraba por Thrall. Eso no acarrearía más que desgracias si Blackmoore llegara a enterarse.

Thrall dormía profundamente, agotado por el ajetreo del día de entrenamiento, cuando la puerta de la celda se abrió de golpe. Parpadeó soñoliento, antes de ponerse de pie cuando uno de los guardias entró acarreando una gran bolsa.

—El teniente dice que esto es para ti. Quiere que hables con él cuando acabes. —Había una nota de desdén en la voz del guardia, pero Thrall no le prestó atención. Los guardias siempre se dirigían a él con desprecio.

La puerta se cerró y quedó trancada. Thrall miró la bolsa. Con una delicadeza impropia de su enorme corpachón, desató el nudo y metió la mano. Sus dedos se cerraron en torno a algo firme y rectangular, suave al tacto.

No podía ser. Recordaba esa sensación...

Sin atreverse apenas a soñar, lo sacó a la tenue luz de su celda y lo observó. Sí que lo era, en efecto, un libro. Leyó el título, en voz alta: «La historia de la alianza de Lor-lordaeron». Con avidez, cogió otro libro, y un tercero. Todos ellos versaban sobre historia militar. Cuando hojeó uno, algo se cayó al suelo cubierto de paja de su celda. Era un trozo de pergamino, pequeño y doblado con esmero.

Curioso, lo desplegó, tomándose su tiempo con sus enormes dedos. Era una nota. Movié los labios, pero leyó para sí:

Querido Thrall, Maese B. ha ordenado que tengas estos libros y me hace mucha ilusión por ti. No sabía que te hubiese dejado aprender a leer. A mí también me dejó, y me encanta. Te echo de menos y espero que estés bien. Me parece que lo que te obligan a hacer en el patio debe de doler, espero que no lo pases mal. Me gustaría seguir hablando contigo, ¿quieres? Si es que sí, escíbeme una nota en la otra cara del papel y dóblala y ponla en el mismo libro en que la guardé yo. Procuraré ir a verte, si no, búscame. Soy la niña que te saludó con la mano. ¡¡¡¡Espero que me escribas!!!!

Con cariño, Taretha

P.D.: ¡¡¡No le hables a nadie de esta nota o nos meteremos en PROBLEMAS!!!

Thrall se sentó de golpe. No daba crédito a lo que acababa de leer. Se acordaba de la pequeña hembra, y se había preguntado por qué le habría saludado con la mano. Estaba claro que lo conocía... y que pensaba bien de él. ¿Cómo podía ser eso? ¿Quién era?

Estiró un índice y se quedó mirando la uña roma. Tendría que bastar. Un arañazo estaba cicatrizando en su brazo izquierdo. Escarbó todo lo que pudo, hasta que consiguió reabrir la herida. Una espesa gota escarlata recompensó sus esfuerzos. Empleando la uña a modo de estilo, escribió con cuidado una sola palabra en el dorso de la nota:

SI.



CAPÍTULO CUATRO

Thrall tenía doce años cuando vio a su primer orco.

Se estaba entrenando en el exterior, en los campos de la fortaleza. Cuando hubo ganado su primera batalla a la tierna edad de los ocho años, Blackmoore accedió a la petición del sargento y le había concedido más libertad al orco; al menos, en lo referente al entrenamiento. Aún conservaba un grillete alrededor de un tobillo, sujeto a su vez a un inmenso peñasco. Ni siquiera un orco con la fuerza de Thrall sería capaz de huir con aquel peso aferrado a la pierna. Las cadenas eran gruesas y resistentes, difíciles de romper. Después del primer par de días, Thrall dejó de prestarles atención. La cadena era larga y le confería libertad de movimientos. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza la idea de escaparse. Era Thrall, el esclavo. Blackmoore era su señor, el sargento era su instructor, Taretha era su amiga secreta. Todo estaba en su sitio.

Thrall se arrepentía de no haber trabado amistad con ninguno de sus compañeros de formación. Todos los años había un grupo nuevo, todos ellos cortados por el mismo patrón: jóvenes, impetuosos, despectivos, y algo asustados del gigantesco ser verde con el que se suponía que debían entrenar. Sólo el sargento le dedicaba algún que otro halago; sólo el sargento intervenía cuando se metían con Thrall. En ocasiones, Thrall deseaba poder defenderse, pero tenía muy presente el concepto de la lucha honorable. Aunque aquellos hombres lo consideraban su enemigo, él sabía que no lo eran, y matarlos o malherirlos sería una equivocación.

Thrall tenía buen oído y siempre prestaba atención a los chismorreos de los hombres. Dado que para ellos él era un bruto irracional, no se mordían la lengua cuando lo tenían delante. ¿Quién se preocupaba de medir sus palabras cuando el único testigo era un animal? Fue así como Thrall supo que los orcos, otrora el enemigo a temer, se estaban debilitando. Era cada vez mayor el número de ellos que era atrapado y hacinado en algo llamado «campos de internamiento». Durnholde era la base, y todos los encargados de esos campos se encontraban allí en esos momentos, mientras sus subalternos se ocupaban de controlar la rutina diaria de los campos. Blackmoore era el líder de todos ellos. Seguían produciéndose escaramuzas, pero cada vez con menos frecuencia. Algunos de los hombres que acudían a los entrenamientos nunca habían visto pelear a un orco hasta que se encontraron con Thrall.

Con el paso de los años, el sargento le había enseñado las argucias del combate cuerpo a cuerpo. Thrall estaba versado en todas las armas que se empleaban en las peleas: espada,

sable, lanza, mangual, puñal, flagelo, red, hacha, garrote y alabarda; se suponía que, cuanto menos protección llevaran los combatientes, más emocionante sería para la multitud de espectadores.

Se encontraba en el centro de un grupo de pupilos. La posición le resultaba conocida; estaba pensada para que redundara en beneficio de los jóvenes, más que en el suyo. El sargento se refería a esta escena como al «cerco». Los pupilos eran (cómo no) humanos que se suponía que habían tropezado con uno de los escasos orcos renegados que aún quedaban, y que estaba decidido a no sucumbir sin plantar batalla. Thrall era (claro está) el orco desafiador. El propósito era que el grupo ideara al menos tres formas distintas de capturar o matar al «orco renegado».

A Thrall no le hacía demasiada gracia ese marco hipotético. Prefería los combates uno contra uno antes que convertirse en el objetivo de, en ocasiones, hasta una docena de hombres. El brillo en los ojos de los humanos ante la idea de luchar contra él y sus sonrisas siempre conseguían descorazonar a Thrall. La primera vez que el sargento había dispuesto el escenario, a Thrall le había costado trabajo reunir la resistencia necesaria para sacar algún provecho de ese entrenamiento. El sargento tuvo que llevárselo aparte y asegurarle que no pasaba nada por actuar. Los hombres disponían de armaduras y de armas reales; él sólo tenía una espada de madera. No era probable que Thrall fuese a causar ningún daño permanente.

Así pues, ahora que ya había repetido la misma rutina en numerosas ocasiones con el paso de los años, Thrall se convirtió de inmediato en una bestia rugiente y enfurecida. Las primeras veces le había costado distinguir la fantasía de la realidad, pero mejoró con la práctica. Nunca perdía el control en ese escenario y, si las cosas se ponían feas de verdad, depositaba su vida en las manos del sargento.

Avanzaron hacia él. Como era de predecir, habían elegido el asalto sin tapujos como la primera de sus tres tácticas. Dos tenían espadas, cuatro esgrimían lanzas, y el resto blandía hachas. Uno de ellos saltó hacia delante. Thrall paró con rapidez, levantando su espada de madera con una velocidad asombrosa. Alzó una pierna enorme y soltó una patada, golpeando al atacante de pleno en el pecho. El joven salió disparado hacia atrás; no conseguía ocultar el pánico que sentía. Se quedó tendido en el suelo, respirando con dificultad.

Thrall giró en redondo, anticipando el acercamiento de otros dos. Se le echaron encima con las lanzas por delante. Con la espada, apartó a uno de su camino con la misma facilidad con que un humano espantaría a un insecto. Con la mano libre, puesto que no disponía de escudo, agarró la lanza del segundo hombre, se la arrebató y le dio la vuelta, de modo que la afilada punta quedó apuntando al que fuera su propietario hacía tan sólo unos segundos.

De haber sido ésa una batalla real, Thrall sabía que habría hundido la lanza en el cuerpo del hombre; pero ése era sólo un entrenamiento, y él mantenía el control. Levantó la lanza y a punto estaba de arrojarla lejos de sí cuando un terrible sonido consiguió que todo el mundo se detuviera en seco.

Thrall se giró para ver una pequeña carreta que se acercaba a la fortaleza por el estrecho y sinuoso sendero. Esto ocurría varias veces al día, y los pasajeros siempre eran los mismos: granjeros, comerciantes, nuevos reclutas, dignatarios de uno u otro jaez que venían de visita.

Mas no en esta ocasión.

Esta vez, los esforzados caballos tiraban de una carreta llena de monstruosas criaturas verdes. Estaban encerradas en una jaula de metal, y parecía que fueran encorvadas. Thrall vio que los seres estaban encadenados al suelo de la carreta. Eran tan grotescos que se sintió horrorizado. Eran enormes, deformes, exhibían unos caninos inmensos en lugar de dientes, sus ojos eran diminutos y feroces...

La verdad cayó sobre él como un mazazo. Eran orcos. Sus congéneres. Ése era el aspecto que ofrecía él a los ojos de los humanos. La espada de madera resbaló entre unos dedos que habían perdido la sensibilidad. Soy horrendo. Soy aterrador. Soy un monstruo. No me extraña que me odien tanto.

Una de las bestias se volvió y miró a Thrall directamente a los ojos. Quiso apartar la vista, pero no pudo. Sostuvo el escrutinio, respirando apenas. Ante sus ojos, el orco consiguió liberarse, no se sabía cómo. Con un alarido que ensordeció a Thrall, la criatura se abalanzó sobre los barrotes de la jaula. Extendió las manos ensangrentadas a causa de la abrasión de los grilletes, agarró los barrotes y, ante los atónitos ojos de Thrall, los dobló lo suficiente para escurrir su enorme corpachón entre ellos. La carreta seguía avanzando, puesto que los caballos corrían ahora aterrorizados. El orco se estrelló con fuerza contra el suelo y rodó varias veces pero, un latido más tarde, ya se había incorporado y corría hacia Thrall y los luchadores a una velocidad que no se correspondía con su tamaño.

Abrió sus terribles fauces y profirió algo que parecían palabras:

—¡Kagh! ¡Bin mog g'thazag cha!

—¡Atacad, estúpidos! —gritó el sargento. Desprovisto de armadura, asió una espada y emprendió la carrera para abalanzarse sobre el orco. Los hombres entraron en acción y se apresuraron a acudir en ayuda de su sargento.

El orco ni siquiera se molestó en mirar al sargento a la cara. Proyectó su mano izquierda, con el grillete aún aferrado a la muñeca, atizó al sargento de pleno en el pecho y lo envió lejos, volando por los aires. Siguió avanzando, implacable. Sus ojos no se apartaban de Thrall; volvió a gritar las palabras:

—¡Kagh! ¡Bin mog g'thazag cha!

Thrall se estremeció, desembarazándose al fin del miedo, pero no sabía qué hacer. Levantó la espada de madera y adoptó una pose defensiva, pero permaneció en el sitio. Aquella horripilante y fea cosa cargaba contra él. Sin duda, se trataba de un enemigo. Empero, era uno de los suyos, su misma carne y sangre. Un orco, del mismo modo que Thrall era un orco; no conseguía decidirse a atacar.

Ante los ojos de Thrall, los hombres cayeron sobre el orco y el imponente corpachón verde se dobló bajo el centelleo de espadas, hachas y negras armaduras. La sangre

comenzó a extenderse bajo la montaña de hombres; cuando al fin todo hubo terminado, se apartaron para observar el amasijo verde y rojo que ocupaba el lugar en el que antes se alzara una criatura viva.

El sargento se incorporó sobre un codo.

—¡Thrall! —exclamó—. ¡Lleváoslo a la celda, enseguida!

—En el nombre de todo lo sagrado, ¿qué es lo que habéis hecho? —gritó Blackmoore, que observaba atónito al sargento que se había presentado ante él tan bien recomendado, y que se había convertido en la persona que más había odiado en su vida—. Se suponía que jamás debía ver otro orco, hasta que... ahora lo sabe, maldita sea. ¿En qué estabais pensando?

El sargento se crispó ante el reproche.

—Estaba pensando, señor, en que si no queríais que Thrall viera a ningún otro orco, me lo podrías haber dicho. Estaba pensando, señor, en que si no queríais que Thrall viera a ningún otro orco podrías haber dispuesto que las carretas que los transportan vinieran cuando Thrall estuviese en su celda. Estaba pensando, señor, en que...

—¡Basta! —aulló Blackmoore. Inhaló hondo y se recompuso—. El daño ya está hecho. Ahora tenemos que pensar en cómo repararlo.

Su tono de voz más calmado, consiguió apaciguar también al sargento. Con menos beligerancia, el instructor preguntó:

—Así pues, ¿Thrall no sabía qué aspecto tenía?

—No. Nada de espejos. Nada de bacines de agua. Se le ha inculcado que los orcos son escoria, lo cual es cierto, desde luego, y que se le permite vivir tan sólo porque me hace ganar dinero.

Ambos hombres se sumieron en sus pensamientos. El sargento se rascó la barba roja, reflexionando, antes de volver a hablar.

—Así que ya lo sabe. ¿Y qué? El que haya nacido orco no quiere decir que no pueda ser algo más que eso. No tiene por qué ser un bruto irracional. No lo es, por cierto. Si le animarais a pensar en sí mismo como en algo más humano...

La sugerencia del sargento enfureció a Blackmoore.

—¡No lo es! —estalló—. Es un bruto. ¡No quiero que empiece a creerse que es poco menos que un humano enorme de piel verde!

—Entonces, disculpe, señor —dijo el sargento, masticando las palabras—, pero ¿qué quiere que crea que es?

Blackmoore no tenía respuesta. No lo sabía. No se había parado a pensar en ello hasta ese día. Todo le había parecido muy sencillo cuando se tropezó con el bebé orco. Críalo como a un esclavo, enséñale a luchar, ponlo de parte de los humanos, colócalo al frente de un

ejército de orcos derrotados y ataca a la Alianza. Con Thrall a la cabeza de un ejército orco revitalizado, comandando las cargas, Blackmoore obtendría un poder que superaría sus fantasías más exaltadas.

Pero no estaba saliendo según lo planeado. En el fondo, sabía que el sargento tenía razón en algunos aspectos. Thrall necesitaba aprender cómo pensaban y razonaban los humanos si quería servirse de ese conocimiento para gobernar a los bestiales orcos. Mas, si aprendía, ¿no se rebelaría? Thrall tenía que estar atado en corto, para que no se le olvidara su llaneza. Tenía que estarlo. Por la Luz, ¿qué hacer? ¿Cómo tratar a esa criatura a fin de conseguir al líder de guerra perfecto, sin permitir que nadie supiera que era algo más que un campeón gladiador?

Respiró hondo. No debía venirse abajo delante de ese sirviente.

—Thrall necesita una guía, y nosotros debemos proporcionársela —dijo, con una tranquilidad envidiable—. Ya ha aprendido lo suficiente entrenándose con los reclutas. Me parece que va siendo hora de que lo releguemos exclusivamente al combate.

—Señor, resulta muy útil en los entrenamientos.

—Ya casi hemos erradicado a los orcos —continuó Blackmoore, pensando en los miles de orcos que se hacinaban en los campos—. Su líder, Doomhammer, ha huido. Su raza se encuentra dispersa. La paz se cierne sobre nosotros. Ya no hace falta que entrenemos a los reclutas para pelear con los orcos. Cualquier batalla en la que participen será contra otros hombres, no contra monstruos.

Maldición. Había estado a punto de hablar demasiado. Parecía que el sargento también había reparado en el desliz, pero no reaccionó.

—Los hombres necesitan una vía de escape para su sed de sangre en tiempos de paz. Confinemos a Thrall a las peleas de gladiadores. Nos llenará los bolsillos y aumentará nuestro honor. —Esbozó una sonrisa aviesa—. Aún está por nacer el hombre capaz de plantar cara a un orco.

El ascenso de Thrall en las filas de los gladiadores había sido poco menos que fenomenal. Había alcanzado su máxima altura siendo muy joven; conforme transcurrían los años, comenzó a añadir corpulencia a su constitución. Era el orco más grande que habían visto muchos, o del que hubieran oído hablar. Era el señor de la arena, y todo el mundo lo sabía.

Cuando no estaba peleando, permanecía encerrado a solas en su celda, que parecía volverse cada vez más pequeña con cada día que pasaba, a despecho de que Blackmoore había ordenado que lo trasladaran a una nueva. Thrall disponía ahora de una pequeña zona cubierta para dormir, y otra mucho más grande donde entrenar. Ese foso cubierto por una reja disponía de armas de mentira de todo tipo, así como del viejo amigo de Thrall, el maltrecho

troll de paja con el que practicaba. Algunas noches, cuando no conseguía dormir, se levantaba y descargaba las tensiones sobre el pelele.

Eran los libros que le enviaba Taretha, con sus preciados mensajes e incluso una tablilla y un estilo, los que de verdad llenaban aquellas largas y solitarias horas. Hacía tiempo que conversaban en secreto al menos una vez a la semana; Thrall se imaginaba el mundo como lo pintaba Tari: lleno de arte, de belleza y de camaradería. Un mundo de manjares, lejos de la carne putrefacta y de las gachas. Un mundo en el que había sitio para él.

De vez en cuando, sus ojos reparaban en trozo de tela, cada vez más raída, que ostentaba el símbolo de una cabeza de lobo blanco sobre fondo azul. Se apresuraba a apartar la mirada, pues no quería que su mente divagara por esos derroteros. ¿De qué serviría? Había leído suficientes libros (algunos de los cuales Blackmoore ni sospechaba siquiera que Tari se los hubiera entregado a Thrall) como para comprender que el pueblo orco vivía en pequeños grupos, todos ellos con su propio símbolo distintivo. ¿Qué podría hacer, decirle a Blackmoore que ya estaba cansado de ser un esclavo, hasta luego, por favor déjame salir para que pueda ir a buscar a mi familia?

Sin embargo, la idea le atraía. Su propia gente. Tari tenía la suya, su familia, Tammis y Clannia Foxton. Era apreciada y querida. Se sentía agradecido porque ella disfrutara de tanto afecto y apoyo, porque era gracias a ese entorno seguro que ella se había sentido lo bastante generosa como para preocuparse por él.

En ocasiones, se preguntaba qué pensarían de él los demás miembros de la familia Foxton. Tari ya no hablaba mucho de ellos. Le había contado que su madre, Clannia, le había dado de mamar de su propio pecho para salvarle la vida. Al principio, Thrall se había sentido conmovido por ese gesto pero, cuando creció y supo más cosas, entendió que Clannia no se había visto impelida a amamantarlo por amor, sino por el deseo de merecerse el favor de Blackmoore.

Blackmoore. Todos los caminos conducían a él. Tal vez se olvidara de que no era más que una propiedad cuando escribía a Tari y cuando leía sus cartas, o cuando buscaba su cabello dorado en la grada durante los combates de gladiadores. También podía sumergirse en la excitación de lo que el sargento denominaba «sed de sangre». Pero esos momentos eran muy breves. Incluso cuando el propio Blackmoore acudía a visitar a Thrall para debatir sobre alguna estrategia militar que hubiera estudiado el orco, o para jugar a lince y liebres, no existía ningún vínculo, ninguna sensación de familiaridad con ese hombre. Cuando Blackmoore se mostraba jovial, siempre mantenía la aptitud de un hombre delante de un chiquillo. Cuando estaba irritable o furioso, lo que ocurría la mayoría de las veces, Thrall se sentía tan indefenso como un niño. Blackmoore podía ordenar que lo apalearan, o que no le dieran de comer, o que lo quemaran, o que le pusieran los grilletes, o (el peor castigo de todos y que aún, por suerte no se le había ocurrido a Blackmoore) negarle el acceso a los libros.

Sabía que Tari no disfrutaba de una vida privilegiada, al contrario que Blackmoore. Ella era una criada, a su manera, estaba tan subyugada como el orco cuyo nombre significaba esclavo. Pero tenía amigos, y nadie le escupía, y tenía un hogar.

Despacio, su mano se movió, como dotada de vida propia, hasta coger el pañal azul. En ese momento, oyó que se corrían los cerrojos y se abría la puerta. Tiró el trapo como si se tratara de algo sucio.

—Vamos —dijo uno de los ariscos guardias. Le tendió los grilletes—. Es hora de pelear. He oído que hoy te han encontrado unos buenos oponentes. —Sonrió sin ninguna gracia, enseñando sus dientes sarrosos—. Maese Blackmoore está dispuesto a arrancarte la piel si no ganas.



CAPÍTULO CINCO

Había transcurrido más de una década desde que un tal teniente Blackmoore se encontrara a la vez con un orco huérfano y con la posible respuesta a sus plegarias.

Habían sido años felices y fructíferos para el señor de Thrall, y para la humanidad en general. Aedelas Blackmoore, antes teniente, ahora teniente general, había recibido algunas burlas a propósito de su «orco de compañía» cuando lo llevó a Durnholde, sobre todo cuando parecía que el desventurado ser ni siquiera iba a sobrevivir. Gracias a la señora Foxtan y a sus hinchadas ubres. Blackmoore no conseguía concebir que una humana hubiera estado dispuesta a amamantar a un orco pero, aunque la oferta había aumentado el desprecio que sentía por su criado y su familia, también le había sacado las castañas del fuego. A eso obedecía el hecho de que no hubiera escatimado en bagatelas ni alimento y de que hubiera proporcionado la educación de su vástago, aun cuando se tratara de una niña.

Era un día radiante, cálido pero no en demasía. El tiempo perfecto para pelear. El toldo, brillante con sus colores rojos y dorados, proporcionaba una agradable sombra. Pendones de todos los colores danzaban al son de la apacible brisa, y la música y las risas flotaban hasta sus oídos. El olor de la fruta madura, la carne fresca y el asado agasajaba su olfato. Todo el mundo estaba de buen humor. Al término de los combates, habría quien no se sintiera tan dichoso pero, en ese preciso instante, todos se sentían felices y cargados de anticipación.

Su joven protegido, lord Karamyn Langston, se encontraba tendido en una tumbona junto a él. Langston tenía un lustroso cabello castaño que hacía juego con sus ojos oscuros, un cuerpo fuerte y ágil, y una lánguida sonrisa. También sentía una devoción absoluta hacia Blackmoore, y era el único ser humano al que éste había hecho partícipe de sus planes. Aunque Langston era mucho más joven que Blackmoore, compartía sus ideales y su falta de escrúpulos. Formaban una buena pareja. El cálido clima había adormecido a Langston, que emitía discretos ronquidos.

Blackmoore se estiró para coger otro pedazo de pollo a la brasa y una copa de vino tinto, rojo como la sangre que no tardaría en derramarse sobre la arena, para ayudarse a trasegar la carne. La vida era buena y, con cada desafío que superaba Thrall, se volvía aún mejor. Después de cada pelea, Blackmoore se marchaba con la bolsa llena. Su «orco de compañía», el que fuera el hazmerreír de la fortaleza, era ahora su orgullo.

Cómo no, casi todos los rivales de Thrall eran meros humanos. Algunos de los humanos más fuertes, astutos y desalmados, sin duda, pero humanos al fin y al cabo. Todos los

gladiadores eran convictos brutales y endurecidos que esperaban salir de prisión obteniendo fama y dinero para sus patronos. Algunos lo conseguían, y se ganaban su libertad. La mayoría iba a parar a otro tipo de cárcel, con tapices en las paredes y mujeres en las camas, pero cárcel a fin de cuentas. Pocos patronos estaban dispuestos a ver cómo se esfumaban sus ganancias en forma de hombres libres.

Pero algunos de los adversarios de Thrall no eran humanos, y eso añadía sal a las peleas.

Las ambiciones de Blackmoore no se resentían por el hecho de que los orcos constituyeran una cuadrilla derrotada y maltrecha en lugar de la sobrecogedora y amedrentadora fuerza bélica que constituyeran antaño. Hacía mucho tiempo que la guerra había terminado, y los humanos habían obtenido la victoria decisiva. Ahora, el enemigo era conducido a campos de internamiento especiales casi con la misma facilidad con que se guardaba el ganado en los establos tras un día en los prados. Campos, se ufano Blackmoore, de los que él estaba al mando. Al principio, su plan había consistido en criar al orco para que fuese un esclavo leal y bien educado, además de un guerrero sin par. Pensaba enviar a Thrall contra su propia gente, si es que «gente» era el término apropiado para aquellas bestias verdes sin cerebro y, cuando hubieran sido derrotados, utilizar a los clanes deshechos para sus propios propósitos.

Pero la Horda había sucumbido ante la Alianza sin que Thrall hubiese pisado un campo de batalla. Al principio, eso había supuesto una decepción para Blackmoore, pero luego se le ocurrió otra manera de aprovechar a su orco mascota. Requería paciencia, algo de lo que Blackmoore no disponía en exceso, pero la recompensa sería mucho mayor de lo que hubiera podido imaginar. Las luchas internas eran intrínsecas a la Alianza. Los elfos se mofaban de los humanos, los humanos se burlaban de los enanos, y los enanos desconfiaban de los elfos. Un bonito triángulo de intolerancia y suspicacia.

Se levantó de su asiento para no perderse detalle de cómo Thrall derrotaba a uno de los hombres más grandes y peor encarados que hubiese visto en su vida. Pero el guerrero humano no era rival para la imparable bestia verde. Estallaron los vítores y Blackmoore sonrió. Hizo una seña a Tammis Foxton, y el sirviente se apresuró a obedecer.

—¿Mi señor?

—¿Cuánto llevamos hoy? —Blackmoore sabía que arrastraba las palabras, pero le daba igual. Tammis le había visto mucho más borracho. Tammis lo había llevado a la cama mucho más borracho.

El semblante ansioso y gazmoño de Tammis parecía más preocupado de lo habitual.

—¿Cuánto llevamos de qué, mi señor? —Posó los ojos en la botella, antes de volver a mirar a Blackmoore.

Una rabia inesperada se apoderó de Blackmoore. Asió a Tammis por la pechera y tiró de él hasta que sus rostros casi se tocaron.

—¿Cuentas las botellas, patético pazguato? —siseó, sin alzar la voz. Una de las muchas amenazas con las que tenía a Tammis agarrado era la del escándalo público; aun borracho

como estaba, no quería jugar esa baza todavía. Pero a menudo amenazaba con hacerlo, igual que ahora. Ante sus ojos, algo turbios, vio que Tammis palidecía—. ¿Eres capaz de ordeñar a tu propia esposa para dar de mamar a un monstruo y te atreves a sugerir que soy yo el que tiene debilidades?

Asqueado de la palidez de la cara de su criado, lo apartó de un empujón.

—Te preguntaba que cuántas rondas ha ganado Thrall.

—Ah, claro, señor, desde luego. Media docena, una detrás de otra. —Tammis hizo una pausa; su aspecto era de absoluta desdicha—. Con el debido respeto, señor, el último combate lo ha dejado agotado. ¿Estáis seguro de que queréis que pelee tres veces más?

Idiotas. Blackmoore estaba rodeado de idiotas. Cuando el sargento había leído la orden de batallas esa mañana, también se había encarado con Blackmoore, argumentando que el orco necesitaba al menos un descanso, que si no se podía cambiar la lista para que la desventurada criatura pudiera relajarse.

—No, claro. Las apuestas contra Thrall aumentan con cada combate. Nunca ha perdido, ni siquiera una vez. Claro que quiero dejarlo y devolverle su dinero a todas esas amabilísimas personas. —Asqueado, despidió a Tammis con un ademán. Thrall no conocía la derrota. ¿Por qué no iba él a hacer su agosto?

Thrall ganó el siguiente combate, pero incluso Blackmoore se dio cuenta de que la criatura había sufrido. Se acomodó en su asiento para disfrutar de una mejor perspectiva. Langston lo imitó. La batalla siguiente, la octava de las nueve que iba a librar el orco, fue testigo de algo que Blackmoore y el resto de los espectadores no habían visto jamás.

El poderoso orco estaba agotado. En esta ocasión, sus adversarios eran dos pumas, apresados hacía dos semanas, enjaulados, maltratados y apenas alimentados hasta ese momento. Cuando la puerta de la arena se hubo abierto, saltaron sobre el orco como si los hubieran disparado con un cañón. Sus pelajes marrones se convirtieron en dos manchas cuando, como uno sólo, se abalanzaron sobre Thrall; el orco se cayó bajo sus garras y sus dientes.

Un grito horrorizado se elevó entre los espectadores. Blackmoore se incorporó de un salto, e inmediatamente tuvo que agarrarse a la silla a fin de no desplomarse. Todo su dinero...

¡Thrall se levantó! Con un alarido de rabia, se sacudió a los animales de encima como si no fuesen más que un par de ardillas; empleaba las dos espadas que le habían sido asignadas para aquella pelea con rapidez y destreza. Thrall era ambidiestro, y las hojas centellaban al sol mientras volaban y cortaban. Uno de los felinos ya había muerto; su largo y elástico cuerpo había quedado partido casi por la mitad de una sobrecogedora estocada. El otro animal, enfurecido aún más por la muerte de su compañero, atacó con furia renovada. En esta ocasión, Thrall no bajó la guardia. Cuando el felino hubo saltado, todo rugidos, garras y colmillos, Thrall estaba esperándolo. Su espada voló hacia la izquierda, a la derecha, y de

nuevo a la izquierda. El depredador se desplomó convertido en cuatro pedazos ensangrentados.

—¿Has visto eso? —celebró Langston.

La multitud estalló en rugidos de aprobación. Thrall, que solía recibir los vítores con los puños en alto y pisoteaba la arena con fuerza hasta que temblaba la tierra, se limitó a quedarse de pie, con los hombros abatidos. Tenía la respiración entrecortada, y Blackmoore vio que los pumas habían dejado su marca en forma de varios zarpazos y mordiscos profundos. Su preciado esclavo levantó despacio su fea cabeza y miró a Blackmoore a los ojos. Sus miradas se encontraron. En el fondo de los ojos de Thrall, Blackmoore vio agonía y extenuación... y una súplica muda.

Thrall, el poderoso guerrero, cayó de rodillas. La multitud volvió a proferir más gritos. Blackmoore se imaginó que incluso oía cierta simpatía en medio del alboroto. Langston no dijo nada, pero sus ojos castaños no se apartaban de Blackmoore.

¡Maldito Thrall! Era un orco, llevaba luchando desde que tenía seis años. Casi todos sus enfrentamientos ese día había sido con humanos, poderosos guerreros, a buen seguro, pero no podían compararse con su fuerza bruta. Esto era un ardid para librarse de la última ronda, que Thrall sabía que sería la más ardua de todas. Esclavo egoísta y estúpido. Quería regresar a su acogedora celda, para leer sus libros y comer a gusto, sí, claro que sí. Bueno, ya le enseñaría Blackmoore un par de cosas.

En ese momento, el sargento apareció en el campo a la carrera.

—¡Lord Blackmoore! —gritó, haciendo bocina con las manos sobre su barba—. ¿Renunciáis a este último desafío?

A Blackmoore se le encendieron las mejillas. ¡Cómo se atrevía el sargento a hacer algo así, delante de todo el mundo! Blackmoore, cuyo equilibrio seguía siendo precario, se agarró al respaldo de su asiento con más fuerza con la mano izquierda. Langston se movió con discreción, dispuesto a ofrecerle ayuda si la necesitaba. Blackmoore extendió la mano derecha ante él, antes de apoyársela en el hombro izquierdo.

No.

El sargento se quedó mirándolo por un momento, como si no creyera lo que veía. Al cabo, asintió, e indicó con un gesto que podía comenzar el último asalto.

Thrall se puso en pie con dificultad, como si cargara con una tonelada de piedras a la espalda. Varios hombres corrieron por el campo para llevarse los cadáveres de los gatos monteses y las armas abandonadas. Le entregaron a Thrall el arma que iba a emplear en esa batalla: el mangual, una bola de metal con tachones sujeta a un grueso palo por medio de una cadena. Thrall miró el arma e intentó adoptar una pose amenazadora. A pesar de la distancia que los separaba, Blackmoore podía ver que estaba temblando. Por lo general, antes de cada batalla, Thrall pisoteaba la tierra con fuerza. El ritmo machacón conseguía enardecer a la multitud y ayudaba al orco a aprestarse para el combate; en esos momentos, se conformaba con tenerse en pie.

Sólo otra ronda. Eso no era nada para la criatura.

Se abrieron las puertas pero, por un momento, no salió nada de la penumbra.

Al fin surgió, con sus dos cabezas profiriendo desafíos incoherentes, empequeñeciendo a Thrall del mismo modo que éste empequeñecía a los humanos. Sólo disponía de un arma, al igual que Thrall, pero resultaba perfecta para esa batalla: una lanza larga, de aspecto letal. Entre la envergadura de sus brazos y la longitud del asta de la lanza, el ogro podría atacar a Thrall desde muy lejos. El orco tendría que aproximarse a fin de conectar cualquier golpe, por no hablar de alguno demoledor.

¡Aquello era injusto!

—¿Quién le ha dado esa lanza al ogro? —le aulló Blackmoore a Langston—. ¡Tendría que ser al menos algo parecido a lo que ha recibido Thrall! —Decidió omitir a su conveniencia todas las ocasiones en que Thrall había sido equipado con un sable o con una lanza, mientras que sus oponentes debían arreglárselas con una espada corta o un hacha.

El ogro entró en la arena más como una máquina bélica que como un ser de carne y hueso. Arremetió con su lanza, con una cabeza vuelta hacia la multitud y la otra encarada con Thrall.

Era la primera vez que el orco veía a una de esas criaturas y, por un momento, se limitó a quedarse allí plantado, mirándolo. Luego se recompuso, se enderezó cuan alto era y comenzó a oscilar el mangual. Echó la cabeza hacia atrás, el enmarañado pelo negro le frotó la espalda, y profirió un aullido que rivalizaba con los alaridos del ogro.

El ogro cargó, con la lanza por delante. Sus movimientos carecían de gracia, era pura fuerza bruta. Thrall esquivó sin problemas la torpe embestida, pasó por debajo de la defensa del ogro y descargó un mazazo con el mangual. El ogro gritó y se detuvo cuando la bola tachonada de pinchos conectó con fuerza con su estómago. Thrall lo dejó atrás y giró en redondo para atacar de nuevo.

Antes de que el ogro pudiera darse la vuelta siquiera, Thrall ya le había golpeado la espalda. El ogro se desplomó de rodillas, soltó la lanza y se llevó las manos a la espalda.

Blackmoore sonrió. Seguro que eso le había roto la columna a aquella desdichada criatura. Los combates no tenían por qué ser a muerte (de hecho, se desaconsejaba la ejecución del oponente, dado que eso disminuía la cantera de buenos luchadores), pero todo el mundo sabía que la muerte era una posibilidad muy real en la arena. Los curanderos y sus bálsamos no lo arreglaban todo. Y Blackmoore no conseguía sentir simpatía alguna por un ogro.

Su regocijo duró poco. En el momento en que Thrall comenzaba a girar de nuevo el mangual, cogiendo impulso, el ogro se puso de pie y recuperó la lanza. Thrall descargó la bola de hierro contra la cabeza de la criatura. Ante el estupor de los espectadores, y para sorpresa también de Thrall, el ogro se limitó a extender una manaza para desviar el arma de una bofetada, al tiempo que arremetía con la lanza.

El mangual salió disparado de la mano de Thrall. Perdió el equilibrio y no consiguió recuperarlo a tiempo. Mientras intentaba apartarse de la trayectoria de la lanza por todos los medios, el asta se clavó en su pecho, a escasos centímetros del hombro izquierdo. Gritó de dolor. El ogro continuaba empujando conforme avanzaba, y la lanza atravesó a Thrall de lado a lado. Se desplomó de espaldas y se quedó clavado en la tierra. El ogro se le echó encima, descargando una sobrecogedora lluvia de golpes sobre él mientras profería horribles gruñidos y chillidos.

Blackmoore estaba horrorizado. Estaban derrotando al orco; estaba tan desamparado como un niño ante el abuso de un fanfarrón. La arena de los gladiadores, vitrina de los mejores guerreros del reino, donde competían entre sí empleando su fuerza, su destreza y su astucia, se había visto reducida al espectáculo de un monstruo débil siendo reducido a pulpa por otro más grande.

¿Cómo había podido Thrall dejar que ocurriera eso?

Los hombres se apresuraban a entrar en el campo. Azuzaron al ogro con varas afiladas, intentando incitarlo para que soltara a su presa. El bruto respondió a las provocaciones, abandonó al ensangrentado Thrall y salió en persecución de los hombres. Otros tres arrojaron una red mágica, que se encogió de inmediato para inmovilizar al ogro enfurecido y mantener sus brazos pegados al cuerpo. Se debatía ahora igual que un pez fuera del agua, y los hombres, sin miramientos, subieron a la criatura a una carreta y se lo llevaron de la arena.

También Thrall estaba siendo transportado, aunque con más gentileza. El patronazgo de Blackmoore se ocupaba de eso. Pero Blackmoore sabía que había perdido hasta el último penique que había apostado por Thrall ese día por culpa de una sola pelea. A muchos de sus compañeros les había ocurrido lo mismo, y podía sentir el calor de sus furibundas miradas mientras metían la mano en la bolsa para saldar las deudas.

Thrall. Thrall. Thrall...

Thrall yacía tumbado, respirando con dificultad, sobre el heno que hacía las veces de cama para él. No sabía que pudiera existir un dolor así. Ni ese agotamiento. Le gustaría desmayarse; todo sería mucho más fácil.

Sin embargo, se resistía a sumergirse en el abrazo de la oscuridad. Los curanderos no tardarían en llegar; Blackmoore siempre los enviaba después de que hubiese resultado herido en un combate. Blackmoore también iba siempre a visitarle, y Thrall aguardaba ansioso las palabras de consuelo de su señor. Había perdido la batalla, cierto, y eso era grave, pero seguro que Blackmoore sólo tendría halagos para él por el modo en que había librado nueve combates seguidos. Aquello era extraordinario, Thrall lo sabía. También sabía que podría haber vencido al ogro si se hubiera medido con él en la primera ronda, o en la tercera, o incluso en la sexta. Pero nadie podía esperar que venciera después de batir todas las marcas con ocho victorias seguidas.

Cerró los ojos, abrumado por el dolor. El fuego que ardía en su pecho era insoportable. ¿Dónde estaban los curanderos? Ya tendrían que haber llegado. Sabía que, en esa ocasión,

sus heridas revestían gravedad. Estimaba que tenía varias costillas rotas, así como una pierna, diversos cortes de espada y, desde luego, un horripilante agujero en el hombro, donde se había clavado la lanza. Tendrían que venir pronto si querían que Thrall estuviese en condiciones de luchar mañana.

Oyó cómo corría el cerrojo, pero no pudo levantar la cabeza para ver quién entraba en la celda.

—Van a venir los curanderos.

Era la voz de Blackmoore. Thrall se tensó. Las palabras sonaban difusas y rezumaban desprecio. Se le aceleró el corazón. Por favor, esta vez no... ahora no...

—Pero no van a venir enseguida. Quiero verte sufrir, sucio hijo de perra.

Thrall soltó el aliento, atormentado, cuando la bota de Blackmoore le golpeó en el estómago. El dolor era increíble, pero no tanto como la traición de la que había sido víctima. ¿Por qué le pegaba Blackmoore, si estaba tan malherido? ¿Acaso no se daba cuenta de lo bien que había peleado?

Aunque el dolor amenazaba con hacerle perder el conocimiento, Thrall levantó la cabeza y miró a Blackmoore con los ojos empañados. El hombre tenía el rostro deformado por la ira; cuando sus miradas se encontraron, Blackmoore le cruzó la cara al orco con un puño recubierto por un guante de cota de malla. Todo se volvió negro por un instante; cuando Thrall hubo recuperado el oído, Blackmoore seguía despotricando.

—Perdido miles, me oyes, ¡miles! ¿Qué te pasa? ¡Si sólo era una pelea de nada!

Seguía descargando una lluvia de golpes sobre Thrall, pero el orco había comenzado a perder el conocimiento. Sentía como si su cuerpo no le perteneciera, y las patadas que le propinaba Blackmoore le parecían cada vez más débiles. Sentía la sangre pegajosa en el rostro.

Blackmoore lo había visto. Sabía lo agotado que estaba Thrall, había presenciado cómo sacaba fuerzas de flaqueza una y otra vez para salir victorioso en ocho de nueve ocasiones. Nadie podía esperarse que Thrall ganara aquella pelea. Había peleado con todo lo que tenía, y había perdido justamente y con honor. Así y todo, a Blackmoore no le había parecido suficiente.

Por fin, cesaron los golpes. Oyó los pasos conforme Blackmoore se alejaba, y una sola frase:

—Los demás también quieren resarcirse.

La puerta no se cerró. Thrall escuchó más pisadas. No pudo levantar de nuevo la cabeza, aunque lo intentó. Varios pares de botas militares aparecieron ante él. Se dio cuenta de lo que había ordenado Blackmoore. Una de las botas se echó hacia atrás y luego salió disparada hacia delante, estrellándose contra su cara.

Lo vio todo blanco, luego negro; después, ya no supo lo que ocurrió.

Thrall se despertó al calor y a salvo de la agonía que había sido su compañera durante lo que parecía una eternidad. Tres curanderos se ocupaban de él, aplicando ungüentos para

cerrar sus heridas. Le costaba mucho menos respirar y supuso que le habían soldado las costillas. Ahora le administraban una pasta viscosa y de dulce olor en el hombro; al parecer, aquélla era la herida más complicada.

Pese a que lo tocaban con delicadeza y su unguento era curativo, aquellos hombres no mostraban una compasión auténtica. Le curaban porque Blackmoore les pagaba para que lo hicieran, no porque desearan aliviar su sufrimiento. En cierta ocasión, había sido más cándido y les había dado las gracias de corazón por sus esfuerzos. Uno de ellos había levantado la cabeza, sobresaltado por sus palabras, antes de curvar los labios.

—No te sobrevalores, monstruo. En cuanto desaparezcan las monedas, el unguento también. Será mejor que no pierdas.

En aquel momento le habían extrañado aquellas palabras ariscas, pero ya no le importaban. Thrall comprendía. Comprendía muchas cosas. Era como si su visión hubiese sido borrosa y ahora la niebla se hubiera levantado. Permaneció en silencio hasta que hubieron terminado; después se levantaron y se fueron.

Thrall se sentó enhiesto y se sorprendió al ver al sargento allí de pie, con los brazos velludos cruzados frente a su amplio pecho. Thrall no dijo nada, a la espera del tormento que se avecindaba.

—Te los quité de encima —dijo el sargento, en voz baja—, pero no llegué a tiempo de estropearles la diversión. Blackmoore quería hablar conmigo de... algunos asuntos. Lo siento, gañán. De verdad que lo siento. Hoy me has dado una lección en la arena. Blackmoore debería sentirse orgulloso de ti. En vez de eso... —Su ronca voz se cortó—. En fin, quería asegurarme de que supieras que no te merecías lo que te hizo. Lo que te hicieron. Te portaste bien, gañán. Muy bien. Ahora, será mejor que duermas un poco.

Parecía que iba a decir algo más, pero se limitó a asentir antes de marcharse. Thrall se tumbó de espaldas, percatándose con expresión ausente de que habían cambiado la paja. Ésta era fresca y estaba limpia, libre de su propia sangre.

Apreciaba el gesto del sargento, y creía en lo que había dicho. Pero era muy poco, y llegaba demasiado tarde.

No pensaba permitir que siguieran tratándole así. Antes, se habría acoquinado y habría hecho votos de enmendarse, de hacer algo para ganarse el amor y el respeto que ansiaba. Ahora, sabía que jamás encontraría tal cosa en ese lugar, no mientras Blackmoore fuera su amo.

No tenía intención de dormir. Quería utilizar su tiempo para trazar un plan. Cogió la tablilla y el estilo que guardaba en la bolsa y escribió una nota para la única persona en la que podía confiar: Tari.

Durante las siguientes lunas nuevas, planeo escapar.



CAPÍTULO SEIS

La reja sobre la cabeza de Thrall le permitía ver la luz de las lunas. Tuvo cuidado de no delatar su profunda revelación, ni ante los instructores que lo había apaleado, ni ante el sargento, ni mucho menos ante Blackmoore (que le trataba como si no hubiera ocurrido nada). Se mostraba tan obsequioso como de costumbre; por primera vez, se dio cuenta de que se despreciaba a sí mismo por comportarse de ese modo. Mantenía la cabeza gacha, aunque en su interior sabía que era el igual de cualquier humano. Se sometía a los grilletes con docilidad, aunque hubiera podido descuartizar a cuatro guardias antes de que consiguieran reducirlo sin su consentimiento. No alteró su conducta en modo alguno, ni en la celda ni fuera de ella, ni en la arena ni en el campo de ejercicios.

Durante el primer par de días, se dio cuenta de que el sargento lo vigilaba de cerca, como si esperase ver los cambios que Thrall estaba decidido a ocultar, pero no habló con el orco, y Thrall se preocupó de no levantar sospechas. Que creyeran que lo habían domado. Lo único que lamentaba era que no iba a estar presente para ver la cara de Blackmoore cuando descubriera que su «orco de compañía» había escapado.

Por primera vez en su vida, Thrall tenía una meta. Despertaba en él un ansia que había desconocido hasta entonces. Se había concentrado tanto siempre en evitar las palizas y en ganarse los halagos que nunca se había parado a pensar largo y tendido en lo que significaba ser libre. Pasear al sol sin cadenas, dormir bajo las estrellas. Nunca había estado en la calle de noche. ¿Qué se sentiría?

Su imaginación, alimentada por los libros y por las cartas de Tari, por fin levantó el vuelo. Se quedaba tumbado en su cama de paja, preguntándose cómo sería conocer al fin a su gente. Había leído toda la información recopilada por los humanos acerca de «los viles monstruos verdes salidos de los pozos más negros del infierno», y luego estaba ese perturbador incidente, cuando el orco se había liberado y había arremetido contra él. ¡Ojalá hubiera podido entender lo que decía! Pero su conocimiento del idioma orco era demasiado rudimentario.

Algún día aprendería y sabría lo que había dicho aquel orco. Encontraría a su gente. Tal vez Thrall hubiese sido criado por humanos, pero éstos habían hecho muy poco por merecerse su cariño y su lealtad. Le estaba agradecido al sargento y a Tari, puesto que le habían enseñado los conceptos del honor y la bondad pero, gracias a sus lecciones, Thrall

comprendía mejor a Blackmoore, y sabía que el teniente general carecía de esas cualidades. En tanto Thrall siguiera en su poder, no se beneficiaría de ellas en toda su vida.

Las lunas, una grande y plateada y otra más pequeña, de un tono verde azulado, eran nuevas esa noche. Tari había respondido a su declaración ofreciéndose a ayudarlo, como él había sabido en el fondo de su corazón que ella haría. Entre los dos, habían conseguido idear un plan que tenía muchas posibilidades de salir bien, pero no sabía cuándo se pondría en marcha dicho plan. Esperaba una señal. Y esperaba.

Se había sumido en un sueño irregular cuando el repiqueteo de una campana lo despertó de un susto. Alerta de inmediato, se dirigió a la pared más alejada de su celda. A lo largo de los años, Thrall se había esforzado para soltar una de las piedras y había ahuecado el espacio que cubría. Era allí donde guardaba sus posesiones más preciadas: las cartas de Tari. Retiró la piedra, encontró las cartas y las envolvió en el segundo objeto que significaba algo para él, el trapo que le había servido de pañal, con el lobo blanco sobre fondo azul. Por un instante, sostuvo sus pertenencias contra su pecho, antes de volverse y esperar su oportunidad.

La campana continuaba repicando, y al estruendo se habían sumado ya gritos y exclamaciones. El olfato de Thrall, mucho más agudo que el de un humano, detectó el humo. El olor se volvía más penetrante a cada latido, y ya podía ver un tenue fulgor naranja y amarillo que iluminaba su celda.

—¡Fuego! —decían los gritos—. ¡Fuego!

Sin saber por qué, Thrall saltó de regreso a su improvisada cama. Cerró los ojos y fingió que dormía, obligándose a respirar más despacio y más profundamente.

—Éste no se va a ninguna parte —dijo uno de los guardias. Thrall sabía que estaban observándolo. Continuó haciéndose el dormido—. Ja. A ese condenado monstruo no hay quien lo despierte. Venga, vamos a echarles una mano.

—No sé yo... —respondió el otro.

Más gritos de alarma, mezclados ahora con los atiplados llantos de los niños y las estridentes voces de las mujeres.

—Se está propagando —insistió el primero—. ¡Venga!

Thrall escuchó el sonido de las botas que repicaban contra la dura piedra. Las pisadas se alejaban. Estaba solo.

Se irguió y se plantó ante la enorme puerta de madera. Seguía barrada, sin duda, pero no había nadie para ver lo que se proponía hacer.

Inhaló hondo y se abalanzó sobre la puerta, estrellando el hombro izquierdo contra ella. Cedió, pero no del todo. Volvió a golpear, y otra vez. En cinco ocasiones hubo de arrojar su enorme cuerpo contra la madera, antes de que los viejos tablones sucumbieran con estrépito. La inercia se apoderó de él y aterrizó con fuerza en el suelo, pero el efímero dolor no era nada comparado con la oleada de excitación que experimentaba.

Conocía aquellos pasillos. No tenía ningún problema para ver a la tenue luz que proporcionaban las escasas antorchas en los candelabros de pared diseminados por la roca. Por aquí hasta el final, luego escaleras arriba, y después...

Tuvo un presentimiento, como ocurriera antes en la celda. Se aplastó contra la pared, ocultando su inmensa figura en las sombras como mejor pudo. Varios guardias cargaban desde el otro lado de la entrada. No lo vieron, y Thrall expulsó el aire que había contenido en un suspiro de alivio.

Los guardias dejaron abierta de par en par la puerta que daba al patio. Thrall se acercó con cuidado y se asomó al exterior.

Imperaba el caos. Los establos habían sido devorados casi por completo por las llamas; los caballos, las cabras y los asnos correteaban frenéticos por el patio. Tanto mejor, puesto que el alboroto reducía las posibilidades de que lo descubrieran. Se había formado una cadeneta humana para transportar cubos de agua; ante los ojos de Thrall se afanaban varios hombres que, en su prisa, derramaban el preciado líquido.

Miró a la derecha de la entrada del patio. El objeto que buscaba se encontraba tirado y formaba un arrugado charco negro: una enorme capa. Pese a su gran tamaño, era imposible que lo tapara por completo, pero serviría. Se cubrió la cabeza y el amplio torso, se agachó de modo que el dobladillo le cayera muy abajo sobre las piernas, y se apresuró a avanzar.

El recorrido desde el patio hasta la puerta principal no debía de haber durado más que un instante, pero a Thrall se le antojó una eternidad. Procuró mantener la cabeza gacha, pero tenía que levantarla con frecuencia a fin de evitar que le pasara por encima alguna carreta cargada de toneles de agua de lluvia, o algún caballo enloquecido, o algún chiquillo lloroso. Con el corazón desbocado, se abrió paso en medio del caos. El calor era palpable, y el brillante fulgor del fuego iluminaba toda la escena casi como lo haría el sol. Se concentró en avanzar paso a paso, sin llamar la atención, camino de las puertas.

Al cabo, lo consiguió. También esta entrada se había abierto. La transponían más carretas cargadas de toneles; los conductores pasaban apuros para dominar a sus asustados animales de tiro. Nadie reparó en la figura solitaria que se adentraba en las tinieblas.

Cuando se hubo alejado de la fortaleza, Thrall emprendió la carrera. Avanzaba en línea recta hacia las colinas de los bosques circundantes; se apartó de la carretera en cuanto le fue posible. Parecía que sus sentidos estuvieran más despejados que nunca. Los olores desconocidos inundaban su nariz a cada resuello; era como si pudiera percibir cada roca, cada brizna de hierba bajo sus apresurados pasos.

Había una formación rocosa de la que le había hablado Taretha. Le había dicho que se parecía un poco a un dragón que montara guardia en el bosque. Estaba muy oscuro, más la excelente visión nocturna de Thrall atisbo una protuberancia que, si se empleaba la imaginación, podría asemejarse al largo cuello de un reptil. Allí había una cueva, le había dicho Taretha. Estaría a salvo.

Por un segundo, se preguntó si Taretha no le habría tendido una trampa. Desechó la idea de inmediato, enfadado y avergonzado de que se le hubiese ocurrido siquiera. Taretha no le había ofrecido más que amistad en todas sus cartas de apoyo. ¿Por qué iba a traicionarle? Y, más aún, ¿por qué iba a llegar a esos extremos cuando habría conseguido lo mismo enseñándole sus cartas a Blackmoore?

Allí estaba, un óvalo negro contra la cara gris de la piedra. Thrall ni siquiera tenía la respiración acelerada cuando cambió el rumbo y trotó hacia el refugio.

Podía verla en el interior, con la espalda apoyada en la pared de la cueva, esperándolo. Se detuvo por un momento, sabedor de que su vista era superior a la de ella. Aun cuando ella estuviera dentro y él fuera, Taretha no podía verlo.

Thrall sólo disponía de baremos humanos con los que medir la belleza, y sabía que, según esos estándares, Taretha Foxton era adorable. Largo cabello claro (estaba demasiado oscuro como para que pudiera ver el color exacto, pero la había atisbado momentáneamente en las gradas de la arena en alguna que otra ocasión), recogido en una larga trenza sobre la espalda. Sólo llevaba puesto el camisón, con una capa arrebujada en torno a su grácil constitución. Detrás de ella había una enorme bolsa.

Se detuvo por un momento, antes de avanzar hacia ella a largas zancadas.

—Taretha —llamó, con voz ronca y áspera.

La joven contuvo el aliento y lo miró. Thrall pensó que la habría asustado, hasta que la muchacha se rió.

—¡Qué susto me has dado! ¡No sabía que te movieras sin hacer ruido! —La risa se calmó, hasta quedarse en una sonrisa. Salió al frente y le tendió ambas manos.

Despacio, Thrall las acogió entre las suyas. Las pequeñas manos blancas desaparecieron entre las verdes, casi tres veces más grandes. Taretha apenas le llegaba a la altura del codo, pese a lo que su semblante no reflejaba temor, si no deleite.

—Podría matarte aquí mismo —dijo Thrall, al tiempo que se preguntaba qué perversa emoción le impelía a pronunciar esas palabras—. No hay testigos cerca.

La sonrisa de Taretha se ensanchó.

—Claro que podrías —reconoció, con voz cálida y melodiosa—, pero no vas a hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. —El orco abrió las manos y la soltó—. ¿Has tenido algún problema?

—No. El plan ha funcionado. El caos era tal que podría haberse escapado un pueblo entero de orcos. Ya he visto que soltaste a los animales antes de prender fuego a los establos.

Taretha sonrió de nuevo. Levantó la nariz un tanto, gesto que la hizo parecer más que joven que sus... ¿qué, veinte? ¿Veinticinco años?

—Desde luego. Son criaturas inocentes. No les deseo ningún mal. Va, será mejor que nos demos prisa. —Volvió la mirada hacia Durnholde, al humo y las llamas que continuaban elevándose hacia el cielo estrellado—. Parece que lo están controlando. No tardarán en

echarte de menos. —Una emoción que Thrall no comprendía ensombreció el semblante de la joven por un instante—. Igual que yo. —Cogió la bolsa y la sacó al aire libre—. Siéntate, siéntate. Quiero enseñarte una cosa.

Obediente, Thrall se sentó. Tari rebuscó en la bolsa y sacó un pergamino. Lo desenrolló, sujetó un extremo y le indicó al orco que la imitara.

—Es un mapa —dijo Thrall.

—Sí, el más exacto que pude encontrar. Aquí está Durnholde. —Taretha señaló el dibujo de un pequeño edificio similar a un castillo—. Nosotros estamos hacia el sudoeste, aquí mismo. Los campos de internamiento se reparten todos en un radio de treinta kilómetros alrededor de Durnholde, aquí, aquí, aquí, aquí y aquí. —Indicó unos dibujos tan pequeños que ni siquiera Thrall podía distinguirlos con tan poca luz—. Lo mejor que puedes hacer es ir aquí, a los bosques. Tengo entendido que todavía hay algunos de los tuyos escondidos ahí, pero los hombres de Blackmoore no son capaces de encontrarlos, sólo indicios. —Levantó el rostro hacia él—. Tú tendrás que dar con ellos, Thrall, de un modo u otro. Consigue que te ayuden.

Algunos de los tuyos, había dicho Taretha. No los orcos, ni esos seres, ni esos monstruos. La gratitud creció en su interior, con tanta fuerza que, por un momento, no pudo hablar. Al cabo, consiguió preguntar:

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué quieres ayudarme?

Taretha sostuvo su mirada, sin sobrecogerse ante lo que veía.

—Porque recuerdo cuando eras un bebé. Era como un hermano pequeño para mí. Cuando... cuando murió Faralyn, tú fuiste el único hermano que me quedaba. He visto lo que te hicieron, y lo detesto. Quería ayudarte, ser tu amiga. —Desvió la mirada—. Además, no siento más simpatía que tú por nuestro señor.

—¿Te ha hecho daño? —Le sorprendió comprobar que se sentía ultrajado.

—No. No es eso. —Con una mano, se cubrió la otra muñeca y la frotó con delicadeza. Bajo la manga, Thrall vio la sombra atenuada de un cardenal—. Físicamente, no. Es más complicado.

—Cuéntamelo.

—Thrall, el tiempo es...

—¿Cuéntamelo! —bramó—. Eres mi amiga, Taretha. Hace más de diez años que me escribes, que me haces sonreír. Sabía que había alguien que me conocía por lo que soy en realidad, y no sólo por ser un... un monstruo de la arena de los gladiadores. Tú has sido mi luz en la oscuridad. —Con toda la delicadeza que pudo reunir, apoyó una mano en el hombro de la muchacha, rozándolo apenas—. Cuéntamelo —apremió, en voz baja.

Los ojos de Taretha resplandecieron. Thrall vio cómo de ellos manaba un líquido que se vertió sobre sus mejillas.

—Estoy tan avergonzada... —musitó.

—¿Qué les ocurre a tus ojos? ¿Qué es «avergonzada»?

—Oh, Thrall. —Tenía la voz pastosa. Se frotó los ojos—. Esto se llama lágrimas. Afloran cuando nos sentimos tristes, apenados, como si nuestros corazones estuvieran tan llenos de dolor que rebosara de nuestros cuerpos. —Inhaló una bocanada trémula—. Y la vergüenza... ocurre cuando has hecho algo tan contrario a tu naturaleza que desearías que nadie lo supiera. Pero todo el mundo lo sabe, así que da igual que tú lo sepas también. Soy la concubina de Blackmoore.

—¿Qué significa eso?

Taretha le dedicó una mirada entristecida.

—Qué inocente eres, Thrall. Qué puro. Algún día lo comprenderás.

De improviso, Thrall recordó fragmentos de baladronadas que había escuchado en el campo de entrenamiento, y supo lo que quería decir Taretha. Pero no sintió vergüenza por ella, tan sólo indignación porque Blackmoore hubiera caído más bajo de lo que él hubiera creído posible. Sabía lo que era estar indefenso ante Blackmoore; Taretha era tan frágil y pequeña que ni siquiera podía luchar.

—Ven conmigo.

—No puedo. Lo que le podría hacer a mi familia si yo huyera... no. —En un impulso, le cogió las manos—. Pero tú si puedes. Por favor, vete ya. Me quedaré más tranquila si sé que al menos tú has escapado de él. Sé libre, por los dos.

Thrall asintió, incapaz de hablar. Había sabido que iba a extrañarla, pero ahora, después de haber conversado con Tari en persona, el dolor de su separación se volvía aún más profundo.

Taretha volvió a enjugarse el rostro y habló con voz más firme.

—He llenado esta bolsa de comida, y también he puesto varios pellejos de agua. Conseguí robar un cuchillo para ti. No me atrevía a coger nada más, por temor a que lo echasen en falta. Por último, quiero que aceptes esto. —Agachó la cabeza y se quitó la cadena de plata que rodeaba su esbelto cuello. Una luna creciente colgaba de los delicados eslabones—. No muy lejos de aquí, hay un viejo árbol partido por un rayo. Blackmoore me permite pasear por aquí cuando lo deseo. Al menos, doy gracias por eso. Si alguna vez regresas y estás en apuros, deja esta cadena en el tronco del viejo árbol y yo volveré a reunirme contigo en esta cueva y haré lo que pueda por ayudarte.

—Tari... —Thrall la miró con expresión desdichada.

—Date prisa. —Miró de reojo en dirección a Durnholde, ansiosa—. Me he inventado una historia para justificar mi ausencia, pero tendré menos problemas cuanto antes regrese.

Se levantaron y se quedaron mirándose, sin saber qué decir. Antes de que Thrall supiera qué había ocurrido, Tari se adelantó y le rodeó el gigantesco torso con los brazos, abarcando cuanto pudo. Su rostro se apretó contra el verde estómago. Thrall se tensó; hasta ese momento, cualquier contacto parecido había provenido de un ataque pero, aunque era la primera vez que lo tocaban de ese modo, supo que era una muestra de afecto. Obedeciendo al instinto, palmeó la rubia cabeza y acarició su cabello.

—Te llaman monstruo —dijo Taretha, de nuevo con voz afectada, mientras se apartaba de él—. Pero los monstruos son ellos, no tú. Adiós, Thrall.

La muchacha se dio la vuelta, se recogió las faldas y emprendió el regreso a Durnholde, a la carrera. Thrall se quedó en el sitio, observando cómo se alejaba hasta que hubo desaparecido de su vista. En ese momento, con sumo cuidado, guardó el preciado colgante de plata en su hatillo, que metió a su vez en la bolsa.

Levantó la pesada saca (debía de haberle costado mucho a Taretha cargar con ella hasta ahí), y se la echó a la espalda. Thrall, el antiguo esclavo, avanzó a largas zancadas hacia su destino.



CAPÍTULO SIETE

Thrall sabía que Taretha había señalado el emplazamiento de los campos de internamiento para que pudiera eludirlos. Quería que encontrara orcos libres. Pero él no sabía si esos «orcos libres» seguirían aún con vida o si serían producto de la imaginación desbocada de algún guerrero. Había estudiado mapas bajo la tutela de Jaramin, por lo que sabía interpretar el que le había dado Tari.

Trazó una ruta directa hacia uno de los campos.

No eligió el más próximo a Durnholde; era probable que, cuando se le echara en falta, Blackmoore hubiera decretado el estado de alerta. Había uno que, según el mapa, se encontraba a varias leguas de distancia de la fortaleza en que Thrall había alcanzado la madurez. Ése era el que pensaba visitar.

Sabía muy poco acerca de los campos, y la escasa información estaba tamizada por las mentes de hombres que odiaban a su pueblo. Mientras corría al trote hacia su destino, infatigable, su mente avanzaba aún más deprisa. ¿Qué sentiría al ver a tantos orcos juntos en un mismo sitio? ¿Serían capaces de entender su idioma? ¿O le impediría su acento humano mantener siquiera la conversación más básica? ¿Lo desafiarían? No deseaba pelear con ellos, pero todo lo que sabía apuntaba a que los orcos eran unos guerreros feroces, orgullosos e imparables. Él era un luchador entrenado pero ¿bastaría eso frente a uno de aquellos legendarios seres? ¿Sería capaz de resistir lo suficiente como para persuadirlos de que no era su enemigo?

Los kilómetros volaban bajo sus pies. De vez en cuando, consultaba las estrellas para determinar su posición. Nadie le había enseñado a orientarse, pero uno de los libros que Tari le había conseguido a hurtadillas versaba acerca de las estrellas y su posición. Thrall lo había estudiado con avidez, absorbiendo hasta el último jirón de información que le era facilitado de ese modo.

Quizá encontrara al clan que exhibía el emblema del lobo blanco sobre fondo azul. Tal vez lograra conocer a su familia. Blackmoore le había contado que lo había hallado no muy lejos de Durnholde, por lo que Thrall no descartaba el conocer a los miembros de su clan.

Se sentía embargado por la emoción. Era una sensación agradable.

Viajó durante toda la noche y se detuvo para descansar cuando salió el sol. O no conocía a Blackmoore, lo que no era el caso, o el teniente general habría ordenado a sus hombres que

salieran a buscarlo. Quizá se sirvieran incluso de alguna de sus afamadas máquinas voladoras. Thrall nunca había visto ninguna y, para sus adentros, dudaba de su existencia pero, si era verdad que las tenían, Blackmoore ordenaría que se empleara una para encontrar a su campeón fugitivo.

Se acordó de Tari, y esperó con fervor que no hubiesen descubierto su implicación en la huida.

Blackmoore no creía que hubiese estado más enfadado en toda su vida, lo que era decir mucho.

Le había despertado de su sueño (solitario esa noche, puesto que Taretha había alegado que se sentía indispuesta) el clamor de las campanas; horrorizado, se había asomado a la ventana para ver cómo un manto naranja de llamas cubría el patio. Tras vestirse a toda prisa, se había apresurado a unirse al resto del populacho de Durnholde, que intentaba desesperado contener el incendio. Habían tardado varias horas pero, para cuando la tonalidad rosada del alba había comenzado a teñir el cielo nocturno, el infierno había sido reducido a un montón de pavesas.

—Es un milagro que no haya resultado herido nadie —dijo Langston, mientras se frotaba la frente. Tenía el pálido semblante tizado por el hollín. Blackmoore supuso que él no debía de ofrecer mejor aspecto. Todos los presentes estaban sucios y sudorosos. A los criados les esperaba una buena colada.

—Ni siquiera los animales —apuntó Tammis, acercándose a ellos—. Es imposible que las bestias hayan podido escapar por sus propios medios. No estamos seguros, mi señor, pero se diría que el incendio ha sido provocado.

—¡Por la Luz! —boqueó Langston—. ¿Lo creéis de veras? ¿Quién querría hacer algo así?

—Contaría a mis enemigos con los dedos de las dos manos —gruñó Blackmoore—, y con los de los pies. Hay un montón de hijos de puta envidiosos de mi posición y de mi... por el fantasma de Lothar. —Sintió frío de repente; se imaginó que se había quedado pálido bajo la capa de hollín. Langston y Tammis lo miraron.

No tenía tiempo que perder explicando su preocupación. Se alejó de un salto de los escalones de piedra en los que estaba sentado y corrió hacia la fortaleza. Tanto su amigo como su sirviente lo imitaron, entre voces de «¡Blackmoore, espera!» y «Mi señor, ¿qué ocurre?».

Blackmoore los ignoró. Recorrió a toda prisa los pasillos, subió escaleras y se detuvo de golpe frente a las astillas a que había quedado reducida la puerta de la celda de Thrall. Sus temores se habían convertido en realidad.

—¡Así se los lleven todos los demonios! —gritó—. ¡Alguien ha robado mi orco! ¡Tammis! ¡Quiero hombres, quiero caballos, quiero ingenios voladores... quiero a Thrall de vuelta, de inmediato!

Thrall se sorprendió al descubrir lo profundamente que había dormido, así como por el realismo de sus sueños. Se despertó al caer la noche y, por un momento, se quedó tumbado donde estaba. Sentía la hierba tierna bajo su cuerpo, se solazó en la brisa que le acariciaba el rostro. Aquello era libertad, y qué dulce era. Qué valiosa. Ahora entendía por qué había quien prefería morir a vivir en cautiverio.

Una lanza le agujoneó el cuello, y seis caras humanas lo miraron desde arriba.

—Tú —dijo uno de los hombres—. Levántate.

Thrall se maldijo mientras era arrastrado detrás de un caballo, flanqueado por dos guardias. ¡Cómo podía haber sido tan estúpido! Quería ver los campos, sí, pero a distancia y oculto. Quería ser un observador, no formar parte de un sistema del que no había oído decir nada bueno.

Había intentado escapar, pero cuatro de los soldados iban a caballo y le habían dado alcance casi de inmediato. Tenían redes, lanzas y espadas, y a Thrall le avergonzó la rapidez y la eficacia con que habían conseguido inmovilizarlo. Pensó en plantar batalla, pero optó por someterse. No se engañaba pensando que aquellos hombres pagarían su asistencia médica en caso de que resultara herido, y quería conservar las fuerzas. Además, ¿qué mejor modo de conocer orcos que estando en el campo con ellos? Sin duda, dada su feroz naturaleza guerrera, estarían ansiosos por escapar. Él sabía cosas que podrían ayudarlos.

Así pues, fingió que se rendía, cuando podría haberlos derrotado a todos al mismo tiempo. Se arrepintió de haber tomado esa decisión casi de inmediato, cuando los hombres comenzaron a escarbar entre sus pertenencias.

—Aquí hay un montón de comida —dijo uno—. Y de buena calidad. ¡Esta noche cenaremos bien, muchachos!

—Será la mayor Remka la que cene bien —repuso otro.

—No, si no se entera, y nosotros no vamos a decírselo —intervino un tercero. Ante los ojos de Thrall, el que había hablado primero propinó un ávido mordisco a una de las pequeñas empanadas que había preparado Taretha.

—Vaya, fijaos en esto —dijo el segundo—. Un cuchillo. —Se levantó y anduvo hacia Thrall, que permanecía inmovilizado y preso en una red—. Has robado todo esto, ¿a que sí? —Acercó el cuchillo a la cara de Thrall. El orco ni siquiera pestañeó.

—Déjalo, Hult —dijo otro hombre, el más pequeño e inquieto de los seis. Los demás habían atado sus caballos a unas ramas cercanas y se afanaban en rapiñar cuanto podían,

llenando sus alforjas tras haber decidido que no pensaban informar a la misteriosa mayor Remka, fuese quien fuera.

—Me quedo con esto —dijo Hult.

—Puedes coger la comida, pero ya sabes que tenemos que declarar todo lo demás —protestó el más nervioso. Parecía que no le hacía gracia enfrentarse a Hult, pero estaba decidido a cumplir las órdenes.

—Y si no, ¿qué? —A Thrall no le gustaba ese Hult. Parecía mezquino y malhumorado, como Blackmoore—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Lo que debería preocuparte es lo que pienso hacer yo al respecto, Hult —intervino una nueva voz. Ese hombre era alto y ágil. Su apariencia no era imponente, pero Thrall se las había visto con muchos y muy buenos guerreros, y sabía que la técnica solía ser tan buena como el tamaño, a veces mejor. A juzgar por la reacción de Hult, ese hombre infundía respeto—. Las reglas existen para que podamos vigilar a los orcos. Éste es el primero desde hace años que encontramos con un arma humana encima. Es digno de mencionar en el parte. En cuanto a esto...

Thrall vio horrorizado cómo el hombre comenzaba a ojear las cartas de Taretha. Con los ojos azules entornados, el hombre alto miró a Thrall.

—No creo que tú sepas leer, ¿o sí?

Los demás estallaron en carcajadas, escupiendo migajas, pero el que había hecho la pregunta parecía hablar en serio. Thrall abrió la boca para responder, pero cambió de opinión. Lo mejor sería fingir que ni siquiera comprendía el idioma humano.

El alto se acercó a él. Thrall se tensó, anticipando un golpe, pero el hombre se acuclilló junto a él y lo miró directamente a los ojos. Thrall volvió la cabeza.

—Tú. ¿Lees? —El hombre señaló las cartas con un dedo enguantado. Thrall las miró y, suponiendo que incluso un orco que no comprendiera la lengua de los humanos sería capaz de establecer una conexión, negó con un violento movimiento de cabeza. El hombre lo contempló durante otro momento, antes de incorporarse. Thrall no estaba seguro de haberle convencido.

—No sé por qué, pero me suena de algo —dijo el hombre. Thrall se quedó helado.

—A mí todos me parecen iguales —comentó Hult—. Grandes, verdes y feos.

—Es una pena que ninguno de nosotros sepamos leer. Seguro que estos papeles nos dirían muchas cosas.

—Tú y tus sueños de grandeza, Waryk —dijo Hult, con un dejo de desdén en la voz.

Waryk volvió a guardar las cartas en la saca, le arrebató el cuchillo a Hult pese a las débiles protestas de éste, y cargó la bolsa medio vacía sobre la cruz de su caballo.

—Guardad esa comida, antes de que cambie de opinión. Llémoslo al campo.

Thrall había asumido que lo subirían a una carreta, o tal vez a una de las jaulas que recordaba de hacía tanto tiempo. No concedieron siquiera esa comodidad básica. Se limitaron a atar una cuerda a la red que lo mantenía inmovilizado y lo transportaron a rastras detrás de

uno de sus caballos. No obstante, el orco había adquirido una enorme tolerancia al dolor tras años en la arena de los gladiadores. Lo que más lamentaba era la pérdida de las cartas de Taretha. Era una suerte que ninguno de aquellos hombres supiera leer. Daba gracias porque no habían encontrado el colgante. Lo había mantenido encerrado en su puño desde que Tari se lo diera la noche anterior, y había conseguido esconderlo en sus pantalones negros antes de que repararan en él. Al menos podía aferrarse a esa parte de ella.

El viaje parecía que no fuese a terminar nunca, pero el sol se arrastraba despacio por el firmamento. Por fin, llegaron a una enorme muralla de piedra. Waryk solicitó permiso para entrar, y Thrall oyó lo que sonaba como unas pesadas puertas que se abrían. Lo arrastraban tendido de espaldas, por lo que pudo fijarse en el grosor de la muralla cuando traspusieron la entrada. Unos guardias desinteresados dedicaron una fugaz mirada al recién llegado, antes de volver a concentrarse en sus quehaceres.

Lo primero que sorprendió a Thrall fue el hedor. Le recordaba a los establos de Durnholde, pero era mucho más fuerte. Arrugó la nariz. Hult, que lo estaba observando, soltó la risa.

—Hace mucho que no ves a los tuyos, ¿eh, verdosos? ¿Ya se te había olvidado cómo apestaís? — Se pellizcó la nariz y puso los ojos en blanco.

—Hult —dijo Waryk, en tono de advertencia. Asió la red y dio una orden. Al instante, Thrall sintió que sus ataduras se aflojaban y se incorporó.

Miró en rededor, horrorizado. Por doquier se hacinaban docenas, tal vez cientos de orcos. Algunos permanecían sentados en charcos de sus propios excrementos, con la mirada vidriosa, entreabiertas las temibles fauces. Otros se paseaban arriba y abajo, musitando incoherencias. Algunos dormían hechos un ovillo en el suelo, sin que pareciera que les importase si los pisaban. Se produjo una reyerta en alguna parte, pero incluso eso debía de requerir demasiada energía, puesto que hubo finalizado casi al tiempo de empezar.

¿Qué ocurría allí? ¿Estarían drogando esos hombres a los congéneres de Thrall? Ésa tenía que ser la respuesta. Él sabía cómo eran los orcos, feroces, salvajes. Había esperado... bueno, no sabía qué era lo que esperaba, pero sin duda no era aquel letargo antinatural.

—Vamos —dijo Waryk, propinando a Thrall un delicado empujón hacia el racimo de orcos más próximo—. Se os da de comer una vez al día. Hay agua en los abrevaderos.

Thrall se enderezó e intentó componer un semblante orgulloso conforme se acercaba a un grupo de cinco orcos que se encontraban sentados junto a los abrevaderos antes mencionados. Podía sentir la mirada de Waryk clavada en su cogote magullado y arañado, y oyó que el hombre decía:

—Juraría que lo he visto antes en alguna parte.

Después de eso, los hombres se alejaron.

Sólo uno de los orcos levantó la cabeza cuando se acercó Thrall. Su corazón latía desbocado. Era la primera vez que estaba tan cerca de su gente, y ahora, allí tenía a cinco de ellos.

—Saludos —dijo, en orco.

Lo miraron. Uno de ellos volvió a agachar la cabeza y volvió a concentrarse en arañar una piedra incrustada en la tierra.

Thrall lo intentó de nuevo.

—Saludos —repitió, extendiendo los brazos en un gesto que, según los libros, indicaba que un guerrero saludaba a otro.

—¿Dónde te han cogido? —preguntó uno de ellos, al cabo, en la lengua de los humanos. Al reparar en el sobresalto de Thrall, añadió—: No te criaste hablando orco. Se nota.

—Tienes razón. Me he criado entre humanos. Me enseñaron un poco de orco. Esperaba que vosotros pudierais ayudarme a aprender más.

Los orcos se miraron entre sí, antes de echarse a reír.

—Te has criado con los humanos, ¿eh? Oye, Krakis, ¡ven aquí! ¡Tenemos todo un cuentista entre nosotros! Muy bien, chamán, cuéntanos otra.

Thrall sintió cómo se le escurría entre los dedos la oportunidad de conectar con esa gente.

—Por favor, no pretendía insultaros. Ahora soy un prisionero, igual que vosotros. Nunca había conocido a otro orco, yo sólo quería...

Entonces, el que había apartado la mirada se volvió y Thrall enmudeció. Los ojos de ese orco eran de un rojo brillante y parecía que refulgieran, como si estuviesen iluminados desde dentro.

—Así que quieres conocer a tu gente. Muy bien, ya nos conoces. Ahora, déjanos en paz. —Se dio la vuelta y siguió jugueteando con su piedra.

—Tus ojos... —murmuró Thrall, demasiado atónito por el extraño fulgor rojo como para reparar en el insulto.

El orco se encogió, levantó una mano para protegerse el rostro del escrutinio de Thrall, y se encorvó aún más.

Thrall se giró para formular una pregunta y se encontró con que estaba solo. Los demás orcos se habían apartado y le dedicaban furtivas miradas de soslayo.

El cielo había estado encapotado durante todo el día, y la temperatura no había dejado de descender. En ese momento, mientras Thrall permanecía a solas en medio de un patio rodeado por lo que quedaba de su gente, el techo gris se abrió y comenzó a caer una lluvia helada mezclada con nieve.

Thrall apenas prestó atención al desapacible clima, tan hundido estaba en su miseria. ¿Era esto por lo que había renunciado a todo lo que conocía? ¿Para llevar una vida de cautiverio en medio de un grupo de criaturas apáticas y sin espíritu que él había soñado con liderar contra la tiranía de los humanos? Se preguntó qué sería peor, si combatir en la arena para mayor gloria de Blackmoore, dormir a salvo bajo techo, leyendo las cartas de Tari, o estar allí solo, repudiado incluso por aquéllos de su misma sangre, hundido hasta los tobillos en el frío barro.

La respuesta era sencilla: ambas opciones resultaban intolerables. Sin que pareciera demasiado obvio, Thrall empezó a pasear la mirada con el objetivo de encontrar una forma de fugarse. No tendría que resultar difícil. Sólo algunos guardias aquí y allá y, por la noche, les costaría ver más que a él. Parecían aburridos y desinteresados y, a juzgar por la falta de ánimo, energía e incluso interés que mostraba aquella patética colección de orcos, Thrall no creía que ninguno de ellos tuviera el coraje para intentar escalar siquiera los muros más bajos.

Sintió la lluvia cuando empezó a calarle los pantalones. Un día triste y gris para una lección no menos triste y gris. Los orcos no eran guerreros nobles y feroces. No lograba imaginarse cómo aquellas criaturas habían conseguido oponer resistencia alguna ante los humanos.

—No siempre fuimos como nos ves ahora —se oyó una voz, baja y ronca, junto a su codo. Sorprendido, Thrall se giró para ver al orco de los ojos rojos, que tenía sus inquietantes orbes clavados en él—. Hastiados, asustados, avergonzados. Esto es lo que han hecho con nosotros — continuó, señalándose los ojos—. Y si lográramos librarnos de esto, regresarían nuestros corazones y nuestros espíritus.

Thrall se acuclilló en el barro, a su lado.

—Continúa. Te escucho.



CAPÍTULO OCHO

Ya habían transcurrido casi dos días desde el incendio y la huida de Thrall, y Blackmoore se había pasado la mayor parte del tiempo enfadado y melancólico. Fue la insistencia de Tammis lo que le convenció para salir a tomar el aire; tenía que admitir que su sirviente había tenido una buena idea.

El día era gris, pero Taretha y él se habían abrigado bien y el vigoroso paseo a caballo les caldeaba la sangre. Él había propuesto salir de caza, pero su mojigata concubina le había persuadido de que una simple excursión bastaría para pasar un rato agradable. La vio pasar a medio galope a lomos de la bonita jaca gris moteada que él le había regalado hacía dos años y deseó que saliera el sol. Se le ocurrían otras maneras en que podría disfrutar de un rato agradable con Taretha.

Qué inesperada fruta madura había resultado ser la hija de Foxtan. Había sido una niña encantadora y obediente, y había crecido para convertirse en una mujer igual de encantadora y obediente. ¿Quién se hubiera imaginado que aquellos ojos azules podrían atraparlo de ese modo, que algún día él enterraría el rostro en el mullido cojín de sus largas trenzas de oro? Blackmoore no, desde luego. Pero, desde que se apropiara de ella hacía ya varios años, la muchacha había conseguido entretenerlo constantemente, lo cual constituía toda una proeza.

Langston le había preguntado en una ocasión cuándo pensaba prescindir de Taretha en favor de una esposa. Blackmoore había respondido que no pensaba prescindir de Taretha aun cuando se casara; habría tiempo de sobra para esas cosas cuando su plan diera al fin sus frutos. Se encontraría en una posición mucho más favorable para organizar un matrimonio políticamente favorable cuando hubiera puesto de rodillas a toda la Alianza.

Lo cierto era que no había ninguna prisa. Tenía tiempo de sobra para disfrutar de Taretha cuándo y dónde le placiera. Cuanto más tiempo pasaba con la muchacha, menos pensaba en satisfacer sus apetitos y más en disfrutar sin más de su presencia. En más de una ocasión, mientras yacía despierto y la veía dormir, cubierta por la argétea luz de luna que entraba por la ventana, se había preguntado si se estaría enamorando de ella.

Había refrenado a Canción de Noche, que se estaba haciendo mayor aunque todavía le gustaba disfrutar de una buena galopada esporádica, y observaba cómo Taretha conducía risueña a Dama Gris en círculos alrededor de él. A petición suya, no se había puesto

sombrero ni se había trenzado el cabello, que le caía sobre los hombros como si de una cascada de oro puro se tratara. Taretha reía y, por un momento, sus miradas se encontraron.

Al diablo con el tiempo. Se las apañarían.

Estaba a punto de ordenarle que bajara de su jaca y se dirigiera hacia un soto de árboles (sus capas les proporcionarían suficiente abrigo) cuando escuchó el sonido de unos cascos que se acercaban. Frunció el ceño cuando apareció Langston, jadeando. Su caballo estaba todo sudado y humeaba a causa del frío del atardecer.

—Mi señor, creo que tenemos noticias de Thrall.

La mayor Lorin Remka no se andaba con chiquitas. Aunque levantaba poco más de metro y medio del suelo, era fuerte y corpulenta, y sabía estar a la altura de las circunstancias en cualquier pelea. Se había alistado disfrazada de hombre hacía muchos años, impulsada por un ardiente deseo de destruir a los seres de piel verde que habían arrasado su pueblo. Cuando se hubo descubierto el ardid, su oficial al mando la había enviado a primera línea de combate. Más tarde descubriría que el oficial había albergado la esperanza de que allí la mataran, lo que le habría ahorrado el bochorno de tener que dar parte de ella. Pero Lorin Remka se había empeñado en sobrevivir, y se había comportado tan dignamente como cualquier hombre de su unidad; a veces mejor que nadie.

Encontraba un placer salvaje en masacrar al enemigo. En más de una ocasión, tras la carnicería, se había embadurnado el rostro con la sangre negra rojiza para señalar su victoria. Los hombres se habían mantenido siempre a una distancia prudencial de ella.

En esa época de paz, la mayor Remka disfrutaba casi tanto repartiendo órdenes entre las babosas que en su día fueran sus enemigos más enconados, pero el placer había disminuido cuando esos bastardos dejaron de rebelarse. Por qué se habían vuelto tan dóciles y habían renunciado a su salvajismo era motivo frecuente de debate entre Remka y sus hombres por las noches, ante una partida de cartas y una cerveza; o cuatro.

Lo más satisfactorio de todo había sido ser capaz de coger a aquellos antiguos asesinos aterradores y convertirlos en dóciles criados. Había descubierto que los más maleables eran los que tenían los ojos rojos. Parecían ansiosos de recibir órdenes y lisonjas, incluso de ella. En esos momentos, uno de ellos estaba preparándole un baño en sus aposentos.

—¡Asegúrate de que está caliente, Greekik! ¡Y no te olvides de las hierbas en esta ocasión!

—Sí, mi señora —respondió el orco hembra, con voz humilde. Casi al instante, hasta Remka llegó la purificadora fragancia a hierbas secas y flores. Desde que comenzara a trabajar en ese lugar, parecía que apestase todo el tiempo. No podía quitar el mal olor de su ropa, pero al menos podía sumergirse en el agua caliente y perfumada y eliminarlo de su piel y de su larga cabellera negra.

Remka había adoptado un estilo de vestir masculino, mucho más práctico que todos los perifollos femeninos. Tras años en el campo de batalla, estaba más que acostumbrada a

vestirse sola y, de hecho, lo prefería. Se quitó las botas con un suspiro. En el momento en que las dejaba a un lado para que Greekik las limpiara, alguien llamó a su puerta con urgencia.

—Más vale que sea algo importante —musitó, en tanto que abría la puerta—. ¿Qué ocurre, Waryk?

—Ayer capturamos un orco.

—Sí, sí, ya he leído tu informe. Verás, se me enfría el baño mientras estamos aquí charlando y...

—El orco me sonaba de algo —insistió Waryk.

—¡Por la Luz, Waryk, si son todos iguales!

—No. Éste parecía distinto. Ahora sé por qué. —Se hizo a un lado, y una figura alta e imponente ocupó el vano de la puerta. La mayor Remka se cuadró de inmediato, arrepintiéndose de haberse descalzado.

—Teniente general Blackmoore. ¿En qué podemos ayudarle?

—Mayor Remka —dijo Aedelas Blackmoore, con la blanca dentadura reluciendo enmarcada por su cuidada perilla negra—. Me parece que habéis encontrado al orco de compañía que se me había extraviado.

Thrall escuchó, embelesado, mientras el orco de ojos rojos daba cuenta en voz baja de historias de valor y fortaleza. Le hablaba de asaltos llevados a cabo con todas las probabilidades en contra, de proezas heroicas, y de humanos que caían bajo una imparable oleada verde de orcos unidos por un solo propósito. También habló con melancolía de un pueblo espiritual, algo que Thrall desconocía.

—Ah, sí —dijo Kelgar, entristecido—. En el pasado, antes de convertirnos en la orgullosa Horda hambrienta de batallas, nos dividíamos en clanes individuales. En esos clanes encontrabas a quienes conocían la magia del viento y el agua, del cielo y la tierra, de todos los espíritus de la naturaleza, y trabajaban en armonía con esos poderes. Los llamábamos «chamanes» y, hasta que surgieron los brujos, sus habilidades marcaban todo lo que entendíamos por poder.

Era como si aquella palabra enfureciera a Kelgar. Escupió al suelo y, dando muestras por vez primera de cualquier tipo de pasión, gruñó:

—¡Poder! ¿Acaso da de comer a nuestro pueblo, cría a nuestros jóvenes? Nuestros líderes se lo guardan para sí, y sólo llega al resto de nosotros con cuentagotas. Hicieron... algo, Thrall. No sé el qué. Pero, cuando nos derrotaron, el deseo de luchar nos abandonó como si escapara por una herida abierta. —Agachó la cabeza, la apoyó en los brazos apoyados sobre sus rodillas, y cerró sus ojos rojos.

—¿Perdisteis todos el deseo de luchar? —preguntó Thrall.

—Todos los que estamos aquí. Los que se resistieron no fueron apresados o, si lo fueron, fueron asesinados mientras se resistían. —Kelgar mantuvo los ojos cerrados.

Thrall respetó la necesidad de silencio del otro orco. Se sintió invadido por la desilusión. El relato de Kelgar tenía trazas de ser cierto y, para comprobarlo, lo único que hacía falta era echar un vistazo alrededor. ¿Qué sería ese suceso que había ocurrido? ¿Cómo podía ser que toda una raza viera su naturaleza tan distorsionada como para acabar ahí, derrotados aun antes de ser capturados y arrojados a esa cochina cloaca infernal?

—Pero el deseo de luchar arde con fuerza en tu interior, Thrall, aunque tu nombre sugiera lo contrario. —Kelgar había vuelto a abrir los ojos, que parecían clavarse en su interlocutor—. Tal vez el hecho de que hayas sido criado por humanos te haya librado de esto. Hay otros como tú, ahí fuera. Los muros no son tan altos como para que no puedas escalarlos, si así lo deseas.

—En efecto —afirmó Thrall, entusiasmado—. Dime dónde puedo encontrar a otros como yo.

—El único del que he oído hablar es Grom Hellscream. Permanece invicto. Su pueblo, el clan Grito de Guerra, procede del oeste de esta tierra. Eso es todo cuanto puedo decirte. Los ojos de Grom son como los míos, pero su espíritu aún resiste. —Kelgar agachó la cabeza—. Ojalá yo hubiera sido igual de fuerte.

—Puedes serlo. Ven conmigo, Kelgar. Yo soy fuerte, no me costaría nada ayudarte para salvar la muralla si...

Kelgar meneó la cabeza.

—No es la fuerza lo que me ha abandonado, Thrall. Podría matar a los guardias en un latido. Cualquiera de nosotros podría. Es el deseo. No deseo intentar saltar por encima de las murallas. Quiero quedarme aquí. No puedo explicarlo, y me avergüenza, pero es la verdad. Tú tendrás que reunir la pasión, el fuego, por todos nosotros.

Thrall convino con un asentimiento de cabeza, aunque no lo entendía. ¿Quién no querría ser libre? ¿Quién no querría pelear, recuperar todo lo que les habían arrebatado, conseguir que los injustos humanos pagaran por lo que habían hecho con su pueblo? Mas estaba claro: de todos los orcos presentes, él era el único que se atrevería a alzar un puño retador en desafío.

Esperaría hasta el ocaso. Kelgar le había contado que la guarnición de soldados era exigua, y que solían emborracharse hasta quedarse inconscientes. Si Thrall se limitaba a fingir que era como los demás orcos, estaba seguro de que se le presentaría una oportunidad.

En ese momento, apareció un orco hembra. Se conducía con una seguridad que no abundaba en ese lugar. Thrall se incorporó cuando se hizo evidente que lo buscaba a él.

—¿Eres el orco recién capturado? —preguntó, en lengua humana.

Thrall asintió.

—Me llamo Thrall.

—Entonces, Thrall, te conviene saber que el comandante de los campos viene a por ti.

—¿Cómo se llama? —El frío atenazó sus entrañas; se temía lo peor.

—No lo sé, pero viste de rojo y oro, con un halcón negro en...

—Blackmoore —siseó Thrall—. Tendría que haberme imaginado que daría conmigo.

Se produjo un estrepitoso repiqueteo cuando todos los orcos se volvieron hacia la enorme torre.

—Tenemos que formar —dijo la hembra—. Aunque no es la hora habitual del recuento.

—Te quieren a ti, Thrall —dijo Kelgar—, pero no te van a encontrar. Tendrás que marcharte ahora. Los guardias estarán ocupados con la llegada del comandante. Yo me ocuparé de distraerlos. La zona menos vigilada se encuentra al final del campo. Nosotros acudiremos al sonido de la campana, como el ganado en que nos hemos convertido. —Su voz y su semblante evidenciaban el asco que se inspiraba a sí mismo—. Vete. Corre.

Thrall no necesitaba que lo azuzaran. Giró sobre sus talones y comenzó a moverse veloz, abriéndose paso entre el súbito torrente de orcos que avanzaban en dirección contraria. Mientras empujaba y porfiaba, escuchó un grito de dolor. Era el orco hembra. No se atrevió a detenerse para mirar atrás pero, cuando oyó que Kelgar gritaba unas ásperas palabras en orco, lo entendió todo. De algún modo, Kelgar había conseguido encontrar en su interior una sombra de su antiguo espíritu combativo. Había comenzado a pelearse con el orco hembra. A tenor de las voces de los guardias, aquello era algo inusitado. Bajaron para separar a los orcos en disputa y, ante los ojos de Thrall, los escasos guardias que habían estado recorriendo la muralla abandonaron sus puestos y corrieron hacia el origen del griterío.

Se le ocurrió que era probable que azotaran a Kelgar y a la hembra inocente. Lo sintió en el alma, pero se dijo que, gracias a sus acciones, él era libre para hacer todo lo posible por asegurarse de que ningún humano volviera a golpear a un orco, nunca jamás.

Tras haber alcanzado la edad adulta encerrado en una celda estrechamente vigilada, con hombres pendientes de cada uno de sus movimientos, le costaba creer lo fácil que resultaba escalar la muralla y huir hacia la libertad. Frente a él se extendía un denso bosque. Corrió más deprisa de lo que había corrido en su vida, a sabiendas de que cada minuto que permaneciera en campo abierto sería vulnerable. Empero, nadie dio la voz de alarma, nadie inició la persecución.

Corrió durante horas, perdiéndose en el bosque, girando a derecha e izquierda y esforzándose por ponérselo difícil a las partidas de búsqueda que, sin duda, saldrían tras él. Al cabo, aminoró, resoplando y jadeando, sin aliento. Se subió a un robusto árbol y, cuando asomó la cabeza por el denso dosel de hojas, lo único que vio fue un mar de verde.

Entrecerró los ojos y localizó el sol. Comenzaba su descenso hacia el horizonte. El oeste; Kelgar había dicho que el clan de Grom Hellscream había venido del oeste.

Encontraría a ese tal Hellscream y, juntos, liberarían a sus hermanos y hermanas apresadas.

Con los guantes negros enlazados a la espalda, el comandante de los campos, un tal Aedelas Blackmoore, se paseó despacio por delante de los orcos alineados. Todos ellos mantenían la cabeza gacha y se miraban los pies cubiertos de barro. Blackmoore tuvo que admitir que resultaban más entretenidos, si bien también más letales, cuando les quedaba algo de espíritu dentro del cuerpo.

Con el gesto torcido a causa del hedor, Blackmoore se llevó un pañuelo perfumado a la nariz. Lo seguía de cerca, igual que un perro que esperara la orden de su amo, la mayor Remka. Había oído hablar bien de ella; al parecer, era más eficiente que la mayoría de los hombres.

Pero si había tenido a Thrall en su poder y había dejado que se le escurriera entre los dedos, no tendría piedad.

—¿Dónde está el que creías que era Thrall? —le preguntó a Waryk, el soldado de Remka. El joven mantenía la compostura mejor que su oficial en jefe, pero incluso él comenzaba a ofrecer síntomas de pánico en su mirada.

—Lo había visto en los combates de gladiadores, y los ojos azules son tan raros... —dijo Waryk, que había empezado a tartamudear un poco.

—¿Lo ves aquí?

—N-no, teniente general. No lo veo.

—A lo mejor es que no era Thrall.

—Encontramos algunas cosas que había robado —sugirió Waryk, súbitamente inspirado. Chasqueó los dedos y uno de sus hombres se alejó corriendo, para regresar momentos después con una gran saca—. ¿La reconoce? —Le ofreció una sencilla daga a Blackmoore, con la empuñadura por delante, como exigía la etiqueta.

A Blackmoore se le atragantó el aliento en la garganta. Se había preguntado dónde la habría metido. No es que fuese cara, pero la había echado en falta... Pasó el pulgar sobre el símbolo de su escudo de armas, el halcón negro.

—Es mía. ¿Algo más?

—Algunos papeles... La mayor Remka aún no ha tenido tiempo de examinarlos... —Waryk se quedó sin voz, pero Blackmoore asintió. El muy idiota no sabía leer. ¿Qué clase de papeles iba a tener Thrall? Hojas arrancadas de sus libros, sin duda. Blackmoore agarró la bolsa y escarbó entre los papeles del fondo. Cogió uno al azar.

... ojalá pudiera hablar contigo en vez de enviarte sólo estas cartas. Te veo en la arena y se me rompe el corazón...

¡Cartas! ¿Quién iba a...? Cogió otra.

... cuesta más y más encontrar tiempo para escribir. Nuestro señor nos exige tanto. He oído que te pega. Lo siento, mi querido amigo. No te mereces...

Taretha.

Un dolor más grande que cualquier otro que hubiera sentido se apoderó del pecho de Blackmoore. Sacó más cartas... por la Luz, debía de haber docenas ahí dentro... tal vez

cientos. ¿Cuánto hacía que conspiraban esos dos? Por alguna razón, le escocían los ojos y le costaba respirar. Tari... Tari, cómo has podido, nunca te ha faltado de nada...

—¿Mi señor? —La voz preocupada de Remka liberó a Blackmoore de su dolorosa sorpresa. Inspiró hondo y parpadeó para sofocar las lágrimas delatorias—. ¿Está todo en orden?

—No, mayor Remka. —Su voz seguía tan calmada y compuesta como siempre, por lo que dio gracias—. Nada está en orden. Teníais a mi orco Thrall, uno de los mejores gladiadores que haya pisado jamás la arena. Me ha conseguido una buena cantidad de dinero a lo largo de los años y se suponía que me iba a conseguir mucho más. No me cabe duda, era él el que ha capturado vuestro hombre. Y es él al que no veo por ninguna parte.

Se regocijó al ver que el semblante de Remka perdía todo su color.

—Podría estar escondido dentro del campo.

—Podría. —Blackmoore replegó los labios sobre sus blancos dientes, consiguiendo convertir su sonrisa en un rictus—. Esperemos que así sea, por vuestro propio bien, mayor Remka. Registrad el campamento. Enseguida.

La mayor se apresuró a cumplir sus deseos, repartiendo órdenes a gritos. Estaba claro que Thrall no iba a ser tan estúpido como para presentarse a formar, igual que un perro que respondiera a un silbato. Era posible que siguiera allí. Aunque, no sabía cómo, Blackmoore creía que Thrall se había marchado, que estaba en otra parte, haciendo... ¿qué? ¿Qué clase de plan habían ideado el orco y esa furcia de Taretha?

Blackmoore estaba en lo cierto. Un exhaustivo registro no consiguió desvelar nada. Ninguno de los orcos, malditos fuesen todos ellos, admitía siquiera haber visto a Thrall. Blackmoore degradó a Remka, puso a Waryk en su lugar y cabalgó de regreso a casa. Langston se encontró con él a medio camino, y se conmisero de él, pero ni siquiera la dicharachera y disparatada conversación de Langston consiguió animar a Blackmoore. En una noche fatídica, había perdido las dos cosas que más le importaban: Thrall y Taretha.

Subió por la escalera que conducía a sus aposentos, se dirigió a su dormitorio y abrió la puerta. La luz bañó el rostro dormido de Taretha. Con cuidado, para no despertarla, Blackmoore se sentó en la cama. Se quitó los guantes y acarició la suave y tersa curva de aquella mejilla. Era tan hermosa. Se había emocionado con su contacto, se había enternecido con sus risas. Pero eso se acabó.

—Que duermas bien, bella traidora —susurró. Se inclinó y la besó, con el dolor de su corazón aún presente, aunque sojuzgado sin clemencia—. Duerme, hasta que me hagas falta.



CAPÍTULO NUEVE

Thrall no había estado tan cansado ni había tenido tanta hambre en toda su vida. Pero la libertad sabía mejor que la comida con que lo habían alimentado, y se sentía más descansado que sobre el heno en que había dormido siendo prisionero de Blackmoore en Durnholde. Era incapaz de atrapar los conejos y las ardillas que correteaban por el bosque, y se arrepentía de que no le hubieran enseñado técnicas de supervivencia junto con la historia de la batalla y la naturaleza del arte. Dado que era otoño, los árboles ofrecían sus frutos maduros, y no tardó en volverse un experto encontrando gusanos e insectos. Con eso apenas lograba apaciguar el hambre canina que le roía las entrañas pero, al menos, disponía de agua en abundancia gracias a la minada de arroyos y riachuelos que serpenteaban entre la fronda.

Transcurridos varios días, el viento cambió de dirección mientras Thrall avanzaba con tesón por el sotobosque y le trajo el dulce aroma de la carne asada. Inhaló con fuerza, como si pudiera obtener sustento tan sólo de ese olor. Famélico, siguió el rastro odorífero.

Pese a que su cuerpo clamaba por comida, no permitió que el hambre empañara su buen juicio. Hizo bien, puesto que vio docenas de humanos cuando hubo llegado a la linde de la espesura.

El día era cálido y soleado, uno de esos raros días que se encuentran en otoño, y los humanos preparaban ufanos un banquete que consiguió que a Thrall se le hiciese agua la boca. Había pan horneado, toneles llenos de fruta fresca y verdura, vasijas de embutidos, mantequilla y pasta, quesos, botellas de lo que supuso que sería vino y aguamiel y, en medio de todo aquello, dos cerdos espetados que giraban despacio sobre las llamas.

A Thrall le flaquearon las rodillas y se agachó despacio sobre el lecho del bosque, embelesado ante los manjares que se extendían frente él como si quisieran tentarlo. En el campo despejado, los niños jugaban con banderines, aros y otros juguetes a los que Thrall no sabía ponerles nombre. Las madres amamantaban a sus bebés, y las doncellas bailaban recatadas con los mozos. Era un cuadro de dicha y felicidad y, más que la comida, lo que Thrall quería era encontrar un lugar allí.

Mas eso era imposible. Era un orco, un monstruo, un piel verde, un sangre negra, y un centenar de epítetos más. Por consiguiente, se quedó sentado, observando, mientras los aldeanos festejaban, comían y bailaban hasta que la noche se hubo cernido sobre ellos.

Salieron las lunas, una blanca y radiante, otra fría y verde azulada, cuando se recogían las últimas mesas, platos y alimentos. Thrall vio cómo los aldeanos recorrían el sendero que

atravesaba el campo; pequeñas luces de velas aparecieron en diminutas ventanas. Aguardó aún más, y observó el pausado devenir de las lunas en el firmamento. Muchas horas después de que se hubiera apagado la última vela en las ventanas, Thrall se incorporó y avanzó en silencio hacia el poblado.

Su olfato siempre había sido muy agudo, y más ahora que disfrutaba de los aromas de la comida. Siguió los olores para acercarse a las ventanas y afanar hogazas enteras de pan que engullía de un bocado, para destapar una cesta llena de manzanas junto a una puerta y deglutir la dulce fruta con avidez.

Le corría zumo por el torso desnudo, dulce y pegajoso. Se lo enjugó con gesto mecánico con una enorme mano verde. Poco a poco, comenzaba a saciar su apetito. Cogió algo de cada casa, pero nunca demasiado del mismo hogar.

Se asomó a una ventana y vio unas figuras dormidas junto a las brasas de la chimenea. Se retiró enseguida, esperó un momento, y volvió a escrutar, muy despacio. Se trataba de niños, acostados en catres de paja. Había tres, más uno en una cuna. Dos niños; y una niña pequeña de pelo amarillo. Ante los ojos de Thrall, la pequeña se revolvió en su sueño.

Thrall sintió una aguda punzada. Como si no hubiera pasado el tiempo, su mente se vio transportada al día en que había visto a Taretha por primera vez, cuando ella le había regalado su amplia sonrisa y le había saludado con la mano. Esa niña se parecía tanto a ella, con las mejillas redondeadas, el cabello dorado...

Un brusco ruido lo sobresaltó; se dio la vuelta a tiempo de ver algo con cuatro patas que cargaba contra él. Unos dientes afilados restallaron junto a su oreja. Por instinto, Thrall asió al animal y cerró las manos en torno a su garganta. ¿Sería un lobo, una de las criaturas con las que a veces trababa amistad su pueblo?

Tenía puntiagudas orejas enhiestas, hocico ahusado y afilados dientes blancos. Se parecía a las xilografías de lobos que había visto en los libros, pero la forma de la cabeza y el color diferían.

La casa se había despertado; oyó voces humanas alarmadas. Apretó su presa y la criatura cayó inerte. Thrall tiró el cuerpo y se asomó para ver a la niña que lo miraba con los ojos desorbitados por el horror. La pequeña lanzó un grito y lo señaló con el dedo.

—¡Un monstruo, papá, un monstruo!

Aquellas odiosas palabras, procedentes de unos labios inocentes, sacaron a Thrall de su estupor. Se dio la vuelta para emprender la huida, pero se encontró con que lo rodeaba un puñado de atemorizados aldeanos. Algunos portaban horcas y guadañas, las únicas armas de que disponía esa comunidad de campesinos.

—No os deseo ningún daño —dijo Thrall.

—¡Habla! ¡Es un demonio! —gritó alguien. La pequeña guarnición se lanzó a la carga.

Thrall reaccionó por instinto y se dejó guiar por su formación. Cuando uno de los hombres arremetió con su horca, Thrall asió con destreza la improvisada arma y la empleó para arrebatar los demás tridentes y guadañas de las torpes manos de los campesinos. En

algún momento, profirió su grito de batalla, cegado por la sed de sangre, y blandió la horca contra sus agresores.

Se detuvo cuando estaba a punto de ensartar al hombre derribado, que lo miraba con ojos enloquecidos.

Aquellos hombres no eran sus enemigos, aun cuando resultara evidente que lo temían y lo odiaban. Eran simples aldeanos que vivían gracias a sus cultivos y a sus animales de granja. Tenían hijos. Estaban asustados de él, eso era todo. No, el enemigo no estaba ahí. El enemigo dormía a pierna suelta en una cama de plumas en Durnholde. Con un grito de desprecio hacia sí mismo, Thrall lanzó la horca a muchos metros de distancia y se aprovechó de la brecha del círculo para huir hacia la seguridad del bosque.

Los hombres no corrieron detrás de él. Thrall no esperaba que lo hicieran. Lo único que querían era que los dejara en paz. Mientras surcaba la floresta, empleando la energía sobrante de la confrontación, intentó sin conseguirlo borrar la imagen de la niña rubia gritando horrorizada y llamándolo «monstruo».

Thrall corrió durante todo el día siguiente, hasta bien avanzada la noche, cuando por fin hubo de desplomarse, exhausto. Durmió el sueño de los justos, sin pesadillas que lo atormentasen. Algo lo despertó antes del alba; parpadeó, soñoliento.

Un segundo empujón en la barriga, y se despertó del todo... para enfrentarse a los rostros malhumorados de ocho orcos.

Intentó incorporarse, pero se abalanzaron sobre él y lo inmovilizaron antes de que pudiera debatirse siquiera. Uno de ellos acercó su enorme y colérica cara y sus colmillos amarillos a un centímetro de la de Thrall. Ladró algo completamente ininteligible, y Thrall negó con la cabeza.

El orco compuso un semblante aún más sobrecogedor, agarró una de las orejas de Thrall y profirió otra sarta de incoherencias.

Thrall adivinó lo que quería decir el otro y, en lengua humana, respondió:

—No, no estoy sordo.

Todos ellos emitieron un siseo rabioso.

—Hu-mano —dijo el gigantón, que parecía ser su líder—. ¿No hablar orco?

—Un poco —respondió Thrall, en ese idioma—. Me llamo Thrall.

El orco abrió la boca, la dejó así y soltó un bufido. Sus compinches lo imitaron.

—¡Hu-mano parecer orco! —exclamó, apuntando a Thrall con una uña negra. En orco, añadió—: Matadlo.

—¡No! —gritó Thrall, en orco. Aquel encuentro tan poco halagüeño aún le proporcionaba una esperanza: esos orcos eran luchadores. No andaban encorvados por el peso de la desesperación, ni estaban demasiado desilusionados como para no intentar siquiera escalar una pared baja de piedra—. ¡Querer encontrar Grom Hellscream!

El gigantón se quedó helado. En su pobre humano, preguntó:

—¿Por qué encontrar? Enviado para matar, ¿eh? Por humanos, ¿eh?

Thrall negó con la cabeza.

—No. Campos... malos. Orcos... —No conseguía encontrar las palabras en esa lengua extraña, por lo que exhaló un sonoro suspiro y bajó la cabeza, en un intento por representar a las desdichadas criaturas que había visto en el campo de internamiento—. Quiero orcos... —Levantó las manos atadas y lanzó un aullido—. Grom ayuda. Ya no campos. Ya no orcos... —De nuevo, adoptó una apariencia abatida y desesperada.

Se arriesgó a levantar la vista, preguntándose si su exiguo orco habría bastado para comunicar lo que pretendía. Al menos ya no querían matarlo. Otro orco, algo más pequeño pero de aspecto igual de amenazador que el anterior, dijo algo con voz ronca. La respuesta del líder fue acalorada. Discutieron durante un momento, antes de que pareciera que el gigantón cedía.

—Tragg decir, puede. Puede tú ver Hellscream, si tú merecer. Venir. —Lo pusieron de pie y lo empujaron para que caminara. La punta de la lanza contra su espalda azuzó a Thrall para que acelerara el paso. A despecho de encontrarse maniatado y rodeado por orcos hostiles, Thrall se sentía jubiloso.

Iba a ver a Grom Hellscream, el único orco que permanecía indómito. Tal vez juntos logran liberar a los orcos apresados, impelerlos a la acción y recordarles cuál era su herencia.

Si bien le resultaba complicado expresarse en el idioma orco, entendía mucho mejor de lo que hablaba. Guardó silencio, y escuchó.

Los orcos que lo escoltaban para reunirse con Hellscream estaban sorprendidos por su vigor. Thrall reparó en que casi todos ellos tenían los ojos castaños o negros, no de ese peculiar color rojo inherente a la mayoría de los internos en el campo. Kelgar había apuntado a que podría existir cierta relación entre los fulgurantes orbes encendidos y el inusitado letargo que asolaba a los orcos. Thrall no sabía a qué podía deberse; esperaba descubrirlo prestando atención.

Si bien los orcos no mencionaron los ojos rojos, sí que comentaron la desidia. Muchas de las palabras que Thrall no entendía resultaban comprensibles gracias al tono desdeñoso con que se pronunciaban. Thrall no era el único al que repugnaba ver a la otrora legendaria fuerza bélica reducida a un dócil rebaño. Al menos los toros arremetían si se los provocaba.

Para su gran señor de la guerra tenían palabras de alabanza y adoración. También hablaron de Thrall, preguntándose si no sería una especie de espía enviado para descubrir la guarida de Grom y dirigir a los humanos en una cobarde emboscada. Thrall deseó fervientemente que hubiese alguna manera de convencerlos de su sinceridad. Haría lo que fuese necesario con tal de demostrar su dignidad.

Llegados a cierto punto, el grupo se detuvo. El líder, que Thrall había aprendido que se llamaba Rekshak, desató un fajín que le rodeaba el amplio torso. Lo sostuvo con ambas manos y se dirigió a Thrall.

—Poner... —Añadió algo en orco que Thrall no pudo entender, pero intuyó lo que quería Rekshak. Agachó la cabeza, obediente, puesto que era el más alto de todos ellos, y permitió que le vendaran los ojos. El fajín olía a sudor fresco y a sangre reseca.

Sin duda ahora pensaban matarlo, o abandonarlo para que muriera, atado y cegado. Thrall aceptó esa posibilidad y decidió que era preferible a arriesgar la vida un día más en el foso de los gladiadores para gloria del cruel bastardo que lo había apaleado y que había intentado sojuzgar el espíritu de Tari.

Anduvo con pasos más vacilantes aunque, en algún momento, dos de los orcos lo flanquearon en silencio y lo cogieron por los brazos. Confiaba en ellos; no le quedaba otra opción.

Sin ningún modo de juzgar el paso del tiempo, el viaje se hizo eterno. En algún momento, el mullido lecho del bosque dio paso a la fría piedra, y el aire se volvió más frío. A juzgar por la manera en que se distorsionaron las voces de los demás orcos, Thrall supuso que estaban descendiendo hacia el interior de la tierra.

Por fin, se detuvieron. Thrall agachó la cabeza y le quitaron la venda. Incluso la tenue luz que proporcionaban las antorchas le obligó a parpadear para acomodar la vista, después de la negrura completa.

Se encontraba en una enorme caverna subterránea. Sobresalían rocas puntiagudas del techo de piedra y del suelo. Thrall oyó el goteo de la humedad a lo lejos. Había varias cuevas más pequeñas que radiaban de esa caverna, y muchas de las entradas se veían cubiertas por pieles de animales. Aquí y allá se encontraba uno con armaduras que habían conocido días mejores y con armas que parecían tan desgastadas como bien conservadas. Una pequeña hoguera ardía en el centro, proyectando su humo hacia el techo. Así pues, allí debía ser el lugar al que se habían retirado el legendario Grom Hellscream y el resto del otrora feroz clan de los Grito de Guerra.

Pero ¿dónde estaba el famoso líder? Thrall miró en rededor. Si bien habían emergido varios orcos de diversas cuevas, ninguno tenía el porte o el atuendo de un auténtico jefe. Se volvió hacia Rekshak.

—Dijiste que me llevarías ante Hellscream. No lo veo por ninguna parte.

—Tú no lo ves, pero está aquí. Él te ve a ti —respondió otro orco, al tiempo que apartaba una piel de animal para entrar en la caverna. Era casi tan grande como Thrall, pero no tan corpulento. Parecía más viejo, y muy cansado. Los huesos de diversos animales y, posiblemente, algunos humanos pendían de un collar que le rodeaba la garganta. Se conducía de un modo que exigía respeto, y Thrall no dudó en ofrecérselo. Quienquiera que fuese ese orco, ostentaba una posición importante dentro del clan. Resultaba evidente que dominaba la lengua humana casi con la misma fluidez que Thrall.

Thrall inclinó la cabeza.

—Tal vez sea así, pero quiero hablar con él, no disfrutar de su presencia invisible.

El otro orco sonrió.

—Tienes espíritu, fuego. Eso está bien. Me llamo Iskar, consejero del gran jefe Hellscream.

—Yo me llamo...

—Sabemos quién eres, Thrall de Durnholde. —Ante el pasmo de Thrall, Iskar continuó—: Son muchos los que han oído hablar del orco de compañía del teniente general Blackmoore.

Thrall profirió un sordo gruñido gutural, pero no perdió la compostura. Había oído antes que lo llamaban así, pero hería más cuando el apelativo provenía de boca de uno de sus congéneres.

—Nunca te hemos visto combatir, claro —prosiguió Iskar, al tiempo que enlazaba las manos a la espalda y caminaba despacio alrededor de Thrall, sin dejar de mirarlo de arriba abajo—. A los orcos no les permiten asistir a las peleas de gladiadores. Mientras tú encontrabas la gloria en la arena, tus hermanos sufrían derrotas y vejaciones.

Thrall no estaba dispuesto a seguir escuchando.

—La gloria no era para mí. ¡Era un esclavo, propiedad de Blackmoore y, si no me creéis cuando os digo que lo desprecio, mirad esto! —Se dio la vuelta para enseñarles la espalda. Lo miraron y, para su enojo, se rieron.

—No hay nada que mirar, Thrall de Durnholde —dijo Iskar. Thrall supo lo que había ocurrido; la magia del ungüento curativo había funcionado demasiado bien. No le quedaba ni una cicatriz en la espalda a resultas de la terrible paliza que había recibido a manos de Blackmoore y sus hombres—. Apelas a nuestra compasión, pero a nosotros nos parece que estás sano y fuerte.

Thrall giró en redondo. Se sentía furioso, e intentó apaciguarse, sin éxito.

—Era un objeto, una propiedad. ¿Pensáis que obtuve algún beneficio del sudor y la sangre que derramé en la arena? Blackmoore amasaba monedas de oro mientras yo permanecía encerrado en una celda y sólo salía para divertirlo. Las cicatrices de mi cuerpo no son visibles, ahora me doy cuenta, pero el único motivo por el que me curaban era para que pudiera regresar al foso y volver a luchar para ganar dinero para mi señor. Hay cicatrices mucho más profundas que no podéis ver. Escapé, me encerraron en un campo, y de allí me escapé para buscar a Hellscream. Aunque comienzo a dudar de su existencia. No sé si es pedir demasiado encontrar a un orco que ejemplifique el ideal que yo tengo de nuestro pueblo.

—¿Qué ideal es ése, orco con nombre de esclavo? —inquirió Iskar.

Thrall respiraba con dificultad, pero apeló al control que le había inculcado el sargento.

—Los orcos son fuertes. Astutos. Poderosos. Infunden terror en la batalla. Sus espíritus son inquebrantables. Dejad que me reúna con Hellscream, él se dará cuenta de mi valía.

—Eso habremos de juzgarlo nosotros —repuso Iskar. Levantó una mano y entraron tres orcos en la caverna. Comenzaron a cubrirse con armaduras y a recoger varias armas—. Esos tres son nuestros mejores guerreros. Son, como tú has dicho, fuertes, astutos y poderosos.

Pelean para matar o morir, no como tú estás acostumbrado a hacer en la arena de los gladiadores. Aquí no te servirán de nada tus artes escénicas. Sólo el auténtico talento te salvará. Si sobrevives, puede que Hellscream te reciba, o puede que no.

Thrall miró fijamente a Iskar.

—Me verá.

—Por tu propio bien. ¡Adelante!

Sin más dilación, los tres orcos cargaron contra un Thrall sin armas ni armadura.



CAPÍTULO DIEZ

Por un breve momento, Thrall se vio cogido por sorpresa. Transcurrido ese fugaz instante, los años de entrenamiento surtieron efecto. Si bien no sentía ningún deseo de pelear con su propia gente, no le costaba imaginárselos como a combatientes de la arena y actuar en consecuencia. Cuando uno de ellos arremetió contra él, Thrall lo esquivó sin problemas y levantó el brazo para arrebatar la enorme hacha de combate de manos del orco. Con el mismo movimiento, atacó. El tajo fue profundo, pero la armadura recibió la mayor parte del daño. El orco herido profirió un grito y se desplomó, llevándose las manos a la espalda. Sobreviviría pero, por el momento, la desventaja había quedado reducida a dos contra uno.

Thrall giró en redondo, gruñendo. La sed de sangre, dulce y familiar, volvió a apoderarse de él. Un segundo adversario atacó, aullando su desafío y blandiendo un enorme sable que compensaba de sobra la escasa envergadura de sus brazos. Thrall fintó a un lado, esquivando así una estocada mortífera, pero aún así sintió un dolor abrasador cuando el filo se clavó en su costado.

El orco presionó y, al mismo tiempo, el tercer rival se acercó por la espalda. Sin embargo, ahora Thrall tenía un arma. Ignoró la sangre que manaba de su flanco y que convertía el suelo en una superficie resbaladiza y traicionera, y proyectó el hacha contra el primer atacante, permitiendo que la inercia impulsara el arma hasta golpear al segundo.

Se protegieron con unos escudos enormes. Thrall no disponía de armadura ni ninguna otra protección, pero estaba acostumbrado a pelear de ese modo. Sus adversarios eran taimados, pero también los guerreros humanos lo habían sido. Eran fuertes e imponentes, pero también lo habían sido los trolls a los que Thrall se había enfrentado y a los que había derrotado. Quizá en el pasado hubieran constituido alguna amenaza para él. Sin embargo ahora, aun siendo dos contra uno, mientras Thrall consiguiera concentrarse en la estrategia sin sucumbir a la dulce tentación de la sed de sangre, sabía que triunfaría.

Su brazo se movió como si tuviese vida propia, descargando golpe tras golpe. Incluso cuando resbaló y se cayó al suelo, supo aprovechar el desliz. Se retorció de modo que pudiera asestar un tajo a uno de sus oponentes, al tiempo que extendía el brazo cuan largo era para que la enorme hacha barrera las piernas del otro orco. Se preocupó de dirigir el arma de modo que golpeará con el extremo romo y no con el filo. No quería matar a esos orcos, lo único que deseaba era ganar el combate.

Ambos orcos se desplomaron con estrépito. El que Thrall había alcanzado con el hacha se aferró las piernas y aulló de frustración. Parecía que se la habían partido las dos. El otro se puso en pie con dificultad e intentó ensartar a Thrall con su sable.

Thrall tomó una decisión. Se aprestó a soportar el dolor, cogió la hoja con ambas manos y tiró hacia sí. Su contrincante perdió el equilibrio y cayó encima de él. Thrall se debatió y, en cuestión de un latido, se encontró a horcajadas sobre su rival, rodeándole la garganta con las manos.

Aprieta, le dictaba su instinto. Aprieta con fuerza. Mata a Blackmoore por lo que te ha hecho.

¡No! Ése no era Blackmoore. Era uno de los suyos, lo había arriesgado todo por encontrarlos. Se incorporó y le tendió la mano al orco derrotado, para ayudarlo a levantarse.

El orco se quedó mirando la mano.

—Nosotros matamos —dijo Iskar, con la misma voz tranquila de siempre—. Mata a tu oponente, Thrall. Es lo que haría un orco de verdad.

Thrall sacudió la cabeza, despacio, asió el brazo de su adversario y puso de pie al enemigo derrotado.

—En la batalla, sí. Mataría a mi enemigo en combate, para que no pudiera volver a alzarse contra mí. Pero vosotros sois mi gente, tanto si me consideráis un igual como si no. Nuestro número es demasiado reducido como para que acabe con su vida.

Iskar le dedicó una mirada extraña, como si esperase que ocurriera algo más, antes de continuar hablando.

—Tu razonamiento es comprensible. Has derrotado con honor a nuestros tres mejores guerreros. Has superado la primera prueba.

¿Primera? Thrall se llevó una mano al costado ensangrentado. Comenzaba a sospechar que daba igual cuántas «pruebas» superara, no le permitirían ver a Hellscream. Quizá Hellscream ni siquiera estuviera allí.

Quizá Hellscream ni siquiera estuviera vivo.

Pero Thrall sabía en el fondo de su ser que, aun cuando así fuera, preferiría morir allí antes que vivir bajo el yugo de Blackmoore.

—¿Cuál es el siguiente desafío? —preguntó, con voz calmada. Dedujo de la reacción de los presentes que su comportamiento sosegado los impresionaba.

—Es una prueba de voluntad —respondió Iskar. Su prominente mentón compuso una ligera mueca. A un gesto suyo, apareció un orco de una de las cuevas, transportando a la espalda lo que a primera vista parecía un pesado saco. Cuando tiró el «saco» sin miramientos sobre el suelo de piedra, Thrall se dio cuenta de que se trataba de un niño humano, atado de pies y manos y con una mordaza en la boca. El chiquillo estaba despeinado, sucio y, donde la mugre no cubría su pálida piel, Thrall vio morados y verdugones. Tenía los ojos del mismo color que Thrall, azules; desorbitados de terror.

—Sabes lo que es esto.

—Un niño. Un niño humano —repuso Thrall, perplejo. No esperarían que fuese a pelear con un crío.

—Un niño, sí. Los niños crecen hasta convertirse en asesinos de orcos. Son nuestros enemigos naturales. Si es cierto que sufriste bajo el látigo y el garrote, y que deseas vengarte de los que te esclavizaron e incluso te dieron un nombre que marcaría tu posición en la vida, ahora puedes resarcirte. Mata a este niño, antes de que crezca y te mate él a ti.

El muchacho abrió los ojos de par en par, puesto que Iskar había estado hablando en la lengua de los humanos. Se revolvió desesperado y emitió unos sonidos ahogados por la mordaza. El orco que había cargado con él le propinó una innecesaria patada en el estómago. El chiquillo se hizo un ovillo, entre sollozos.

Thrall se quedó mirando. No podían hablar en serio. Apeló a Iskar, que le devolvió la mirada sin parpadear.

—No es un guerrero. No es un combate honorable. Creía que los orcos valoraban su honor.

—Así es, pero ante ti yace una futura amenaza. Defiende a tu pueblo.

—¡Es un niño! Ahora no constituye ninguna amenaza y, ¿quién sabe lo que será el día de mañana? Reconozco sus ropas y sé de qué aldea lo habéis arrebatado. Esas personas son agricultores y ganaderos. Viven de lo que cultivan, de verduras y carne. Sus armas sirven para cazar conejos y ciervos, no orcos.

—Pero existe la posibilidad de que, si entramos de nuevo en guerra, este muchacho esté en primera línea de batalla, cargando contra nosotros con su lanza y exigiendo nuestra sangre. ¿Quieres ver a Hellscream o no? Si no sacrificas al niño, puedes estar seguro de que no saldrás con vida de esta cueva.

El muchacho lloraba en silencio. Thrall recordó de inmediato su despedida de Taretha, y cómo ésta le había descrito lo que era el llanto. La imagen de la joven ocupó su pensamiento. Pensó en ella, y en el sargento. Pensó en lo triste que se había sentido cuando había asustado a la niña del pueblo con su presencia.

Y luego pensó en el rostro de Blackmoore, gallardo y altivo; en todos los hombres que le habían escupido y que lo habían llamado «monstruo», «piel verde» y cosas peores.

Mas esos recuerdos no justificaban el asesinato a sangre fría. Thrall tomó una decisión. Tiró el hacha ensangrentada al suelo.

—Si este niño se alza en armas contra mí en el futuro —dijo, escogiendo sus palabras despacio y con deliberación—, lo mataré en el campo de batalla. Y disfrutaré con ello, porque sabré que estoy luchando por los derechos de mi pueblo. Pero no pienso asesinar a un niño maniatado que yace indefenso ante mí, aunque sea humano. Si esto significa que nunca veré a Hellscream, que así sea. Si esto significa que debo pelear con todos vosotros y caer abrumado por el número, vuelvo a decir, sea. Prefiero morir a cometer una atrocidad tan deshonrosa.

Se aprestó, con los brazos estirados, a recibir el ataque que preveía inminente. Iskar exhaló un suspiro.

—Es una pena, pero has elegido tu propio destino. —Levantó la mano.

En ese momento, un sobrecogedor alarido hendió el frío y plácido aire. Despertó ecos y resonó por toda la caverna, hiriendo los oídos de Thrall y estremeciéndolo hasta la médula. Se encogió ante el estruendo. La piel de animal que cubría una de las cuevas se había rasgado para dar paso a un orco alto de ojos rojos. Thrall se había acostumbrado al aspecto de su gente, pero ese orco no se parecía a nada que hubiera visto antes.

Una larga cabellera negra ondeaba a su espalda, compuesta en una espesa maraña. Cada una de sus largas orejas presentaba numerosos orificios, lo que trajo a la mente de Thrall el recuerdo del sargento, y la docena aproximada de pendientes resplandecía a la luz del fuego. Su atuendo de cuero, rojo y negro, contrastaba con su piel verde, y varias cadenas sujetas a diversas partes de su cuerpo oscilaban con cada uno de sus movimientos. Parecía que se hubiera pintado de negro el mentón y, al instante, sus fauces se abrieron más de lo que Thrall hubiera creído posible. Era él el que emitía aquel ruido aterrador; Thrall se dio cuenta de que Grom Hellscream se había ganado su nombre a pulso.

Cuando el chillido se hubo apagado, Grom habló.

—¡Nunca se me habría ocurrido que vería algo así! —Anduvo a paso largo en dirección a Thrall y clavó en él la mirada. Sus ojos eran dos ascuas, y algo oscuro y amenazador bailaba en el centro, suplantando a las pupilas. Thrall asumió que el comentario era una crítica, pero no tenía intención de acobardarse. Se encumbró hasta alcanzar toda su imponente altura, determinado a enfrentarse a la muerte con la cabeza erguida. Abrió la boca para responder a Grom, pero el cabecilla orco continuó —: ¿Cómo es que sabes lo que es la clemencia, Thrall de Durnholde? ¿Cómo es que sabes cuándo ofrecerla, y por qué motivos?

Los orcos murmuraban entre sí, confusos. Iskar hizo una reverencia.

—Noble Hellscream, nos pareció que la captura de este niño os complacería. Esperábamos...

—¡Esperabais que sus padres le siguieran la pista hasta nuestra guarida, estúpido! Somos guerreros, feroces y orgullosos. Al menos, lo fuimos en su día. —Tiritó, como si lo aquejara la fiebre y, por un momento, a Thrall le pareció pálido y cansado. Pero esa impresión desapareció tan rápido como había llegado—. No sacrificamos niños. Espero que quienquiera que apresara al cachorro tuviera la sensatez de vendarle los ojos.

—Desde luego, señor —respondió Rekshak, con aire ofendido.

—Entonces, llévatelo de regreso a donde lo encontraste. —Hellscream avanzó hasta el chiquillo y le quitó la mordaza. El niño estaba demasiado asustado como para gritar—. Escúchame, humano diminuto. Dile a tu gente que los orcos te tuvieron en su poder, y que decidieron no hacerte daño. Diles —miró a Thrall de soslayo—, que se mostraron clementes contigo. Diles también que, si intentan encontrarlos, no los conseguirán. Vamos a irnos de aquí. ¿Entendido?

El muchacho asintió.

—Bien. —A Rekshak, le dijo—: Llévatelo de regreso. Enseguida. Y, la próxima vez que encuentres un cachorro humano, no lo recojas.

Rekshak asintió. Con una definitiva ausencia de delicadeza, cogió al niño del brazo y lo puso de pie de un tirón.

—Rekshak —añadió Grom; su áspera voz rezumaba advertencia—. Si me desobedeces y el muchacho sufre algún daño, me enteraré. Y no te lo perdonaré.

Rekshak frunció el ceño, en ademán de impotencia.

—Como desee mi señor —respondió. Con el muchacho aún cogido sin miramientos, comenzó el ascenso de uno de los numerosos y sinuosos pasadizos que desembocaban en la caverna.

Iskar parecía perplejo.

—Mi señor —comenzó—, ¿es la mascota de Blackmoore! Hiede a humano, alardea de su miedo a matar...

—No temo matar a aquéllos que merecen morir —gruñó Thrall—. Prefiero no matar a los que no se lo merecen.

Hellscream alargó el brazo y apoyó una mano sobre el hombro de Iskar, antes de repetir el gesto con Thrall, para lo que hubo de empinarse.

—Iskar, mi viejo amigo —dijo, dulcificando su ronca voz—, has sido testigo de esas ocasiones en que la sed de sangre se ha apoderado de mí. Me has visto empapado de sangre hasta las rodillas. He asesinado a los hijos de los humanos en el pasado, pero lo perdimos todo peleando de esa manera y, ¿adonde nos ha llevado? A la humillación y a la derrota, a que nuestra especie se marchite en campos y sea incapaz de alzar una mano para defenderse, por no hablar de para luchar por los demás. Esa forma de pelear, de hacer la guerra, nos ha conducido a esto. Hace tiempo que esperaba que los antepasados me mostraran otra vía, el modo de recuperar lo que hemos perdido. Es una necedad repetir las mismas acciones esperando que el resultado sea distinto y, aunque sea muchas cosas, necio no es una de ellas. Thrall ha demostrado ser lo bastante fuerte como para derrotar a nuestra élite. Ha conocido las costumbres humanas y les ha vuelto la espalda para ser libre. Ha escapado de los campos y, contra todo pronóstico, ha conseguido encontrarme. Estoy de acuerdo con las decisiones que ha tomado hoy aquí. Algún día, mi viejo amigo, también tú sabrás ver la sabiduría que entrañan.

Propinó un afectuoso apretón al hombro de Iskar.

—Ahora, marchaos. Todos.

Despacio, a regañadientes, y con no pocas y hostiles miradas de soslayo en dirección a Thrall, todos los orcos ascendieron a distintos niveles de la cueva. Thrall aguardó.

—Ya estamos a solas —dijo Hellscream—. ¿Tienes hambre, Thrall de Durnholde?

—Estoy desfallecido, pero me gustaría pedirte que no me llamas Thrall de Durnholde. He escapado de ese sitio, y aborrezco su mero recuerdo.

Hellscream avanzó a largas zancadas hasta la boca de otra cueva, apartó la piel y retiró un gran pedazo de carne cruda. Thrall lo aceptó, asintió a modo de agradecimiento y propinó un ávido bocado. Aquélla era la primera comida decente que se ganaba como un orco libre. La carne de venado nunca había sido tan sabrosa.

—Así pues, ¿habremos de cambiar tu otro nombre? Es como se denominaría a un esclavo—dijo Hellscream, que se había acuclillado y observaba a Thrall con sus ojos rojos—. Su propósito es el de degradarte.

Thrall meditó mientras masticaba y tragaba.

—No. Blackmoore me puso ese nombre para que nunca se me olvidara que era algo que le pertenecía, de su propiedad. —Entrecerró los ojos—. No se me olvidará jamás. Conservaré el nombre y, algún día, cuando vuelva a verlo, será él el que se acuerde de lo que me hizo y se arrepienta con toda su alma.

Hellscream lo miró con atención.

—Así pues, ¿lo matarías?

Thrall no respondió de inmediato. Pensó en aquella ocasión en que había estado a punto de matar al sargento viendo en él el rostro de Blackmoore, en las incontables veces a partir de ese momento en que había visualizado el rostro, agraciado y burlón, de Blackmoore cuando combatía en la arena. Pensó en cómo arrastraba Blackmoore la lengua y en la agonía que le habían provocado sus puñetazos y sus patadas. Pensó en la angustia del adorable rostro de Taretha cuando hablaba del señor de Durnholde.

—Sí—respondió, con voz profunda e inflexible—. Lo haría. Si hay alguna criatura que merezca la muerte, sin duda ésa es Aedelas Blackmoore.

Hellscream cloqueó, una risa extraña, salvaje.

—Bien. Por lo menos estás dispuesto a matar a alguien. Empezaba a preguntarme si habría tomado la decisión adecuada. —Señaló el raído trapo que Thrall había encajado en la cintura de sus pantalones—. Eso no parece de factura humana.

Thrall tiró del pañal para sacarlo.

—No lo es. Es la tela en que me encontré envuelto Blackmoore, cuando era un bebé. —Se lo tendió a Hellscream—. Es lo único que sé.

—Conozco este diseño—dijo Grom, desplegando la tela y estudiando el símbolo de la cabeza de lobo blanco sobre fondo azul—. Es el símbolo del clan del Frostwolf. ¿Dónde te encontró Blackmoore?

—Me dijo que no había sido muy lejos de Durnholde.

—Por tanto, tu familia se encontraba muy lejos de casa. Me pregunto por qué.

La esperanza se apoderó de Thrall.

—¿Los conocías? ¿Podrías decirme quiénes eran mis padres? Hay tantas cosas que desconozco.

—Lo único que puedo decirte es que éste es el emblema del clan del Frostwolf, que vive muy lejos de aquí, en alguna parte de las montañas. Gul'dan los exilió. Nunca supe por qué.

Durotan y su gente me parecían leales. Corre el rumor de que han establecido vínculos con los lobos blancos salvajes, pero uno no siempre puede creerse todo lo que oye.

Thrall se sintió decepcionado. Empero, ya era más de lo que sabía antes. Pasó una manaza por el pequeño cuadrado de tela, sorprendido de que alguna vez hubiera sido lo bastante pequeño como para estar envuelto en ella por entero.

—Otra pregunta, si es que puedes responderla. Cuando era pequeño, estaba entrenándome en el exterior y pasó una carreta llena de... —Se detuvo. ¿Cuál era el término correcto? ¿Congéneres? ¿Esclavos?—, orcos con destino a los campos de internamiento. Uno de ellos se liberó y me atacó. No dejaba de gritarme algo. No entendí lo que decía, pero juré que siempre recordaría las palabras. Tal vez tú sepas traducírmelas.

—Habla, y te lo diré.

—¡Kagh! ¡Bin mog g'thazag cha!

—No pretendía atacarte, mi joven amigo. Lo que quiso decirte era: «¡Corre! ¡Yo te protegeré!».

Thrall guardó silencio. Durante todo aquel tiempo, había creído que el orco cargaba contra él, cuando en realidad...

—Los demás luchadores... Estábamos ejercitándonos. Yo no llevaba armadura ni escudo, estaba rodeado de hombres... Murió, Hellscream. Lo cortaron en pedazos. Creyó que estaban jugando conmigo, que me atacaban en proporción de doce contra uno. Murió para protegerme.

Hellscream no dijo nada. Se limitó a dar cuenta de la comida sin dejar de mirar a Thrall con atención. Thrall, aun hambriento como estaba, dejó que los jugos de la pata se derramaran en el suelo. Alguien había dado su vida por proteger a un joven orco desconocido. Despacio, sin la aguda satisfacción que había experimentado antes, dio un mordisco a la carne y masticó. Antes o después tendría que encontrar al clan del Frostwolf y descubrir, exactamente, quién era.



CAPÍTULO ONCE

Thrall jamás había conocido dicha igual. Durante varios días, celebró junto al clan Grito de Guerra, entonó sus feroces himnos de batalla y aprendió bajo la tutela de Hellscream.

Aprendió que los orcos, lejos de ser las descerebradas máquinas de matar que pintaban los libros, eran una raza noble. Eran los señores del campo de batalla, y se solazaban en los borbotones de sangre y en el astillamiento de los huesos, pero su cultura era rica e intrincada. Hellscream le habló de un tiempo en que cada uno de los clanes era independiente. Cada uno de ellos tenía sus propios símbolos, sus costumbres, incluso su idioma. Entre ellos había líderes espirituales, llamados chamanes, que recurrían a la magia de la naturaleza y no a la maléfica hechicería de los poderes sobrenaturales y demoníacos.

—¿Acaso la magia no es sólo magia? —quiso saber Thrall, que había tenido muy poca experiencia con cualquier tipo de magia.

—Sí y no —dijo Grom—. En ocasiones, el efecto es el mismo. Por ejemplo, si un chamán pretende invocar al relámpago para que golpee a sus enemigos, éstos morirán calcinados. Si un brujo quisiera convocar las llamas del infierno para arrojarlas contra su enemigo, éste moriría calcinado.

—Por tanto, la magia es magia.

—Pero el relámpago es un fenómeno de la naturaleza. Acude cuando se lo llama. Con el fuego del infierno, estableces un pacto. El precio es una parte de ti.

—Has dicho que los chamanes están desapareciendo. ¿Significa eso que el estilo de los brujos es mejor?

—El estilo de los brujos es más rápido. Más efectivo, o eso parece. Pero llega un momento en que se ha de pagar el precio y, en ocasiones, resulta demasiado caro.

Thrall descubrió que él no era el único que se sorprendía ante el peculiar letargo que demostraba la vasta mayoría de los orcos, que ahora languidecían apáticos en los campos de internamiento.

—Nadie tiene una explicación, pero nos afectó a casi todos, uno a uno. Al principio pensamos que se trataba de una especie de enfermedad, pero no es letal, y no empeora tras llegar a cierto punto.

—Uno de los orcos del campo pensaba que tenía algo que ver con... —Thrall se mordió la lengua, puesto que no tenía intención de ofender a su interlocutor.

—¡Habla! —exclamó Grom, irritado—. ¿Con qué tenía que ver?

—Con el enrojecimiento de los ojos.

—Ah —dijo Grom, con loque a Thrall le pareció un atisbo de melancolía—. Tal vez sea así, en efecto. Nos enfrentamos a algo que tú, joven de ojos azules, no comprendes. Espero que nunca llegues a entenderlo. —Por segunda vez desde que lo conociera, Hellscream le pareció frágil y pequeño. Estaba delgado, se dio cuenta Thrall; era su ferocidad, su grito de batalla, lo que le confería ese aspecto amenazador y poderoso. Físicamente, el carismático líder de los Grito de Guerra se estaba consumiendo. Aunque apenas comenzaba a fraternizar con Hellscream, Thrall se sintió conmovido. Era como si la voluntad y la marcada personalidad del caudillo orco fuese lo único que lo mantenía con vida, que fuese huesos, sangre y tendones sujetos por el hilo más fino.

No expresó sus suposiciones en voz alta; Grom Hellscream ya lo sabía. Cruzaron las miradas. Hellscream asintió, antes de cambiar de tema.

—No sienten esperanza, no aspiran a luchar por nada. Me has contado que ese orco consiguió sobreponerse lo suficiente como para pelear con una amiga a fin de facilitarte la huida. Eso me resulta alentador. Si esa gente creyera que existe una forma de reponerse, de guiar las riendas de su destino con sus propias manos... pienso que se alzarían. Ninguno de nosotros ha pisado jamás uno de esos malditos campos. Cuéntanos lo que sepas, Thrall.

Thrall obedeció gustoso, encantado de resultar de alguna ayuda. Describió el campo, los orcos, los guardias y las medidas de seguridad, con tanto detalle como pudo. Hellscream escuchó con atención, interrumpiendo en ocasiones para inquirir algo o para pedirle que se explicara sobre un particular. Cuando Thrall hubo dado cuenta de su relato, Grom guardó silencio por un momento.

—Está bien —dijo, al cabo—. Nuestra vergonzosa falta de honor inspira una falsa sensación de seguridad a los humanos. Nos aprovecharemos de eso. Hace mucho tiempo que sueño, Thrall, con arrasar esos condenados lugares y liberar a los orcos encerrados allí. Sin embargo, me temo que cuando hayamos la puerta derribada, ellos, como el ganado en que parecen haberse convertido, no quieran correr hacia su libertad.

—Aunque lamente decirlo, eso podría ser verdad.

Grom profirió una pintoresca maldición.

—De nosotros depende que despierten de su extraño sueño de desesperación y derrota. No creo que sea una casualidad, Thrall, que hayas llegado en estos momentos. Gul'dan ya no existe, y sus brujos se han diseminado. Es hora de que resurja lo que fuimos en el pasado. — Sus ojos escarlatas refulgieron—. Y tú formarás parte de ello.

Blackmoore ya no encontraba consuelo. Con cada interminable día que pasaba, sabía que disminuían las posibilidades de encontrar a Thrall. Era probable que les hubiera sacado tan

sólo unos instantes de ventaja en el campo de internamiento, y ese incidente le había dejado un regusto amargo en la boca.

Que intentaba erradicar con cerveza, aguamiel y vino.

Después de aquello, nada. Era como si Thrall se hubiera evaporado, tarea complicada para algo tan grande y feo como un orco. En ocasiones, cuando las botellas vacías comenzaban a apilarse a su alrededor, Blackmoore se convencía de que todo el mundo conspiraba en su contra para mantener a Thrall alejado. Esa teoría ganaba credibilidad por el hecho de que al menos una persona cercana a él lo había traicionado, sin lugar a dudas. La abrazaba con fuerza por la noche, para que no sospechara que él lo sabía; disfrutaba de ella carnalmente, quizá con más brusquedad de la acostumbrada; le halagaba el oído. Aun así, en ocasiones, cuando ella dormía, el dolor y la rabia eran tan abrumadores que se levantaba del lecho que compartían para emborracharse hasta perder el conocimiento.

Además, claro estaba, con Thrall desaparecido, todas las esperanzas de comandar un ejército orco contra la Alianza se habían esfumado igual que la bruma del alba ante el sol abrasador. ¿Qué iba a ser de Aedelas Blackmoore? Por si no tuviera bastante con cargar con el estigma del nombre de su padre y demostrar su valía en docenas de ocasiones, mientras que otros hombres de menos valía eran aceptados tan sólo por su palabra. Le habían dicho, cómo no, que la posición que ocupaba era de honor, se la había merecido con creces. Pero estaba lejos del asiento del poder, y ojos que no ven, corazón que no siente. ¿Quién, que ocupara un verdadero puesto de poder, se acordaba de Blackmoore? Nadie, y eso lo carcomía por dentro.

Dio con avidez, otro prolongado trago. Alguien llamó a su puerta con discreción.

—Largo —gruñó.

—¿Mi señor? —llamó la tentativa voz del traicionero conejo que tenía la zorra por padre—. Hay nuevas, mi señor. Lord Langston ha venido para veros.

La esperanza se apoderó de Blackmoore y porfió por levantarse de la cama. La tarde había llegado a su ecuador y Taretha se había marchado para ocuparse de cualesquiera que fuesen los quehaceres a los que se dedicaba cuando no estaba ofreciéndole sus servicios. Apoyó los pies calzados en el suelo y permaneció así sentado durante un momento, mientras la habitación daba vueltas a su alrededor.

—Que pase, Tammis —ordenó.

Se abrió la puerta y entró Langston.

—¡Espléndidas noticias, mi señor! —exclamó—. Alguien ha visto a Thrall.

Blackmoore sorbió por la nariz. Todo el mundo había visto a Thrall desde que ofreciera una sustanciosa recompensa, pero no era probable que Langston se apresurara a acudir ante él sin algo más que rumores sin verificar.

—¿Quién lo ha visto? ¿Dónde?

—A varias leguas del campo de internamiento, hacia el oeste. Unos aldeanos se despertaron cuando un orco intentó irrumpir en sus hogares. Al parecer, tenía hambre.

Cuando lo rodearon, intentó congraciarse con ellos, y cuando arreciaron su ataque, se defendió y se libró de ellos.

—¿Algún muerto? —Blackmoore esperaba que no. Tendría que compensar al pueblo si su mascota había asesinado a alguien.

—No. De hecho, dicen que el orco procuró no malherir a nadie. Algunos días después, uno de los chiquillos de la aldea fue secuestrado por un grupo de orcos. Se lo llevaron a una cueva subterránea y le ordenaron a un orco enorme que lo matara. El orco se negó, y el caudillo se mostró de acuerdo con la decisión. El crío fue liberado y contó su historia de inmediato. Y, mi señor... la confrontación tuvo lugar mientras los orcos hablando en la lengua de los humanos, porque el gigante orco no comprendía el idioma de sus congéneres.

Blackmoore asintió. Todo aquello concordaba con lo que sabía de Thrall, en oposición a las creencias del populacho. Además, no era probable que un crío fuese lo bastante listo como para percatarse de que Thrall no dominaba el lenguaje orco.

Por la Luz... tal vez dieran con él.

Se había extendido otro rumor acerca del paradero de Thrall y, de nuevo, Blackmoore había abandonado Durnholde para seguir la pista. Taretha se debatía entre dos apasionados pensamientos encontrados. Por un lado esperaba con toda su alma que los rumores fueran falsos, que Thrall estuviera a kilómetros de distancia del lugar en que afirmaban haberlo visto. Por otro, experimentaba un alivio abrumador ante la ausencia de Blackmoore.

Emprendió su paseo diario por los alrededores de la fortaleza. En esos días resultaba seguro, salvo por algún salteador de caminos que otro, que acechaban en las carreteras principales. Ningún peligro la aguardaba en los bosques que había llegado a conocer como la palma de su mano.

Se soltó el cabello y dejó que se derramara sobre sus hombros, solazándose en la libertad que le confería ese gesto. Era impropio que una mujer llevase la melena al aire. Risueña, Taretha hundió los dedos en la tupida mata dorada y zangoloteó la cabeza en señal de desafío.

Su mirada fue a posarse en los verdugones que le cubrían las muñecas. Por instinto, una mano fue a cubrir la otra.

No. No pensaba ocultar lo que no era culpa suya. Se obligó a descubrir los morados. Por el bien de su familia, había tenido que someterse a él, pero no estaba dispuesta a colaborar camuflando sus pecados.

Inhaló hondo. Se diría que la sombra de Blackmoore se extendía hasta allí. Se esforzó por ignorarla y volvió el rostro hacia el sol.

Anduvo hasta la cueva donde se había despedido de Thrall y se quedó allí sentada durante un rato, abrazándose las esbeltas piernas contra el pecho. No se apreciaba rastro de que hubiera pasado nadie por allí en mucho tiempo, salvo las criaturas del bosque. Se incorporó y paseó en dirección al árbol en que le había dicho a Thrall que guardara el collar que ella le había dado. Se asomó a sus ennegrecidas oquedades y no vio ningún destello de

plata. Se sintió aliviada y triste a un tiempo. Cuánto echaba de menos escribir a Thrall y recibir sus amables y sensatas respuestas.

Ojalá el resto de su pueblo pensara lo mismo. ¿Acaso no se daban cuenta de que los orcos habían dejado de constituir una amenaza? ¿Tanto les costaba entender que, con educación y un poco de respeto, podrían convertirse en importantes aliados y dejar de ser enemigos? Pensó en todo el tiempo y el dinero invertidos en la construcción de los campos de internamiento, símbolos de necesidad y estrechez de miras.

Se arrepintió de no haberse fugado con Thrall. Mientras paseaba despacio de regreso a la fortaleza, oyó el bramido de un cuerno. El señor de Durnholde había regresado. Se evaporaron la tranquilidad y la libertad que había experimentado, como si escaparan por una herida abierta.

Lo que sea que acontezca, al menos Thrall es libre, pensó. Mis días de esclava se extienden como una alfombra infinita ante mí.

Thrall combatió, degustó comida preparada a la manera tradicional y aprendió. No tardó en hablar un orco fluido, si bien con un fuerte acento. Podía acompañar a las partidas de caza y ser más una ayuda que un estorbo a la hora de abatir un venado. Los dedos que, pese a su grosor, habían aprendido a coger el estilo no tenían problemas en ayudar a construir trampas para liebres y otros animales pequeños. Poco a poco, el clan Grito de Guerra comenzaba a aceptarlo. Por primera vez en su vida, Thrall sentía que había encontrado su lugar.

Hasta que llegaron las noticias de las partidas de búsqueda. Rekshak regresó una tarde, más hosco y malhumorado de lo habitual.

—Nuevas, mi señor —le dijo a Hellscream.

—Puedes hablar delante de todos. —Esa noche habían salido a la superficie para disfrutar del fresco atardecer otoñal y del banquete preparado con la carne que el propio Thrall había conseguido para el clan.

Rekshak lanzó una incómoda mirada de soslayo en dirección a Thrall, antes de proferir un gruñido.

—Como deseas. Los humanos han empezado a rastrear los bosques. Visten de rojo y oro, con un halcón negro en el estandarte.

—Blackmoore —dijo Thrall, asqueado. ¿No iba a dejarle nunca en paz ese hombre? ¿Iba a perseguirlo hasta los confines de la tierra para arrastrarlo con cadenas y someterlo a sus repulsivos caprichos?

No. Prefería quitarse la vida a someterse de nuevo a una vida de esclavitud. Ardía en deseos de hablar, pero el protocolo exigía que fuese Hellscream el que respondiera a su propio hombre.

—Como sospechaba —declaró Grom, con más calma de la que Thrall hubiera creído posible.

Resultaba evidente que también Rekshak se sentía sorprendido.

—Mi señor, el recién llegado Thrall nos ha puesto a todos en peligro. Si descubren nuestras cuevas, estaremos a su merced. ¡Terminaremos muertos o hacinados como ovejas en sus campos!

—Nada de eso va a ocurrir. Y Thrall no nos ha puesto en peligro. Fue decisión mía que se quedara. ¿La cuestionas, acaso?

Rekshak agachó la cabeza.

—No, mi señor.

—Thrall va a quedarse.

—Os lo agradezco, gran jefe —dijo Thrall—, pero Rekshak tiene razón. Debo irme. No puedo poner en peligro al clan Grito de Guerra. Partiré y me aseguraré de que tengan un falso rastro que seguir, un rastro que los aleje de vosotros sin que los conduzca hasta mí.

Hellscream se inclinó hacia Thrall, sentado a su diestra.

—Te necesitamos, Thrall. —Sus ojos refulgían en la oscuridad—. Yo te necesito. Actuaremos cuanto antes para liberar a nuestros hermanos prisioneros en los campos.

Thrall negó con la cabeza.

—Se aproxima el invierno. Resultará difícil dar de comer a un ejército. Hay... algo que debo hacer antes de que pueda combatir a vuestro lado para liberar a nuestros hermanos. Me dijisteis que conocías a mi clan, al Frostwolf. He de encontrarlos y descubrir quién soy, de dónde procedo, antes de sentirme preparado para pelear junto a vosotros. Había pensado en acudir a ellos en primavera, pero Blackmoore me obliga a apresurar mi partida.

Hellscream miró a Thrall durante largo rato. El grandullón orco no apartó la vista de aquellos temibles ojos rojos. Al cabo, Grom asintió, cariacontecido.

—Aunque arda en deseos de venganza, sé que tu decisión es la más sensata. Nuestros hermanos sufren su confinamiento, pero su letargo atenúa el dolor. Habrá tiempo de sobra para liberarlos cuando el sol asome la cabeza con más fuerza. No sé con exactitud dónde moran los Frostwolf pero, no sé por qué, el corazón me dice que los encontrarás si te lo propones.

—Me iré cuando amanezca —dijo Thrall, con el corazón apesadumbrado. Al otro lado de la oscilante hoguera, vio que Rekshak, que nunca había condecorado con él, asentía aprobatorio.

A la mañana siguiente, Thrall se despidió a regañadientes del clan Grito de Guerra y de Grom Hellscream.

—Me gustaría que aceptaras esto —dijo Hellscream, al tiempo que se quitaba un collar de huesos de su escuálido cuello—. Son los restos de mi primera muerte. He tallado mis símbolos en ellos; cualquier jefe orco los reconocerá.

Thrall quiso alegar algo, pero Grom curvó los labios sobre sus afilados dientes amarillos y soltó un gruñido. Thrall, que no quería ofender al caudillo que le había mostrado tanta

amabilidad, ni escuchar el ensordecedor alarido por segunda vez, humilló la cabeza a fin de que Grom pudiera colocarle el collar alrededor de su fornido cuello.

—Alejaré a los humanos de vosotros —reiteró Thrall.

—Si no lo haces, da igual. Los descuartizaremos miembro a miembro. —Profirió una risotada feroz, correspondida por Thrall. Sin dejar de reír, emprendió la marcha en dirección a las gélidas tierras del norte, el lugar del que procedía.

Describió un rodeo a las pocas horas, para virar hacia la pequeña aldea en la que había robado algo de comida y había asustado a los vecinos. No se acercó demasiado, puesto que su agudo oído ya había captado el sonido de las voces de los soldados, pero sí dejó algo para que lo encontraran los hombres de Blackmoore.

Pese a que aquello le rompía el alma, cogió el pañal que exhibía la marca de los Frostwolfs y arrancó una larga tira. La sujetó con cuidado en un tocón desgajado, al sur de la aldea. Quería que fuese fácil de encontrar, pero que no resultara obvio. También se aseguró de dejar varias huellas de pisadas, grandes y fáciles de seguir, en el blando suelo embarrado.

Con un poco de suerte, los hombres de Blackmoore encontrarían el andrajo y lo reconocerían al instante, verían las huellas y asumirían que Thrall se dirigía hacia el sur. Caminó con cuidado sobre sus propias pisadas (una táctica que había aprendido en los libros) y buscó piedra y terreno sólido para emprender de nuevo el camino.

Miró en dirección a las montañas Alterac. Grom le había contado que sus cumbres siempre resaltaban blancas contra el cielo azul, aun en pleno verano. Thrall estaba a punto de adentrarse en su seno, sin estar seguro de cuál era su destino, en el momento en que el tiempo comenzaba a cambiar. Ya se habían producido un par de ligeras nevadas. La nieve no tardaría en formar un manto grueso y pesado, sobre todo en las montañas.

El clan Grito de Guerra lo había pertrechado a conciencia. Le había proporcionado varias tiras de carne ahumada, un odre en el que podría recoger nieve para que se derritiera, una capa de abrigo para resguardarse de los rigores del invierno, y unas cuantas trampas para conejos con las que proveerse de algo con lo que acompañar a la carne seca.

El destino, la suerte y la bondad de unos desconocidos y una joven humana lo habían conducido hasta allí. Grom había apuntado a que Thrall aún estaba por desempeñar su papel. Tenía que confiar en que, si ésa era la verdad, sería guiado hacia su destino del mismo modo que lo había sido hasta la fecha.

Thrall se echó la mochila al hombro y, sin mirar atrás, comenzó a caminar a largas zancadas hacia las atrayentes montañas, cuyas cimas aserradas y valles ocultos servían de hogar al clan del Frostwolf.



CAPÍTULO DOCE

Los días se convirtieron en semanas y Thrall empezó a calcular el tiempo transcurrido según las nevadas que caían y no de acuerdo con los amaneceres que veía. No tardó en dar buena cuenta de la carne ahumada que le proporcionara el clan Grito de Guerra, pese a racionarla con cuidado. Las trampas resultaban efectivas de forma intermitente y, conforme ascendía hacía las cimas de las montañas, se reducía el número de presas.

Al menos el agua no suponía ningún problema. A su alrededor proliferaban los arroyos helados, así como las densas nevadas. En más de una ocasión se había visto sorprendido por una tormenta repentina que le había obligado a excavar una madriguera en la nieve donde aguardar a que amainara. En cada una de esas ocasiones, había rezado para que pudiera abrirse paso de nuevo hacia el aire libre.

El árido entorno comenzaba a pasarle factura. Sus movimientos se ralentizaban, y en más de una ocasión se paraba a descansar y le parecía imposible volver a levantarse. La comida escaseaba, ni las liebres ni las marmotas eran lo bastante ilusas como para caer en sus trampas. El único indicio de vida animal que encontraba era alguna que otra pisada de pezuña o zarpa impresa en la nieve, y el escalofriante y lejano aullido de los lobos por la noche. Comenzó a comer hojas y cortezas, que su estómago apenas podía digerir, para aplacar el hambre feroz que sentía.

Las nevadas iban y venían, aparecía el cielo azul, derivaba hacia el negro y volvía a nublarse con más tormentas. Comenzó a desfallecer. Ni siquiera sabía si estaba avanzando en la dirección correcta para encontrar a los Frostwolf. Avanzaba un pie seguido del otro con testarudez, decidido a encontrar a su gente o a morir en aquellas inhóspitas montañas.

Su mente comenzó a jugarle malas pasadas. En ocasiones, Aedelas Blackmoore surgía en medio de una ventisca, vociferando improperios y blandiendo un sable. Thrall incluso podía oler el inconfundible olor a vino en su aliento. Peleaban y Thrall sucumbía, exhausto, incapaz de desviar la última estocada de Blackmoore. Era en ese momento cuando desaparecía la aborrecible sombra y se transformaba en la inofensiva silueta de un saliente rocoso o de un árbol retorcido abatido por el viento.

Otras imágenes resultaban más agradables. A veces, Hellscream acudía en su rescate y le ofrecía calor al refugio de una hoguera que se desvanecía en cuanto Thrall extendía las manos hacia ella. En ocasiones, era el sargento quien se aparecía ante él, rezongando algo acerca de

tener que rastrear a luchadores extraviados y prestándole una gruesa y cálida capa. Las alucinaciones más dulces y, al mismo tiempo, más amargas eran las que presentaban a Tari ante él, con sus grandes ojos azules cargados de simpatía y con palabras de consuelo en los labios. A veces parecía que iba a llegar a tocarlo, antes de desaparecer ante su impotente mirada.

Continuó y siguió adelante, hasta que un buen día ya no pudo resistirlo más. Dio un paso, quiso dar otro, y otro más, cuando su cuerpo se desplomó de bruces, rendido. Su mente intentó ordenar a sus articulaciones, ateridas y derrengadas, que se levantaran, mas se negaron a obedecer. La nieve había dejado de parecerle fría. La sentía... cálida, y acogedora. Con un suspiro, Thrall cerró los ojos.

Un sonido consiguió que volviera a abrirlos, pero se limitó a mirar con indiferencia la nueva alucinación que le ofrecía su mente. En esa ocasión se trataba de una manada de lobos, casi tan blancos como la nieve que lo rodeaba. Habían formado un corro en torno a él y esperaban en silencio. Les devolvió la mirada, apenas interesado por ver cómo se desarrollaba aquella alucinación. ¿Se lanzarían sobre él o se desvanecerían? ¿O acaso pensaban aguardar hasta que se adueñara de él la inconsciencia?

Tres figuras oscuras se encumbraron tras los inexistentes lobos. No correspondían a ninguno de sus antiguos visitantes. Iban cubiertos de la cabeza a los pies en pesadas pieles. Parecían cálidas, aunque no podían ofrecer más calor del que sentía Thrall en esos momentos. Las capuchas ensombrecían sus rostros, pero vio unos poderosos mentones. Aquello, unido a su tamaño, los señalaba como orcos.

Se enfadó consigo mismo. Ya se había acostumbrado a las otras alucinaciones. Ahora se temía que iba a morir antes de descubrir qué le tenían deparado aquellos personajes imaginarios.

Cerró los ojos, y perdió el conocimiento.

—Me parece que está despierto. —La voz era suave y meliflua. Thrall se agitó y levantó con esfuerzo sus pesados párpados.

Un niño orco lo estaba mirando con expresión de curiosidad. Thrall abrió los ojos del todo para devolverle la mirada al arrapiezo. En el clan Grito de Guerra no había pequeños. Se había reunido tras las espantosas batallas, diezmado su número, y Grom le había contado que los niños habían sido los primeros en sucumbir.

—Hola —dijo Thrall, en orco. La palabra fue un áspero ronquido. El muchacho dio un respingo, antes de reírse.

—Sí que está despierto —anunció el chiquillo, antes de escabullirse. Apareció otro orco en el campo de visión de Thrall. Por segunda vez en otros tantos minutos, Thrall vio a un

nuevo tipo de orco; primero a un infante, y ahora a uno que resultaba obvio que había conocido innumerables inviernos.

Todos los rasgos de los orcos se acentuaban en ese semblante envejecido. La quijada se abolsaba, los dientes eran incluso más amarillos que los de Thrall, y los que no faltaban estaban rotos. Los ojos ofrecían un extraño tinte lechoso, y Thrall no pudo distinguir pupilas en ellos. El cuerpo del orco estaba retorcido y encorvado, era casi tan pequeño como el del niño, pero Thrall se encogió por instinto ante la mera presencia del anciano.

—Hmph. Creíamos que ibas a morir, jovenzuelo.

Thrall sintió una punzada de irritación.

—Siento haberos decepcionado.

—Nuestro código de honor nos obliga a ayudar a los necesitados, pero siempre resulta más sencillo que nuestra ayuda no sirva de nada. Una boca menos que alimentar.

Aquella franqueza impresionó a Thrall, pero optó por no decir nada.

—Me llamo Drek'Thar. Soy el chamán del clan Frostwolf, y su protector. ¿Quién eres tú?

A Thrall le divirtió la idea de que aquel viejo orco marchito fuese el protector de los Frostwolf. Intentó sentarse, y se sobresaltó al encontrarse empujado contra las pieles por una mano invisible. Miró a Drek'Thar y vio que el anciano había variado sutilmente la posición de sus dedos.

—No te he dado permiso para levantarte. Responde a mi pregunta, forastero, o me veré obligado a reconsiderar nuestra oferta de hospitalidad.

Thrall, mirando al anciano con renovado respeto, contestó:

—Me llamo Thrall.

Drek'Thar escupió.

—¡Thrall! Una palabra humana, y de sumisión, además.

—Sí, una palabra que significa esclavo en su idioma. Pero ya no soy ningún esclavo, aunque conservo el nombre para recordarme mis obligaciones. He escapado de mis cadenas y deseo descubrir mi verdadera historia. —Sin pensarlo, intentó sentarse de nuevo, y otra vez se vio empujado de espaldas. En esa ocasión, vio que las manos agarrotadas se crispaban levemente. Sí que debía de ser un chamán poderoso.

—¿Por qué te encontraron vagando en medio de una ventisca nuestros amigos lobos? —exigió Drek'Thar. Apartó los ojos de Thrall, y éste se dio cuenta de que el anciano estaba ciego.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

Thrall tuvo que reírse. Empezaba a caerle bien aquel estafalario y viejo chamán. Se rindió a la fuerza implacable que lo mantenía postrado de espaldas y narró su historia. Cómo lo había encontrado Blackmoore cuando era un bebé, cómo lo había criado y le había enseñado a leer y a luchar. Habló al chamán de la amabilidad de Tari, de los orcos apáticos

que había encontrado en los campos, de cómo había conocido a Hellscream, que le había enseñado el código del guerrero y el idioma de su pueblo.

—Fue Hellscream el que me contó que el Frostwolf era mi clan —concluyó—. Lo supo gracias al trozo de tela en que me encontraron envuelto cuando era un bebé. Puedo enseñártelo... —Se calló, mortificado. Claro que no podía enseñarle nada a Drek'Thar.

Esperaba que el chamán se sintiera ofendido pero, en vez de eso, Drek'Thar extendió la mano.

—Dámelo.

La presión que sentía en el pecho se alivió, y Thrall pudo sentarse. Rebuscó en su mochila en busca de los restos de la tela del Frostwolf y, sin pronunciar palabra, se lo entregó al chamán.

Drek'Thar lo cogió con ambas manos y se lo llevó al pecho. Murmuró unas palabras que Thrall no supo distinguir, y asintió.

—Lo que sospechaba —dijo, con un pesado suspiro. Le devolvió la tela a Thrall—. Es cierto que el diseño de los Frostwolf se utilizó para confeccionar ese paño, tejido por la mano de tu madre. Pensábamos que habías muerto.

—¿Cómo sabes que...? —En ese momento, Thrall cayó en la cuenta del alcance de lo que había dicho Drek'Thar. Se sintió esperanzado—. ¿Conoces a mi madre? ¿Y a mi padre? ¿Quién soy?

Drek'Thar levantó la cabeza y miró a Thrall con sus ojos ciegos.

—Eres el único hijo de Durotan, nuestro antiguo caudillo, y de su valiente compañera, Draka.

Mientras Thrall daba cuenta de un reconstituyente estofado de carne con verduras y raíces, Drek'Thar le contó el resto de la historia, al menos tal y como él la conocía. Se había llevado al joven orco a su cueva y, con el fuego crepitando con fuerza y con gruesas pieles abrigando sus cuerpos, el viejo chamán y el incipiente guerrero disfrutaban del calor y de la comodidad. Palkar, su lazarillo, quien con tanta diligencia lo alertara cuando Thrall se hubo despertado, sirvió el estofado y acercó con delicadeza el cálido cuenco de madera a las manos de Drek'Thar.

El orco se concentró en el caldo, postergando las palabras. Palkar permaneció sentado en silencio. Lo único que se oía era el crepitar de las llamas y la pausada y honda respiración de Oído Sagaz, el lobo de Drek'Thar. Al anciano chamán le costaba narrar aquella historia; una historia que nunca había imaginado que necesitaría volver a relatar.

—Tus padres eran los más honorables de todos los Frostwolf. Nos abandonaron para ocuparse de una tarea ingrata, y no regresaron jamás. No sabíamos qué había sido de ellos... hasta ahora. —Señaló en dirección al pañal—. Las fibras de la tela me lo han contado. Fueron asesinados, y tú sobreviviste para ser criado por humanos.

El paño no estaba vivo, pero había sido confeccionado con la lana de las cabras blancas que poblaban las montañas. Dado que la lana había pertenecido en su día a un ser vivo,

poseía cierta consciencia. No podía proporcionar detalles, pero hablaba de la sangre que se había derramado y la había salpicado con gotas de rojo oscuro. También describía en parte a Thrall, reafirmando la historia del joven orco y confiriéndole trazas de verdad que eran una garantía para Drek'Thar.

Podía sentir la incredulidad de Thrall ante el hecho de que los restos de la tela le hubieran «hablado» sin condiciones.

—¿Qué tarea les costó la vida a mis padres? —quiso saber el joven orco.

Mas Drek'Thar no estaba dispuesto a compartir esa información.

—Tal vez te lo diga a su debido tiempo. Has venido en invierno, la estación más árida de todas y, como miembros de tu clan, debemos cobijarte. Eso no quiere decir que recibas alimento, abrigo y refugio sin recompensa.

—No esperaba ese trato. Soy fuerte. Puedo trabajar duro, y ayudaros a cazar. Puedo enseñaros algunas de las costumbres humanas, para que estéis mejor preparados para enfrentaros a ellos. Puedo...

Drek'Thar levantó una mano imperiosa, silenciando el ferviente discurso de Thrall. Escuchó. El fuego estaba hablando con él. Se inclinó hacia él, a fin de escuchar mejor sus palabras.

Drek'Thar estaba asombrado. El fuego era el más indisciplinado de los elementos. Apenas se dignaba a responder cuando se le preguntaba tras cumplir con todos los rituales necesarios para agasajarlo, y ahora, ¡el fuego estaba hablando con él... acerca de Thrall!

Vio en su mente imágenes del valiente Durotan, y de la hermosa y feroz Draka. Cómo os echo de menos, mis viejos amigos, pensó. Ahora vuestra sangre regresa a mí, en forma de vuestro hijo. Un hijo del que el espíritu del fuego habla bien. Pero no puedo conferirle sin más el manto del liderazgo, no mientras sea aún tan joven, mientras no haya sido puesto a prueba... ¡mientras conserve la mancha de la humanidad!

—Desde que se fue tu padre, he sido líder de los Frostwolf —anunció Drek'Thar—. Acepto tu oferta de ayudar al clan, Thrall, hijo de Durotan. Pero tendrás que ganarte tu puesto.

Seis días después, mientras Thrall se abría camino en medio de una tormenta de nieve de regreso al campamento del clan, cargando con un animal enorme y peludo que habían abatido los lobos de las heladas y él, se preguntó si tal vez la esclavitud no fuese más sencilla.

En cuanto se le hubo ocurrido esa idea, la desechó. Ahora estaba con su propia gente, aunque seguían mirándolo con hostilidad y le dispensaban su hospitalidad a regañadientes. Era siempre el último en comer. Incluso los lobos devoraban su parte antes que Thrall. Suyo era el lugar más frío donde dormir, suya la capa más fina, suyas las peores armas, los recados y las faenas más onerosas. Todo lo aceptaba con humildad, viéndolo por lo que en realidad era: un intento por ponerlo a prueba, por asegurarse de que no había acudido a los Frostwolf con la pretensión de ser tratado a cuerpo de rey... como Blackmoore.

Y así, echaba tierra sobre las letrinas, desollaba a los animales, recogía leña y hacía todo lo que le pedían sin rechistar. Al menos en esa ocasión tenía a los lobos de las nieves para hacerle compañía.

Una tarde, le había preguntado a Drek'Thar acerca de la relación entre los lobos y los orcos. Estaba familiarizado con el concepto de la domesticación de animales, desde luego, pero aquello parecía distinto, más profundo.

—Lo es —repuso Drek'Thar—. Los lobos no están domados, no en la acepción de la palabra que tú conoces. Se han convertido en nuestros amigos porque yo se lo he pedido. Forma parte de las responsabilidades del chamán. Poseemos un lazo con la naturaleza, y siempre nos esforzamos por trabajar en armonía con ella. Sería provechoso para nosotros si los lobos fuesen nuestros amigos. Que cazaran con nosotros y nos proporcionaran calor cuando nuestras pieles no bastasen. Que nos alertaran de la presencia de extraños, como hicieron contigo. Habrías muerto si no te hubiesen encontrado nuestros amigos lobos. A cambio, nosotros nos aseguramos de que ellos estén bien alimentados, de curar sus heridas, de que sus cachorros no deban temer a las poderosas águilas que planean sobre las montañas durante la época de cría. Hemos establecido pactos similares con las cabras, aunque ellas no son tan inteligentes como los lobos. Nos donan lana y leche y, en tiempos de necesidad, alguna habrá de sacrificar su vida. A cambio, las protegemos. Son libres de romper el pacto en cualquier momento pero, en los últimos treinta años, ninguna lo ha hecho.

Thrall no daba crédito a sus oídos. Ésa sí que era una magia poderosa.

—No sólo forjáis alianzas con los animales, ¿no es así?

Drek'Thar asintió.

—Puedo invocar a la nieve, y al viento, y al relámpago. Los árboles se inclinan ante mí si se lo pido. Los ríos corren en la dirección que yo les indique.

—Si tu poder es tan grande, ¿cómo es que seguís viviendo en un lugar tan inhóspito? Si lo que dices es verdad, podrías convertir esta cumbre yerma en un jardín exuberante. Abundaría el alimento, vuestros enemigos jamás os encontrarían...

—¡Y violaría el acuerdo primordial con los elementos, y la naturaleza no volvería a responder a mis peticiones! —aulló Drek'Thar. Thrall deseó haber podido retirar sus palabras, pero era demasiado tarde. Resultaba obvio que había ofendido al chamán—. ¿Es que no entiendes nada? ¿Tanto han hundido sus garras en ti los humanos que no puedes ver en qué estriba el poder de un chamán? Todas esas cosas se me conceden porque las pido, con respeto y de corazón, y porque estoy dispuesto a ofrecer algo a cambio. Pido tan sólo lo imprescindible para cubrir las necesidades básicas de mi pueblo. En ocasiones, solicito grandes favores, pero sólo cuando la causa es justa e íntegra. A cambio, doy las gracias por estos poderes, a sabiendas de que me son prestados, no los compro. ¡Me son concedidos porque ellos quieren, no porque yo lo exija! No son esclavos, Thrall. Son entidades poderosas que acuden por voluntad propia, compañeras de mi magia, no mis sirvientes. ¡Pagh! —Soltó un gruñido y le volvió la espalda a Thrall—. Nunca lo entenderás.

No volvió a hablar con Thrall en muchos días. Thrall continuó ocupándose de nimiedades, pero parecía que cada vez se distanciaba más de los Frostwolf, en vez de acercarse. Una tarde, estaba tapando las letrinas cuando uno de los machos jóvenes exclamó:

—¡Esclavo!

—Me llamo Thrall.

El otro orco se encogió de hombros.

—Thrall, esclavo. Es lo mismo. Mi lobo está enfermo y se ha ensuciado en el lecho. Limpíalo.

Thrall profirió un gruñido gutural.

—Límpialo tú. No soy tu siervo, soy un huésped de los Frostwolf.

—¿Ah, sí? ¿Llamándote esclavo? ¡Toma, humano, cógelo! —Tiró una manta que cubrió a Thrall antes de que éste pudiera reaccionar. Una fría humedad se adhirió a su rostro; olió el hedor de la orina.

Algo se rompió en su interior. Una cólera roja le nubló la vista y gritó ultrajado. Desgarró la sucia manta y apretó los puños. Comenzó a pisotear el suelo rítmicamente, furioso, como hiciera tiempo atrás en la arena. Sólo que allí no había ninguna multitud vociferante, tan sólo un pequeño círculo de orcos silenciosos que lo observaban.

El joven orco levantó la barbilla, empeinado.

—Te he dicho que lo limpies, esclavo.

Thrall lanzó un aullido y saltó. El joven orco cayó derribado, aunque no sin presentar batalla. Thrall no sintió cómo cedía su carne bajo las afiladas uñas negras. Lo único que sentía era la furia, el ultraje. Él no era el esclavo de nadie.

Lo cogieron en vilo y lo arrojaron contra una pila de nieve. La impresión de la fría humedad le hizo recuperar el sentido, y se dio cuenta de que había echado a perder cualquier oportunidad de ser aceptado por aquella gente. Aquel pensamiento fue como un mazazo; se quedó sentado en la nieve, hundido en ella hasta la cintura, con la cabeza gacha. Había fracasado. No tenía adonde ir.

—Me preguntaba cuánto ibas a tardar —dijo Drek'Thar. Thrall alzó la mirada, desolado, para ver al ciego de pie delante de él—. Me sorprendía que hubieras llegado hasta aquí.

Despacio, Thrall se incorporó.

—He levantado la mano contra mis anfitriones —dijo, apesadumbrado—. Me marchó.

—Nada de eso —rechazó Drek'Thar. Thrall se volvió para mirarlo—. La primera prueba consistía en ver si eras tan arrogante como para pedir que te aceptáramos sin más. Si hubieras llegado aquí exigiendo convertirte en el jefe porque tal es tu derecho de nacimiento, te habríamos expulsado... y habríamos enviado a nuestros lobos para cerciorarnos de que no regresabas. Tenías que demostrar tu humildad antes de que te admitiésemos. Pero tampoco podríamos respetar a alguien capaz de soportar el servilismo por tiempo indefinido. Si no hubieras respondido a los insultos de Uthul, no habrías demostrado ser un auténtico orco. Me alegra ver que eres tan humilde como orgulloso, Thrall.

Con delicadeza, Drek'Thar apoyó una mano avellanada en el musculoso brazo de Thrall.
—Ambas cualidades son necesarias para quien ha de seguir la senda del chamán.



CAPÍTULO TRECE

Aunque el resto de aquel largo invierno fue muy crudo, Thrall se aferró al calor que lo imbuía y pensó que aquel frío palidecía en comparación. Lo habían aceptado como miembro del clan, y ni siquiera entre los Grito de Guerra se había sentido tan estimado. Pasaba los días cazando junto a los miembros del clan que constituían ahora su familia y escuchando a Drek'Thar. Las noches daban paso a animadas y ruidosas reuniones alrededor de una pira, donde se entonaban canciones y se contaban historias de antiguos días de gloria.

A pesar de que Drek'Thar lo agasajaba a menudo con relatos de su valiente padre, Durotan, Thrall tenía el presentimiento de que el anciano orco se guardaba algo para sí. Sin embargo, no quiso forzar la situación. Thrall confiaba por completo en Drek'Thar, y sabía que el chamán le contaría todo lo que necesitara saber, cuando necesitara saberlo.

También se había hecho con un amigo extraordinario. Una noche, mientras el clan y sus compañeros lobos se encontraban reunidos alrededor del fuego como tenían por costumbre, un joven lobo se separó de la manada que solía dormir en la linde del círculo de luz y se acercó. Los lobos de las heladas enmudecieron.

—Esta hembra elegiré —dijo Drek'Thar, solemne. Hacía mucho que Thrall había dejado de sorprenderse por cómo el chamán sabía cosas como cuál era el sexo del lobo y lo dispuesta que estaba a elegir, significara lo que significase eso. No sin esfuerzo, Drek'Thar se irguió y extendió los brazos hacia la loba—. Preciosa, deseas establecer un vínculo con alguien de nuestro clan. Ven y elige a aquél al que estarás unida durante el resto de tu vida.

La loba no se precipitó. Se tomó su tiempo, moviendo las orejas, examinando con sus ojos negros a todos los orcos presentes. Casi todos ellos disponían ya de algún compañero, pero eran muchos los que no, sobre todo los más jóvenes. Uthul, que había trabado una rápida amistad con Thrall después de que éste se rebelara contra sus atropellos, se tensó en ese momento. Thrall sabía que su amigo quería que aquella bestia adorable y grácil lo eligiera a él.

Los ojos de la loba se encontraron con los de Thrall, que sintió como si una descarga recorriera todo su cuerpo.

La hembra trotó hacia Thrall y se recostó a su lado. El orco sintió una cálida oleada de afinidad por aquella criatura, aunque pertenecían a dos especies distintas. Sabía, sin saber muy bien cómo, que la loba permanecería junto a él hasta que uno de ellos dejara atrás esta vida.

Despacio, Thrall alargó el brazo para acariciar la delicada cabeza del animal. Qué suave y tupido era su pelaje. Sintió que lo embargaba la dicha.

El grupo barruntó gruñidos de aprobación, y Uthul, pese a su desilusión, fue el primero en palmear la espalda de Thrall.

—Dinos su nombre —pidió Drek'Thar.

—Se llama Canción de Nieve —repuso Thrall, sin entender cómo lo sabía. La loba entrecerró los ojos, y el orco sintió la satisfacción que emanaba de ella.

Drek'Thar reveló por fin cuál era la razón por la que había muerto Durotan aquella noche de finales de invierno. Conforme relumbraba el sol, se volvía más común el sonido de las nieves al derretirse. Thrall asistía en respetuoso silencio al chamán mientras éste ejecutaba un ritual en honor del deshielo primaveral, al que pedía que desviara su curso lo suficiente como para no inundar el campamento del clan Frostwolf. Como ya era su costumbre, Canción de Nieve estaba de pie junto a él, como una sombra blanca, silenciosa y leal.

Thrall sintió que algo se agitaba en su interior. Oyó una voz: Atendemos a la petición de Drek'Thar, y no nos parece descabellada. No fluiremos hacia donde vivís tú y los tuyos, chamán.

Drek'Thar hizo una reverencia y puso término formal a la ceremonia.

—Lo he oído —dijo Thrall—. He oído cómo te respondía la nieve.

Drek'Thar volvió sus ojos ciegos hacia Thrall.

—Sé que lo has oído. Eso significa que estás preparado, que has aprendido y comprendido todo lo que tenía que enseñarte. Mañana te enfrentarás a tu iniciación pero, esta noche, ven a mi cueva. Tengo algo que contarte.

Cuando se hubo hecho de noche, Thrall apareció en la cueva. Oído Atento, el compañero lobo de Drek'Thar, gañó de alegría. El chamán indicó a Thrall que entrara.

—Siéntate —ordenó. Thrall obedeció. Canción de Nieve se acercó a Oído Atento y se acariciaron los hocicos antes de convertirse en sendos ovillos y quedarse dormidos enseguida—. Tienes muchas preguntas acerca de tu padre y su destino. He evitado responderlas, pero ha llegado la hora de que lo sepas. Pero antes, jura por todo lo que tenga valor para ti que nunca le dirás a nadie lo que estoy a punto de desvelar, hasta que recibas la señal que indique lo contrario.

—Lo juro —dijo Thrall, solemne. Su corazón latía desbocado. Al cabo de tantos años, iba a conocer la verdad.

—Ya sabes que fuimos exiliados por el difunto Gul'dan. Lo que no conoces es el motivo. Nadie sabía cuál era la razón, salvo tus padres y yo, por expreso deseo de Durotan. Cuanta menos gente supiera lo que sabía él, más seguro estaría su clan.

Thrall no dijo nada, pero estaba memorizando cada palabra de Drek'Thar.

—Ahora sabemos que Gul'dan era malvado, y que no había lugar en su corazón para pensar en los intereses del pueblo orco. Lo que la mayoría desconoce es la magnitud de su traición, y el terrible precio que ahora pagamos por lo que nos hizo. Durotan lo sabía, y ese

conocimiento lo condujo al destierro. Draka y él (y tú, joven Thrall), regresasteis a las tierras del sur para contarle al poderoso jefe orco Orgrim Doomhammer que Gul'dan nos había traicionado. No sabemos si tus padres llegaron a ver a Doomhammer, pero sí sabemos que fueron asesinados por lo que sabían.

Thrall se mordió la lengua para no exclamar: ¿Qué es lo que sabían? Drek'Thar realizó una larga pausa, antes de continuar.

—Lo único a lo que aspiraba Gul'dan era a acaparar el poder, y nos sumió en una especie de esclavitud para conseguirlo. Formó un grupo llamado el Consejo de las Sombras; este grupo, compuesto por él mismo y por muchos y malvados brujos orcos, dictaba todas las acciones de los orcos. Se unieron a demonios que les concedieron blasfemos poderes, y que imbuyeron a la Horda de una pasión tal por la muerte y el combate que la gente se olvidó de las antiguas costumbres, de la senda de la naturaleza, y del chamán. Lo único que perseguían era la muerte. Has visto el fuego rojo que arde en los ojos de los orcos de los campos, Thrall. Esa marca denuncia que han sido gobernados por poderes demoníacos.

Thrall contuvo el aliento. Enseguida le vio a la cabeza Hellscream, sus brillantes ojos escarlatas, su cuerpo demacrado. Empero, Hellscream conservaba el juicio. Aún reconocía el poder de la clemencia, no se había rendido a la sed de sangre ni al temible letargo que había visto él en los campos. Grom Hellscream debía de haberse enfrentado a los demonios todos los días, y continuaba resistiéndose a ellos. La admiración que sentía Thrall por el caudillo aumentó al darse cuenta de lo fuerte que debía de ser la voluntad de Hellscream.

—Creo que el letargo que dices haber observado en los campos es la vacuidad que impregna a nuestro pueblo tras la retirada de las energías demoníacas. Sin esa energía externa, se sienten débiles, abúlicos. Quizá ni siquiera sepan por qué se sienten así, o no les importe lo suficiente como para preguntárselo. Son como cuencos vacíos, Thrall, que en el pasado estuvieron llenos de veneno. Ahora claman para volver a sentirse plenos. Lo que anhelan es la recuperación de las antiguas costumbres. El chamanismo, la conexión con los poderes sencillos y puros de las fuerzas y leyes de la naturaleza, volverán a llenarlos y a saciar su desmesurado apetito. Esto, y nada más que esto, los despertará de su estupor y les recordará que todos procedemos de un linaje lleno de orgullo y coraje.

Thrall continuaba escuchando, embelesado, atento a cada una de las palabras de Drek'Thar.

—Tus padres estaban al corriente del pacto con la oscuridad. Sabían que esa Horda sanguinaria era un artificio tan antinatural como pudiera uno imaginarse. Los demonios y Gul'dan le habían arrebatado a nuestro pueblo su coraje natural y lo habían deformado hasta convertirlo en algo que sirviera a sus propios fines. Durotan lo sabía, y ésa fue la causa de que su clan fuera exiliado. Lo aceptó pero, al nacer tú, supo que ya no podía guardar silencio por más tiempo. Quería que tú crecieras en un mundo mejor, Thrall. Eras su hijo y su heredero. Habrías sido el siguiente jefe. Draka y él se adentraron en los territorios del sur, como ya te he dicho, para encontrar a su viejo amigo Orgrim Doomhammer.

—Conozco ese nombre. Era el poderoso señor de la guerra que aunó a todos los clanes contra los humanos.

Drek'Thar asintió.

—Era sabio y valiente, un buen líder de nuestro pueblo. Los humanos terminaron por alzarse con la victoria, la traición de Gul'dan (al menos una pálida sombra de su verdadera magnitud) fue puesta al descubierto y los demonios se batieron en retirada. El resto ya lo conoces.

—Doomhammer, ¿fue asesinado?

—Creemos que no, pero no se ha vuelto a saber nada de él desde entonces. De vez en cuando llegan rumores hasta nuestros oídos que hablan de que se ha convertido en un ermitaño, que se ha escondido del mundo, o que ha sido capturado. Muchos lo consideran una leyenda que regresará para liberarnos cuando llegue la hora.

Thrall miró a su maestro, con interés.

—¿Qué es lo que crees tú, Drek'Thar?

El anciano orco soltó una risita gutural.

—Creo que ya te he contado bastante, y que es hora de que descanses. Mañana tendrá lugar tu iniciación, si así ha de ser. Más vale que te prepares.

Thrall se levantó y realizó una respetuosa reverencia. Aun cuando el chamán no pudiera ver el gesto, no lo hizo por Drek'Thar, sino por sí mismo.

—Vamos, Canción de Nieve —llamó. La loba blanca, obediente, se adentró en la noche junto a su compañero del alma.

Drek'Thar escuchó. Cuando se hubo cerciorado de que se habían marchado, llamó a Oído Atento.

—Tengo un encargo para ti, viejo amigo. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Thrall, aunque había procurado descansar en la medida de lo posible, descubrió que el sueño lo eludía. Se sentía demasiado excitado, demasiado aprensivo acerca de esa iniciación. Drek'Thar no le había contado nada. Deseaba de corazón tener alguna idea sobre lo que le esperaba.

Seguía en vela cuando el gris amanecer llenó su cueva de tenue luz. Se levantó y salió, para encontrarse con la sorpresa de que todo el mundo estaba despierto y reunido en silencio a la entrada de su cueva.

Thrall abrió la boca para decir algo, pero Drek'Thar lo detuvo con un ademán.

—No podrás hablar hasta que yo te dé permiso. Vete enseguida, dirígete a las montañas. Canción de Nieve debe quedarse. No has de comer ni beber nada, sino meditar acerca de la senda que estás a punto de iniciar. Cuando el sol se haya puesto, regresa y comenzará el rito.

Obediente, Thrall se dio la vuelta y se marchó. Canción de Nieve, sabedora de lo que se esperaba de ella, no siguió sus pasos. Levantó la cabeza y comenzó a aullar. Los demás lobos se unieron a ella, y aquel coro dulce y salvaje acompañó a Thrall mientras se alejaba, solo, para meditar.

El día transcurrió más deprisa de lo que se había esperado. Tenía la cabeza llena de preguntas, y se sorprendió cuando la luz cambió y el sol, anaranjado contra el cielo invernal, comenzó a moverse hacia el horizonte. Regresó en el momento en que sus últimos rayos bañaban el campamento.

Drek'Thar estaba esperándolo. Thrall se fijó en que no se veía a Oído Atento por ninguna parte, lo que era inusitado, pero supuso que formaba parte del rito. Tampoco Canción de Nieve estaba presente. Se acercó a Drek'Thar y aguardó. El anciano orco le indicó que lo siguiera.

Condujo a Thrall al otro lado de una cordillera cubierta de nieve, a una zona que no había visto antes. En respuesta a la pregunta muda, Drek'Thar respondió:

—Este lugar siempre ha estado aquí, pero no desea ser visto. Por consiguiente, sólo ahora, cuando te da la bienvenida, se vuelve visible para ti.

Thrall sintió que aumentaba su nerviosismo, pero contuvo sus palabras. Drek'Thar movió las manos y la nieve se fundió ante los ojos de Thrall, descubriendo una enorme plataforma circular de roca.

—Sitúate en el centro, Thrall, hijo de Durotan —dijo Drek'Thar. Su voz ya no era áspera y trémula, sino que estaba imbuida de un poder y una autoridad que Thrall no había oído antes, obedeció—. Prepárate para conocer a los espíritus de la naturaleza.

A Thrall le dio un vuelco el corazón.

No pasó nada. Esperó. Seguía sin ocurrir nada. Se revolvió, intranquilo. El sol ya se había puesto y comenzaban a aparecer las estrellas. Comenzaba a impacientarse y a malhumorarse cuando resonó una voz atronadora dentro de su cabeza: La paciencia es la primera prueba.

Thrall inhaló una brusca bocanada. La voz sonó de nuevo.

—Soy el espíritu de la tierra, Thrall, hijo de Durotan. Soy el suelo que engendra frutos, los pastos que alimentan a las bestias. Soy la roca, el esqueleto del mundo. Soy todo lo que crece y habita en mi seno, sea lombriz, árbol o flor. Pregúntame.

—¿Qué he de preguntarte?, pensó Thrall.

Se produjo una extraña sensación, casi tan cálida como la risa.

—Conocer la pregunta forma parte de la prueba.

Thrall se sobrecogió, antes de serenarse, como le había enseñado Drek'Thar. Una pregunta afloró despacio en su mente:

—¿Me prestarás tu fuerza y tu poder cuando lo necesite, por el bien del clan y de aquéllos a los que estaríamos dispuestos a ayudar?

Pide, fue la respuesta.

Thrall comenzó a pisotear con fuerza. Sintió que el poder aumentaba en su interior, como siempre hacía pero, por primera vez, no venía acompañado de la sed de sangre. Era cálido y fuerte, y parecía tan sólido como los huesos de la tierra misma. Reparó apenas en que la

mismísima tierra se estremecía bajo sus pies, y no fue hasta ese momento que una fragancia dulce y sutil se apoderó de su olfato cuando hubo abierto los ojos.

La tierra se había abierto en numerosas fisuras, y brotaban las flores en cada palmo de roca. Thrall se quedó sin aliento.

—Te he concedido mi ayuda, por el bien del clan y de aquéllos a los que estaríais dispuestos a ayudar. Hónrame, y ese regalo será siempre tuyo.

Thrall sintió que el poder se atenuaba, dejándolo trémulo a causa de la impresión ante lo que había invocado y controlado. Mas sólo dispuso de un momento para maravillarse, puesto que ya resonaba otra voz en su cabeza.

—Soy el espíritu del aire, Thrall, hijo de Durotan. Soy el viento que calienta y enfría la tierra, que llena tus pulmones y te mantiene con vida. Transporto a las aves, a los insectos y a los dragones, así como a todas las cosas que se atreven a surcar mis imponentes alturas. Pregúntame.

En esta ocasión, Thrall sabía qué hacer, y formuló la misma pregunta. La sensación de poder que lo imbuyó fue distinta: más ligera, más libre. Aun cuando le estuviera prohibido hablar, no pudo contener la risa que borbotó desde su alma. Sintió la caricia de los vientos cálidos que acercaban todo tipo de deliciosos olores a su nariz y, cuando hubo abierto los ojos, se encontró flotando a gran altura por encima del suelo. Drek'Thar estaba tan lejos a sus pies que parecía el juguete de un niño. Pero Thrall no tuvo miedo. El espíritu del aire lo sujetaba; había pedido, y le había sido concedido.

Con delicadez, descendió planeando hasta que sintió la piedra firme bajo sus pies. El aire le dedicó una última caricia antes de disiparse.

Thrall volvió a sentirse imbuido de poder, casi doloroso en esta ocasión. Sintió un calor abrasador en el estómago, y la piel empapada de sudor. Se apoderó de él un deseo abrumador de abalanzarse sobre las pilas de nieve más cercanas. El espíritu del fuego había acudido, y solicitó su ayuda. Respondió.

Se produjo un ensordecedor estallido por encima de su cabeza y Thrall, sobresaltado, alzó la vista. El relámpago marcaba sus peligrosos pasos de baile en el firmamento nocturno. Thrall supo que estaba allí para obedecer sus órdenes. Las flores que habían cuajado la tierra abierta explotaron en llamaradas, crepitando y quedando reducidas a cenizas en cuestión de escasos latidos. Aquél era un elemento peligroso, y Thrall pensó en las agradables hogueras que habían mantenido con vida a su clan. Al instante, el fuego se apagó para reformarse en una pequeña zona contenida y acogedora.

Thrall dio las gracias al espíritu del fuego y sintió cómo se alejaba su presencia. Comenzaba a sentirse exhausto por toda aquella energía que se alternaba para inundarlo y luego abandonarlo, y se alegró de que sólo quedara un elemento por conocer.

El espíritu del agua fluyó hacia él, apaciguando y aliviando las quemaduras que había dejado atrás el espíritu del fuego. Thrall tuvo una visión del océano, aunque nunca antes lo había visto, y extendió la mente para atisbar sus profundidades abisales. Algo frío tocó su

piel. Abrió los ojos para ver que estaba cayendo un pesado manto de nieve. Con un pensamiento, la convirtió en lluvia, y luego cesó de repente. El solaz del espíritu del agua en su interior lo tonificó y lo fortaleció, y lo dejó marchar tras darle las gracias de corazón.

Volvió la mirada hacia Drek'Thar, pero el chamán hizo un gesto con la cabeza.

—La prueba aún no ha terminado.

De improviso, Thrall se estremeció de la cabeza a los pies, poseído por un poder que lo dejó sin respiración. Desde luego. El quinto elemento.

El espíritu de la naturaleza.

—Somos el espíritu de la naturaleza, la esencia y las almas de todos los seres vivos. Somos los más poderosos de todos, por encima de los terremotos, de los huracanes, de los incendios y de las inundaciones. Habla, Thrall, y dinos por qué crees que eres merecedor de nuestra ayuda.

Thrall no podía respirar. Estaba abrumado por el poder que se agitaba dentro y fuera de él. Se obligó a abrir los ojos y vio unas pálidas siluetas que se arremolinaban a su alrededor. Una era la de un lobo, otra la de una cabra, otra la de un orco, un humano y un ciervo. Supo que todos los seres vivos tenían un espíritu, y se apoderó de él la desesperación ante la idea de tener que sentir y controlarlos a todos.

Mas, antes de lo que hubiera imaginado, los espíritus lo inundaron y lo abandonaron. Thrall se sintió desorientado por el asalto, pero se obligó a concentrarse, a dirigirse a cada uno de ellos con respeto. Le resultó imposible y cayó de rodillas.

Un agradable sonido inundó el aire; Thrall se esforzó por levantar una cabeza que le parecía tan pesada como una roca.

Ahora flotaban hacia él, serenos, y supo que lo habían juzgado y que les había parecido digno. Un venado fantasmal brincó a su alrededor, y supo que jamás podría volver a dar un bocado a una pata de ciervo sin sentir su espíritu y dar gracias por el alimento que proveía. Sintió una afinidad con cada orco que había nacido alguna vez, e incluso el espíritu humano se parecía más a la dulce presencia de Taretha que a la siniestra crueldad de Blackmoore. Todo era radiante, aun cuando en ocasiones bordeara la oscuridad; toda la vida estaba conectada, y cualquier chamán que jugueteara con la cadena sin el mayor respeto y cuidado por ese espíritu estaría abocado al fracaso.

Desaparecieron. Thrall se desplomó de bruces, completamente exhausto. Sintió la mano de Drek'Thar en el hombro, sacudiéndolo. El anciano chamán insistió en que Thrall se sentara. Nunca en toda su vida se había sentido tan débil y desvalido.

—Bien hecho, hijo —dijo Drek'Thar, con voz trémula por la emoción—. Esperaba que aceptarían... Thrall, debes saberlo. Hace años, no, décadas, que los espíritus no aceptan a un chamán. Estaban enfadados con nosotros por culpa del pacto con las tinieblas de nuestros brujos, por su corrupción de la magia. Quedan muy pocos chamanes, todos tan viejos como yo. Los espíritus han esperado a que apareciera alguien merecedor de recibir sus dones; tú eres el primero que ha recibido este honor en mucho, mucho tiempo. Me temía que los

espíritus se negaran a colaborar con nosotros para siempre, pero... Thrall, no he visto un chamán más fuerte en toda mi vida, y sólo estás empezando.

—Yo... yo creía que me sentiría poderoso —tartamudeó Thrall, con un hilo de voz—, pero, en vez de eso... sólo siento humildad...

—Eso es lo que te honra. —Drek'Thar acarició la mejilla de Thrall—. Durotan y Draka se sentirían muy orgullosos de ti.



CAPÍTULO CATORCE

Con los espíritus de la tierra, el aire, el fuego, el agua y la naturaleza por compañeros, Thrall se sentía más fuerte y confiado que en toda su vida. Trabajó junto a Drek'Thar para aprender las «invocaciones» específicas, como las llamaba el anciano.

—Los brujos los llamarían hechizos —le dijo a Thrall—, pero nosotros, los chamanes, nos referimos a ellas como invocaciones. Nosotros preguntamos y los poderes con los que trabajamos responden. O no, según su voluntad.

—¿Alguna vez se han negado a responder?

Drek'Thar guardó silencio.

—Sí —respondió, al cabo. Se encontraban sentados en la cueva de Drek'Thar, departiendo, bien entrada la noche. Esas conversaciones eran muy valiosas para Thrall, y siempre instructivas.

—¿Cuándo? ¿Por qué? —quiso saber Thrall. De inmediato, añadió—: A menos que no desees hablar de ello.

—Ahora eres un chamán, si bien aún en ciernes. Es justo que conozcas nuestras limitaciones. Me avergüenza admitir que he solicitado favores impropios en más de una ocasión. La primera vez, pedí que una inundación destruyera un campamento de humanos. Estaba furioso y resentido, puesto que habían destruido a muchos de nuestro clan. Pero había numerosos heridos en ese lugar, incluso mujeres y niños, y el agua no quiso acceder.

—Pero, las inundaciones ocurren todo el tiempo. Mueren muchos inocentes, y no sirven a ningún propósito.

—Sirven al propósito del espíritu del agua, y al de la naturaleza. Desconozco cuáles son sus necesidades y sus planes. Guardan silencio al respecto. En aquella ocasión, el agua no vio la necesidad de ahogar a cientos de humanos inocentes. Más adelante, cuando la rabia me hubo abandonado, comprendí que el espíritu del agua había tenido razón.

—¿En qué otra ocasión?

Drek'Thar vaciló.

—Es probable que te imagines que siempre he sido viejo, el guía espiritual del clan.

Thrall sofocó la risa.

—Nadie nace siendo viejo, sabio.

—A veces desearía que así hubiera sido en mi caso. Pero una vez fui joven, como tú ahora, y la sangre corría cálida en mis venas. Tenía una pareja y un hijo. Murieron.

—¿En la guerra con los humanos?

—No fue tan noble. Sencillamente, enfermaron, y todas mis súplicas a los elementos fueron en vano. Me consumía el dolor. —Incluso en esos momentos, su voz estaba cargada de pesar—. Exigí que los espíritus devolvieran las vidas que habían arrebatado. Se enfadaron conmigo y, durante muchos años, desoyeron mis llamadas. Por culpa de la arrogancia que me empujó a solicitar el regreso a la vida de mis seres queridos, muchos de los miembros de nuestro clan sufrieron a causa de mi inhabilidad para invocar a los espíritus. Cuando reparé en la necedad de mi antojo, rogué a los espíritus para que me perdonaran. Y me perdonaron.

—Pero... es normal que quisieras que tus seres queridos continuaran con vida. Sin duda, los espíritus debían de comprenderlo.

—Ah, así es. Mi primer ruego fue humilde, y el elemento escuchó con compasión antes de negarse. Mi segundo ruego fue furioso, y el espíritu de la naturaleza se ofendió al ver que yo abusaba de ese modo de la relación entre el chamán y los elementos.

Drek'Thar extendió el brazo y posó una mano en el hombro de Thrall.

—Es más que probable que hayas de soportar el dolor que causa la pérdida de seres queridos, Thrall. Has de saber que el espíritu de la naturaleza tiene sus razones para hacer lo que hace, y tú debes respetarlas.

Thrall asintió, pero en su interior comprendía por completo los anhelos de Drek'Thar, y no culpaba al viejo orco por haberse enfurecido con los elementos en medio de su tormento.

—¿Dónde está Oído Atento? —preguntó, para cambiar de tema.

—No lo sé. —Drek'Thar parecía despreocupado—. Es mi compañero, no mi esclavo. Parte cuando lo desea y regresa a su antojo.

Como si quisiera convencerle de que ella no se iba a ir a ninguna parte, Canción de Nieve apoyó la cabeza en la rodilla de Thrall. El orco le dio una palmadita, le deseó buenas noches a su maestro y se dirigió a su cueva para acostarse.

Los días transcurrían de forma rutinaria. Thrall dedicaba la mayor parte de su tiempo a estudiar junto a Drek'Thar, aunque en ocasiones se iba de caza con un pequeño grupo. Utilizaba su recién establecida relación con los elementos para ayudar a su clan: preguntaba al espíritu de la tierra dónde estaban los rebaños, pedía al espíritu del aire que cambiara la dirección en que soplaban el viento para que su olor no los delatara al olfato de las vigilantes criaturas. Sólo en una ocasión pidió ayuda al espíritu de la naturaleza, cuando sus provisiones comenzaban a escasear y los había abandonado la suerte en la caza.

Sabían que había ciervos en la zona. Habían encontrado corteza de árbol mordisqueada y deposiciones recientes, pero las taimadas criaturas conseguían eludirlos desde hacía días. Tenían los estómagos vacíos, y ya no quedaba más comida. Los niños comenzaban a quedarse escuálidos.

Thrall cerró los ojos y extendió su mente. Espíritu de la naturaleza, que insuflas la vida en todas las cosas, yo te imploro. No pedimos más de lo necesario para aplacar el hambre de nuestro clan. Te pido, espíritu del ciervo, que hagas un sacrificio por nosotros. No

malgastaremos ninguno de tus regalos, y te honraremos. Dependen muchas vidas de la cesión de una sola.

Esperaba que las palabras fuesen las apropiadas. Las había enunciado con talante respetuoso, pero era la primera vez que intentaba algo parecido. Cuando hubo abierto los ojos, vio un ciervo blanco, de pie, ni a dos brazas de distancia frente a él. Sus compañeros no parecían ver nada. Los ojos del ciervo se fijaron en los de Thrall, y el animal inclinó la cabeza. Se alejó de un brinco; Thrall vio que no dejaba huellas en la nieve.

—Seguidme —dijo. Sus compañeros del clan Frostwolf se aprestaron a obedecer; recorrieron cierta distancia antes de ver a un enorme y robusto ciervo tendido en la nieve. Una de sus patas estaba torcida en un ángulo antinatural, y sus cálidos ojos castaños se veían desorbitados por el terror. La nieve que lo rodeaba estaba aplastada; resultaba evidente que era incapaz de levantarse.

Thrall se acercó al animal, proyectando un mensaje de calma, guiado por el instinto. No temas, le dijo. Tu padecimiento terminará pronto, y tu vida continuará teniendo significado. Te doy las gracias, hermano, por tu sacrificio.

El ciervo se relajó y agachó la cabeza. Thrall le acarició el cuello. Rápidamente, a fin de no hacerle daño, le partió el largo cuello. Cuando levantó la cabeza, vio que los demás lo miraban asombrados. Pero él sabía que su pueblo no comería esa noche gracias a su voluntad, sino a la del ciervo.

—Llevémonos este animal y consumamos su carne. Fabricaremos herramientas con los huesos y ropa con su piel y, cuando lo hagamos, recordaremos que nos ha honrado con su regalo.

Thrall colaboró junto a Drek'Thar para insuflar energía en las semillas enterradas, a fin de que crecieran fuertes y florecieran en la primavera que ya estaba tan cerca, y para nutrir a las bestias nonatas, bien fueran ciervos o cabras o lobos, que se gestaban en los vientres de sus madres. Trabajaron juntos para pedirle al agua que librara al poblado de los deshielos primaverales y del peligro constante de las avalanchas. La fuerza y la habilidad de Thrall aumentaban de manera constante; se encontraba tan inmerso en la vibrante nueva senda que recorría que se sorprendió al ver las primeras flores de primavera asomando sus cabezas amarillas y púrpuras en medio de la nieve derretida.

Cuando hubo regresado de su paseo para recoger las hierbas sagradas que facilitaban el contacto del chamán con los elementos, le sorprendió descubrir que el clan tenía otro visitante.

Este orco era corpulento, aunque Thrall no podía distinguir si se debía a la grasa o al músculo, puesto que se arrebujaba con firmeza en su capa. Permanecía muy cerca del fuego, como si no pudiera sentir la calidez de la primavera.

Canción de Nieve corrió para oler y ser olida desde el hocico hasta la cola por Oído Atento, que había regresado al fin. Thrall se volvió hacia Drek'Thar.

—¿Quién es el forastero? —inquirió, en voz baja.

—Un ermitaño errante. No lo conocemos. Dice que Oído Atento lo encontró perdido en las montañas y lo condujo a nuestro refugio.

Thrall se fijó el cuenco de caldo que sostenía el desconocido en una de sus grandes manos, así como en la educada preocupación que mostraba el resto del clan por él.

—Lo habéis recibido con más amabilidad de la que mostrasteis conmigo —observó, sin nota de enojo.

Drek'Thar se rió.

—Lo único que pide es refugio durante algunos días antes de continuar su camino. No se ha presentado aquí con un trozo de tela de los Frostwolf pidiendo que el clan lo adopte. Además, ha venido en primavera, cuando abunda la caza, y no en lo más crudo del invierno.

Thrall tuvo que admitir que el chamán tenía razón. Ansioso por comportarse de forma apropiada, se sentó junto al visitante.

—Saludos, viajero. ¿Lleváis mucho tiempo en el camino?

El orco lo miró desde el cobijo de su capucha. Sus ojos grises eran duros, aunque su respuesta fue educada, casi deferente.

—Más del que me atrevo a recordar, joven. Estoy en deuda con vosotros. Pensaba que los Frostwolf eran tan sólo una leyenda, inventada por los compinches de Gul'dan para intimidar a los demás orcos.

La lealtad a su clan se agitó en el seno de Thrall.

—Se nos exiló injustamente, y hemos demostrado nuestra valía al forjarnos una vida en este árido lugar.

—Pero, tengo entendido que, no hace tanto tiempo, tú eras tan extraño para este clan como lo soy yo. Me han hablado de ti, joven Thrall.

—Espero que hayan hablado bien —repuso Thrall, sin saber qué decir.

—Bastante bien —fue la enigmática contestación del forastero. Volvió a concentrarse en el caldo. Thrall se fijó en que sus manos eran fuertes.

—¿Cuál es tu clan, amigo?

La mano se quedó helada, sujetando la cuchara a medio camino de los labios.

—Ya no tengo clan. Viajo solo.

—¿Los han matado a todos?

—Los han matado, o se los han llevado. Están muertos donde importa... en el alma —respondió el orco, con dolor en la voz—. No hablemos más de esto.

Thrall inclinó la cabeza. Se sentía incómodo cerca del desconocido, y también suspicaz. Había algo en él que no le gustaba. Se levantó, asintió y regresó junto a Drek'Thar.

—Deberíamos mantenerlo vigilado —le dijo a su maestro—. Este ermitaño errante me inspira desconfianza.

Drek'Thar echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Nosotros nos equivocamos al sospechar de ti cuando viniste, y ahora eres tú el único que desconfía de este viajero famélico. Ay, Thrall, aún te queda mucho por aprender.

Esa noche, durante la cena, Thrall continuó observando al forastero sin que pareciera demasiado obvio. Tenía una gran bolsa que no permitía que nadie tocara, y nunca se quitaba la abultada capa. Respondía a las preguntas de forma educada, aunque sucinta, y hablaba muy poco de sí mismo. Lo único que sabía Thrall era que se había convertido en ermitaño hacía veinte años, durante los que había permanecido aislado, acompañado sólo por sueños de antaño, sin que pareciera que hubiese hecho nada por recuperar el pasado.

Llegados a un punto, Uthul preguntó:

—¿Has visto alguna vez un campo de internamiento? Thrall dice que los orcos presos allí han perdido la voluntad.

—Así es, y no me extraña —contestó el forastero—. Ya no queda mucho por lo que luchar.

—Hay mucho por lo que luchar —intervino Thrall, inflamado—. La libertad. Un hogar. El recuerdo de nuestros orígenes.

—Aun así, los Frostwolf os escondéis en las montañas.

—¡Igual que te escondes tú en las tierras del sur!

—Yo no aspiro a soliviantar a los orcos para que se deshagan de sus cadenas y se alen contra sus señores —replicó el desconocido, con voz tranquila, sin morder el anzuelo.

—No pienso quedarme aquí por mucho tiempo. Cuando llegue la primavera, me reuniré con el invicto jefe orco Grom Hellscream y ayudaré a su noble clan Grito de Guerra a arrasar los campos. Inspiraremos a nuestros hermanos para que se alen contra los humanos, que no son sus señores, sino meros matones que los retienen contra su voluntad. —Thrall se había puesto de pie, enardecido por el insulto que se había atrevido a proferir aquel desconocido. Esperaba que Drek'Thar lo amonestara, pero el anciano orco no dijo nada. Se limitaba a acariciar a su compañero lobo y a escuchar. Los demás del clan parecían fascinados por el intercambio de palabras entre ellos dos y no se inmiscuyeron.

—Grom Hellscream —gruñó el ermitaño, acompañando sus palabras de un gesto desdeñoso—. Un soñador asolado por los demonios. No, los Frostwolf hacéis bien al ocultaros, igual que yo. He visto lo que son capaces de hacer los humanos, y lo mejor es mantenerse lejos de ellos y buscar lugares recónditos donde no se atrevan a pisar.

—¡Yo me he criado entre humanos y, créeme, no son infalibles! ¡Ni tú tampoco, cobarde!

—Thrall... —dijo Drek'Thar, decidiéndose a intervenir.

—No, maese Drek'Thar, no pienso callarme. Éste... éste... viene en busca de nuestra ayuda, come frente a nuestro fuego y se atreve a insultar el coraje de nuestro clan y de su propia raza. No pienso tolerarlo. No soy el jefe, ni reclamo ese derecho, aunque sea mío por derecho de nacimiento, ¡pero sí exijo que se me conceda el derecho a pelear con este desconocido y hacerle tragar sus palabras, rebanadas por mi espada!

Esperaba que el cobarde ermitaño se amedrentara y le pidiera perdón. En vez de eso, el desconocido soltó una sonora carcajada y se incorporó. Era casi tan grande como Thrall. En

ese momento, por fin, Thrall pudo echar un vistazo bajo la capa. Asombrado, vio que aquel arrogante desconocido se ceñía de la cabeza a los pies con una armadura negra ribeteada de bronce. En su día, la armadura debía de haber sido espectacular pero, aunque todavía resultaba impresionante, las placas habían conocido tiempos mejores y el reborde de bronce necesitaba un bruñido con urgencia.

Al tiempo que profería un alarido feroz, el ermitaño abrió su bolsa y sacó el martillo de guerra más grande que Thrall hubiera visto en su vida. Lo sostuvo en vilo con aparente facilidad, antes de blandirlo contra Thrall.

—¡A ver si puedes conmigo, cachorro!

Los demás orcos se unieron al griterío y, por segunda vez en otros tantos momentos, Thrall se llevó una profunda sorpresa. En lugar de saltar a la defensa de su compañero de clan, los Frostwolf retrocedieron. Algunos incluso cayeron de rodillas. Sólo Canción de Nieve permaneció a su lado, colocándose entre su compañero y el desconocido, con el lomo erizado y los dientes blancos al descubierto.

¿Qué estaba ocurriendo? Lanzó una mirada de soslayo a Drek'Thar, que parecía tranquilo e impertérrito.

Sea, si ha de ser. Quienquiera que fuese aquel desconocido, había insultado a Thrall y a los Frostwolf, y el joven chamán estaba dispuesto a defender su honor y el de los suyos con la vida.

No tenía ninguna arma consigo, pero Uthul acercó una lanza larga y afilada a la mano extendida de Thrall, que cerró los dedos en torno a ella y comenzó a pisotear con fuerza.

Thrall podía sentir cómo el espíritu de la tierra respondía a su llamada sin hacer preguntas. Con todo el tacto que pudo, puesto que no quería ofender al elemento, declinó cualquier oferta de ayuda. Ésa no era batalla para los elementos; no obedecía a ninguna necesidad perentoria, tan sólo a la necesidad que sentía Thrall de enseñarle una lección a aquel arrogante forastero.

Aun así, sintió cómo se estremecía la tierra bajo sus pies. El desconocido se sobresaltó al principio, pero luego pareció extrañamente satisfecho. Antes de que Thrall pudiera prepararse, el desconocido vestido de armadura descargó su ataque.

La lanza de Thrall se alzó para defenderlo más, aunque se trataba de una buena arma, no estaba pensada para parar el golpe de un gigantesco martillo de guerra. La poderosa asta se partió en dos como si de una ramita se tratara. Thrall miró en rededor, pero no había más armas. Se preparó para recibir el siguiente martillazo de su adversario, decidido a utilizar la estrategia que tan buenos resultados le diera en el pasado, cuando combatía desarmado contra un oponente armado.

El desconocido volvió a blandir su martillo. Thrall lo esquivó y giró en redondo para asir el arma, con la intención de arrebatársela a su propietario. Para su asombro, cuando hubo cerrado los dedos en torno al mango, el ermitaño propinó un repentino tirón. Thrall se cayó de bruces, y el desconocido montó a horcajadas sobre su cuerpo postrado.

Thrall se retorció como un pez y consiguió rodar de costado al tiempo que atrapaba una de las piernas de su enemigo entre los tobillos. El desconocido trastabilló y perdió el equilibrio. Ahora, ambos estaban en el suelo. Thrall propinó un puñetazo a la muñeca de la mano que sujetaba el martillo. El desconocido gruñó y aflojó su presa en un acto reflejo. Thrall aprovechó la oportunidad, se apoderó del martillo de guerra y se puso en pie de un salto, al tiempo que hacía girar el arma sobre su cabeza.

Se contuvo justo a tiempo. Estuvo a punto de aplastar el cráneo de su oponente con la enorme maza de piedra, pero se trataba de un camarada orco, no de un humano al que se enfrentara en el campo de batalla. Era un invitado del campamento, un guerrero que se sentina orgulloso de haber servido a su lado cuando Hellscream y él hubieran logrado su objetivo, cuando hubieran arrasado los campos de hacinamiento y hubieran liberado a sus congéneres aprisionados.

La vacilación y el peso del arma consiguieron que trastabillara. Ésa era la oportunidad que necesitaba el desconocido. Con un gruñido, ejecutó el mismo movimiento que empleara Thrall contra él. De una patada barrió los pies de Thrall debajo de él. Sin soltar el martillo de guerra, Thrall se desplomó sin poder evitarlo. Antes de darse cuenta de lo que ocurría, el otro orco estaba encima de él, sujetándole la garganta con ambas manos.

Thrall lo vio todo rojo. Por instinto, se debatió. Aquel orco era tan corpulento como él, y además llevaba armadura, pero el feroz deseo de victoria de Thrall y su musculatura le confirieron la ventaja que necesitaba para rodar y atrapar al otro guerrero debajo de él.

Unas manos lo agarraron y lo retiraron. Rugió, la ardiente sed de sangre de su interior exigía ser apaciguada, y se debatió. Fueron necesarios ocho Frostwolf para retenerlo durante el tiempo suficiente para que su furia amainara y se tranquilizara su respiración. Cuando asintió para indicar que todo estaba en orden, lo levantaron y permitieron que se sentara por sí solo.

El desconocido se alzaba ante él. Avanzó a largas zancadas y acercó el rostro a un palmo del de Thrall. Thrall le devolvió la mirada de igual a igual, jadeante y exhausto.

El ermitaño se encumbró cuan alto era y profirió una atronadora risotada.

—Hace mucho tiempo que nadie se atrevía siquiera a desafiarme —aulló, risueño, sin que pareciera afectado en absoluto por el hecho de que Thrall hubiera estado a punto de esparcir sus entrañas por el suelo—. Y más aún que no me derrotaba nadie, ni siquiera en una reyerta amistosa. Sólo tu padre lo consiguió, joven Thrall. Que su espíritu vaya en paz. Al parecer, Hellscream no mentía. Creo que he encontrado a mi segundo al mando.

Tendió una mano a Thrall, que se quedó mirándola, antes de espetar:

—¿Segundo al mando? Te he vencido, forastero, con tu propia arma. ¡No sé qué regla convierte al ganador en segundo!

—¡Thrall! —La voz de Drek'Thar restalló como un relámpago.

—Aún no lo entiende —rió el desconocido—. Thrall, hijo de Durotan, he recorrido un largo camino para encontrarte, para ver si los rumores eran ciertos... que había un segundo al

mando digno de servir a mis órdenes, en el que podría confiar para liberar a los prisioneros de los campos.

Hizo una pausa, con la mirada aún iluminada por la risa.

—Mi nombre, hijo de Durotan, es Orgrim Doomhammer.



CAPÍTULO QUINCE

Thrall abrió la boca, apesadumbrado y atónito. ¿Había insultado a Orgrim Doomhammer, el jefe de guerra de la Horda? ¿Al mejor amigo de su padre? ¿Al orco que le había servido de inspiración durante tantos años? La armadura y el martillo de guerra tendrían que haberle revelado su identidad de inmediato. ¡Qué idiota había sido!

Se arrodilló y se postró.

—Nobilísimo Doomhammer, os ruego que me perdonéis. No sabía... —Lanzó una mirada a Drek'Thar—. Mi maestro no me advirtió...

—Eso lo habría estropeado todo —respondió Doomhammer, riéndose aún—. Quería provocar una pelea y comprobar si era cierto que poseías la pasión y el orgullo que tanto había ensalzado Grom Hellscream. He conseguido más de lo que me esperaba... ¡He conseguido que me derroten! —Volvió a estallar en carcajadas, con fuerza, como si eso fuera lo más divertido que le había ocurrido en años. Thrall comenzó a tranquilizarse. El alborozo de Doomhammer remitió y el jefe de guerra apoyó una mano afectuosa en el hombro del joven orco—. Ven y siéntate conmigo, Thrall, hijo de Durotan. Terminaremos de cenar y me contarás tu historia. A cambio, yo te contaré cosas de tu padre que jamás has oído.

Thrall se sintió inundado de júbilo. En un arrebato, asió la mano que descansaba sobre su hombro. Serio de repente, Doomhammer lo miró a los ojos y asintió.

Ahora que todo el mundo sabía quién era en realidad el misterioso desconocido (Drek'Thar confesó que él lo había sabido desde el principio, y que lo cierto era que había enviado a Oído Atento a buscar a Doomhammer para propiciar esa confrontación), los lobos de las heladas pudieron agasajar a su invitado de honor con el debido respeto. Sacaron varias liebres que habían planeado desecar para su consumo posterior, aderezadas con preciados aceites e hierbas, y comenzaron a asarlas sobre las llamas. Alimentaron el fuego con más hierbas, y sus penetrantes y dulzonas fragancias se elevaron junto con el humo. El resultado era embriagador. Aparecieron tambores y flautas, y el sonido de la música y las canciones no tardó en enlazarse con el humo, enviando un mensaje de tributo y regocijo al mundo de los espíritus.

Al principio, Thrall se sintió cohibido, pero Doomhammer consiguió que le contara su historia escuchando con atención y formulando preguntas incisivas. Cuando Thrall hubo terminado, el jefe de guerra guardó silencio por un instante.

—Este Blackmoore —dijo, al cabo—, se parece a Gul'dan. No piensa en lo mejor para su pueblo, sino tan sólo en su propio provecho y placer.

Thrall asintió.

—Yo no fui el único en sufrir su crueldad y su veleidad. Estoy seguro de que odia a los orcos, pero tampoco tiene en gran estima a su propia gente.

—Y esta Taretha, y el sargento... no sabía que los humanos fueran capaces de tales actos de bondad y honor.

—No habría aprendido lo que significan el honor y la clemencia de no haber sido por el sargento —dijo Thrall. Con talante más distendido, añadió—: Tampoco habría aprendido la maniobra que empleé contra ti. Me ha servido para ganar muchas batallas.

Doomhammer rió con él, antes de ponerse serio.

—Por experiencia, sé que los machos nos odian, y que las hembras y las crías nos temen. Sin embargo, esa muchacha trabó amistad contigo, por voluntad propia.

—Posee un gran corazón. El mayor cumplido que puedo dedicarle es que me sentiría orgulloso de admitirla en mi clan. Posee el espíritu de un orco, templado por la compasión.

Doomhammer volvió a guardar silencio por un momento. Al cabo, declaró:

—Hace muchos años que elegí la soledad, desde aquella ignominiosa batalla final. Sé lo que dicen de mí, que soy un ermitaño, un cobarde, que tengo miedo de dar la cara. ¿Sabes por qué he rehuido la compañía de otros hasta esta noche, Thrall?

Thrall negó con la cabeza, en silencio.

—Porque necesitaba estar solo y analizar lo ocurrido. Para pensar. Para recordarme quién era yo y quiénes éramos nosotros como pueblo. De vez en cuando, hacía lo mismo que he hecho esta noche y me acercaba a alguna fogata, aceptaba la hospitalidad de extraños, escuchaba sus experiencias y aprendía. —Hizo una pausa—. Conozco el interior de las cárceles humanas, igual que tú. El rey Terenas de Lordaeron me capturó y me retuvo como a una rareza durante algún tiempo. Escapé de su palacio, igual que tú escapaste de Durnholde. Incluso llegué a estar en un campo. Sé lo que se siente al estar así de desesperanzado, así de abatido. A punto estuve de convertirme en uno de ellos.

Había estado observando el fuego mientras hablaba. Se volvió para mirar a Thrall. Aunque sus ojos grises se veían claros y libres de la llama diabólica que ardía en los de Hellscream, la iluminación les confería un fulgor rojo que rivalizaba con el que alumbraba los de Grom.

—Pero no lo hice. Escapé, igual que tú. Me resultó sencillo, igual que a ti. Sin embargo, continúa siendo difícil para los que se hacinan en el lodo de esos campamentos. Desde el exterior no se puede hacer más. Si a un cerdo le gusta su establo, el que la puerta esté abierta no significa nada. Ocurre lo mismo con los prisioneros de los campos. Tendrán que estar dispuestos a salir por la puerta cuando se la abramos.

Thrall comenzaba a comprender lo que intentaba decirle Doomhammer.

—Derribar los muros no garantizará la libertad de nuestro pueblo.

Doomhammer asintió.

—Tenemos que recordarles la senda del chamán. Deben sacudir de sus contaminados espíritus el veneno de las palabras susurradas por los demonios, y abrazar sus verdaderas naturalezas como guerreros y como seres espirituales. Te has ganado la admiración del clan de Grito de Guerra, Thrall, y de su feroz líder. Ahora tienes a los Frostwolf, el clan más orgulloso e independiente que conozco, dispuestos a seguirte a la batalla. Si hay algún orco vivo capaz de recordarle a nuestra estirpe devastada quiénes somos, ése eres tú.

Thrall pensó en el campo, en su inquietante y mortífera desidia. También pensó que había escapado de los hombres de Blackmoore por un pelo.

—Aunque aborrezco ese sitio, estoy dispuesto a regresar, si así consigo despertar a mi pueblo. Pero has de saber que mi captura es el anhelo de Blackmoore. En dos ocasiones he conseguido burlarlo. Esperaba encabezar un asalto contra él, pero...

—Pero fracasarías, sin tropas. Entiendo de estas cosas, Thrall. Aunque me haya convertido en un solitario errante, no he perdido de vista lo que ocurría en el país. No te preocupes. Dejaremos pistas falsas para que las sigan Blackmoore y sus hombres.

—Los comandantes de los campos me reconocerán.

—Buscarán a un Thrall fuerte, poderoso, orgulloso e inteligente. Pasarán por alto a cualquier orco abatido, embarrado y apático. ¿Podrás ocultar ese orgullo tozudo, amigo? ¿Podrás enterrarlo y fingir que te falta espíritu, que careces de voluntad?

—Me costará —admitió Thrall—, pero lo haré si así ayudo a mi pueblo.

—Así habla el auténtico hijo de Durotan —celebró Doomhammer, con voz emocionada.

Thrall vaciló, pero siguió hablando. Tenía que descubrir tanto como le fuera posible.

—Drek'Thar me ha contado que Durotan y Draka partieron en tu búsqueda, con la intención de convencerte de que Gul'dan era malvado y estaba utilizando a los orcos en su propio provecho. El pañal en que me encontraron envuelto le dijo a Drek'Thar que mis padres sufrieron una muerte violenta, y sé que Blackmoore me encontró junto a los cuerpos sin vida de dos orcos y un lobo blanco. Por favor... ¿puedes decirme... si te encontró mi padre?

—En efecto —respondió Doomhammer, apesadumbrado—. Me avergüenza y me atormenta no haberlos mantenido a mi lado. Pensé que sería lo mejor para mis guerreros y para el propio Durotan. Llegaron contigo, joven Thrall, y me contaron la traición de Gul'dan. Los creí. Conocía un lugar donde estarían a salvo, o eso pensaba. Después supe que varios de mis guerreros eran espías de Gul'dan. Aunque no tengo la certeza, creo que el guardia a quien encargué conducir a Durotan a un lugar seguro fue el que llamó a sus asesinos. — Exhaló un hondo suspiro y, por un momento, a Thrall le pareció que el peso del mundo descansaba sobre aquellas anchas y poderosas espaldas—. Durotan era mi amigo. Habría dado mi vida gustoso a cambio de la suya y la de su familia. Sin embargo, sin saberlo, fui el responsable de sus muertes. Sólo puedo rezar para expiar mi culpa haciendo todo cuanto esté

en mi mano por el hijo que dejaron atrás. Procedes de un linaje noble y orgulloso, Thrall, pese al nombre que has decidido mantener. Seamos dignos juntos de dicho linaje.

Algunas semanas más tarde, en pleno florecimiento de la primavera, Thrall se adentró en una aldea, rugió a los campesinos y permitió que lo capturaran. Cuando la red se hubo cerrado sobre él, se rindió, sollozando, para que sus apresadores creyeran que habían devastado su espíritu.

Aun cuando lo soltaron en el campo, procuró no delatarse. Cuando los guardias hubieron dejado de prestarle atención por la novedad de su presencia, Thrall comenzó a hablar en voz baja con quienes quisieran escuchar. Había seleccionado a los pocos que aún parecía que conservaban su espíritu. Por la noche, cuando los guardias humanos dormitaban en sus garitas, Thrall narró sus orígenes a aquellos orcos. Habló de los poderes de los chamanes, de sus propias habilidades. En más de una ocasión, algún escéptico exigió pruebas. Thrall no hizo que temblara la tierra, ni invocó al trueno y al relámpago, sino que cogió un puñado de barro y buscó en él trazas de vida. Ante los atónitos ojos de los cautivos, consiguió que brotara hierba de la tierra, e incluso flores.

—Hasta lo que parece muerto y feo alberga poder y belleza —dijo Thrall a los asombrados testigos. Se volvieron hacia él, y le dio un vuelco el corazón al atisbar una chispa de esperanza en sus semblantes.

Mientras Thrall se sometía al encarcelamiento voluntario a fin de inspirar a los abatidos orcos prisioneros en los campos, el clan Frostwolf y el Grito de Guerra habían aunado fuerzas bajo el liderazgo de Doomhammer. Vigilaban el campo en que estaba Thrall, esperando su señal.

Thrall tardó más de lo que esperaba en despertar a los orcos oprimidos para que pensaran siquiera en rebelarse pero, transcurrido algún tiempo, decidió que había llegado el momento. A primera hora de la mañana, cuando se podían escuchar los ronquidos de los guardias en el silencio empapado de rocío, Thrall se arrodilló en tierra firme. Levantó las manos e invocó a los espíritus del agua y del fuego para que le ayudaran a liberar a su pueblo.

Acudieron.

Comenzó a caer una ligera llovizna. De improviso, el cielo quedó hendido por el aserrado tridente de un relámpago. Tras una pausa, se repitió el espectáculo. Cada rayo antecedía a un trueno enojado que estremecía la tierra. Ésa era la señal convenida. Los orcos aguardaban, temerosos pero emocionados, aferrados a sus improvisadas armas: piedras, palos y otros objetos que podrían encontrarse por el campamento. Esperaban a que Thrall les dijera lo que debían hacer.

Un alarido sobrecogedor rasgó la noche, más ensordecedor que el trueno, y el corazón de Thrall cobró alas. Reconocería ese aullido en cualquier parte: era el de Grom Hellscream. El sonido sobresaltó a los orcos, pero Thrall alzó la voz por encima del estrépito.

—¡Son nuestros aliados al otro lado de la muralla! ¡Han venido a liberarnos!

Los truenos habían despertado a los guardias. Se dirigían a sus puestos mientras el aullido de Hellscream se atenuaba, pero ya era demasiado tarde. Thrall volvió a llamar al relámpago, y éste acudió.

Un rayo aserrado cayó sobre la muralla principal, donde estaban apostados casi todos los guardias. El trueno y los alaridos de los soldados se mezclaron con la explosión. Thrall parpadeó en la repentina oscuridad, pero aquí y allá ardían lenguas de fuego y pudo ver que la muralla se había desmoronado.

Por la brecha se vertía un torrente de ágiles cuerpos verdes. Cargaron contra los guardias y los redujeron sin ningún problema. Los orcos se quedaron boquiabiertos ante aquel espectáculo.

—¿Sentís cómo se agita? —aulló Thrall—. ¿Sentías cómo vuestros espíritus ansían volar, matar, ser libres? ¡Venid, hermanos y hermanas! —Sin esperar a ver si lo seguían, Thrall corrió hacia la abertura.

Oía las voces cautelosas tras él, aumentado de volumen a cada paso que daban hacia la liberación. De repente, Thrall soltó un gruñido de dolor cuando algo le traspasó el brazo. Una flecha con plumas negras lo había atravesado casi por completo. Ignoró el dolor; tendría tiempo de sobra para atender a sus heridas cuando fuesen todos libres.

La batalla rugía a su alrededor, el sonido del acero contra espada y de hacha contra carne. Algunos de los guardias, los más inteligentes, se habían dado cuenta de lo que ocurría y se apresuraban a bloquear la salida con sus propios cuerpos. Thrall dedicó un momento a lamentar la futilidad de sus muertes, antes de arremeter.

Arrebató un arma de manos de un camarada caído y repelió al inexperto soldado con facilidad.

—¡Adelante, adelante! —gritaba, agitando la mano izquierda. Los prisioneros orcos se quedaron congelados formando una piña, hasta que uno de ellos profirió un alarido y corrió hacia delante. Los demás lo imitaron. Thrall levantó el arma, la bajó, y el guardia se desplomó en el barro ensangrentado, entre estertores.

Boqueando a causa del esfuerzo, Thrall miró en rededor. Lo único que veía era a los clanes de Grito de Guerra y el Frostwolf, enzarzados en combate. No quedaban más prisioneros.

—¡Retirada! —gritó, y salió corriendo hacia la montaña de escombros candentes que habían constituido la muralla de la prisión, hacia la tersa oscuridad de la noche. Sus compañeros de clan lo siguieron. Hubo un par de guardias que partieron en su persecución, pero los orcos eran más rápidos y no tardaron en perderlos de vista.

El lugar de reunión acordado era un antiguo grupo de piedras erguidas. La noche era oscura, pero los ojos de los orcos no precisaban de la luz de la luna para ver. Para cuando Thrall hubo llegado al sitio, docenas de orcos se arracimaban junto a las ocho rocas imponentes.

—¡Lo conseguimos! —exclamó una voz a la diestra de Thrall. Se volvió para ver a Doomhammer, con la armadura negra reluciente de lo que sólo podía ser sangre humana derramada—. ¡Lo conseguimos! Sois libres, hermanos. ¡Sois libres!

El coro que atronó en la noche sin luna llenó de júbilo el corazón de Thrall.

—Si eres portador de las noticias que me temo, estoy dispuesto a separarte la cabeza de los hombros —gruñó Blackmoore al desventurado mensajero que portaba el tafetán propio de los jinetes de uno de los campos de internamiento.

El mensajero parecía algo indispuerto.

—En ese caso, tal vez sea mejor que no diga nada.

A la derecha de Blackmoore había una botella que no dejaba de llamarlo. Ignoró su seductora canción, aunque tenía las palmas de las manos empapadas de sudor.

—Déjame adivinar. Se ha producido otro levantamiento en uno de los campos. Todos los orcos han escapado. Nadie sabe dónde están.

—Lord Blackmoore —balbució el joven mensajero—, ¿piensa cortarme la cabeza si confirmo sus palabras?

La cólera se apoderó de Blackmoore, con tal brusquedad que casi le produjo un dolor físico. En lo hondo de esa apasionada emoción yacía la profunda sensación de la más negra desesperación. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo podían esos alfeñiques, esas ovejas con piel de orco, organizarse hasta el punto de superar a sus carceleros? ¿Quiénes eran esos orcos que habían surgido de la nada, armados hasta los dientes y tan llenos de odio y furia como lo habían estado hacía dos décadas? Corría el rumor de que Doomhammer, maldita fuera su alma podrida, había abandonado su escondrijo y comandaba esas incursiones. Aquel hijo de puta, Doomhammer era famoso por su armadura negra y uno de los guardias juraba haber visto esa armadura.

—Puedes conservar la cabeza —repuso Blackmoore, que sólo tenía ojos para la botella que descansaba al alcance de su mano—, pero sólo para comunicar mi respuesta a tus superiores.

—Señor —dijo el mensajero, con gesto desdichado—, hay más.

Blackmoore lo miró de soslayo, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué más podría haber?

—En esta ocasión se ha identificado al instigador. Era...

—Doomhammer, sí, ya he oído los rumores.

—No, mi señor. —El mensajero tragó saliva. Blackmoore se fijó en cómo asomaba el sudor por los poros del joven—. El líder de estas rebeliones es... es Thrall, mi señor.

Blackmoore sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—Eres un maldito mentiroso, villano. Por lo menos, más te vale decirme que lo eres.

—No, mi señor, aunque desearía que no fuera verdad. Mi señor dice que luchó con él en combate cuerpo a cuerpo, y se acordaba de Thrall por haberlo visto en la arena de los gladiadores.

—¡Haré que le arranquen la lengua a tu señor por decir tales embustes! —aulló Blackmoore.

—Por desgracia, señor, tendréis que desenterrarlo si queréis su lengua. Murió una hora después de que terminara la batalla.

Blackmoore, abrumado por la nueva información, se hundió en su silla e intentó ordenar sus ideas. Un traguito le sería de ayuda, pero sabía que había empezado a beber demasiado delante de testigos. Empezaba a oír los rumores: borracho estúpido... a ver quién manda aquí ahora...

No. Se humedeció los labios. Soy Aedelas Blackmoore, señor de Durnholde, dueño de los campos... Yo entrené a ese monstruo de piel verde y sangre negra, debería ser capaz de adelantarme a sus jugadas... por la Luz, nada más que un trago para afianzar el pulso de estas manos temblorosas...

Una extraña sensación de orgullo se apoderó de él. Había tenido razón desde el primer momento acerca del potencial de Thrall. Sabía que era algo especial, algo más que un orco ordinario. ¡Ojalá Thrall no hubiera echado a perder las esperanzas que Blackmoore había depositado en él! Ahora podrían estar liderando la carga contra la Alianza, con Blackmoore cabalgando a la cabeza de una tropa de orcos leales, obedientes, esperando sus órdenes. Estúpido, estúpido Thrall. Por una fracción de segundo, los pensamientos de Blackmoore retrocedieron hasta la última paliza que le había propinado al orco. Quizá aquello hubiera sido excesivo.

Pero no podía permitirse sentimientos de culpabilidad, no a la hora de juzgar el trato dispensado a un esclavo desobediente. Thrall lo había arruinado todo al aliarse con aquellos matones gruñones, hediondos e indignos. Que se pudriera donde cayera muerto.

Volvió a concentrarse en el tembloroso mensajero; se obligó a esbozar una sonrisa. El hombre se relajó e intentó devolver el gesto, cautelosamente. Con mano trémula, Blackmoore cogió una pluma, la mojó en tinta y comenzó a redactar un mensaje. Tras espolvorear el secante para que absorbiera el exceso de tinta, esperó un momento para que se secara. Luego la dobló con cuidado en tres partes, derramó el lacre y estampó su sello.

Le entregó la misiva al mensajero, y dijo:

—Llévale esto a tu nuevo señor. Y ten cuidado, no vaya a ser que un buen día pierdas la cabeza, zagal.

El mensajero, que todavía no podía creerse su buena suerte, hizo una honda reverencia y se alejó a toda prisa, no fuera que Blackmoore cambiara de opinión. Ya a solas, Blackmoore cogió la botella, la descorchó y trasegó con avidez. Cuando apartó el gollete de sus labios, derramó parte del contenido sobre su jubón. Pasó la mano por las manchas, con gesto ausente. Para eso estaban los criados.

—¡Tammis! —aulló. Al instante, se abrió la puerta y su sirviente asomó la cabeza.

—¿Sí, señor?

—Ve a buscar a Langston. —Esbozó una sonrisa—. Tengo una tarea que encomendarle.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Thrall había conseguido infiltrarse en tres campamentos. Después del primer motín, claro está, se había reforzado la seguridad, aunque seguía siendo patéticamente laxa, y los hombres que «capturaban» a Thrall nunca se esperaban que fuera a convertirse en un agitador.

Sin embargo, durante la tercera batalla, lo habían reconocido. El factor sorpresa se había evaporado y, tras discutirlo con Hellscream y Doomhammer, se decidió que resultaría demasiado arriesgado para Thrall que continuara haciéndose pasar por un prisionero cualquiera.

—Es tu espíritu, amigo, lo que nos ha despertado. No puedes seguir poniéndote en peligro — había dicho Hellscream. Sus ojos restallaban con lo que Thrall ahora sabía que eran las llamas de los infiernos.

—No puedo quedarme sentado en la retaguardia y permitir que todos los demás corráis peligro mientras yo lo rehúyo —repuso Thrall.

—No es eso lo que sugerimos —dijo Doomhammer—, pero la táctica que hemos estado utilizando hasta ahora se ha vuelto demasiado arriesgada.

—Los humanos hablan —dijo Thrall, acordándose de todos los rumores e historias que había escuchado durante su aprendizaje. Los gladiadores humanos habían pensado que era demasiado estúpido como para entenderlos y no se habían mordido la lengua en su presencia. La herida seguía abierta en su orgullo, pero agradecía la información reunida de ese modo—. Los orcos de las cárceles ya se habrán enterado de que los demás campos han sido liberados. Aun cuando no presten atención a los rumores, sabrán que algo se avecinda. Aunque no esté allí en persona para hablarles de la senda del chamán, podemos esperar que, de alguna manera, nuestro mensaje se abra camino. Cuando el camino esté despejado, recemos para que sepan encontrar sus propios caminos hacia la libertad.

Así había sido. El cuarto campo de internamiento había rebotado guardias armados, pero los elementos continuaron acudiendo en ayuda de Thrall cuando éste recurría a ellos. Este hecho terminó de convencerle de que su causa era justa y digna puesto que, de lo contrario, los espíritus sin duda declinarían dar su auxilio. Había resultado más difícil demoler los muros y derrotar a los soldados, y muchos de los mejores guerreros de Doomhammer habían perdido la vida, pero los orcos apresados entre aquellas frías paredes de piedra habían respondido con entusiasmo y habían atravesado la brecha practicada en la muralla casi antes de que Doomhammer y sus guerreros estuvieran listos para ellos.

La nueva Horda crecía día a día. Abundaba la caza en esa época del año, por lo que los seguidores de Doomhammer no padecían hambre. Cuando Thrall se hubo enterado de un pequeño grupo había actuado por iniciativa propia y había arrasado una pequeña ciudad fronteriza, se enfureció. Sobre todo cuando supo que habían perecido muchos humanos desarmados.

Averiguó quién había sido el líder de la incursión y, esa misma noche, irrumpió en el campamento del grupo, agarró al sobresaltado orco y lo tiró al suelo sin miramientos.

—¡No somos carniceros de humanos! —gritó Thrall—. ¡Luchamos para liberar a nuestros hermanos prisioneros y nuestros oponentes son soldados armados, no matronas e infantes!

El orco quiso alegar algo, y Thrall le propinó un salvaje revés. La cabeza del orco se tornó de golpe y comenzó a manar sangre de su boca.

—¡El bosque está lleno de ciervos y de liebres! ¡Cada campo que liberamos nos proporciona comida! No hay motivo para aterrorizar a gente que no constituye ninguna amenaza para nosotros sólo por divertimento. Peleareis cuando yo os lo diga, contra quien yo os diga, y si cualquier orco vuelve a agredir a un humano desarmado, no se lo perdonaré. ¿Ha quedado claro?

El orco asintió. Todos los presentes alrededor de la fogata miraron a Thrall con ojos muy abiertos y asintieron a su vez.

Thrall se apaciguó.

—Este comportamiento es propio de la antigua Horda, dirigida por brujos que no querían a nuestro pueblo. Eso es lo que nos condujo a los campos de internamiento, a la apatía propiciada por la ausencia de energía demoníaca de la que nos alimentábamos con tanta avidez. No quiero que estemos en deuda nada más que con nosotros mismos. Aquella costumbre estuvo a punto de destruirnos. Seremos libres, no lo dudéis, pero seremos libres para ser lo que somos en realidad, y lo que somos en realidad es más, mucho más que una mera raza de seres que existen para exterminar a los humanos. Las antiguas costumbres se han terminado. Ahora combatimos como guerreros orgullosos, no como asesinos indiscriminados. El asesinato de niños no reporta orgullo alguno.

Dio media vuelta y se marchó, dejando tras de sí una estela de silencio. Oyó una risa soterrada en la oscuridad y, cuando se hubo girado, vio a Doomhammer.

—Has elegido una senda abrupta —dijo el gran jefe de guerra—. Llevan la muerte en la sangre.

—No lo creo. Lo que creo es que fuimos corrompidos y pasamos de ser nobles guerreros a convertirnos en matarifes, en marionetas de cuyos hilos tiraban demonios y los traidores de nuestro propio pueblo.

—Es... es un baile peligroso —se escuchó la voz de Hellscream, tan débil y atenuada que a Thrall le costó reconocerla—, cuando te acostumbras a los pasos. El poder que

confieren... es como la más dulce de las mieles, la más jugosa de las carnes. Tienes suerte de no haber probado su sabor, Thrall. Su carencia es casi... insoportable. —Se estremeció.

Thrall apoyó la mano en el hombro de Hellscream.

—Así y todo, tú lo has soportado, como un valiente. Mi coraje palidece ante el tuyo.

Los ojos rojos de Hellscream refulgieron en la oscuridad y, a juzgar por su infernal luz escarlata, Thrall pudo ver que sonreía.

Fue en la oscuridad de primeras horas de la mañana cuando la nueva Horda, liderada por Doomhammer, Hellscream y Thrall, rodeó el quinto campamento.

Regresaron los exploradores.

—Los guardias están alertas —informaron a Doomhammer—. Han apostado el doble de la guarnición habitual en las murallas. Han encendido muchas hogueras para que sus débiles ojos dispongan de la suficiente luz.

—Y las lunas están llenas —dijo Doomhammer, mirando de soslayo a los dos orbes, uno plateado y el otro verde azulado—. La Dama Blanca y la Niña Azul no se han aliado con nosotros esta noche.

—No podemos esperar otras dos semanas —dijo Hellscream—. La Horda clama por otra batalla, y debemos atacar ahora que aún son lo bastante fuertes como para sobreponerse a la apatía demoníaca.

Doomhammer asintió, aunque todavía parecía preocupado. Se dirigió a los exploradores:

—¿Hay indicios de que estén esperando un asalto?

Thrall sabía que, algún día, se les acabaría la suerte. Habían tenido cuidado de no seleccionar los campos en ningún orden particular, a fin de que los humanos no pudieran predecir cuál sería su próximo movimiento y no estuvieran esperándolos. Pero Thrall conocía a Blackmoore, igual que sabía que, de uno u otro modo, la confrontación sería inevitable.

Si bien anhelaba enfrentarse a Blackmoore en justa lid, sabía lo que supondría eso para las tropas. Por su bien, esperaba que ésa no fuera la noche.

Los exploradores negaron con la cabeza.

—En ese caso, bajemos —dijo Doomhammer. En silencio, la marea verde se derramó colina abajo, hacia el campamento.

Ya casi lo habían alcanzado cuando se abrieron las puertas y salieron a la carga docenas de humanos armados a caballo. Thrall vio el halcón negro sobre el estandarte rojo y dorado, y supo que el día que tanto había temido y anticipado había llegado al fin.

El alarido de batalla de Hellscream hendió el aire, sofocando casi el griterío de los humanos y el tronar de los cascos de sus caballos. La Horda, en lugar de desmoralizarse ante la fuerza del enemigo, pareció crecerse, dispuesta a aceptar el reto.

Thrall lanzó la cabeza hacia atrás y aulló su propio grito de guerra. No disponía de espacio suficiente para invocar los devastadores poderes del relámpago y el terremoto, pero había otros a los que podía recurrir. Pese al abrumador deseo de sumergirse en la refriega y

combatir mano a mano, se contuvo. Ya habría tiempo de sobra para eso cuando hubiera hecho cuanto estuviese en su mano por inclinar la balanza a favor de los orcos.

Cerró los ojos, afianzó los pies en la hierba y apeló al espíritu de la naturaleza. En su mente vio un imponente caballo blanco, el espíritu de todos los caballos, y levó su súplica.

Los humanos están valiéndose de tus hijos para matarnos. También ellos corren peligro. Si los caballos derriban a sus jinetes, serán libres de ponerse a salvo. ¿Les pedirás que lo hagan?

El gran caballo meditó.

Esos hijos están entrenados para pelear. No tienen miedo de lanzas ni espadas.

Pero no hay necesidad de que mueran hoy. Sólo intentamos liberar a nuestra gente. Es una causa justa que no merece sus muertes.

De nuevo, el gran caballo espíritu consideró las palabras de Thrall. Al cabo, asintió con su enorme cabeza blanca.

De improviso, el campo de batalla quedó inmerso en una gran confusión cuando todos los caballos dieron media vuelta y se alejaron al galope, llevando consigo a un humano tan sobresaltado como furioso, o comenzaron a encabritarse y a cocear. Los soldados humanos pugnaron por mantenerse en sus sillas, pero era imposible.

Había llegado el momento de invocar al espíritu de la tierra. Thrall forjó en su mente la visión de las raíces del bosque que rodeaba el campo, extendiéndose, creciendo, brotando del suelo. Árboles que nos habéis cobijado... ¿me ayudaréis ahora?

Sí, fue la respuesta que escuchó dentro de su cabeza. Thrall abrió los ojos y se esforzó por ver. A despecho de su extraordinaria visión nocturna, resultaba difícil discernir lo que estaba ocurriendo, aunque consiguió hacerse una idea.

Las raíces brotaron de la tierra endurecida ante la muralla del campo. Salieron del suelo para apresar a los hombres que habían desmontado, envolviéndolos con tanta firmeza como las redes empleadas para capturar a los orcos. Thrall observó satisfecho que los orcos no ejecutaban a los guardias indefensos, sino que corrían en busca de otros objetivos, penetraban la empalizada y buscaban a sus congéneres prisioneros.

Cargó otra oleada de enemigos, esta vez a pie. Los árboles no asomaron sus raíces por segunda vez; habían proporcionado toda la ayuda que les era posible. Pese a sentirse frustrado, Thrall les dio las gracias y se devanó los sesos para calcular su siguiente movimiento.

Decidió que había hecho todo lo que podía en calidad de chamán. Era hora de que se comportara como un guerrero. Asió su gigantesco sable, regalo de Hellscream, y se lanzó a la carrera colina abajo para ayudar a sus hermanos.

Lord Karramyn Langston no había estado tan asustado en toda su vida.

Demasiado joven para haber participado en las batallas del último conflicto que había enfrentado a la humanidad con los orcos, se había embebido de cada una de las palabras pronunciadas por su ídolo, lord Blackmoore. Blackmoore había conseguido que sonara tan sencillo como una batida de caza en los apacibles bosques que rodeaban Durnholde, sólo que mucho más divertido. Blackmoore no había mencionado los chillidos y los gruñidos que asaltaban sus oídos, el hedor a sangre, heces y orina ni el de los propios orcos, el bombardeo de las miles de imágenes que herían la vista. No, batallar con los orcos le había sido descrito como una jarana embriagadora que le dejaba a uno listo para un baño, una copa de vino y la compañía de mujeres embelesadas.

Habían disfrutado del factor sorpresa. Habían estado esperando a los monstruos verdes. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué habían huido o derribado a sus jinetes los caballos, todos ellos brutos bien entrenados? ¿Qué maléfica hechicería había conseguido que de la tierra crecieran pálidos brazos para prender a aquellos desventurados que se habían caído al suelo? ¿De dónde procedían aquellos horrendos lobos blancos, y cómo sabían a quién atacar?

Langston no obtuvo respuesta a ninguna de sus preguntas. Estaba al mando de la unidad, pero cualquier semblanza de control que hubiera podido ostentar se había evaporado en el momento en que surgieron de la tierra aquellos aterradores tentáculos. Lo único que había ahora era puro pánico, el sonido de la espada contra el escudo o la carne, y los gritos de los moribundos.

Ni siquiera sabía contra quién estaba peleando. Estaba demasiado oscuro para ver nada y blandía su espada a ciegas, sollozando y gimoteando a cada estocada alocada. A veces, la espada de Langston se hundía en la carne, pero la mayor parte del tiempo no traspasaba más que aire. Lo impulsaba la energía que extraía del terror, y una parte recóndita de él se maravillaba ante su habilidad de seguir atacando.

Un estrepitoso porrazo en su escudo le estremeció el brazo hasta los dientes. Sin saber cómo, lo mantuvo en alto bajo el asalto de una criatura del tamaño y la fuerza de un gigante. Por un fugaz segundo, los ojos de Langston se encontraron con los de su atacante y se le desencajó la mandíbula por la sorpresa.

—¡Thrall!

El orco abrió los ojos de par en par al reconocerlo, antes de entrecerrarlos con furia. Langston vio que un colosal puño esmeralda se alzaba, y luego ya no supo más.

A Thrall no le importaban las vidas de los hombres de Langston. Se interponían entre él y la liberación de los orcos prisioneros. Peleaban en honorable combate y, si habían de morir, tal sería su destino. Pero a Langston lo quería vivo.

Se acordaba de la sombra de Blackmoore. Langston nunca hablaba demasiado, se limitaba a mirar a Blackmoore con expresión arrobada y a Thrall con asco y desdén. Pero Thrall sabía que no había nadie más cercano a su enemigo que ese hombrecillo patético y

carente de voluntad y, aunque no se lo merecía, iba a asegurarse de que Langston sobreviviera a esa batalla.

Se echó al desvanecido capitán sobre el hombro y se abrió paso de nuevo hacia el frente de la contienda. Cuando hubo regresado al amparo del bosque, tiró a Langston a los pies de un antiguo roble, como si no fuera más que un saco de patatas. Ató las manos del hombre con su propio tafetán. Vigílalo hasta que regrese, le pidió al árbol. A modo de respuesta, las colosales raíces se alzaron y envolvieron sin demasiados miramientos la figura postrada de Langston.

Thrall corrió de regreso al fragor de la batalla. Por lo general, las liberaciones se llevaban a cabo a una velocidad asombrosa, pero no en esa ocasión. La contienda continuaba cuando Thrall se hubo reunido con sus camaradas, y tenía visos de no terminar nunca, pero los orcos prisioneros hacían cuanto les era posible por alcanzar la libertad. Llegado un momento, Thrall se abrió paso hasta dejar atrás a los humanos y comenzó a registrar el campamento. Encontró a varios acurrucados en los rincones. Al principio se encogían ante él y, con la sangre hirviendo aún por la batalla, a Thrall le costó dirigirse a ellos de buenas maneras. A pesar de todo, consiguió convencerlos a todos para que fueran con él y lo acompañaran en una desesperada carrera hacia la libertad a través de una pina de guerreros enzarzados.

Por fin, cuando se hubo cerciorado de que todos los prisioneros habían huido, volvió a sumergirse en la refriega. Miró en rededor. Allí estaba Hellscream, peleando con tanta pasión y poder como un demonio. Pero ¿dónde estaba Doomhammer? Por lo general, el carismático señor de la guerra ya habría ordenado la retirada a esas alturas, a fin de que los orcos pudieran reagruparse, cuidar de sus heridos y planear el siguiente asalto.

Era una batalla encarnizada, y eran ya demasiados sus hermanos y hermanas de armas que yacían muertos o moribundos. Thrall, como segundo al mando, se arrogó la potestad de gritar:

—¡Retirada! ¡Retirada!

Perdidos en el mar de sangre, muchos no lo oyeron. Thrall corrió de guerrero en guerrero, protegiéndose de los ataques, gritando la palabra que a los orcos no les gustaba oír pero que era necesaria, incluso vital, para la continuación de su existencia.

—¡Retirada! ¡Retirada!

Sus gritos penetraron por fin el velo de la sed de sangre y, tras unos cuantos golpes finales, los orcos dieron media vuelta y avanzaron en dirección a los confines del campamento. Muchos de los caballeros humanos, puesto que resultaba evidente que eran caballeros, partieron en su persecución. Thrall esperaba fuera, gritando:

—¡Deprisa! ¡Deprisa!

Los orcos eran más grandes, más fuertes y más rápidos que los humanos y, cuando el último de ellos hubo emprendido la carrera loma arriba en busca de la libertad, Thrall se volvió, plantó los pies en el hediondo barro resultante de la mezcla de tierra y sangre e invocó por fin al espíritu de la tierra.

El suelo respondió, estremeciéndose bajo el campamento, proyectando pequeñas ondas de choque desde el centro. Ante los ojos de Thrall, la tierra se rompió y se combó, la imponente muralla de piedra que rodeaba el campo se desmoronó reducida a pedazos. Los oídos de Thrall se vieron asaltados por gritos, no de batalla ni de vituperación, sino de genuino terror. Se sobrepuso a la piedad que le inspiraban. Esos caballeros estaban allí por orden de Blackmoore. Era más que probable que hubieran recibido instrucciones de exterminar a tantos orcos como les fuera posible, de capturar a los que no hubieran matado y de apresar a Thrall a fin de devolverlo a una vida de esclavitud. Habían elegido cumplir con aquellas órdenes y, por eso, iban a pagar con sus vidas.

La tierra se encorvó. El griterío quedó ahogado por el terrible rugir de los edificios al desplomarse y la piedra al quebrarse. Casi tan deprisa como había empezado todo, cesó todo ruido.

Thrall se irguió y escrutó los escombros que otrora fueran un campo de internamiento para su pueblo. Bajo los cascotes se escuchaban débiles gemidos, pero Thrall endureció su corazón. También los suyos estaban heridos y se lamentaban. Se preocuparía de ellos.

Empleó un momento en cerrar los ojos y darle las gracias a la tierra, antes de dar media vuelta y correr hacia el lugar donde se había reunido su gente.

Este momento siempre resultaba caótico, pero a Thrall le parecía incluso menos organizado de lo habitual. Mientras ascendía por la pendiente, Hellscream se apresuró a salir a su encuentro.

—Es Doomhammer —jadeó Hellscream—. Será mejor que te des prisa.

A Thrall le dio un vuelco el corazón. Doomhammer no. No podía estar en peligro... Siguió a Hellscream, abriéndose paso a empujones entre una multitud de orcos balbucientes congregada en torno a Orgrim Doomhammer, tendido de costado contra la base de un árbol.

Thrall se quedó sin aliento, horrorizado. Al menos medio metro de una lanza rota sobresalía de la poderosa espalda de Doomhammer. Ante los ojos de Thrall, paralizado por el espectáculo, dos de los ayudantes personales de Doomhammer pugnaban por quitarle la coraza circular. Thrall vio que la reluciente punta enrojecida de la lanza había traspasado la librea negra que acolchaba la pesada armadura. Había empalado a Doomhammer con tanta fuerza que lo había atravesado de parte a parte, penetrando la negra armadura en dos ocasiones.

Drek'Thar, que estaba arrodillado junto a Doomhammer, volvió sus ojos ciegos hacia Thrall. Sacudió la cabeza, se enderezó y retrocedió un paso.

La sangre trepidaba en los oídos de Thrall, por lo que apenas oyó cómo el poderoso guerrero pronunciaba su nombre. Con paso inseguro a causa de la impresión, Thrall se acercó y se arrodilló junto a Doomhammer.

—Me han asestado un golpe de cobarde —jadeó Doomhammer. Un hilo de sangre manaba entre sus labios—. Me atacaron por la espalda.

—Mi señor —dijo Thrall, desconsolado. Doomhammer lo acalló con un gesto.

—Necesito tu ayuda, Thrall. En dos cosas. Debes continuar lo que hemos empezado. Yo ya lideré a la Horda en su día, no es mi destino volverlo a hacer. —Hizo una mueca, se estremeció, y continuó —: Tuyo es el título de jefe de guerra, Thrall, hijo de Durotan. Tú portarás mi armadura y blandirás mi martillo.

Orgrim estiró el brazo hacia Thrall, que acogió la ensangrentada mano acorazada en la suya.

—Sabes lo que hay que hacer. Ahora están a tu cuidado. No podría... haber pedido un sucesor mejor. Tu padre se habría sentido tan orgulloso... ayúdame...

Con manos trémulas, Thrall se giró para ayudar a los dos orcos jóvenes a quitar, pieza a pieza, la armadura que desde siempre había estado asociada con Orgrim Doomhammer, pero la lanza que todavía sobresalía de la espalda de Orgrim no permitía despojarle del resto de la armadura.

—Ésa es la segunda cosa —gruñó Doomhammer. Había una pequeña multitud congregada alrededor del héroe caído, y los testigos se volvían más numerosos por momentos—. Ya resulta embarazoso morir por culpa del golpe de un cobarde. No pienso dejar este mundo con este pedazo de traición humana clavado en el cuerpo. —Una mano cogió la punta de la lanza. Los dedos aletearon débilmente y la mano cayó al suelo—. He intentado arrancármela, pero me faltan las fuerzas... Deprisa, Thrall. Haz esto por mí.

Thrall sintió como si una mano invisible le oprimiera el pecho. Asintió. Se preparó para el dolor que sabía que iba a causarle a su amigo y mentor, cerró los dedos en torno a la punta clavada en la carne de Doomhammer.

Orgrim soltó un grito, más de furia que de dolor.

—¡Tira!

Thrall cerró los ojos y tiró. La punta ensangrentada se movió algunos centímetros. El sonido que emanó de Doomhammer casi le rompe el corazón.

—¡Otra vez! —gritó el imponente guerrero. Thrall inhaló hondo y tiró, decidido a extraer toda la lanza en esa ocasión. Salió tan de repente que trastabilló de espaldas.

La sangre roja negruzca brotó sin impedimentos del orificio letal del vientre de Doomhammer. De pie junto a Thrall, Hellscream susurró:

—Yo vi cómo ocurría. Fue antes de que consiguieras que los caballos se rebelaran contra sus amos. Luchaba él solo contra ocho, todos a caballo. Nunca he visto a nadie comportarse con tanto valor.

Thrall asintió con gesto ausente, antes de volver a arrodillarse junto a Doomhammer.

—Gran jefe —susurró Thrall, a fin de que sólo pudiera oírlo Doomhammer—. Tengo miedo. No soy digno de portar tu armadura ni de blandir tu arma.

—Nadie que respire sería más digno —repuso Orgrim, con voz apagada—. Los conducirás... a la victoria... y los conducirás... a la paz...

Se le cerraron los ojos y Doomhammer se desplomó en brazos de Thrall, que lo cogió y lo abrazó con fuerza por un momento. Sintió una mano en el hombro. Era Drek'Thar, que asió a Thrall del brazo y lo ayudó a incorporarse.

—Están mirando —le dijo Drek'Thar a Thrall, en voz baja—. No deben descorazonarse. Tienes que ponerte la armadura enseguida, y mostrarles que tienen un nuevo jefe.

—Señor —dijo uno de los orcos que había escuchado las palabras de Drek'Thar—, la armadura... —Tragó saliva—. La coraza agujereada... habrá que reemplazarla.

—No —dijo Thrall—. No hará falta. Antes de la próxima batalla pasará por la forja y recuperará la forma, voy a conservar la coraza. En honor de Orgrim Doomhammer, que dio la vida para liberar a su pueblo.

Se irguió y permitió que le colocaran la armadura, con el corazón roto pero el rostro hierático. La muchedumbre reunida observaba, enmudecida y reverente. El consejo de Drek'Thar había sido juicioso; estaba haciendo lo correcto. Se agachó, levantó el enorme martillo y lo blandió por encima de su cabeza.

—Orgrim Doomhammer me ha nombrado jefe de guerra —anunció—. Es un título al que no aspiraba, pero no me queda otra elección. He sido nominado y acataré la decisión. ¿Quién me seguirá para conducir a nuestro pueblo hacia la libertad?

Se elevó un grito, descarnado y lleno de pesar por el fallecimiento de su líder. Empero, también era un sonido de esperanza y Thrall, que sostenía en alto la famosa arma de Doomhammer, sabía en el fondo de su corazón que, contra toda adversidad, se alzarían con la victoria.



CAPÍTULO DIESICETE

Atormentado por el dolor e impulsado por la ira, Thrall anduvo a largas zancadas hacia el lugar donde Langston luchaba por sentarse pese al implacable abrazo de las raíces. Se encogió cuando llegó Thrall, ceñido por la legendaria armadura negra, para cernirse sobre él. Tenía los ojos desorbitados por el miedo.

—Debería matarte —dijo Thrall, con voz siniestra. La imagen de Doomhammer muriendo ante sus ojos seguía reciente en su cabeza.

Langston se pasó la lengua por los labios, rojos y carnosos.

—Clemencia, señor Thrall —suplicó.

Thrall hincó una rodilla en el suelo y acercó el rostro a centímetros del de Langston.

—¿Qué clemencia me mostraste tú? —rugió. Langston se acobardó ante el sonido—. ¿Cuándo interviniste para decir «Blackmoore, quizá ya lo hayáis apaleado lo suficiente», o «Blackmoore, lo hizo lo mejor que pudo»? ¿Cuándo salieron de tus labios?

—Quise hablar.

—En estos momentos crees lo que dices —atajó Thrall, volviendo a incorporarse sin apartar los ojos de su cautivo—, pero no me cabe duda de que en realidad jamás sentiste algo así. Ahorrémonos las mentiras. Tu vida me sirve... por ahora. Si me dices lo que quiero saber, te liberaré junto con los demás prisioneros y dejaré que regreséis junto al perro de vuestro señor. —Langston no parecía convencido—. Tienes mi palabra —añadió Thrall.

—¿Qué valor tiene la palabra de un orco? —inquirió Langston, rebelándose por un momento.

—Para empezar, vale tu patética vida, Langston. Aunque reconozco que eso no es decir mucho. Ahora, dime. ¿Cómo sabíais cuál sería el siguiente campamento en ser atacado? ¿Hay un espía entre nosotros?

Langston parecía un chiquillo enfurruñado que se negara a responder. Thrall formó un pensamiento, y las raíces del árbol se tensaron alrededor del cuerpo del noble, que boqueó y miró al orco, asombrado.

—Sí, los árboles acatan mis órdenes, al igual que los elementos. —Langston no tenía por qué conocer la relación de favor mutuo que unía al chamán con los espíritus. Que asumiera que Thrall poseía un control absoluto—. Responde a mi pregunta.

—No hay ningún espía —gruñó Langston. Le costaba respirar por culpa de la raíz que le oprimía el pecho. Thrall pidió que se aflojara, y el árbol obedeció—. Blackmoore ha apostado un destacamento de caballeros en cada uno de los campamentos que aún no han sido atacados.

—Así que daba igual dónde vayamos, nos encontraremos con sus hombres.

Langston asintió.

—No parece la mejor manera de emplear los recursos, pero en esta ocasión ha funcionado. ¿Qué más puedes decirme? ¿Qué está haciendo Blackmoore para volver a capturarme? ¿De cuántas tropas dispone? ¿O quieres que esa raíz se te meta por la garganta?

La raíz en cuestión acarició el cuello de Langston, cuya resistencia se rompió igual que una copa de cristal contra un suelo de piedra. Asomaron las lágrimas a sus ojos y comenzó a sollozar. Thrall sintió asco, pero no tanto como para no prestar atención a las palabras de Langston. El caballero dio cuenta de cifras, fechas, planes, e incluso llegó a mencionar que la afición a la bebida de Blackmoore comenzaba a afectar a su buen juicio.

—Está desesperado por recuperarte, Thrall —sorbió Langston, que miraba al orco con los ojos enrojecidos—. Tú eras la clave de todo.

Alerta al instante, Thrall exigió que se explicara. Cuando las raíces que le sujetaban se hubieron desprendido de su cuerpo, Langston pareció más animado y más dispuesto a decir todo cuanto sabía.

—La clave de todo —repitió—. Cuando te encontré, supo que podría utilizarte. Primero como gladiador, pero también como mucho más. —Se enjugó el rostro humedecido y procuró recuperar toda la dignidad que le fuese posible—. ¿Nunca te has preguntado por qué te enseñó a leer? ¿Por qué te dio mapas, por qué te enseñó a jugar a lince y liebres y te mostró los rudimentos de la estrategia?

Thrall asintió, tenso y expectante.

—Era porque quería que en el futuro lideraras un ejército. Un ejército de orcos.

Thrall se enfureció.

—Mientes. ¿Por qué iba a querer Blackmoore que liderara a sus rivales?

—Ellos... vosotros —dijo Langston— no seríais el enemigo. Liderarías un ejército de orcos contra la Alianza.

Thrall se quedó con la boca abierta. No daba crédito a sus oídos. Sabía que Blackmoore era un hijo de puta cruel y traicionero, pero aquello... ¡Aquello era una traición asombrosa, contra su propia raza! Sin duda sería mentira. Pero parecía que Langston hablaba en serio y, cuando la sorpresa se hubo atenuado, Thrall se dio cuenta de que Blackmoore tenía mucho que ganar con aquello.

—Eras lo mejor de ambos mundos —continuó Langston—. El poder, la fuerza y la sed de sangre de un orco, combinado con la inteligencia y la estrategia de un humano. Dirigirías a los orcos y serías invencible.

—Y Aedelas Blackmoore dejaría de ser teniente general para convertirse en... ¿qué? ¿Rey? ¿Monarca absoluto? ¿Señor de todas las cosas?

Langston asintió con vehemencia.

—No te puedes imaginar lo que supuso tu fuga para él. Se ha ensañado con todos nosotros.

—¿Qué se ha ensañado? —gruñó Thrall—. ¡A mí me apaleó, me pateó y me hizo pensar que valía menos que nada! Me enfrentaba a la muerte casi a diario en la arena. Mi pueblo y yo estamos peleando por nuestras vidas. Estamos peleando por la libertad. Eso, Langston, eso sí que es difícil. No me hables de dolor ni de dificultades, porque sabes muy poco de esas dos cosas.

Langston guardó silencio y Thrall meditó acerca de lo que acababa de descubrir. Era una estrategia audaz y arriesgada pero, pese a sus numerosos defectos, Aedelas Blackmoore era un hombre audaz y arriesgado. Thrall había escuchado rumores, aquí y allá, acerca de la desgracia de la familia de Blackmoore. Aedelas siempre había ansiado limpiar la mácula de su nombre, pero tal vez la mancha llegara más hondo de lo que se veía. Tal vez llegara hasta el tuétano... o hasta el corazón.

Sin embargo, si la intención de Blackmoore había sido la de ganarse la lealtad incondicional de Thrall, ¿por qué no le había tratado mejor? Afloraron a la mente de Thrall imágenes que hacía años que no recordaba: una entretenida partida de lince y liebres con un Blackmoore risueño; una bandeja llena de dulces procedente de las cocinas tras una batalla particularmente buena; una mano afectuosa sobre uno de los enormes hombros de Thrall después de que éste hubiera resuelto un peliagudo problema de estrategia.

Blackmoore siempre había despertado muchos sentimientos en Thrall. Miedo, adoración, odio, desprecio. Pero, por primera vez, Thrall se dio cuenta de que, en muchos sentidos, Blackmoore era digno de lástima. Por aquel entonces, Thrall no había sabido por qué Blackmoore se mostraba a veces abierto y jovial, su voz afectada y erudita, mientras que en ocasiones podía ser grosero y brutal, su voz gangosa y estridente. Ahora lo comprendía; la botella había clavado sus garras en Blackmoore, igual que las hundiría un águila en una liebre. Blackmoore era un hombre desgarrado entre el abrazo a un legado de traición y el afán de sobreponerse a ese legado, entre su brillantez para la estrategia y la lucha y su tendencia a comportarse como un matón, cruel y cobarde. Era probable que Blackmoore hubiera tratado a Thrall como mejor sabía.

Se sintió abandonado por la rabia, apesadumbrado por la suerte de Blackmoore, pero eso no cambiaba nada. Seguía estando decidido a liberar los campamentos y a ayudar a los orcos a volver a descubrir el poder de su herencia. Blackmoore estaba en medio, era un obstáculo que debía ser eliminado.

Volvió a mirar a Langston, que había sentido el cambio operado en él y le ofrecía una sonrisa con más aspecto de mueca que de otra cosa.

—Mantengo mi palabra. Tus hombres y tú sois libres para ir. Marchaos, enseguida. Sin armas, sin comida ni monturas. Os seguirán, pero no podréis ver a quienes os sigan. Si se os ocurre tender alguna emboscada o intentáis cualquier clase de ataque, moriréis. ¿Ha quedado claro?

Langston asintió. Con un brusco cabeceo, Thrall le indicó que podía marcharse. Langston no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Se puso de pie y salió corriendo. Thrall vio cómo él y los demás caballeros desarmados se adentraban en las tinieblas. Alzó la vista a los árboles y vio al búho que había sentido que lo observaba con ojos fulgurantes. La rapaz ululó en voz baja.

Síguelos, amigo, si eres tan amable. Vuelve para contarme si planean algo contra nosotros.

Con un batir de sus alas, el búho saltó de su percha y comenzó a seguir a los hombres que corrían. Thrall exhaló un hondo suspiro. Ahora que la energía crispada que lo había mantenido despierto durante toda aquella noche larga y sangrienta, se dio cuenta de que también él había sufrido heridas y estaba derrengado. Pero ya se ocuparía de eso más tarde. Había tareas más importantes que llevar a cabo.

Se tardó el resto de la noche en reunir y preparar los cuerpos. Al amanecer, una humareda negra y espesa se arremolinaba en el cielo azul. Thrall y Drek'Thar le habían pedido al espíritu del fuego que ardiera más deprisa de lo que tenía por costumbre, para que los cadáveres no tardaran tanto en quedar reducidos a cenizas. Cenizas consagradas al espíritu del aire, para que éste las esparciera como juzgara oportuno.

La pira de mayor tamaño y la más decorada quedó reservada para el más noble de todos ellos. Se requirió la fuerza de Thrall, Hellscream y otros dos orcos para izar el gigantesco cadáver de Orgrim Doomhammer a la pira. Con reverencia, Drek'Thar ungió el cuerpo semidesnudo de Doomhammer con aceites, mientras musitaba unas palabras que Thrall no pudo oír. Una agradable fragancia se alzó del cuerpo. Drek'Thar indicó a Thrall que se uniera a él, y juntos colocaron el cuerpo en una actitud de desafío. Los dedos muertos se doblaron y se ataron con discreción alrededor de la empuñadura de una espada desechada. A los pies de Doomhammer yacían los cadáveres de los otros valientes guerreros que habían perecido en combate, los feroces y leales lobos blancos que no habían sido lo bastante rápidos como para eludir las armas humanas. Uno estaba tendido ante Doomhammer, dos más a cada lado y, sobre su pecho, en un lugar de privilegio, estaba el aguerrido Oído Atento, de parda librea. Drek'Thar acarició a su viejo amigo por última vez, antes de que Thrall y él retrocedieran.

Thrall esperaba que Drek'Thar pronunciara las palabras apropiadas pero, en vez de eso, Hellscream le propinó un empujoncito. Indeciso, Thrall se dirigió a la multitud reunida en silencio alrededor del cadáver de su antiguo caudillo.

—No hace mucho que vivo rodeado de los míos —comenzó Thrall—. Desconozco las tradiciones del otro mundo. Pero sí sé una cosa: Doomhammer murió con toda la bravura con que podría morir un orco, librando una batalla por la liberación de sus congéneres apresados.

No me cabe duda de que nos verá con buenos ojos ahora que lo honramos en la muerte, igual que hicimos cuando aún vivía. —Miró al orco fallecido a la cara—. Orgrim Doomhammer, eras el mejor amigo de mi padre. No he conocido ser más noble. Apresúrate a visitar el vergel que te aguarda y a conocer tu destino.

Tras pronunciar aquellas palabras, cerró los ojos y le pidió al espíritu del fuego que se llevara al héroe. De inmediato, las llamas ardieron más deprisa y más candentes de lo que Thrall hubiera experimentado jamás. El cuerpo no tardaría en consumirse, y la carcasa que había albergado al feroz espíritu que en este mundo había sido conocido como Orgrim Doomhammer no tardaría en desaparecer.

Pero sus ideales, la causa por la que había entregado su vida, nunca sería olvidada.

Thrall levantó la cabeza y profirió un ronco aullido.

Una a una se unieron otras voces a la suya, proclamando su dolor y su pasión. Si era cierto que los espíritus ancestrales existían, incluso ellos debían de estar impresionados por el volumen de las lamentaciones elevadas en honor de Orgrim Doomhammer.

Cuando hubo finalizado el rito, Thrall se sentó de golpe junto a Drek'Thar y Hellscream. También este último había sufrido heridas que había decidido soportar con estoicismo por el momento, al igual que Thrall. Drek'Thar tenía prohibido aproximarse a la batalla, aunque había servido con lealtad y eficacia ocupándose de los heridos. Si llegara a ocurrirle algo a Thrall, Drek'Thar sería el único chamán entre ellos, y su presencia constituía un recurso demasiado valioso como para arriesgarse a perderla. Aun así, no era tan anciano como para que la orden no le irritase.

—¿Qué campamento vendrá a continuación, jefe de guerra? —preguntó Hellscream, con respeto. Thrall se encogió al escuchar el apelativo. Todavía intentaba acostumbrarse al hecho de que Doomhammer hubiera desaparecido, que ahora era él el que estaba a cargo de cientos de orcos.

—Se acabaron los campamentos. Nuestras filas ya están lo bastante pobladas por el momento.

Drek'Thar arrugó el ceño.

—Sufren.

—Lo sé —convino Thrall—, pero tengo un plan para liberarlos a todos a la vez. Para terminar con el monstruo, hay que cortarle la cabeza, no sólo las manos y los pies. Ya es hora de decapitar al sistema de los campos de internamiento. —Sus ojos restallaron a la luz de la fogata—. Vamos a atacar Durnholde.

A la mañana siguiente, cuando hubo anunciado el plan a las tropas, fue recibido por sonoros vítores. Todos estaban preparados para volcar el trono de poder. Thrall y Drek'Thar tenían los elementos a su disposición. La batalla de la noche anterior había vigorizado a los orcos; eran pocas las bajas, si bien entre ellas se contaba la del mejor guerrero de todos, y muchos de los enemigos que ahora yacían sin vida alrededor de los calcinados escombros del campamento. Los cuervos que volaban en círculo se sentían agradecidos por el festín.

Se encontraban a varios días de marcha, pero los víveres eran abundantes y el ánimo, inmejorable. Para cuando el sol hubo asomado la totalidad de su semblante, la Horda orca, al mando de su nuevo líder Thrall, avanzaba con paso firme y determinación hacia Durnholde.

—Pues claro que no le dije nada —se defendió Langston, entre sorbo y sorbo del vino de Blackmoore—. Me capturó y me torturó, pero me mordí la lengua, en serio. Admirado por mi tenacidad, nos soltó a mis hombres y a mí.

Blackmoore albergaba sus dudas al respecto, pero se las guardó para sí.

—Cuéntame más sobre esas proezas tuyas.

Langston, que ansiaba recuperar la aprobación de su mentor, se enfrascó en una fabulosa historia acerca de raíces que se cerraban en torno a su cuerpo, de relámpagos que caían cuando se lo ordenaban, de caballos bien adiestrados que abandonaban a sus señores y de la mismísima tierra que había devastado una muralla de piedra. Si Blackmoore no hubiera escuchado relatos similares de boca de los pocos hombres que habían sobrevivido, se habría sentido inclinado a creer que Langston había comenzado a empinar el codo aún más que él.

—Iba por el buen camino —musitó Blackmoore, trasegando un poco más de vino—, cuando capturé a Thrall. Ya has visto lo que es, lo que ha hecho con ese patético puñado de pieles verdes encorvados por la desidia.

Le producía un dolor casi físico pensar que había estado muy cerca de manipular a aquella nueva Horda, cuyo poder era evidente. A rebufo de ese pensamiento acudió la imagen mental de Taretha, y la amistosa correspondencia que había remitido a su esclavo. Como siempre, una ira diluida en un extraño y lacerante dolor lo embargó ante aquella idea. Lo había dejado correr, no le había confesado que había encontrado las cartas. Ni siquiera se lo había contado a Langston, y ahora se congratulaba por su decisión. Sospechaba que Langston había largado todo cuanto sabía delante de Thrall, lo que exigía un cambio de planes.

—Me temo que no todos posean la misma resistencia que tú a la hora de soportar las torturas de los orcos, mi buen amigo —dijo, procurando ahuyentar el sarcasmo de su voz. Por suerte, Langston llevaba tantas copas de más que ni siquiera pareció darse cuenta—. Debemos asumir que los orcos saben todo lo que sabemos nosotros, y actuar en consecuencia. Tenemos que intentar pensar como Thrall. ¿Cuál sería su próximo movimiento? ¿Cuál es su objetivo final?

Y, ¿cómo, por todos los demonios, puedo encontrar la manera de apoderarme de nuevo de él?

Aunque lideraba un ejército de casi dos mil orcos y era casi seguro que alguien los divisara, Thrall hizo cuanto pudo por camuflar el avance de la Horda. Le pidió a la tierra que borrara sus huellas, al aire que alejara su rastro de cualquier bestia que pudiera dar la voz de alarma. Era poco, pero cualquiera ayuda era de agradecer.

Acamparon varios kilómetros al sur de Durnholde, en una zona forestal virgen y poco frecuentada. Junto a un reducido grupo de exploradores, Thrall se dirigió a un soto en particular, en las afueras de la fortaleza. Tanto Hellscream como Drek'Thar intentaron disuadirle de sus intenciones, pero él insistió.

—Tengo un plan que tal vez nos permita alcanzar nuestro objetivo sin derramamiento de sangre por parte de ningún bando.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Incluso los días más fríos del invierno, salvo cuando alguna tormenta de nieve imposibilitaba que se pudiera salir de Durnholde, Taretha seguía visitando el árbol hendido por el rayo. Y, cada vez que se asomaba a las negras profundidades del tocón, seguía sin ver nada.

Se alegró del retorno del buen tiempo, aunque sus botas se adherían a la tierra empapada de agua de deshielo y, a veces, se quedaban pegadas descalzándola. El tener que liberar su bota y volver a ponérsela era un precio nimio a pagar por la fresca fragancia de los árboles que despertaban, por los haces de luz solar que penetraban las tinieblas de la fronda, y por el asombroso estallido de color que jaspeaba prados y bosques por igual.

Las gestas de Thrall habían sido la comidilla de Durnholde. Los cotilleos sólo servían para aumentar las borracheras de Blackmoore. Lo que, en ocasiones, no estaba mal. Más de una vez había llegado a sus aposentos y había entrado de puntillas para encontrarse al señor de Durnholde dormido en el suelo, en una silla o en la cama, con una botella siempre cerca. Esas noches, Taretha Foxton exhalaba un suspiro de alivio, cerraba la puerta y dormía sola en su pequeña estancia.

Hacía algunos días que había regresado el joven lord Langston, con historias tan fantasiosas que ni siquiera asustarían a un niño de guardería. Y, empero... ¿acaso no había leído ella acerca de los antiguos poderes que habían poseído los orcos? ¿Poderes en armonía con la naturaleza, hacía mucho tiempo? Sabía que la inteligencia de Thrall era excepcional, y no le sorprendería enterarse de que había conseguido aprender aquellas antiguas artes.

Ya se encontraba cerca del viejo árbol. Se asomó a sus oquedades con el gesto despreocupado que era fruto de la rutina.

Se quedó sin aliento. Se llevó la mano a la boca al tiempo que su corazón comenzaba a latir con tanta ferocidad que temió perder el conocimiento. Allí, posado en una cavidad marrón ennegrecida, estaba su collar. Era como si atrapara la luz del sol y restallara como una baliza de plata para ella. Con dedos trémulos, extendió el brazo, lo cogió, y se le cayó.

—¡Qué torpe! —siseó. Lo recuperó, con mano más templada.

Podía ser una trampa. Tal vez habían capturado a Thrall y le habían arrebatado el collar. Quizá incluso hubieran reconocido su procedencia. Pero, a menos que Thrall le hubiera

revelado a alguien su pacto, ¿quién iba a saber que tenía que dejarlo allí? De una cosa estaba segura: nadie podría doblegar a Thrall.

Se le inundaron los ojos de lágrimas de dicha, que rodaron por sus mejillas. Las enjugó con el dorso de la mano izquierda, acunando con la diestra el colgante en forma de luna creciente.

Él estaba allí, en el bosque, oculto probablemente al resguardo de la ladera del acantilado con forma de dragón. Estaba esperando a que ella acudiera en su ayuda. Tal vez estuviera herido. Ahuecó las manos para envolver el collar y lo ocultó bajo su vestido, lejos de ojos curiosos. Lo mejor sería que nadie viera el collar que «se le había perdido».

Más alborozada de lo que se hubiera sentido desde que se despidiera del orco, y al mismo tiempo preocupada por su seguridad, Taretha regresó a Durnholde.

Parecía que aquel día no iba a terminar nunca. Daba gracias porque la cena de esa noche fuera pescado; en más de una ocasión, se había puesto enferma por culpa de un plato de pescado mal preparado. El cocinero de Durnholde había servido junto a Blackmoore en el campo de batalla hacía más de veinte años. Había recibido el empleo como recompensa por sus servicios, no por sus dotes culinarias.

Claro estaba que no se sentaba a la mesa en el gran comedor de Blackmoore. A él ni se le pasaría por la cabeza tener a una criada a su lado enfrente de sus nobles amistades. La que sirve para el colchón no sirve para presidir el salón, pensó, rememorando la rima de su infancia. Tanto mejor, al menos esa noche.

—Pareces un poco preocupada, tesoro —le dijo Tammis a su hija mientras cenaban juntos, sentados en la pequeña mesa de sus aposentos—. ¿Estás... bien?

El tono algo tenso de su voz y la atemorizada expresión que le dedicó la madre de Taretha a su hija al escuchar la pregunta casi consiguieron que la joven sonriera. Les preocupaba que estuviera embarazada. Eso serviría a sus propósitos esa noche.

—Muy bien, papá —respondió, cogiéndole la mano—. Pero este pescado... ¿a ti te sabe bien?

Clannia mojó en la salsa un trozo ensartado en el tenedor de dos púas.

—No sabe mal, para haberlo preparado Randrel.

Lo cierto era que el pescado estaba bastante sabroso. No obstante, Taretha probó otro bocado, masticó, tragó y torció el gesto. Haciendo un poco de teatro, apartó el plato que tenía delante. Mientras su padre se dedicaba a pelar una naranja, Taretha cerró los ojos y soltó un gemido.

—Disculpad... —Salió corriendo en dirección a su habitación, sin dejar de hacer ruidos como si estuviera a punto de vomitar. Llegó al cuarto, en la misma planta que el de sus padres, y profirió sonoros ruidos sobre la bacinilla del dormitorio. Tuvo que esbozar una sonrisa; resultaría divertido, si no hubiera tanto en juego.

Alguien llamó a la puerta.

—Tesoro, soy yo —llamó Clannia. Abrió la puerta. Taretha ocultó la bacinilla vacía—. Pobrecita. Pero si estás blanca como la leche.

Eso, al menos, Taretha no tenía que fingirlo.

—Por favor... ¿no puede hablar papá con el señor? No creo...

Clannia se ruborizó. Aunque todo el mundo sabía que Taretha se había convertido en la concubina de Blackmoore, nadie hablaba de ello.

—Pues claro, tesoro, seguro que sí. ¿Quieres quedarte con nosotros esta noche?

—No —se apresuró a decir—. No, estoy bien. Es sólo que me gustaría estar un rato a solas. —Se llevó la mano a la boca de nuevo, y Clannia asintió.

—Como quieras, Tari, querida. Buenas noches. Llámanos si necesitas cualquier cosa.

Su madre cerró la puerta tras ella, y Taretha exhaló un largo y hondo suspiro. Ya sólo restaba esperar hasta que fuese seguro marcharse. Se encontraba cerca de las cocinas, uno de los últimos lugares en apagar las luces por la noche. Cuando no se oyera nada, se aventuraría a salir. Lo primero era ir a las despensas y meter toda la comida que pudiera en una bolsa. Con anterioridad había rasgado algunos vestidos para conseguir vendas, por si Thrall las necesitaba.

Los hábitos de Blackmoore eran tan predecibles como la salida y la puesta del sol. Si empezaba a beber durante la cena, como tenía por costumbre, estaría listo para entretenerla en sus aposentos al término de la velada. Después de eso se quedaba dormido, aunque era más estupor que sueño lo que le entraba, y no habría nada que consiguiera despertarlo hasta el amanecer.

Había escuchado a los sirvientes del gran salón y se había cerciorado de que, como de costumbre, el señor estaba bebiendo. Blackmoore no la había visto en toda la noche, lo que lo habría dejado de un humor de perros pero, a esas alturas, ya estaría dormido.

Con cuidado, Taretha abrió la puerta que comunicaba con los aposentos de Blackmoore. Entró y volvió a cerrarla con todo el sigilo que le fue posible. A sus oídos llegaron unos sonoros ronquidos. Más segura, avanzó sin vacilación hacia la puerta que la conduciría al exterior.

Blackmoore se había jactado de su existencia hacía muchos meses, estando ebrio. Luego se olvidó de habérselo contado, pero Taretha sí que se acordaba. Llegó hasta el pequeño escritorio y abrió uno de los cajones. Apretó con delicadeza y el falso fondo cedió para revelar una cajita.

Cogió la llave y devolvió el estuche al cajón, que volvió a cerrar con cuidado. Se encaminó hacia la cama.

A la derecha colgaba de la pared de piedra un tapiz. Retrataba a un noble caballero batallando con un feroz dragón negro que defendía una montaña de tesoros. Taretha apartó el tapiz y encontró el auténtico tesoro de la habitación: una puerta secreta. Con tanto sigilo como le fue posible, metió la llave, la giró y abrió la puerta.

Unos peldaños de piedra conducían hacia abajo, hacia la oscuridad. El aire frío le bañó el rostro, y su olfato se vio asaltado por el olor a piedra fría y a moho. Tragó saliva e hizo frente a su miedo. No se atrevía a encender una vela. Blackmoore dormía profundamente, pero el riesgo era demasiado grande. Si llegara a enterarse de lo que pretendía, ordenaría que la despellejaran viva.

Piensa en Thrall. Piensa en lo que ha tenido que soportar Thrall. Seguro que era capaz de enfrentarse a la oscuridad para acudir en auxilio de su amigo.

Cerró la puerta tras de sí y se encontró inmersa en una negrura tan absoluta que casi podía palparla. El pánico se agitó en su interior igual que un pájaro enjaulado, pero se sobrepuso. No había forma de perderse en aquel túnel, puesto que sólo conducía en una dirección. Inhaló unas cuantas bocanadas vigorizadoras y empezó a caminar.

Con cautela, bajó por la escalera, tanteando cada escalón con el pie derecho antes de avanzar el izquierdo. Al cabo, pisó tierra firme. A partir de allí, el túnel descendía en una suave pendiente. Recordó lo que le había contado Blackmoore. Tengo que mantener a los señores a salvo, querida, había dicho, inclinándose sobre ella para facilitarle la inhalación de sus vaharadas cargadas de vino. Y, si se produce un cerco, en fin, tú y yo podremos ponernos a salvo.

Parecía no tener fin. Sus temores pugnaban por apoderarse de su mente. ¿Y si se desploma? ¿Y si, después de tantos años, está bloqueado? ¿Y si tropiezo aquí, a oscuras, y me rompo una pierna?

Enfadada, Taretha acalló las voces del terror. Sus ojos continuaban acostumbrándose a la oscuridad pero, sin traza alguna de iluminación, se devanaban en vano.

Se estremeció. Qué frío hacía allí abajo, a oscuras...

Tras lo que parecía una eternidad, el suelo comenzó a ascender de forma gradual. Taretha resistió el impulso de empezar a correr. Se sentiría furiosa consigo misma si perdía el control ahora y tropezaba. Ascendió con paso firme, aunque no pudo evitar acelerar la marcha.

¿Eran imaginaciones suyas o aquella sobrecogedora oscuridad empezaba a clarear? No, no era un espejismo. Más adelante se apreciaba luz. Conforme se acercaba, aminoró el ritmo. Golpeó algo con el pie y se cayó, sosteniéndose sobre una rodilla y una mano. Había diferentes estratos de roca... ¡escalones! Extendió una mano y ascendió muy despacio, paso a paso, hasta que sus dedos tocaron la madera.

Una puerta. Había llegado hasta una puerta. Se le ocurrió otra idea horrible. ¿Y si estaba cerrada por fuera? ¿Tendría eso sentido? Si alguien decidía escapar de Durnholde por esa ruta, tal vez alguien con intenciones hostiles pudiera entrar del mismo modo. Seguro que estaba barrada, o cerrada con un candado...

Pero no lo estaba. Se incorporó y empujó con todas sus fuerzas. Los envejecidos goznes chirriaron, pero la puerta se abrió de golpe, cayéndose con un sonoro trompazo. Taretha dio un respingo. Hasta que no hubo asomado la cabeza por la pequeña apertura cuadrada, con la

poca luz tan brillante como el pleno día para sus ojos, no exhaló un suspiro de alivio y se permitió creer que aquello era verdad.

El familiar olor de los caballos, el cuero y el heno inundó su nariz. Se encontraba en un pequeño establo. Salió del túnel por completo, susurrando palabras tranquilizadoras a los caballos que se volvían hacia ella con ojos inquisitivos. Había cuatro; los arreos colgaban de la pared. Supo de inmediato dónde debía encontrarse. Cerca de la carretera, aunque bastante lejos de Durnholde, había una estafeta de correos, donde los jinetes que no pudieran demorarse en la entrega cambiaban sus monturas exhaustas por otras de refresco. La luz penetraba por las grietas de las paredes. Taretha cerró la trampilla del suelo con cuidado y la tapó con paja. Se dirigió a la puerta del establo y la abrió, con los ojos entornados a la luz blanca azulada que proporcionaban las dos lunas.

Como había deducido, se encontraba en las afueras de la pequeña población que rodeaba a Durnholde, donde residían aquéllos que se ganaban la vida atendiendo a las necesidades de los habitantes de la fortaleza. Se tomó su tiempo para orientarse. Allí estaba, la cara del acantilado que, de niña, se había imaginado que se asemejaba a un dragón.

Thrall estaría esperándola en la cueva, famélico y tal vez herido. Taretha, alentada por su victoria sobre el siniestro túnel, corrió a su encuentro.

Cuando la vio coronar la cima de la pequeña colina, teñida de plata su esbelta figura por la luz de la luna, Thrall contuvo a duras penas un grito de alegría. Se controló, conformándose con correr a su encuentro.

Taretha se quedó paralizada, antes de remangarse las faldas y acudir rauda en busca de él. Enlazaron las manos y se quedaron así sujetos; cuando la capucha se hubo apartado del diminuto rostro de la muchacha, el orco vio que sus labios exhibían una amplia sonrisa.

—¡Thrall! ¡Cómo me alegro de verte, mi querido amigo! —Apretó los dos dedos que podían abarcar sus delicadas manos, con tanta fuerza como le era posible, casi brincando de alborozo.

—Taretha —dijo con afectuosa voz ronca—. ¿Estás bien?

La sonrisa vaciló, antes de recomponerse.

—No me puedo quejar. ¿Y tú? ¡Hemos oído hablar de tus andanzas, desde luego! Nunca es agradable cuando el humor de lord Blackmoore se agría pero, dado que eso significa que sigues siendo libre, he llegado a tener ganas de verle enfadado. Oh... —Con un último apretón, soltó las manos de Thrall y buscó en la bolsa que portaba—. No sabía si estarías herido o hambriento. No he conseguido sustraer gran cosa, pero he traído lo que he podido. Tengo algo de comida, y he rasgado unas faldas para conseguir vendas. Me alegra ver que no te hacen falta...

—Tari —dijo Thrall, en voz baja—. No he venido solo.

Señaló a sus exploradores, que habían estado esperando en la cueva y que salían en esos momentos. Sus semblantes estaban retorcidos en muecas de desaprobación y hostilidad. Se levantaron, cuan altos eran, cruzaron los brazos sobre sus enormes torsos y lanzaron contra

ella miradas furibundas. Thrall observó la reacción de Taretha con atención. Parecía sorprendida y, por un breve instante, el temor asomó a sus rasgos. Supuso que no podía culparla; los dos exploradores estaban esforzándose por parecer todo lo amenazadores que les resultaba posible. Al cabo, no obstante, la joven sonrió y avanzó hacia ellos.

—Si sois amigos de Thrall, también sois amigos míos —dijo, extendiendo los brazos.

Uno de ellos bufó de desdén y le apartó la mano de un papirotazo, no con tanta fuerza como para herirla, pero bastó para que Taretha perdiera el equilibrio.

—¡Caudillo, nos pedís demasiado! —espetó uno de ellos—. Perdonamos las vidas de mujeres y niños porque así nos lo ordenáis, pero no vamos a...

—¡Sí que vais! —atajó Thrall—. Ésta es la hembra que arriesgó la vida para liberarme del hombre que era nuestro dueño. Ahora vuelve a arriesgarla para acudir en nuestro auxilio. Taretha es de confianza. Es distinta. —Se volvió para mirarla con ternura—. Es especial.

Los exploradores continuaron malhumorados, pero ya no parecían tan seguros de su prejuicio. Intercambiaron las miradas y después le dieron por turno la mano a Taretha.

—Te agradecemos lo que has traído —dijo Thrall, recuperando el idioma humano—. Estate segura de que nos lo comeremos, y guardaremos las vendas. No dudo que nos harán falta.

La sonrisa se evaporó del rostro de Tari.

—Quieres atacar Durnholde.

—No, si puedo evitarlo, pero conoces a Blackmoore tanto como yo. Mañana, mi ejército marchará hacia Durnholde, preparado para atacar si es necesario. Pero antes quiero darle a Blackmoore la oportunidad de parlamentar con nosotros. Durnholde es el centro de control de los campos. Si lo anulamos, los campamentos quedarán anulados. Pero, si está dispuesto a negociar, no habrá derramamiento de sangre. Lo único que queremos es que nuestro pueblo sea liberado. Cuando eso ocurra, dejaremos a los humanos en paz.

El cabello rubio de Taretha parecía de plata a la luz de la luna. Negó con la cabeza, entristecida.

—Nunca accederá. Es demasiado orgulloso para pensar en lo que sería mejor para aquellos bajo sus órdenes.

—En ese caso, quédate aquí con nosotros. Mi gente tiene órdenes de no atacar a las mujeres ni a los niños pero, en el fragor de la batalla, no puedo garantizar su seguridad. Estarás en peligro si regresas.

—Si descubren mi ausencia, eso alertará a alguien de que se trama algo. Tal vez os encuentren y os ataquen primero. Además, mis padres siguen allí. Blackmoore descargaría su ira sobre ellos, estoy segura. No, Thrall. Mi lugar está en Durnholde, siempre lo ha estado.

Thrall la miró, contrito. Conocía mejor que ella el caos que reportaba la contienda. La sangre, la muerte, el pánico. Si estuviese en su mano, se ocuparía de ponerla a salvo, pero ella sabía tomar sus propias decisiones.

—Tienes coraje —intervino uno de los exploradores, de forma inesperada—. Arriesgas tu seguridad por darnos una oportunidad de liberar a nuestro pueblo. Nuestro jefe de guerra no mentía. Al parecer, algunos humanos sí saben lo que es el honor. —El orco se inclinó ante ella.

Taretha parecía satisfecha. Se volvió de nuevo hacia Thrall.

—Ya sé que no hace falta que te lo diga, pero ten cuidado. Me gustaría verte mañana por la noche, para celebrar tu victoria. —Vaciló, antes de añadir—: He oído rumores sobre tus poderes, Thrall. ¿Son ciertos?

—No sé lo que habrás oído, pero sí que he aprendido las costumbres de los chamanes. Puedo controlar los elementos, sí.

El rostro de Taretha estaba radiante.

—Entonces Blackmoore no tiene ninguna posibilidad contra ti. Sé clemente en la victoria, Thrall. Sabes que no todos somos como él. Toma. Quiero que guardes esto. Hace tanto que te lo di que ya me parece más tuyo que mío.

Agachó la cabeza y se quitó la cadena de plata con el colgante en forma de luna creciente. La colocó en la palma de Thrall y le recogió los dedos.

—Guárdalo. Dáselo a tu hijo, cuando lo tengas, a ver si algún día puedo hacerle una visita.

Como ya hiciera tantos meses atrás, Taretha avanzó un paso y abrazó a Thrall lo mejor que pudo. En esta ocasión, el orco no se sorprendió ante el gesto, sino que lo agradeció y se lo devolvió. Atusó aquel cabello dorado y sedoso, y deseó con fervor que ambos sobrevivieran al inminente conflicto.

Taretha se retiró, le acarició el poderoso mentón, se dio la vuelta para despedirse de los demás con un gesto, y emprendió el camino de vuelta a paso largo. Thrall la vio alejarse con una extraña sensación en el corazón, mientras sujetaba su medalla con fuerza. Cuídate, Tari. Cuídate.

Hasta que no se hubo alejado de los orcos, Tari no se permitió derramar ni una sola lágrima. Tenía tanto miedo, estaba aterrorizada. Pese a sus valientes palabras, no quería morir, nadie quería. Esperaba que Thrall fuese capaz de controlar a su pueblo, aunque sabía que él era extraordinario. No todos los orcos compartían su actitud tolerante hacia los humanos. ¡Ojalá Blackmoore atendiera a razones! Pero eso era tan probable como que en ese momento a ella le brotaran dos alas y pudiera alejarse volando de todo aquello.

Aunque era humana, deseaba la victoria de los orcos... la victoria de Thrall. Si sobrevivía, sabía que los humanos recibirían un trato compasivo. Si fallecía, no estaba segura de nada. Y si Blackmoore ganaba... en fin, lo que había experimentado Thrall como esclavo no sería nada comparado con el tormento al que lo sometería Blackmoore.

Regresó al pequeño establo, abrió la trampilla y se introdujo en el túnel. Tan ocupada estaba pensando en Thrall y en el inminente conflicto que, en esa ocasión, la oscuridad no la perturbó en absoluto.

Seguía sumida en sus pensamientos cuando subió las escaleras que conducían a la habitación de Blackmoore y abrió la puerta.

De improviso, se destaparon unos quinqués encendidos. Taretha se quedó sin aliento. Allí estaba Blackmoore, sentado en una silla delante de la puerta secreta, con Langston y dos soldados armados de mala catadura.

Blackmoore estaba completamente sobrio, y sus ojos negros relucían a la luz del fuego. La sonrisa que dividía su barba se asemejaba a la de un depredador famélico.

—Bienvenida, traidora mía —dijo, con voz meliflua—. Te estábamos esperando.



CAPÍTULO DIECINUEVE

El día amaneció gris y nublado. Thrall podía oler la lluvia en el aire. Hubiese preferido un día soleado para ver mejor al enemigo, pero el agua templaría los ánimos de sus guerreros. Además, podía controlar la lluvia, si se veía obligado. Por el momento, dejaría que hiciese el tiempo que fuese.

Junto a Hellscream y un pequeño grupo de Frostwolfs, Thrall encabezaría la comitiva, respaldada por el ejército. Hubiese preferido valerse del parapeto que proporcionaban los árboles, pero un batallón compuesto por dos mil soldados necesitaba la carretera. Si Blackmoore había apostado vigías, estarían sobre alerta. Thrall no recordaba haber visto exploradores durante su estancia en Durnholde, pero ahora las circunstancias eran otras.

Su pequeña avanzadilla, armada y acorazada, recorría con paso firme el camino que conducía a Durnholde. Thrall llamó a una avecilla canora y le pidió que explorara para él. El pájaro regresó a los pocos minutos y, en su mente, Thrall interpretó: Os han visto. Corren hacia la fortaleza. Otros os rodean para acercarse por la retaguardia.

Thrall frunció el ceño. Para tratarse de Blackmoore, aquello estaba bastante bien organizado. A pesar de todo, sabía que su ejército superaba a la guarnición de Durnholde en una proporción de cuatro a uno.

El ave, posada sobre uno de sus enormes dedos, aguardaba. Vuela hasta donde está mi ejército y busca al anciano chamán ciego. Cuéntale lo mismo que me has dicho a mí.

El pájaro cantor, de plumaje negro y amarillo y con la cabeza de un azul brillante, pifió y levantó el vuelo para cumplir la voluntad de Thrall. Drek'Thar, además de chamán, era un guerrero experto. Él sabría lo que hacer con el aviso del ave.

Continuó adelante, avanzando inexorablemente un pie detrás de otro. La carretera se curvó antes de que Durnholde, en toda su vetusta gloria de piedra, se alzara ante ellos. Thrall sintió que se operaba un cambio en su grupo.

—Izad la bandera blanca. Nos atenderemos a las formalidades, a ver si eso evita que abran fuego antes de tiempo. En el pasado, hemos arrasado los campamentos sin problemas. Ahora debemos enfrentarnos a un reto mayor. Durnholde es una fortaleza y no caerá así como así. Pero, una cosa os digo, el fracaso de las negociaciones supondrá la caída de Durnholde.

Esperaba que no hiciera falta llegar a esos extremos, pero estaba preparado para lo peor. No era probable que Blackmoore atendiera a razones.

Conforme sus compañeros y él avanzaban, Thrall reparó en que algo se movía en los parapetos y pasarelas. Al entornar los ojos, vio las bocas de los cañones que bostezaban en su dirección. Los arqueros tomaban posiciones, y varias docenas de caballeros formaban alrededor de las faldas de la fortaleza, alineando sus caballos delante de las murallas, armados con picas y lanzas. Detuvieron los caballos. Estaban aguardando.

Aun así, Thrall siguió adelante. Se produjo otro movimiento en lo alto de las almenas, justo encima de la enorme puerta de madera. Se le aceleró el corazón. Era Aedelas Blackmoore. Thrall ordenó el alto. Se habían acercado lo suficiente para entenderse a gritos. No pensaba aproximarse más.

—Vaya, vaya —se escuchó una voz pastosa que Thrall recordaba a la perfección—. Pero si es mi pequeño orco de compañía, ya crecido.

Thrall no mordió el anzuelo.

—Saludos, teniente general. No vengo en calidad de mascota, sino de líder de un ejército. Un ejército que ha infligido aplastantes derrotas a tus hombres en el pasado. Pero hoy no es mi intención actuar contra ellos, a menos que me obliguéis a ello.

Langston estaba junto a su señor en la pasarela. No daba crédito. Blackmoore estaba borracho como una cuba. Langston, que había ayudado a Tammis a meter a su señor en la cama en más ocasiones de las que le gustaría admitir, nunca había visto a Blackmoore tan ebrio y todavía en pie. ¿En qué habría estado pensando?

Blackmoore había ordenado que siguieran a la muchacha, desde luego. Un explorador, sigiloso como una sombra y con vista de halcón, había descornado el cerrojo de la trampa del establo de la estafeta para que Taretha pudiera salir del túnel. Había visto cómo se reunía con Thrall y otros dos orcos. Había sido testigo de cómo les entregaba una saca llena de comida, de cómo abrazaba al monstruo, por la Luz, antes de regresar por el túnel, ya no tan secreto. Blackmoore había fingido que se emborrachaba esa noche, y estaba sobrio cuando la perpleja muchacha había entrado en su dormitorio para encontrarse con Blackmoore, Langston y los demás.

Taretha se había negado a hablar pero, cuando supo que la habían estado espionando, se apresuró a asegurarle a Blackmoore que Thrall había venido para parlamentar. La simple idea había irritado a Blackmoore profundamente, que despidió a Langston y a los guardias. A varios pasos de distancia de la puerta, Langston aún podía oír los improperios de Blackmoore, e incluso el sonido de una mano al golpear la carne.

No había vuelto a ver a su señor hasta ese momento, aunque Tammis ya le había puesto al corriente. Blackmoore había ordenado llamar a sus jinetes más veloces para que fueran a buscar refuerzos, pero éstos todavía se encontraban al menos a cuatro horas de distancia. Lo más lógico habría sido mantener ocupado al orco hablando hasta que llegara el auxilio; al fin y al cabo, venía amparado por la bandera blanca. Lo cierto era que la etiqueta exigía que Blackmoore enviara un grupo de delegados para parlamentar con los orcos. Sin duda, Blackmoore daría la orden de un momento a otro. Era lo más lógico. Si el recuento era

correcto, y Langston creía que sí, el ejército orco estaba constituido por más de dos mil guerreros.

En Durnholde había quinientos cuarenta hombres, de los que menos de cuatrocientos eran soldados con experiencia en el combate.

Langston vio con nerviosismo cómo se producía un movimiento en el horizonte. Estaban demasiado lejos como para divisar a ningún individuo, pero se apreciaba con claridad un inmenso mar esmeralda que coronaba la elevación, y se escuchaba el constante y enervante tronar de los tambores.

El ejército de Thrall.

Aunque la mañana era fría, Langston sintió que el sudor le empapaba las axilas.

—Qué detalle, Thrall —decía Blackmoore. Thrall vio, repugnado, cómo el antiguo héroe de guerra perdía el equilibrio y tenía que agarrarse a la pared—. ¿Qué es lo que tienes en mente?

De nuevo, la lástima y el odio batallaron en el corazón del orco.

—No deseamos seguir peleando con los humanos, a menos que nos obliguéis a defendernos. Pero retienes a muchos cientos de orcos prisioneros, Blackmoore, en tus viles campamentos. Han de ser liberados, de uno u otro modo. Podemos conseguirlo sin necesidad de derramar más sangre. Libera a los orcos que se hacinan en tus campos y regresaremos al bosque y dejaremos a los humanos en paz.

Blackmoore echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Uy —jadeó, enjugándose las lágrimas que habían aflorado a sus ojos—, uy, eres más gracioso que el bufón del rey, Thrall. Esclavo. Te lo juro, me divierte más verte ahora que cuando peleabas en la arena de los gladiadores. ¡Escúchate a ti mismo! ¡Empleando frases completas, por la Luz! Te crees que sabes lo que es la clemencia, ¿no es así?

Langston sintió un tirón en la manga. Dio un respingo y se volvió para ver al sargento.

—No es que te tenga demasiado aprecio, Langston —gruñó el instructor, con ojos feroces—, pero al menos tú estás sobrio. ¡Tienes que conseguir que Blackmoore cierre la boca! ¡Bájalo de aquí! Ya has visto lo que son capaces de hacer los orcos.

—¡No nos podemos rendir! —boqueó Langston, aunque eso era lo que ansiaba su corazón.

—No —convino el sargento—, pero al menos deberíamos enviar a algunos hombres para que hablen con ellos, para ganar algo de tiempo hasta que lleguen nuestros aliados. Mandaría ir en busca de refuerzos, ¿no?

—Claro que sí —siseó Langston. Habían levantado la voz y Blackmoore les lanzó una mirada inyectada en sangre. Había un saco tirado a sus pies; a punto estuvo de caer de bruces al tropezar con él.

—¡Hombre, sargento! —tronó, avanzando hacia él—. ¡Mira, Thrall! ¡Ha venido un viejo amigo!

Thrall exhaló un suspiro. Langston pensó que era el que parecía más entero de todos ellos.

—Lamento que todavía siga ahí, sargento.

—Igual que yo —oyó Langston que musitaba el sargento. En voz más alta, añadió—: Has pasado lejos mucho tiempo, Thrall.

—Convencí a Blackmoore para que libere a los orcos y juro, por el honor que me enseñaste y que conservo, que ninguno de los ocupantes de la fortaleza saldrá herido.

—Mi señor —dijo Langston, nervioso—. Ya sabéis los poderes que vi desatados durante el último conflicto. Thrall me tuvo prisionero, y me dejó marchar. Mantuvo su palabra. Sé que sólo es un orco, pero...

—¿Has oído eso, Thrall? —aulló Blackmoore—. ¡Sólo eres un orco! ¡Hasta el idiota de Langston lo dice! ¿Qué clase de humano se rendiría ante un orco? —Corrió para inclinarse sobre la almena—. ¿Por qué lo hiciste, Thrall? —gritó, con voz cascada—. ¡Te lo di todo! ¡Tú y yo habríamos dirigido a esos pieles verdes tuyos contra la Alianza y habríamos conseguido carne, vino y oro hasta hartarnos!

Langston lo observaba, horrorizado. Blackmoore estaba proclamando su traición a los cuatro vientos. Por lo menos no lo había implicado a él... todavía. Deseó tener los cojones necesarios para empujar a Blackmoore desde lo alto de la muralla y rendir la fortaleza a Thrall en ese preciso momento.

Thrall no dejó escapar la oportunidad.

—¡Habéis oído eso, habitantes de Durnholde! —aulló—. ¡Vuestro amo y señor estaba dispuesto a traicionaros a todos! ¡Alzaos contra él, derrocadlo, rendidlo a nosotros y al término del día conservaréis la vida y vuestra fortaleza!

No se produjo ningún levantamiento súbito. Thrall supuso que no podía echarse en cara.

—Te lo pediré una vez más, Blackmoore. Negocia, o muere.

Blackmoore se encumbró sobre la empalizada. Thrall vio que sostenía algo en la mano derecha. Era un saco.

—¡Ésta es mi respuesta, Thrall!

Metió la mano en el saco y extrajo algo. Thrall no pudo ver lo que era, pero sí se fijó en que el sargento y Langston retrocedían. El objeto voló por los aires hacia él y golpeó el suelo, para rodar hasta detenerse a los pies de Thrall.

Los ojos azules de Taretha lo miraron sin ver, hundidos en la cabeza cercenada.

—¡Eso es lo que hago yo con los traidores! —gritó Blackmoore, bailoteando enloquecido por la pasarela—. ¡Eso es lo que hacemos con los seres queridos que nos traicionan... que lo cogen todo sin dar nada a cambio... que simpatizan con los mil veces malditos orcos!

Thrall no lo oyó. El trueno ensordecía sus oídos. Las rodillas le fallaron y cayó en la tierra. La bilis le inundaba la garganta, se le nubló la vista.

No era posible. Tari no. Ni siquiera Blackmoore sería capaz de cometer semejante crimen con una inocente.

Pero la bendita inconsciencia no llegaba. Permanecía despierto, testarudo, con la vista clavada en la larga melena rubia, en los ojos azules, en el cuello ensangrentado. La horrible imagen se desvaneció. Las lágrimas corrían por su rostro. Con el pecho oprimido por la agonía, Thrall recordó lo que le dijera Tari, hacía tanto tiempo: Esto se llama lágrimas. Afloran cuando nos sentimos tristes, apenados, como si nuestros corazones estuvieran tan llenos de dolor que rebosara de nuestros cuerpos.

Pero el dolor sí que tenía una vía de escape. La acción, la venganza. Un velo rojo cubrió los ojos de Thrall, alzó la cabeza y profirió un alarido de rabia como nunca antes la había experimentado. El grito le abrasó la garganta con su furia descarnada.

El cielo entró en ebullición. Docenas de relámpagos hendieron las nubes, emborronando la vista. Los furibundos estallidos ensordecedores de los truenos herían los oídos de los hombres de la fortaleza. Muchos de ellos arrojaron las armas al suelo y se arrodillaron, gimoteando de terror ante la cólera celestial que reflejaba inequívoca el lacerante dolor del líder orco.

Blackmoore se reía, confundiendo la rabia de Thrall con el abatimiento. Cuando los últimos trallazos del trueno se hubieron apagado, exclamó:

—¡Decían que no se te podía doblegar! Pues bien, Thrall, yo te he doblegado. ¡Te he doblegado!

El grito de Thrall se apagó. Miró a Blackmoore. Incluso desde aquella distancia, vio cómo el semblante de Blackmoore se tornaba pálido ahora que, al fin, comenzaba a comprender lo que había provocado con su brutal asesinato.

Thrall había venido con la esperanza de encontrar una solución pacífica. Los actos de Blackmoore habían eliminado esa posibilidad. Blackmoore no viviría para ver otro amanecer, y su fortaleza se rompería como el cristal ante el ataque de los orcos.

—Thrall... —Era Hellscream, preocupado por la salud mental de su caudillo. Thrall, con el pecho aún escarnecido por el dolor y con el rostro todavía bañado por las lágrimas, lo empaló con la mirada. La expresión de Hellscream mostraba comprensión y aprobación.

Despacio, apelando a su poderosa capacidad de autocontrol, Thrall alzó el imponente martillo de guerra. Comenzó a pisotear con fuerza, componiendo un ritmo regular y poderoso. Los demás se unieron a él de inmediato, y la tierra comenzó a estremecerse.

Langston observaba, repugnado y atónito, la cabeza de la muchacha tirada en el suelo, a cien metros de distancia. Sabía que Blackmoore poseía una vena cruel, pero jamás se habría imaginado...

—¡Qué has hecho! —Las palabras estallaron en la garganta del sargento, que agarró a Blackmoore y lo giró para mirarlo a la cara.

Blackmoore profirió una risa histérica.

El sargento se quedó helado al escuchar los gritos. Percibió el ligero temblor de la roca.

—Mi señor, está haciendo que tiemble la tierra... ¡debemos disparar!

—¡Con dos mil orcos pisoteando al unísono, cómo no va a temblar la tierra! —gruñó Blackmoore. Volvió a tornarse hacia la almena, al parecer con la intención de seguir zahiriendo al orco con sus palabras.

Estaban perdidos, pensó Langston. Ya era demasiado tarde para rendirse. Thrall iba a emplear su magia demoníaca y destruiría la fortaleza y a todos sus ocupantes para reparar la muerte de la muchacha. Movi6 la boca, pero no emiti6 ning6n sonido. Sintió que el sargento lo miraba.

—¡Malditos seáis todos vosotros, nobles bastardos sin corazón! —siseó el sargento, antes de aullar—: ¡Fuego!

Thrall ni siquiera parpadeó cuando dispararon los cañones. A su espalda se oían gritos de tormento, pero él estaba ileso. Invocó al espíritu de la tierra, vertiendo su dolor, y la tierra respondió. El suelo se acombó y se encorvó, describiendo una línea recta y precisa que iba directa desde los pies de Thrall hasta la colosal puerta, igual que el surco excavado por alguna gigantesca criatura subterránea. La puerta se estremeció. La piedra circundante tembló y se desprendieron varias esquirlas de roca, pero la construcción era más sólida que las murallas de los campamentos, y resistió.

Blackmoore soltó un chillido. Comenzaba a ver el mundo con renovada nitidez y, por primera vez desde que se emborrachara lo suficiente como para ordenar la ejecución de Taretha Foxton, pudo pensar con claridad.

Langston no había exagerado. Los poderes de Thrall eran inmensos y su táctica para desalentar al orco había fracasado. Lo cierto era que había despertado en él una furia renovada. Ante los perplejos y repugnados ojos de Blackmoore, cientos... no, miles... de enormes formas esmeraldas corrían por la carretera como un torrente de muerte.

Tenía que salir de allí. Thrall iba a matarlo. Lo sabía. De alg6n modo, Thrall iba a dar con él y lo mataría por lo que había hecho con Taretha...

Tari, Tari, yo te quería, ¿por qué me hiciste eso?

Alguien vociferaba. Langston le estaba ladrando al oído, con su encantador rostro amoratado y los ojos desorbitados por culpa del miedo, y la voz del sargento atronaba en su otra oreja, produciendo ruidos incoherentes. Los miró, desvalido. El sargento escupió otra retahíla de palabras, antes de volverse hacia los hombres. Continuaban cargando y disparando los cañones y, a los pies de Blackmoore, los caballeros cargaban contra las filas orcas. Oyó gritos de batalla y el entrechocar del acero. Las armaduras negras de sus soldados se mezclaban con la fea piel verde de los orcos, y aquí y allá se apreciaban relámpagos de pelaje blanco... por la Luz, ¿habría conseguido Thrall reunir a tantos lobos blancos en su ejército?

—Demasiados —musitó—. Son demasiados. Son tantos...

Una vez más, se estremecieron los muros de la fortaleza. Un miedo como Blackmoore no había conocido hasta ese momento se apoderó de él y cayó de rodillas. Fue de ese modo, a cuatro patas igual que un perro, como se abrió paso hasta la escalera para llegar al patio.

Todos los caballeros estaban fuera, peleando y, suponía Blackmoore, muriendo. En el interior, los hombres que quedaban chillaban y reunían lo que tenían a mano para defenderse: guadañas, horcas, incluso las armas de madera con que un Thrall mucho más joven había desarrollado su talento marcial. Un olor peculiar y conocido llegó hasta el olfato de Blackmoore. Miedo, eso era. Se había embriagado con ese hedor en el pasado, lo había percibido en los cadáveres de los soldados. Ya se había olvidado de las náuseas que le provocaba.

Se suponía que no tenía que acabar así. Los orcos del otro lado de las maltratadas puertas iban a componer su ejército. Su líder, que no cesaba de aullar el nombre de Blackmoore, iba a ser su dócil y obediente esclavo. Tari iba convertirse en... pero ¿dónde estaba?... se acordó, se acordó de cómo sus labios habían dado forma a la orden de arrebatarle la vida, de cómo había caído enfermo ante sus propios hombres, enfermo de cuerpo y de espíritu.

—¡Ha perdido el control! —exclamó Langston al oído del sargento, gritando para hacerse oír por encima de los cañonazos, del estrépito de las espadas contra los escudos y de los alaridos de dolor. De nuevo, se estremecieron los muros.

—¡Ya hace mucho que perdió el control! —respondió el sargento—. ¡Estás al mando, lord Langston! ¿Qué quieres que hagamos?

—¡Rendios! —chilló Langston, sin pensárselo dos veces. El sargento, con la mirada atenta en la batalla que se desarrollaba a diez metros de distancia, negó con la cabeza.

—¡Ya es demasiado tarde para eso! Blackmoore nos ha condenado a todos. Tenemos que resistir hasta que Thrall decida que quiere volver a hablar de paz... si es que eso llega a ocurrir. ¿Qué quieres que hagamos? —reiteró.

—Me... os... —Cualquier atisbo de razonamiento lógico había abandonado el cerebro de Langston. Eso que llamaban guerra no era para él; y menos ahora que la había experimentado de primera mano. Sabía que era un cobarde, y se despreciaba por ello, pero la verdad era innegable.

—¿Quiere que asuma el mando de la defensa de Durnholde, señor? —preguntó el sargento.

Langston volvió los ojos cargados de lágrimas hacia el veterano, y asintió.

—Muy bien —dijo el sargento, que se volvió para enfrentarse a los hombres del patio y empezó a repartir órdenes.

En ese momento, la puerta estalló en mil pedazos y una oleada de orcos irrumpió en el patio de una de las fortalezas más sólidas jamás construidas.



CAPÍTULO VEINTE

El cielo se abrió y descargó un telón de lluvia, aplastándole a Blackmoore el pelo sobre la cabeza y consiguiendo que patinara en el resbaladizo fango del patio. Se cayó con fuerza y perdió el aliento. Se obligó a ponerse de pie y a continuar. Sólo había una manera de escapar de aquel ruidoso y sangriento infierno.

Llegó a sus aposentos y acudió corriendo a su escritorio. Con dedos trémulos, buscó la llave. Se le cayó dos veces antes de que consiguiera llegar a trompicones hasta el tapiz que colgaba junto a su cama, rasgar la tela e introdujo la llave en la cerradura.

Entró a la carrera, olvidándose de los escalones, por lo que los bajó rodando. No obstante, aún estaba tan ebrio que tenía el cuerpo entumecido como si fuera de trapo, por lo que apenas sufrió algunas magulladuras. La luz que brillaba en el umbral de la puerta de su dormitorio le permitía ver escasos metros por delante de él; más allá le aguardaba la oscuridad absoluta. Tendría que haber traído consigo una lámpara, pero ya era demasiado tarde. Ya era demasiado tarde para muchas cosas.

Comenzó a correr tan deprisa como podían transportarlo sus piernas. La puerta del otro extremo seguiría sin tener echado el cerrojo. Podía huir, podía adentrarse en el bosque y regresar más tarde, cuando hubiera terminado la carnicería, y fingir... no lo sabía. Algo.

La tierra volvió a estremecerse, y Blackmoore perdió el equilibrio. Sintió cómo lo bañaba una lluvia de piedras y arena. Cuando hubo cesado el temblor, se levantó y siguió adelante, con los brazos extendidos. El polvo había formado una densa nube, y tosió con violencia.

Algunos pasos más adelante, sus dedos tatearon una enorme pila de rocas. El túnel se había derrumbado ante él. Por un momento desquiciado, Blackmoore intentó abrirse paso escarbando con las manos hasta que, sollozando, se dejó caer al suelo. ¿Ahora qué? ¿Qué iba a ser ahora de Aedelas Blackmoore?

La tierra volvió a estremecerse. Blackmoore se incorporó de un salto y comenzó a desandar a la carrera el camino recorrido. La culpabilidad y el miedo eran fuertes, pero el instinto de supervivencia lo era aún más. Un estrépito horrible hendió el aire, y Blackmoore se dio cuenta, sobrecogido, de que el túnel volvía a desplomarse detrás de él. El terror le puso alas en los pies y aceleró la marcha en dirección a sus aposentos. El techo del túnel no lo alcanzó por medio metro, como si estuviera pisándole los talones.

Subió la escalera a trompicones y saltó hacia delante en el preciso instante en que el túnel se derrumbaba con un sobrecogedor estruendo. Blackmoore se aferró a las briznas del suelo como si ellas pudieran ofrecerle algo de solidez en ese mundo que se había vuelto loco de repente. El terrible temblor de tierra parecía no tener fin.

Al cabo de una eternidad, se acabó. No se movió, se quedó tendido con la cara pegada al suelo, jadeando.

Una espada surgió de la nada para detenerse con un tañido a escasos centímetros de su nariz. Con un chillido, Blackmoore retrocedió a rastras. Levantó la cabeza y vio a Thrall delante de él, espada en ristre.

Que la Luz lo protegiera, Blackmoore se había olvidado de lo grande que era Thrall. Ceñido por una armadura negra, blandiendo una espada enorme, parecía encumbrarse sobre la postrada figura de Blackmoore igual que se yergue una montaña sobre el paisaje. ¿Había poseído siempre esa determinación que se reflejaba en su poderosa y deforme quijada, ésa... esa presencia?

—Thrall —tartamudeó Blackmoore—. Déjame que te explique...

—No —dijo Thrall, con una serenidad que aterrorizó a Blackmoore más de lo que habría conseguido un rugido de rabia—. No puedes explicar nada. No existe ninguna explicación. Lo único que resta es la batalla que ya se ha postergado demasiado. Un duelo a muerte. Coge la espada.

Blackmoore replegó las piernas bajo el cuerpo.

—No... es...

—Coge la espada —repitió Thrall, con voz ronca—, si no quieres que te ensarte en el sitio igual que un niño asustado.

Blackmoore extendió una mano temblorosa y la cerró en torno a la empuñadura de la espada.

Bien, pensó Thrall. Por lo menos, Blackmoore iba a proporcionarle la satisfacción de pelear.

La primera persona a la que había buscado era Langston. No le había resultado difícil intimidar al joven lord para que revelara la existencia del túnel de huida. La herida reciente de Thrall se abrió de nuevo al darse cuenta de que ése debía de haber sido el camino que utilizara Taretha para escabullirse e ir a verle.

Había invocado los terremotos para sellar el túnel, a fin de que Blackmoore se viera obligado a regresar por el mismo camino. Mientras esperaba, había apartado los muebles sin miramientos para despejar el escenario de su confrontación definitiva.

Vio cómo Blackmoore se incorporaba con dificultad. ¿En verdad era ése el hombre al que había adorado y temido siendo joven? Le costaba creerlo. Ese hombre era un espantapájaros emocional y físico. La tenue sombra de la clemencia planeó de nuevo sobre Thrall, pero no estaba dispuesto a permitirse olvidar las atrocidades que había cometido Blackmoore.

—Ven a por mí —rugió.

Blackmoore saltó como impulsado por un resorte. Era más rápido y estaba más concentrado de lo que se había esperado Thrall, dada su condición, y el orco tuvo que reaccionar enseguida para fintar el golpe. Paró la estocada y aguardó a que Blackmoore arremetiera de nuevo.

Era como si el conflicto hubiera dado nuevas energías al señor de Durnholde. Algo parecido a la furia y a la determinación asomó a su semblante, y sus movimientos ganaron confianza. Fintó a la izquierda, antes de atacar a Thrall por el flanco derecho. Aun así, el orco paró sin problemas.

Eligió ese momento para lanzar su ataque, sorprendido y satisfecho en parte al ver que Blackmoore era capaz de defenderse y sólo sufría un roce en el indefenso costado izquierdo. Blackmoore se dio cuenta de su debilidad y miró en rededor en busca de algo que pudiera servirle de escudo.

Con un gruñido, Thrall arrancó la puerta de sus goznes y la lanzó contra Blackmoore.

—Escóndete detrás de la puerta como un cobarde —gritó.

La puerta, aunque habría podido constituir un buen escudo para un orco, era demasiado grande para Blackmoore. La apartó a un lado, irritado.

—Todavía no es demasiado tarde, Thrall —dijo, sorprendiendo al orco—. Puedes unirme a mí, podemos trabajar juntos. ¡Desde luego que liberaré a los orcos, si me prometes que lucharán bajo mi estandarte, igual que tú!

Thrall estaba tan furioso que no se defendió como debía cuando Blackmoore cargó contra él por sorpresa. No levantó la espada a tiempo, y el filo de Blackmoore repicó contra la armadura. Fue un golpe limpio, y la coraza fue lo único que salvó a Thrall de resultar herido.

—Sigues estando borracho, Blackmoore, si crees por un instante que puedo olvidarme de cómo...

El velo rojo volvió a nublar la vista de Thrall. El recuerdo de los ojos azules de Taretha, mirándolo sin vida, era más de lo que podía soportar. Se había estado conteniendo, intentando concederle a Blackmoore al menos la oportunidad de pelear, pero se olvidó de todo. Con la rabia impasible de una ola gigante que arrasara una ciudad costera, Thrall se echó encima de Blackmoore. Con cada golpe, con cada grito de cólera, revivía su atormentada juventud a manos de aquel hombre. Cuando la espada de Blackmoore salió disparada de entre sus dedos, Thrall vio el rostro de Taretha, la afable sonrisa que abarcaba a orcos y a humanos por igual, sin ver diferencias entre ellos.

Cuando hubo acorralado a Blackmoore en un rincón, y aquella ruina de hombre hubo sacado un puñal de su bota y se lo hubo lanzado a la cara, rozándole el ojo, Thrall profirió un alarido de venganza y hendió el aire con su espada.

Blackmoore no murió al instante. Se quedó tumbado, jadeante, aferrándose el costado con impotencia mientras la sangre borbotaba en un intermitente torrente escarlata. Miró a

Thrall con ojos vidriosos. Un reguero de sangre manaba entre sus labios. Para asombro de Thrall, esbozó una sonrisa.

—Eres... lo que yo hice de ti... me siento tan orgulloso... —Dicho lo cual, se hundió contra la pared.

Thrall salió de la fortaleza al aire libre del patio. La lluvia torrencial martilleó sobre él. Al instante, Hellscream se presentó chapoteando ante él.

—Informa —exigió Thrall, mientras valoraba la situación con la mirada.

—Hemos tomado Durnholde, jefe de guerra —dijo Hellscream. Estaba salpicado de sangre y parecía extasiado; sus ojos rojos relucían—. Los refuerzos humanos aún se encuentran a leguas de distancia. Casi todos los que han ofrecido resistencia han sido reducidos. Ya casi hemos terminado de rastrear la fortaleza y de apresar a aquéllos que no han presentado batalla. Las hembras y sus crías no han sufrido ningún daño, como ordenasteis.

Thrall vio racimos de sus guerreros que rodeaban a grupos de machos humanos. Estaban sentados en el fango, fulminando con las miradas a sus captores. Aquí y allá se producía algún alboroto, pero no tardaba en quedar sofocado. Thrall se dio cuenta de que, aunque los orcos parecían ansiar atacar a sus prisioneros, se contenían.

—Búscame a Langston.

Hellscream se apresuró a cumplir la orden de Thrall, que se dedicó a supervisar los distintos grupos. Los humanos se mostraban, o bien aterrados, o bien beligerantes, pero resultaba evidente quién estaba ahora al mando de Durnholde. Se dio la vuelta cuando regresó Hellscream, que azuzaba a Langston ante él con comedidos aguijonazos de su espada.

Langston se arrodilló de inmediato delante de Thrall. El orco, vagamente asqueado, le ordenó que se levantara.

—Ahora estás al mando, supongo.

—Bueno, el sargento... sí. Sí que lo estoy.

—Tengo una tarea que encomendarte, Langston. —Thrall se agachó para quedar cara a cara con su interlocutor—. Tú y yo sabemos qué tipo de traición planeaba Blackmoore. Ibais a volveros contra vuestra Alianza. Te ofrezco la oportunidad de enmendarte, si estás dispuesto a aprovecharla.

Langston buscó sus ojos con la mirada, y parte del miedo abandonó su rostro. Asintió.

—¿Qué quieres que haga?

—Envía un mensaje a vuestra Alianza. Diles lo que ha ocurrido hoy. Diles que, si eligen la vía de la paz, nos encontrarán dispuestos a negociar y a cooperar con ellos, siempre que liberen al resto de mi pueblo y nos entreguen algunos territorios, territorios habitables. Si prefieren el camino de la guerra, se encontrarán con un enemigo como nunca han visto. Pensabais que éramos fuertes hace quince años, pero eso no es nada comparado con el rival al que se enfrentarían hoy en el campo de batalla. Has tenido la suerte de sobrevivir a dos

enfrentamientos con mi ejército. No me cabe duda de que serás capaz de comprender hasta qué punto suponemos una amenaza para ellos.

Langston había palidecido bajo la máscara de sangre y barro que le cubría el rostro, pero seguía mirando a Thrall a los ojos.

—Dadle un caballo y provisiones —dijo Thrall, convencido de que su mensaje había quedado claro—. Langston va a cabalgar sin ser molestado en busca de sus superiores. Espero, por el bien de tu gente, que te escuchen. Ahora, vete.

Hellscream asió a Langston del brazo y lo condujo a los establos. Thrall vio que, según sus instrucciones, aquéllos de sus guerreros que no estaban ocupados vigilando a los humanos se afanaban en sacar provisiones de la fortaleza. Caballos, vacas, ovejas, sacos de trigo, sábanas para conseguir vendas; todo lo que podía necesitar un ejército caería enseguida en manos de la Horda.

Había otro hombre con el que tenía que hablar y, después de un rato, lo encontró. El pequeño grupo de hombres del sargento no había rendido las armas, pero tampoco las esgrimían. Se había producido una tregua, con ambos bandos armados, pero sin que ninguno sintiera deseos de que arreciara el conflicto.

El sargento entornó los ojos cuando vio que se acercaba Thrall. El círculo de orcos se abrió para permitir el paso de su jefe de guerra. Por un instante interminable, el sargento y Thrall se miraron. De improviso, Thrall llevó la mano al lóbulo del sargento, más veloz de lo que su antiguo instructor hubiera creído posible, y agarró el aro de oro entre sus fuertes dedos verdes. Con la misma facilidad, Thrall lo soltó, dejando el pendiente donde estaba.

—Fuisteis un buen maestro, sargento.

—Tú eras un buen alumno, Thrall.

—Blackmoore ha muerto. Tu gente está siendo evacuada de la fortaleza y estamos recogiendo sus provisiones. Durnholde se yergue tan sólo porque yo decido que siga en pie. —Para enfatizar, propinó un pisotón en el suelo y la tierra se estremeció con violencia—. Usted me enseñó el concepto de la clemencia. En estos momentos, debería alegrarse de haberme impartido esa lección. Vuestros refuerzos no llegarán a tiempo de ayudaros. Si sus hombres se rinden, tanto ellos como sus familias tendrán permiso para marcharse. Nos ocuparemos de que se provean de comida y agua, incluso de armas. Los que no claudiquen sucumbirán entre los escombros. Sin esta fortaleza y sin sus caballeros para proteger los campos, nos resultará sencillo liberar al resto de nuestros congéneres. Ésa ha sido siempre mi única meta.

—¿En serio? —inquirió el sargento. Thrall sabía que se refería a Blackmoore.

—La justicia era mi meta. Y ya está servida.

—¿Tengo tu palabra de que nadie saldrá herido?

—La tiene —dijo Thrall, levantando la cabeza para mirar a sus guerreros—. Si no ofrecéis resistencia, se os permitirá partir en paz.

A modo de respuesta, el sargento tiró su arma al fango. Se produjo un momento de silencio, antes de que los demás soldados hicieran lo propio. La batalla había concluido.

Cuando todo el mundo, humanos y orcos por igual, hubo salido de la fortaleza, Thrall invocó al espíritu de la tierra.

Este lugar no entraña provecho alguno. Ha albergado prisioneros que no habían cometido ningún delito, ha elevado la maldad a un nuevo nivel. Que caiga. Que se desmorone.

Extendió los brazos y comenzó a pisotear el suelo de forma acompasada. Con los ojos cerrados, Thrall se acordó de su diminuta celda, de las torturas de Blackmoore, del odio y el desprecio en los ojos de los hombres junto a los que había entrenado. Los recuerdos le producían dolor mientras los repasaba y los revivía durante un breve instante antes de desembarazarse de ellos.

Que caiga. ¡Que se desmorone!

La tierra rugió, por última vez en el transcurso de esa batalla. El sonido era ensordecedor mientras la poderosa construcción de piedra quedaba pulverizada. El suelo se alzó, como si quisiera devorar a la fortaleza. Se derrumbó el símbolo de todo contra lo que había luchado Thrall. Cuando la tierra se hubo estabilizado de nuevo, lo único que quedaba de la soberbia Durnholde era una pila de rocas y astillas de madera. Los orcos profirieron sonoros vítores. Los humanos, abatidos y desolados, observaban en silencio.

En esa pila, en alguna parte, yacía el cuerpo de Aedelas Blackmoore.

—Hasta que no lo entierres en tu corazón, no podrás enterrarlo lo bastante hondo —se oyó una voz junto a Thrall. Se giró y vio a Drek'Thar.

—Eres sabio, Drek'Thar. Demasiado, tal vez.

—¿Ha servido de algo su muerte?

Thrall se lo pensó antes de responder.

—Era necesario. Blackmoore era veneno, no sólo para mí, sino para muchos más. —Vaciló—. Antes de que acabara con su vida, me... me dijo que se sentía orgulloso de mí. Que yo era lo que él había hecho de mí. Drek'Thar, esa idea me aterroriza.

—Desde luego que eres lo que Blackmoore hizo de ti —repuso Drek'Thar, sorprendiendo y repugnando a Thrall con la respuesta. Con delicadeza, el anciano apoyó la mano en el brazo blindado del joven chamán—. Como también eres lo que hizo de ti Taretha. Y el sargento, y Doomhammer, y yo, e incluso Canción de Nieve. Eres lo que ha hecho de ti cada batalla, y eres lo que tú mismo has hecho de ti... el señor de los clanes. —Se inclinó, antes de dar media vuelta y alejarse, guiado por Palkar, su lazarillo. Thrall lo observó marchar. Esperaba que algún día pudiera ser tan sabio como Drek'Thar.

Se acercó Hellscream.

—Los humanos han recibido agua y comida, jefe de guerra. Nuestros exploradores informan de que los refuerzos humanos estarán aquí en breve. Deberíamos irnos.

—Enseguida. Tengo un encargo para ti. —Tendió un puño cerrado hacia Hellscream. Lo abrió para depositar una cadena de plata con un colgante en forma de luna creciente en la

palma de Hellscream—. Encuentra a los humanos llamados Foxton. Es probable que no se hayan enterado hasta ahora de la muerte de su hija. Dale esto y diles... diles que los acompañe en el sentimiento.

Hellscream hizo una reverencia, antes de alejarse para cumplir la voluntad de Thrall. El caudillo orco inhaló con fuerza. Atrás quedaba el pasado, la ruina que otrora fuese Durnholde. Ante él se extendía el futuro, un mar esmeralda... su pueblo, que aguardaba expectante.

—Hoy —exclamó, alzando la voz para que todos pudieran oírle—, hoy, nuestro pueblo ha conseguido una gran victoria. Hemos derribado la poderosa fortaleza de Durnholde, hemos roto su presa sobre los campamentos. Pero todavía no podemos descansar, ni afirmar que hemos ganado esta guerra. Son muchos nuestros hermanos y hermanas que languidecen en cautiverio, pero sabemos que pronto serán libres. Ellos, al igual que vosotros, sabrán lo que significa ser un orco, conocerán la pasión y el poder de nuestra orgullosa raza. Somos invencibles. Triunfaremos, porque nuestra causa es justa. ¡Adelante, busquemos los campos, derribemos sus muros y liberemos a nuestro pueblo!

Se alzó un estruendoso clamor y Thrall miró en rededor para ver los miles de rostros orcos, bellos y orgullosos. Tenían las bocas abiertas y blandían los puños, y hasta la última línea de sus enormes cuerpos delataba júbilo y excitación. Se acordó de las dóciles criaturas del campamento y sintió una punzada de gozoso dolor al permitirse el darse cuenta de que había sido él uno de los que les había infundido ánimo. La idea le hacía sentirse humilde.

Una profunda paz se apoderó de él mientras observaba cómo su pueblo jaleaba su nombre. Tras tantos años de búsqueda, por fin sabía cuál era su auténtico destino; en el fondo de su ser sabía quién era: jefe de guerra de la Horda.

Había encontrado su hogar.